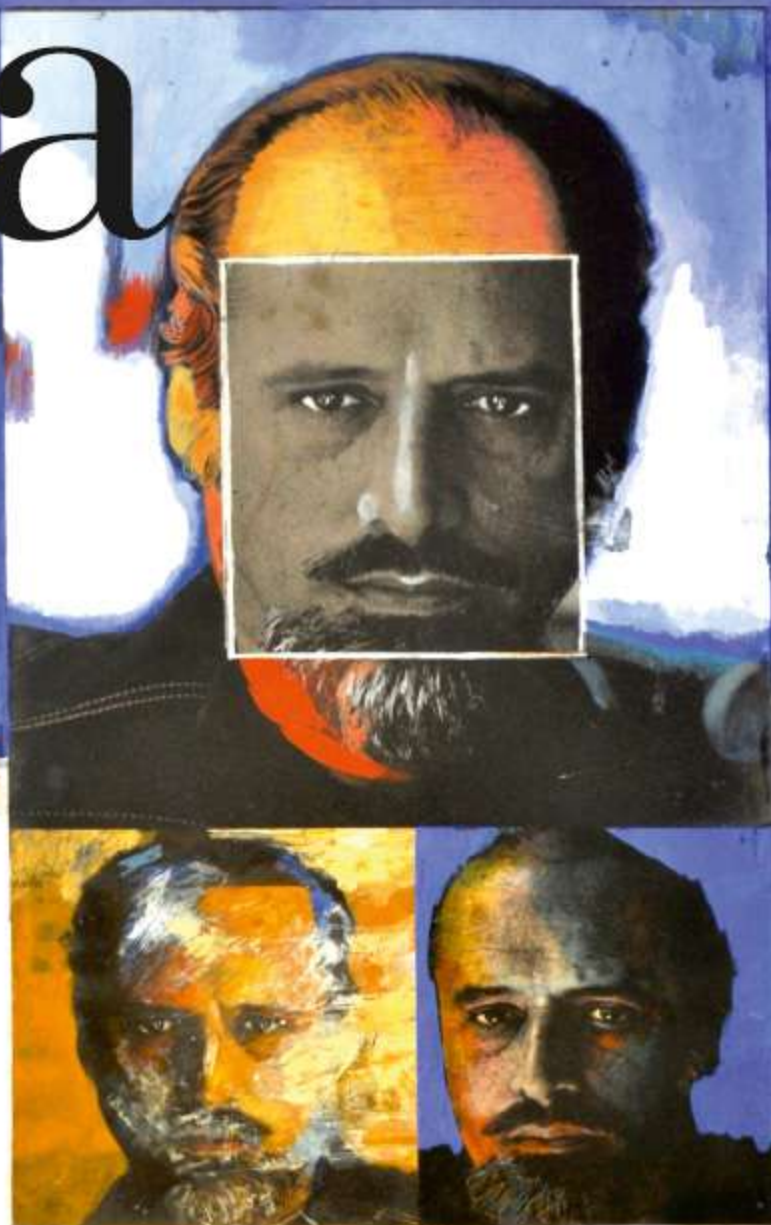


Casa

de las Américas 296-297

julio-diciembre / 2019

**PARA, DE, CON
ROBERTO
FERNÁNDEZ
RETAMAR**



Retamar

*Para un poeta - un poema
reportaje.*



Casa

de las Américas 296-297

julio-diciembre/2019

año LXI

Órgano de la Casa de las Américas

Fundada en 1960

por **Haydee Santamaría**

y dirigida a partir de 1965,

durante más de doscientos cincuenta números,

por **Roberto Fernández Retamar**

Director:

Jorge Fornet

Subdirector:

Aurelio Alonso

Consejo de Redacción:

Luisa Campuzano, Pablo Armando Fernández,

Jaime Gómez Triana, Marcia Leiseca,

Nancy Morejón, Zuleica Romay,

Caridad Tamayo Fernández, Roberto Zurbarano

Editora-redactora:

Lorena Sánchez

Correctora:

Anele Arnautó Trillo

Diseño y emplane:

Ricardo Rafael Villares

Realización computarizada:

Roxana Monduy

Coordinador de producción:

Jorge Alberto Tartabull

Redacción:

Casa de las Américas, 3ra. y G,

El Vedado, La Habana 10400, Cuba.

Teléfonos: (537) 838 2706 al 09, ext. 108

(537) 836 7601

Correo electrónico: revista@casa.cult.cu

Sitio web: www.revistacasa.casadelasamericas.org

Suscripción: suscripciones@casa.cult.cu

Precio del ejemplar en Cuba: \$ 5 (MN)

Adiós a Roberto

- 3 *Este es el primer número...*
- 5 Ante la muerte de Roberto Fernández Retamar. Declaración de la Casa de las Américas
- 7 MIGUEL DÍAZ-CANEL BERMÚDEZ • *Hay luto en la Casa...*
- 7 NICOLÁS MADURO • *Toda la solidaridad de los venezolanos...*
- 7 EVO MORALES • *Nuestras luchas, nuestras revoluciones...*

Para, de, con Roberto Fernández Retamar

- 8 ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR • A Juan Gelman, en Buenos Aires
- 9 A Fayad Jamís
- 11 A Roque Dalton
- 13 Oyendo un disco de Benny Moré
- 14 Fanon y la América Latina
- 21 Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba
- 38 ACADEMIA CUBANA DE LA LENGUA / AURELIO ALONSO / VICENTE BATTISTA / FREI BETTO / JORGE BOCCANERA / MIGUEL BONASSO / ATILIO A. BORON / FERNANDO BUTAZZONI / ROSALBA CAMPRA / ÁLVARO CASTILLO GRANADA / CONSEJO LATINOAMERICANO DE CIENCIAS SOCIALES / GABRIEL CORTIÑAS
- 48 ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR • Que veremos arder
- 49 Cuerpo que no está claro
- 50 Caliban
- 94 Para una teoría de la literatura hispanoamericana
- 103 Nuestra América y Occidente
- 133 JOSÉ LUIS DÍAZ-GRANADOS / ALEXIS DÍAZ PIMIENTA / ARIEL DORFMAN / PAUL ESTRADÉ Y MOUNY ESTRADÉ / LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN / FUNDACIÓN JUAN BOSCH / MARIO GOLOBOFF / JULIO CÉSAR GUANCHE / SERGIO GUTIÉRREZ NEGRÓN / EDUARDO HERAS LEÓN / SYLVIA IPARRAGUIRRE / ANDREA JEFTANOVIC
- 148 ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR • Juana
- 149 Aquiles
- 151 ¿Y Fernández?
- 155 Ahora, en Managua
- 157 Nosotros, los sobrevivientes
- 159 A mi amada
- 160 Caliban en esta hora de nuestra América
- 178 Ángel Rama y la Casa de las Américas

Cuatro números por año.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor.

La opinión de la Casa de las Américas se expresa en los editoriales y en notas que así lo indiquen.

En los casos de colaboraciones que no haya solicitado, la revista no se compromete a devolver los originales ni a mantener correspondencia.

Inscrita como impreso periódico en la Dirección Nacional de Correos, Telégrafos y Prensa.
Permiso No. 81222/153.

Este número ha sido impreso gracias al apoyo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).

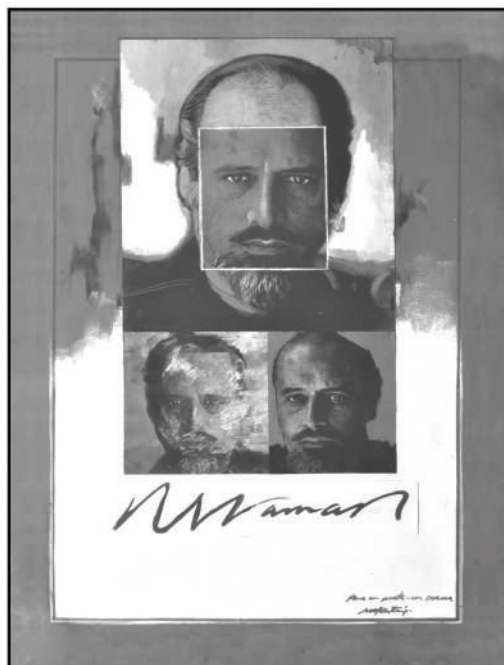


CLACSO

© Casa de las Américas, 2019

ISSN 008-7157

- 198 NOÉ JITRIK / FRANCISCO LÓPEZ SACHA / SERGIO MARELLI / EUGENIO MARRÓN / TOÑO MARTORELL / ROBERTO MÉNDEZ / SELINA MILLARES / MARIO ROBERTO MORALES / FREDDY ÑÁÑEZ / HILDEBRANDO PÉREZ GRANDE / ANA PIZARRO / GRAZIELLA POGOLOTTI / ELENA PONIATOWSKA
- 218 ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR • Otro poema conjetural
- 220 Tumbas y mar
- 221 José Lezama Lima y su visión calibanesca de la cultura
- 231 ALFREDO PRIETO / FRANCISCO PROAÑO ARANDI / MARGARET RANDALL / ALESSANDRA RICCIO / HUGO RIVERA-SCOTT / RAÚL ROA KOURÍ / GRÍNOR ROJO / JOHN SAXE-FERNÁNDEZ / BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS / LUIS TOLEDO SANDE / OMAR VALIÑO / RAÚL VALLEJO / ARÍSTIDES VEGA CHAPÚ
- 243 Al pie de la letra
- 257 Recientes y próximas de la Casa
- 262 Colaboradores/Temas
- 264 Índice de *Casa de las Américas* 2019

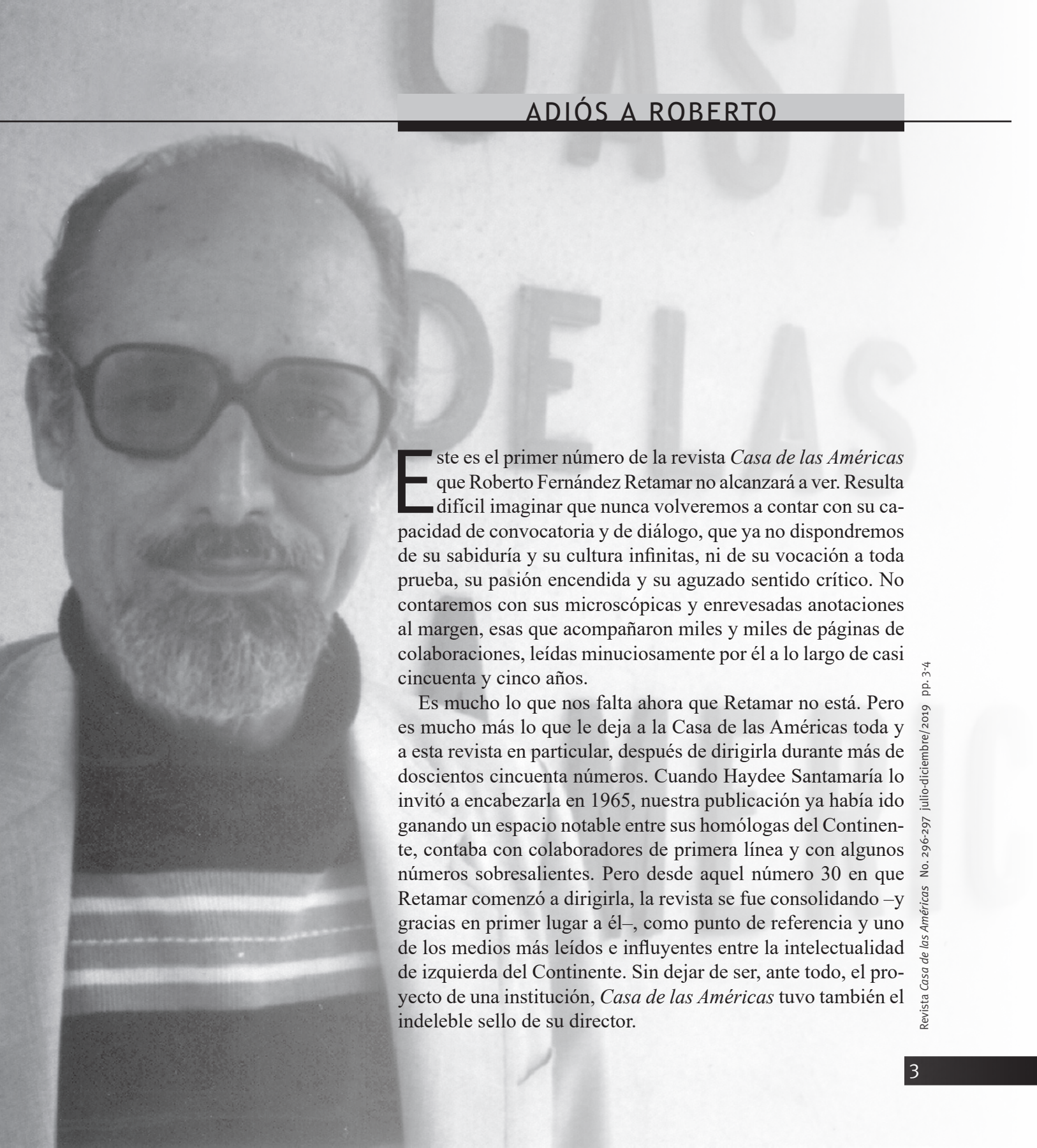


Portada:

RAÚL MARTÍNEZ: *Para un poeta, un poema*. S/f, técnica mixta /cartulina

Contraportada:

JUAN DAVID: Caricatura, tinta y tempera/cartulina

A black and white portrait of Roberto Fernández Retamar, a man with a beard and glasses, wearing a striped shirt. The background is slightly blurred, showing the large letters 'CASA DE LAS AMÉRICAS' in a serif font.

ADIÓS A ROBERTO

Este es el primer número de la revista *Casa de las Américas* que Roberto Fernández Retamar no alcanzará a ver. Resulta difícil imaginar que nunca volveremos a contar con su capacidad de convocatoria y de diálogo, que ya no dispondremos de su sabiduría y su cultura infinitas, ni de su vocación a toda prueba, su pasión encendida y su aguzado sentido crítico. No contaremos con sus microscópicas y enrevesadas anotaciones al margen, esas que acompañaron miles y miles de páginas de colaboraciones, leídas minuciosamente por él a lo largo de casi cincuenta y cinco años.

Es mucho lo que nos falta ahora que Retamar no está. Pero es mucho más lo que le deja a la Casa de las Américas toda y a esta revista en particular, después de dirigirla durante más de doscientos cincuenta números. Cuando Haydee Santamaría lo invitó a encabezarla en 1965, nuestra publicación ya había ido ganando un espacio notable entre sus homólogas del Continente, contaba con colaboradores de primera línea y con algunos números sobresalientes. Pero desde aquel número 30 en que Retamar comenzó a dirigirla, la revista se fue consolidando —y gracias en primer lugar a él—, como punto de referencia y uno de los medios más leídos e influyentes entre la intelectualidad de izquierda del Continente. Sin dejar de ser, ante todo, el proyecto de una institución, *Casa de las Américas* tuvo también el indeleble sello de su director.

Este número es el homenaje más inmediato y explícito que podemos ofrecerle, preámbulo de una trayectoria futura que será parte del legado de su máximo inspirador y responsable. Además de la Declaración que la Casa de las Américas hizo pública inmediatamente después de su muerte, de los mensajes de los presidentes Miguel Díaz-Canel Bermúdez, Nicolás Maduro y Evo Morales; además de ello, repetimos, ocupa la mayor parte de esta entrega una selección de textos de Retamar aparecidos en esta misma revista, algunos de ellos antes, incluso, de que él comenzara a dirigirla.

Siguiendo el modelo de la colección *Materiales* de la revista *Casa de las Américas*, creada por él y de la que nuestro Fondo Editorial ha publicado varios títulos, hemos seleccionado parte de las colaboraciones más sobresalientes de Retamar en las páginas de esta publicación, muestra de su amplio espectro intelectual. Por inevitables razones de espacio debimos prescindir de muchas otras no menos valiosas. Algunas han aparecido en los números más recientes de la revista o lo harán en próximas publicaciones de la Casa, y resultan, por tanto, más accesibles. Es preciso aclarar que si bien se brinda información sobre la fuente de cada uno de los textos incluidos, no reproducimos aquí las versiones originales. Su autor era obsesivo revisando y retocando sus propios textos, y hemos respetado ese perfeccionismo, de manera que el lector encontrará en estas páginas las versiones definitivas, cuando sea el caso.

Los demás textos —los debidos a otros colaboradores— fueron escritos a raíz de la desaparición de Retamar. Son mensajes, evocaciones, acercamientos diversos a su figura y su obra. La abundante aparición de unos y otros también nos ha obligado a prescindir de muchos que habrían merecido ser incluidos en estas páginas. Por su parte, la sección «Recientes y próximas» reproduce parte de las palabras pronunciadas, en el homenaje que se le brindó a Retamar en la sala Che Guevara de la Casa el pasado 27 de septiembre.

A raíz de la muerte de Cortázar, nuestra revista le dedicó un número doble (145-146, de 1984). Los disímiles textos reunidos allí (cartas de las que él era autor o destinatario, ensayos, evocaciones y poemas de decenas de colaboradores) fueron agrupados bajo el nombre «Para, de, con Julio Cortázar». Hemos querido retomar ese título (debido, obviamente, al propio Retamar) para encabezar la sección central de este número. Las fotografías y obras que lo ilustran pertenecen tanto al Archivo de la Casa de las Américas como a la colección particular del homenajeado, custodiada hoy por su hija Laidi Fernández de Juan, a quien agradecemos la generosidad de facilitárnoslas.

Dentro de pocos meses *Casa de las Américas* cumplirá sesenta años de vida y alcanzará la insólita cifra de trescientos números. Seguir sosteniendo este empeño, hacerlo digno de su pasado y de quien fuera su alma por más de medio siglo, es el mejor adiós a Roberto. 

Ante la muerte de Roberto Fernández Retamar. Declaración de la Casa de las Américas

«**P**uso a disposición de los hombres lo que tenía de inteligencia. // [...] Les entregó lo que tenía de coraje. // [...] Hizo su parte, llegado el momento // [...] al final, declaró que volvería a empezar si lo dejaran». Así se expresaba el poeta en los versos titulados «Sería bueno merecer este epitafio», y así lo recordamos.

La muerte de Roberto Fernández Retamar es una pérdida irreparable para la cultura cubana. Desde que se dio a conocer en 1950 con el poemario *Elegía como un himno*, su obra fue abriendo cauces y marcando hitos en la poesía de lengua española, a la que legó textos que quedarán para siempre como «Felices los normales», «¿Y Fernández?» o «Con las mismas manos».

No menos relevantes son sus penetrantes y esclarecidos ensayos, que ponen en evidencia la vastedad de su pensamiento y la magnitud de su labor intelectual, tanto si recordamos ese clásico de la reflexión latinoamericana y caribeña, «Caliban», como si pensamos en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, en su fervorosa pasión por la obra martiana, o en sus lúcidos ensayos sobre el papel del intelectual y los procesos de descolonización cultural en nuestra América.

Es imposible disociar su nombre de la historia de la Revolución Cubana, separarlo de un fenómeno que ha sido asunto e inquietud permanente, tanto como escenario vital y caja de resonancia de su figura y su obra.

Sería mucho ya si ese fuera el legado de Roberto, pero a su obra literaria habría que añadir su labor docente y su inigualable faceta de editor, que lo llevó a dirigir diversas revistas antes de asumir en 1965 la dirección de *Casa de las Américas*, para consolidarla como uno de los más importantes referentes culturales de nuestra América.

Pero aún haría más, al frente de la Casa de las Américas toda desde 1986, como continuador de la heroína y fundadora, Haydee Santamaría, y del gran pintor Mariano Rodríguez. El privilegio de que Roberto presidiera en las últimas décadas esta Casa contribuyó a que –bajo su conducción– ella apostara por el riesgo sin dejar de ser fiel a sí misma, al espíritu que la vio nacer en la

descomunal e inconclusa tarea de la integración cultural de la América Latina y el Caribe.

En ocasión de la dolorosa pérdida de Haydee, la Casa de las Américas dio a conocer una declaración –en la cual se transparenta la escritura de Roberto– que concluía afirmando: «Es necesario decir que estará con nosotros, en nosotros. [...] Pero desde ahora somos más pobres, aunque nos acompaña para siempre el honor de haber trabajado bajo su guía, bajo su aliento, que seguimos sintiendo, orgullosos y entrañablemente conmovidos, a nuestro lado». Esas palabras siguen siendo válidas para Haydee, tanto como lo son para este entrañable hermano suyo que acaba de dejarnos. Las hacemos nuestras para ti, en este momento de infinita tristeza, querido Roberto. **C**



Con Mariano Rodríguez y Haydee Santamaría en el Premio Casa de 1980

MIGUEL DÍAZ-CANEL BERMÚDEZ

Presidente de la República de Cuba

Hay luto en la Casa de la intelectualidad latinoamericana, en Cuba y en nuestra América. Retamar ha muerto. Abrazo sentido a su hija Laidi y a toda su familia de sangre y de la Casa de las Américas. Querido Roberto, gracias por dejarnos obra, lucidez y compromiso.

NICOLÁS MADURO

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Toda la solidaridad de los venezolanos con el pueblo cubano, ante la irreparable partida física de Roberto Fernández Retamar. Un poeta excepcional y uno de los más grandes de la cultura cubana. Envío mis sentidas condolencias al movimiento cultural cubano, familiares y amigos.

EVO MORALES

Presidente del Estado Plurinacional de Bolivia

Nuestras luchas, nuestras revoluciones no son nada sin el apoyo de la cultura. Enviamos nuestras condolencias al pueblo cubano y familiares de Roberto Fernández Retamar. Nos quedan sus ideas que inspiran el rumbo de los pueblos libres que mantienen vivo su legado de resistencia.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

A Juan Gelman, en Buenos Aires*

«¿alguien se llama juan?
¿quién se llama roberto todavía?»

J.G.

Aquí donde ya casi todo se llama juan,
Alguien que todavía (aunque no por demasiado tiempo) se llama roberto,
Te dice que tu carta del sur le ha traído en sus alas
Una nueva tristeza.
Las cartas, a la verdad, no deben hacer llorar
Como la tuya ha hecho.

En vano el mar

Está ahí, al lado, porque el propio mar corre,
Leyendo tu carta, hacia el frágil poblancón de pescadores,
Y subiendo precipitado las maderas, dejando atrás el vino y los panes
Con pescado, no deteniéndose ante nada, se va a buscar el banco
Alto donde estás sentado, lágrima en mano, donde no estás sentado
Y podemos buscar sin hallarte hasta que la noche se traga banco y pueblo
Y vuelve el mar cariacontecido al mar.

En cambio, hay

Gente canturreando en una bodega,
Un puñado de soldados muy jóvenes que bajan de la loma,
Y niños desperdigados bajo los flamboyanes, asomándose al escenario,
Apedreando la sombra de una chiva.

¿Qué más,

Juan, qué más?

Ah, no molestes.

* Este poema y los dos siguientes fueron publicados en *Casa de las Américas*, No.13-14, julio-octubre de 1962, pp. 27-30.

*¿Acaso no ha habido siempre tristeza en el corazón del hombre?
¿Acaso la tristeza no nos acompaña con más fidelidad que un perro?
Mi perro va conmigo, y me recuerda
La soledad de la noche, me recuerda que charlamos
Hasta que ya no quedó espacio entre memoria y esperanza.*

*Hay la Revolución, el amor inmenso de la Revolución
Que es un amor de hombre y mujer
Que fueran todos los hombres y todas las mujeres.
El oído se inclina sobre el pecho del pueblo
Y distingue en el estruendo una voz, y (aunque triste) sigue feliz calle arriba,
Sabiendo que esta es sin duda nuestra Revolución,
Mientras allá se deshojan unas ramas, atruenan los gorrones, arde un fuego,
Alguien baja silbando, se desbarata el ronco mar.*

A Fayad Jamís

*P*or poco olvidamos para siempre aquel primer encuentro.
Afortunadamente no ha sido así: por aquí andas
Todavía, entregando a un vejete aquel libro de carátula rizada
Y verde. Tienes cara de tomar en serio ese hecho,
Y por todas partes la provincia sopla en ti como en un acordeón.
Hay todavía a la puerta, entre olor de frituras y de mar,
Y gente que pasa voceando periódicos chorreados de noticias
Y un billetero cojo, y muchas otras cosas; hay todavía a la puerta,
Algo después, dos muchachos recelosos que hablan de poesía.
Creo que éramos muy jóvenes, pero no estoy seguro. Probablemente
Es ahora que somos jóvenes, y entonces teníamos mil años cada uno.
Tus mil años habían transcurrido entre pueblos que se espolvorean
En el mapa, y dejaban sabor a ómnibus, a guitarra, a hierba.
Pero los más tremendos iban a ser los próximos mil años.

*Cuando siglos después, subí aquella escalera
De la calle Reina, lo supe así. Era en vano subir, porque no se subía
Hacia la luz. Aquella mentira verdadera era una vida
De poeta, y aquel camastro en que yacías, y aquellos libros
Echados entre zapatos, eran un cuarto de poeta.*

*Creo que has hablado
Bastante de las moscas, la escalera, el polvo, algún sillón, los amigos,
Así se hacía la poesía entonces. Pero era duro y lejano,
Y un día apareciste en París, desde luego.*

En París

*Te fui a ver entre lechugas y botellas vacías de vino,
Al fondo de no sé qué fondo, más atrás, a la derecha,
Doblando luego, encogiéndose, agachándose hasta pasar detrás
De lo más escondido, y luego, todavía un poco más atrás.
Allí te encontré, no sin antes esquivar unos cajones grandes como
/ abuelos.*

*Pero al fin llegué; o mejor, llegó mi abrigo y me arrastró.
Y volví a ver el camastro que te habías llevado auestas
Dios sabe cómo, a través del océano y calle Daguerre arriba.*

*Pero en realidad, mi querido Moro, me parece que todavía no habíamos
/ empezado a hablar.*

*Teníamos tantas cosas que callar, cada vez que íbamos a decirnos algo
Transcurrían muchos años, pasaba un vendedor de frutas,
Llegaba un policía o algo por el estilo. Y lo dejábamos para más ver.
Para menos oír.*

Entonces llegó la Revolución.

*Entonces llegó la Revolución. Y tuvimos tantas cosas que decirnos,
De repente, en torno a un viejo soldado muerto,
Mientras alguien leía sus antiguos poemas en la Universidad,
Junto al mar de Casablanca donde casi todo sucede,
Especialmente si hay estrellas en la noche.*

*Lo demás no es historia, no es memoria:
De aquella brújula pequeña y herbosa en la mano de un niño,
De aquel polvo, aquellos pasos en la penumbra semicerrada,
Claro que iba a levantarse esta guitarra limpia que hoy celebramos*

*Los amigos de ayer y sobre todo los amigos en el porvenir
Donde seguiremos cantando canciones bellas como las que soñamos
Hace doce años, a la puerta del caserón, entre olor a frituras
Y sabor marino y periódicos en los que en vano buscábamos entonces
Esas noticias que hoy florecen en las páginas ¿de los periódicos?,
/ ¿de los poemas?*

A Roque Dalton

*R*oque Dalton, caramba,
La verdad es que no esperaba encontrarme tu poesía
En aquel montón, y de pronto
Empezaste a escupir y a reírte desvergonzadamente
De tantas cosas, y supe
Que allí estaba un poeta.
Luego fue entrando cada vez más,
Por puertas y ventanas, en aquel libro
Que los profesores pudibundos no van a poder
Enseñar a sus alumnos,
Y del que van a tener que sacar con cuidado
Los versos si es que quieren mostrarlos en las antologías.
(Cosa que, por lo demás, deben hacer
Para que los muchachos les tiren piedras después).
Da la impresión de que de tus poesías
Salen desbaratándose y manchando esas palabras que parecen tan
/ poderosas a los niños
(Aunque después averiguaremos melancólicos que son como las otras);
Palabras con las que uno esperó una pequeña fama en el barrio,
Y apenas lee ahora en los libros con que sustituimos el haber dejado de
/ ser niños.
Verdaderamente, me encontré muchas cosas en tu poesía.
Desde luego, había cárcel, había recuerdos, había insultos,

*Había amores sobre la hierba como el del toro y la vaca,
 Había muchachas fragantes y viejas menos fragantes.
 Había amigos, había viajes,
 Había la desdicha y el crimen, la estupidez y la cobardía,
 Los tiranos y los tontos.
 Y había la Revolución tal como la hacen los hombres (no los libros),
 Llena de coraje y cosas, grande como un fuego, con odio a tus curas
 Y con ganas de cobrársela de una vez para siempre
 Al embajador americano.*

*Para qué te voy a decir otras cosas: en nuestra isla vienen bien
 Estos desparpajos de puma borracho.
 Ya ves cómo está listo nuestro aire para rajar el mundo.*

La Habana, marzo-abril, 1962. **C**



Reunión del Comité de Colaboración de la revista *Casa de las Américas* en 1967. De izquierda a derecha: Ángel Rama, Roque Dalton, Manuel Galich, RFR, Genoveva Daniel, Marcia Leiseca, Julio Cortázar y René Depestre.

Oyendo un disco de Benny Moré*

*E*s lo mismo de siempre:
¡Así que este hombre está muerto!
¡Así que esta voz
Delgada como el viento, hambrienta y huracanada
Como el viento,
es la voz de nadie!
¡Así que esta voz vive más que su hombre,
Y que ese hombre es ahora discos, retratos, lágrimas, un sombrero
Con alas voladoras enormes
—y un bastón!
¡Así que esas palabras echadas sobre la costa plateada de Varadero,
Hablando del amor largo, de la felicidad, del amor,
Y aquellas, únicas, para Santa Isabel de las Lajas,
De tremendo pueblerino en celo,
Y las de la vida, con el ojo fosforescente de la fiera ardiendo en la sombra,
Y las lágrimas mezcladas con cerveza junto al mar,
Y la carcajada que termina en punta, que termina en aullido, que termina
En qué cosa más grande, caballeros;
¡Así que esas palabras no volverán luego a la boca
Que hoy pertenece a un montón de animales innombrables
Y a la tenacidad de la basura!

A la verdad, ¿quién va a creerlo?
Nosotros mismos, con no ser más que nosotros mismos,
¿No estamos hablando ahora? ■

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 22-23, enero-abril de 1964, p. 59.

Fanon y la América Latina*

Los *condenados de la tierra*¹ no es el primer trabajo de Frantz Fanon que aparece publicado en Cuba. En 1961, por ejemplo, el libro *Argelia, año 7* (La Habana, Editorial Vanguardia Obrera), que debía a Fanon incluso el título, recogió, entre otras colaboraciones, su ensayo «La familia argelina en la revolución», proveniente de *L'an V de la révolution algérienne* (1959). Pero esta edición de ahora es la que lo ha dado a conocer ampliamente entre nosotros.

Nacido a mediados de la década de 1920 en Martinica, Fanon perteneció a la generación de hombres de los países subdesarrollados que están cambiando el curso de la historia: Fidel Castro, Ben Bella, Nasser (un poco mayor en edad), Lumumba, asesinado por el imperialismo en sus primeros pasos políticos, son algunos de sus nombres.² Fanon, además, hijo de América,

1 Frantz Fanon: *Los condenados de la tierra*, pref. de Jean-Paul Sartre, trad. de Julieta Campos, La Habana, Ediciones Venceremos, 1965.

2 De esta generación ha escrito el propio Fanon: «Cada generación, dentro de una relativa opacidad, tiene que descubrir su misión, cumplirla o traicionarla. En los países subdesarrollados, las generaciones anteriores han resistido la labor de erosión realizada por el colonialismo, y al mismo tiempo han preparado la maduración de las luchas actuales. Hay que abandonar la costumbre, ahora que estamos en el corazón del combate,

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 31, julio-agosto de 1965.

formado profesionalmente en Francia (fue médico siquiatra) y enraizado por último en Argelia, con cuya revolución libertadora estuvo vinculado hasta sus últimos días, es un ejemplo admirable de ese hombre nuevo que, en el seno de los países coloniales, se siente uno frente al enemigo común. No es el menos conmovedor de los pasajes de su libro, aquel en que oímos decir a este hombre que en Europa sintió y analizó lúcidamente su condición de negro entre blancos:³ «Nosotros, los argelinos...» (175). He aquí una prueba de la unidad de nuestro mundo. Por cierto que en la América Latina conocemos bien este préstamo de grandes figuras de una tierra a otra, y es posible que ningún otro país nuestro, a lo largo de su historia, se haya beneficiado más con esto que la propia Cuba: el dominicano Máximo Gómez, que dirigió nuestras tropas contra España; el venezolano Carlos Aponte, que después de pelear en las filas de Sandino murió junto a Guiteras, y el argentino Ernesto Che Guevara son solo algunos ejemplos.⁴

de reducir al mínimo la acción de nuestros padres o fingir incompreensión frente a su silencio o su pasividad. Ellos lucharon como pudieron, con las armas que poseían entonces, y si los ecos de su lucha no repercutieron en la arena internacional, hay que ver la razón menos en la falta de heroísmo que en una situación internacional fundamentalmente diferente [...]. // Nuestra misión histórica, para nosotros que hemos tomado la decisión de romper las riendas del colonialismo, es ordenar todas las rebel-días, todos los actos desesperados, todas las tentativas abortadas y ahogadas en sangre» (*Los condenados...*, pp. 190-191).

3 Frantz Fanon: *Peau noire, masques blancs*, París, Editions du Seuil, 1952.

4 Este texto fue escrito a mediados de 1965, cuando se ignoraba aún que el Che Guevara había salido de Cuba. La carta suya dirigida a Fidel Castro que este

En el prólogo al libro, Sartre nos adelanta que para Fanon «la verdadera cultura es la revolución». Podría habernos dicho igualmente que la verdadera patria de un colonizado es una colonia en revolución. Nuestras revoluciones son una sola revolución, y *por eso* nuestros países, al parecer heterogéneos, forman una unidad. ¿Y cuáles son esos países nuestros? Indudablemente, los que ahora llaman subdesarrollados o del tercer mundo; los que Marx nombró alguna vez «secundarios», y son conocidos, en general, como las colonias. «El Tercer Mundo», dice

haría pública el 3 de octubre de ese año, ratifica dramáticamente lo que dije en aquellas líneas. Por otra parte, el parentesco entre Fanon y el Che Guevara es considerable. No es extraño que *Los condenados de la tierra* se publicara en Cuba a sugerencia del Che. La cercanía de estos dos hombres abarca incluso aspectos profesionales: Fanon fue médico siquiatra, y el Che es médico, y se sintió atraído a la medicina, según me dijo, por las obras de Freud. Fanon adquirió una sólida formación cultural en Francia, y el Che, aunque más autodidacto, es buen conocedor de literaturas hispánicas y francesa, y versado en varias disciplinas científicas. Ha escrito versos, y escribe una excelente prosa. Pero ambos descubrieron la imposibilidad de aplicar mecánicamente formas europeas para interpretar y expresar a nuestros países, exaltaron la violencia y defendieron la dolorosa especificidad de nuestro mundo. Para ello los ayudó el desplazamiento físico más allá de sus fronteras nacionales, la certidumbre de pertenecer a una vasta comunidad de desheredados. Si Fanon va a identificarse con un país africano que le permitirá comprender al tercer mundo en su conjunto, el Che Guevara, después de desempeñar una tarea de primer orden en la revolución latinoamericana, será impresionado vivamente por África, antes de partir hacia «otras tierras del mundo». Más completo aún que el martiniqueño, el argentino, uno de los hombres más conmovedores y ejemplares de este siglo, ha podido estar, en la acción, a la altura de su pensamiento, y todavía nos reserva sorpresas y lecciones (Nota de agosto de 1966).

Sartre, «se descubre y expresa a través de esa voz». Conviene poner en claro el sentido de ese término que hace unos pocos años está en boga: tercer mundo.

No hay demasiada claridad sobre esta expresión. Pero no cabe duda de que ha ido imponiéndose, y ya que todos la usamos, necesitamos saber a qué atenernos a propósito de ella. En el que quizá sea el libro más reciente sobre el tema, *Le pillage du tiers monde*, (París, Maspero, 1965), su autor, Pierre Jalée, después de expresar sus reparos al término, nos da esta clasificación de los países en la actualidad:

Grupo de países socialistas: Unión Soviética, democracias populares de Europa, comprendida Yugoslavia, China, Mongolia, Corea del norte, Vietnam del norte, Cuba.

Grupo de países capitalistas:

A) *Zona del imperialismo:* los Estados Unidos y Canadá, Europa excepto la Unión Soviética y las democracias populares, Japón, Israel, Australia y Nueva Zelanda.

B) *Tercer Mundo:* América excepto los Estados Unidos, Canadá, y Cuba; África completa; Asia, excepto los países socialistas, Japón e Israel; Oceanía, excepto Australia y Nueva Zelanda [12].

Naturalmente que esta clasificación, que por lo menos tiene la virtud de existir y de ser clara, es discutible: véase el propio caso de Cuba, por mencionar un solo ejemplo, que, siendo un país de gobierno marxista-leninista, participa en las reuniones de «países no alineados», junto a aquellos del tercer mundo que, a diferencia del resto de la América Latina, tienen políticas exteriores independientes. Por otra parte, a partir de la Se-

gunda Guerra Mundial, y especialmente a partir de 1948, en que queda consolidado en Europa el conjunto de las democracias populares (lo que permite un fortalecimiento notable del socialismo en el mundo, y una consiguiente debilitación del capitalismo), lo más sobresaliente de la historia ha sido la obtención de la independencia por muchos de estos países subdesarrollados, pertenecientes pues al tercer mundo, y el paso de no pocos de ellos al socialismo: en 1949, surge la República Popular China, e Indonesia se independiza; en 1950 la India, y en 1953 Egipto, se convierten en repúblicas; en 1954, tras la magnífica victoria indochina de Dien Bien Phu, estalla la insurrección argelina.

Para entonces, ya puede hacerse un primer balance de la descolonización. Ese balance tiene lugar al año siguiente, 1955, en Bandung. No cabe duda alguna: los pueblos de color entran en escena. En 1956, el año del xx Congreso del PCUS y de los sucesos de Budapest, Nasser nacionaliza el canal de Suez, fracasa la intervención anglofrancesa, y Fidel Castro desembarca en Cuba; en 1958, se constituye la RAU, se forma el GPRA y Guinea se independiza; en 1959, la Revolución Cubana llega al poder, y en 1960 el Congo obtiene su independencia, con Lumumba al frente. Se ha ido más lejos que cuando Bandung: los tres continentes «atrasados», todas las «razas» participan ya de la descolonización. A la luz de estos hechos, y especialmente de sus experiencias directas en la lucha independentista argelina, Fanon escribe *Los condenados de la tierra*. Se trata de un nuevo balance del proceso, donde se recogen y depuran las experiencias, y se incita a nuevas luchas. Aunque Argelia obtendría su independencia al año siguiente, sabemos que a partir del asesinato

de Lumumba, gran amigo de Fanon, en 1961, el imperialismo ha recrudecido los medios a su alcance para intentar (vanamente) frenar la descolonización: los nuevos acontecimientos en el Congo, Vietnam y Santo Domingo son un índice claro de ello. Pero ya esto escapa a la visión de Fanon, muerto de leucemia hace cuatro años, a raíz de aparecido su libro.⁵

El primer capítulo, «La violencia», es también el más importante: aquel que expone y sustenta la tesis central del libro. La descolonización solo puede obtenerse por la violencia, «la partera de la historia». En el ejercicio de *esa* violencia, el colonizado se hace otro, un hombre nuevo. Por otra parte, ese proceso debe realizarse tomando en consideración los rasgos específicos de los países del tercer mundo, sin apresurarse a aceptar fórmulas válidas para otras zonas. Fanon llega a afirmar: «los análisis marxistas deben modificarse ligeramente siempre que se aborda el sistema colonial». El propio Lenin había dicho que lo más esencial del marxismo, el alma viviente del marxismo, era el análisis concreto de las situaciones concretas. No es pues sorprendente lo que propone Fanon. Pero a él le interesa subrayar, dramáticamente, la necesidad que tenemos de arribar a soluciones propias, de pensar con nuestra cabeza, de ser originales no por prurito de novedad, sino por fidelidad. Para que ello no sea confundido en forma alguna —y no es esa intención de Fanon, como lo reitera Sartre en su prólogo— con la defensa de una ilusoria «tercera vía», sirve de ejemplo admira-

ble el caso de Cuba. El libro, sin embargo, está escrito desde una perspectiva anterior a Girón y a la declaración por Fidel del carácter socialista de nuestra Revolución. (Solo una nota al pie, en la página 92, parece haberse hecho después de esos acontecimientos). En cualquier caso, su muerte prematura impidió a Fanon ratificar, en el caso de Cuba, en qué forma un país del tercer mundo, al acometer su revolución radical, ve cómo esa revolución es socialista, sin por ello perder, antes al contrario, su fuerza de creación y originalidad.

Sin duda en este capítulo —y en el siguiente, «Grandeza y debilidad del espontaneísmo», que es su complemento— encontramos no pocas observaciones válidas para nosotros los latinoamericanos, pues aunque el libro se dirige de preferencia a los pueblos africanos, contempla el horizonte general de nuestros países todos, con problemas comunes en no pocos puntos. Cuando Fanon nos habla del papel radical del campesinado, de las guerrillas, del surgimiento de nuevas organizaciones revolucionarias, con cuadros que se reduzcan en la lucha campesina, ¿cómo no pensar en nuestras tierras? ¿Cómo no sentirnos involucrados cuando Fanon nos recuerda, con vehemencia, algo que Marx ya había señalado en *El capital*: que el mundo desarrollado se ha hecho gracias a nosotros, sobre nosotros? Marx escribió:

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultura en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que

⁵ Véase una cálida evocación de los últimos días de Fanon, y en general de varios contactos con él, en el último tomo de las memorias de Simone de Beauvoir: *La force des choses*, París, Gallimard, 1963, pp. 619-624, 633-635.

señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos *factores fundamentales* en el movimiento de la *acumulación originaria* [Ed. cubana, La Habana, 1962, I, p. 688].

Fanon corrobora hoy:

Europa [y, desde luego, también los Estados Unidos] se ha inflado de manera desmesurada con el oro y las materias primas de los países coloniales: América Latina, China, África. De todos estos continentes, frente a los cuales la Europa de hoy eleva su torre opulenta, parten desde hace siglos hacia esa misma Europa los diamantes y el petróleo, la seda y el algodón, las maderas y los productos exóticos. Europa es, literalmente, la creación del tercer mundo [96].

El juicio, pues, sobre lo que nosotros somos capaces de provocar en belleza y esplendor, podemos anticiparlo desde ahora en Europa y los Estados Unidos; y al revés: el juicio sobre los crímenes y las devastaciones del capitalismo debe hacerse, sobre todo, aquí: no en Europa, sino en el Congo; no en los Estados Unidos, sino en Vietnam. Solo el tercer mundo conoce en toda su integridad el horror del capitalismo. De ahí su carácter de encrucijada esencial de nuestros días.

Pero a nosotros los latinoamericanos el libro no solo nos ofrece meditaciones de esta naturaleza, válidas para toda la comunidad de pueblos subdesarrollados, y la misma certidumbre de que esa comunidad existe, sino además nos invita a ofrecer nuestra historia inmediata a los demás países del tercer mundo como ejemplo de desbarajuste y fracaso, con alguna que otra

excepción. Confesemos que es una dura prueba, pero, a la vez, que solo así contribuiremos a evitar males de otros, y también a entendernos a nosotros mismos. Es un ejercicio de humildad; también de autoconocimiento. Oigamos a Fanon en el capítulo tercero, «Desventuras de la conciencia nacional». Como para él «en los países subdesarrollados la etapa burguesa es imposible», nuestros países le sirven para mostrar (casi pudiéramos decir que *experimentalmente*), sobre todo a África, para qué sirve nuestra viceburguesía:

La burguesía nacional organiza centros de descanso y recreo, curas de placer para la burguesía occidental. Esta actividad tomará el nombre de turismo y se asimilará circunstancialmente a una industria nacional. Si se quiere una prueba de esta eventual transformación de la burguesía excolonial en organizadora de fiestas para la burguesía occidental, vale la pena evocar lo que ha pasado en la América Latina. Los casinos de La Habana, de México, las playas de Río, las jovencitas brasileñas o mexicanas, las mestizas de trece años [142-143].

¿Pero no han tenido nuestros países gobiernos, delegados internacionales, banderas, himnos, escudos, ejércitos?

La América Latina, formada por países independientes con representaciones en la Onu y con moneda propia, debería constituir una lección para África. Esas antiguas colonias, desde su liberación, sufren en medio del terror y las privaciones la ley de bronce del capitalismo occidental [92, n.].

Y en los gobiernos que hemos contraído, ¿qué pueden aprender los países curiosamente llamados nuevos?

Lo mismo que la burguesía nacional escamotea su etapa de construcción para entregarse al disfrute, en el plano institucional salva la etapa parlamentaria y escoge una dictadura de tipo nacional socialista. Ahora sabemos que esa caricatura de fascismo que ha triunfado durante medio siglo en la América Latina es el resultado dialéctico del estado semicolonial de la etapa de independencia [159].

En otras palabras: a los ojos de Fanon, la América Latina ha resultado un conejillo de Indias para las otras regiones subdesarrolladas. En nuestras vacunas pueden ellas contemplar qué les ocurrirá si persisten en aspirar a una imposible etapa burguesa, realizable en el siglo XIX para los países en vías de desarrollo; entre los cuales, por cierto, no se encontraba España, y menos aún sus desprendimientos ultramarinos. Para esos países, como lo había anunciado ya nuestro Mariátegui, solo una solución es posible hoy. En su prólogo, la resume así Sartre: «Fanon explica a sus hermanos de África, de Asia, de la América Latina: realizaremos todos juntos y en todas partes el socialismo revolucionario, o seremos derrotados uno a uno por nuestros antiguos tiranos» (15). Es natural que, a partir de este criterio, Fanon se refiera de modo especial a la Revolución Cubana, como aquel movimiento que significa para nuestro Continente la salida del criptocoloniaje en que hemos sido situados, hermanándose por ello al vasto movimiento de descolonización de los

países laterales: «El pueblo cubano sufrirá, pero vencerá [...]. También los Estados Unidos van a retroceder un día, quizá ante la voluntad de los pueblos. Ese día lo festejaremos, porque será un día decisivo para los hombres y mujeres del mundo entero» (92, n.).

En cierta forma, el libro de Fanon, en su aspecto más estructurado al menos, concluye con este tercer capítulo. Y, sin embargo, los otros dos capítulos de que también consta distan mucho de ser meros añadidos: uno («Sobre la cultura nacional») es una comunicación dirigida al Segundo Congreso de Escritores y Artistas Negros, Roma, 1959;⁶ otro («Guerra colonial y trastornos mentales»), es un conjunto de hojas clínicas en que se nos da a conocer una serie de alteraciones síquicas provocadas por la guerra. En este último, el siquiatra que nunca dejó de ser Fanon nos ofrece *in vivo* la prueba de cómo el psicoanálisis, al margen de sus aberraciones evitables, es fértil, desde una perspectiva marxista, para la comprensión y curación de numerosos casos. Más allá de la polémica, que puede hacerse bizantina, en torno a la sobrevivencia parcial del freudismo a la luz del pensamiento marxista, Fanon ofrece aquí ejemplos, experiencias.

En el capítulo «Sobre la cultura nacional» no podemos entrar sin que de nuevo América nos dé en la cara. Esta vez, no necesariamente porque ella nos sea nombrada, como en el capítulo

6 Es interesante confrontar esta con su intervención en el Primer Congreso, París, 1956, que ha sido publicada con el nombre «Racismo y cultura» en su libro póstumo *Pour la révolution africaine (écrits politiques)*, París, Maspéro, 1964. Este libro, que contiene varios trabajos suyos escritos durante la guerra argelina y publicados la mayor parte en periódicos, es un importante complemento de *Los condenados...* (Hay edición cubana. Nota de 1967).

tres; sino porque esa anhelante búsqueda de nuestro ser nacional ha sido un tema obligado para nuestros escritores durante todo el siglo xx (*Ariel*, de Rodó, es de 1900; *Lima, la horrible*, de Salazar Bondy, de 1963), y buena parte del xix. Con razón dice Fanon:

Ha podido sorprender la pasión dedicada por los intelectuales colonizados a defender la existencia de una cultura nacional. Pero los que condenan esa pasión exacerbada olvidan singularmente que su mentalidad, su yo se abrigan cómodamente tras una cultura francesa o alemana que ya ha sido demostrada y que nadie pone en duda [193].

Cuando leemos, además: «Esta búsqueda apasionada de una cultura nacional más allá de la etapa colonial se legitima por la preocupación que comparten los intelectuales colonizados para fijar distancias en relación con la cultura occidental en la que corren el peligro de sumergirse», tenemos presentes esas obras que, como las de Martínez Estrada (*Radiografía de la pampa*, 1933), u Octavio Paz (*El laberinto de la soledad*, 1950), al mismo tiempo que fijar esas distancias y subrayar lo específico de sus países respectivos, han abordado (sobre todo Martínez Estrada) la denuncia de las deformaciones de esos países. Tales deformaciones, e incluso sus mismas peculiaridades, no podían encontrar explicación suficiente sino a partir de ese hecho que Fanon desliza en su observación: los meditadores son «intelectuales colonizados». Por ello Paz, en la segunda edición de su libro (1960), añade un capítulo en que considera a los países subdesarrollados («La situación de

los latinoamericanos es la de la mayoría de los pueblos de la periferia. Por primera vez, desde hace más de trescientos años, hemos dejado de ser materia inerte sobre la que se ejerce la voluntad de los poderosos», 172); y Martínez Estrada, en la que acaso fue la última página que escribió («Prólogo inútil» a su *Antología*, México, 1964), reconoce que tuvo oscura conciencia de este hecho, y menciona incluso a Fanon, coincidiendo *a posteriori* con él.

Desborda ya los límites de esta nota insistir en las agudas observaciones de Fanon sobre este punto: su análisis de la «negritud»; su justa ubicación del folclor («la cultura nacional no es el folclor donde un populismo abstracto ha creído descubrir la verdad del pueblo»), y, sobre todo, su síntesis de la verdadera cultura nacional: «La cultura nacional es el conjunto de los esfuerzos hechos por un pueblo en el plano del pensamiento para describir, justificar y cantar la acción a través de la cual el pueblo se ha constituido y mantenido» (215). Y también: «Creemos que la lucha organizada y conciente emprendida por un pueblo colonizado para restablecer la soberanía de la nación constituye la manifestación más plenamente cultural que existe» (226). ¿Cómo no recordar la figura y la obra de José Martí? En otro lugar he intentado demostrar que solo situándolo en el contexto de lo que iba a llamarse tercer mundo podemos entender plenamente el sentido de la tarea y el pensamiento de Martí. Con este libro de Fanon se nos ratifica que lo que en tierras de América pensó e hizo aquel hombre mayor, encuentra comprobación y continuidad en áreas más dilatadas. Ahora, Fanon tiene muchas cosas que enseñarnos a nosotros los latinoamericanos. ©

Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba*

Quiero aprovechar esta ocasión para ordenar opiniones que durante años he expuesto sobre este asunto en trabajos anteriores. El posible (y casi imposible) lector que estuviera familiarizado con ellos, se encontrará pues, en estas notas, con algunos criterios conocidos, aunque sobre todo con relaboraciones. En todo caso, no me resigno a sucumbir a las citas propias, pareciéndome mucho más saludable la norma de Alfonso Reyes: Prefiero repetirme a citarme.¹

Cultura. Intelectuales. Generaciones

Quizá no esté de más entendernos de entrada sobre los términos. «Cultura» e «intelectuales» son términos que voy a emplear

¹ Por una sola vez mencionaré varios de esos trabajos. Algo se encontrará en *La poesía contemporánea en Cuba, 1927-1953*, La Habana, 1954, y sobre todo en *Papelería*, La Habana, 1962, y «Martí en su (tercer) mundo», *Cuba Socialista*, No. 41, enero de 1965. En varios momentos he intentado un balance de la creación artística durante la Revolución; por ejemplo, en *Marcha* (26 de enero de 1962), y en «La Cultura en México», *Siempre!* (8 de agosto de 1962). No es esto lo que intento ahora, aunque me valga de ideas expresadas allí, y en varias encuestas, sobre todo la que Carlos Núñez publicó simultáneamente en *Marcha* y en *Casa de las Américas* (No. 35, marzo-abril de 1966) sobre «El papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional».

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 40, enero-febrero de 1967, pp. 4-18.

en el sentido restringido con que corren habitualmente, aunque sepa que con ello limito sus acepciones posibles. No proceder así, me obligaría a escribir otro trabajo. Aunque «cultura» es toda la creación de una comunidad humana, aquí voy a referirme a ella sobre todo en relación con la literatura, las artes y el pensamiento. No es prescindible, sin embargo, la otra acepción, especialmente en nuestro país, de modo que más de una vez habrán de interferirse ambos campos. «Intelectuales», por su parte, no son solo, como Gramsci ha hecho ver con claridad, los escritores, artistas y pensadores, sino muchos otros, incluyendo por cierto a los políticos. Pero aquí voy a utilizar la palabra en el sentido habitual, aunque no pueda olvidarse esa ampliación o restitución semántica, que por otra parte se aviene con los problemas de una sociedad que carece de cuadros suficientes, y requiere que prácticamente todos los que hayan rebasado la enseñanza primaria desempeñen variadas tareas de servicio. Por último, los problemas abordados aquí afectan sobre todo a los hombres y mujeres cuyo desarrollo intelectual coincide con el de la revolución triunfante. Pero no es posible dejar de aludir a la presencia de otros, aunque, por encontrarse ya formados al llegar la revolución al poder, su repertorio de problemas no coincide necesariamente con el que aquí comento. Ofrezco pues, en primer lugar, un breve esquema generacional de este momento cubano: por supuesto que sin el menor fanatismo por tema tan vapuleado como el de las generaciones.

En Cuba hay tres generaciones bien visibles, flanqueadas por los sobrevivientes de una mayor, de ancianos —el más prestigioso de los cuales es Fernando Ortiz, nuestra primera figura intelectual—, y los jóvenes en vías de formación, que ya

han empezado a dar muestras valiosas de su trabajo. Esas generaciones son, una, la «generación vanguardista», la de los hombres de sesenta años; otra, la «generación de entrerevoluciones», que madura entre la fracasada revolución de 1933 y el acceso al poder de la actual revolución, en 1959; y, por último, la «primera generación de la revolución», que madurará en el proceso de esta. Los más precoces entre quienes están surgiendo ahora («segunda generación de la revolución») coinciden en no pocos puntos con esa generación última, de modo que muchos de estos comentarios también los aludirán,² aunque habrá que esperar, por supuesto, a los años venideros para conocer el desarrollo y sentido de su obra.

Es sabido que a esta división en estratos cronológicos hay que añadir la rajadura vertical de las *posiciones clasistas* (no hablo de *origen*, sino de *actitud* de clase, pues todavía el origen de la mayoría de los intelectuales cubanos es pequeñoburgués). Así, en la generación vanguardista, por ejemplo, Marinello representará la vertiente revolucionaria, y Mañach la conservadora; separación que en la generación siguiente podría verse encarnada en Carlos Rafael Rodríguez y Humberto Piñera. Esta división es evidente, e impide todo excesivo enamoramiento con las determinaciones provocadas por las generaciones. Pero no es menos cierto que un hombre o

2 En un artículo sobre el tema («Generaciones y revolución. Meditación inconclusa sobre un problema», *El Caimán Barbudo*, No. 6, 1966), el joven ensayista Ricardo Jorge Machado coincide en señalar este acercamiento entre los hombres que, en dos oleadas, madurarán *con la revolución*: «Estas dos últimas generaciones», ha escrito Machado, «han sellado una profunda alianza y su identificación espiritual es tal que apenas es posible encontrar diferencias entre sus puntos de vista» (14).

una mujer que tuviera cerca de cincuenta años en 1959, no puede haber vivido el proceso revolucionario como la experiencia *formadora* que ha sido para quienes entonces andaban, como promedio, entre los veinte y los treinta años. En estos, y desde su perspectiva, pienso en las notas que siguen.

Generación vanguardista

Los hombres y mujeres de sesenta años, los de la generación que surge alrededor de 1925, están hoy, o muertos (Martínez Villena, Mañach, Ballagas, Roldán, Caturla, De la Torriente, Enríquez, Abela) o exiliados (unos pocos importantes, como Novás Calvo, Montenegro, Lydia Cabrera) o consagrados (Carpentier, Guillén, Dulce María Loynaz, Labrador Ruiz, Lam, Amelia Peláez). En cualquier caso, su participación activa en la vida cubana actual, salvo excepciones, es escasa. Entre esas excepciones, además de a varios de los últimos, cabe destacar a Juan Marinello y Raúl Roa. Pero es claro que esa generación ha desempeñado un papel de pórtico. Es justo que se la considere como introductora de la vanguardia. (Buena parte de ella se nucleó en torno al órgano de la vanguardia en Cuba, la *Revista de Avance* [1927-1930]). En ella surge la nueva música, que inauguraron Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla volviéndose hacia los aportes negros; en ella, la nueva pintura, con el pionero Víctor Manuel a la cabeza; e incluso el nuevo pensamiento revolucionario, con la inserción del marxismo en la historia cubana, que arranca concretamente de Julio Antonio Mella (uno de los fundadores, en 1925, del primer partido comunista de Cuba) y Rubén Martínez Villena. Es interesante ver cómo muchos de sus

temas, muchas de sus preocupaciones vuelven a ser asumidos en nuestros días, comenzando por el propio marxismo. Es evidente el nuevo interés que ha cobrado la presencia de lo negro en nuestro país, interés que hizo eclosión con aquellos hombres. También ellos se preocuparon por la unidad del Continente nuestro, por nuestro carácter colonial, así como por lo que entonces se llamó, bastante candorosamente, «lo nacional y lo universal», todo lo cual se tradujo en un arte de voluntad nacional, genuina. Naturalmente que estas preocupaciones, al ser retomadas, lo son ahora, por así decir, a un nivel más alto de la espiral. El marxismo, que después de la Revolución de Octubre y los sustanciales aportes de Lenin apenas había progresado (con excepciones como Mao, Gramsci y Lukács), ha reverdecido, con el francotirador Sartre, Althusser, Della Volpe, Luporini, Fischer, Kosik. La preocupación por lo negro, la unidad continental, el carácter colonial son ahora aspectos de nuestras preocupaciones como país subdesarrollado: la asunción de este hecho, en relación con el marxismo, ha ido engendrando en el planeta un pensamiento propio del tercer mundo: Fidel, Che, Fanon. En vez de «lo nacional y lo universal», hablamos ahora de «el subdesarrollo y el pleno desarrollo». Términos que, por otra parte, también pueden convertirse en retóricos.

Generación de enterrevoluciones

La generación que empieza a darse a conocer algo antes de 1940, «generación de enterrevoluciones», es una de las más asfixiadas de nuestra historia. Se abre a la vida entre los rescoldos de la abortada revolución de 1933, cuyas frustraciones van a ser su aire cotidiano,

y será ya madura para cambiar cuando un grupo de jóvenes lleve la revolución al poder en 1959. En ella hay que distinguir un grupo que mantiene vivo el pensamiento marxista: José Antonio Portuondo, Mirta Aguirre, Julio Le Riverend, Carlos Rafael Rodríguez, Juan Pérez de la Riva. Son investigadores más que creadores. Cerca de ellos debe mencionarse a escritores como los narradores Dora Alonso y Onelio Jorge Cardoso y el dramaturgo Carlos Felipe; y, suelto y original, al creciente Samuel Feijoo. Pero el cuerpo más visible de los creadores de la generación se centra en la poesía, y se expresa en revistas como *Orígenes* (1944-1956), de singular relevancia. Ellos transmitirán a los más jóvenes, desde sus posiciones literarias rectoras, el desasimiento político. Mientras otros escritores se exilian o se dan a actividades como el periodismo y la radio, ellos persisten en una tarea obstinada, de confianza, ya que no en la historia presente, en los valores espirituales, que acaban confundiéndose con las esencias secretas³ del país, destartalado en casi todos los órdenes. Su ideario encarnará en el libro *Lo cubano en la poesía* (1958), del mejor crítico de poesía de estos años, Cintio Vitier.

Si repasamos el repertorio de temas de la anterior generación, veremos qué pocos atrajeron a esta. Fuera de aportes como los de la importante revista *Dialéctica* (1942-1947), es escaso el desarrollo del marxismo, que en lo internacional está conociendo los estragos de lo que luego se llamará el «culto a la personalidad», y en el interior el decaimiento de las posibilidades re-

volucionarias. En el grupo de *Orígenes* el interés por lo negro se evapora. La atención hacia lo continental se fragmenta, y «lo cubano» parece desmesurarse. Crecen la intimidad y los «interiores» (véase la excelente pintura de interiores que debemos por ejemplo a Portocarrero). Es una actitud de repliegue, una búsqueda angustiosa de los últimos destellos de una sensibilidad que en la Isla había conocido su momento de fuerza en el siglo XIX. Pues este grupo no representa ya el estado de espíritu de la burguesía cubana de su momento —burguesía entonces desarraigada, presa en los módulos estadounidenses de vida—, sino de la que, con un sentido nacional, brilló en el siglo pasado. Como, al mismo tiempo, no se resigna a la mera repetición de formas, se da a un curioso universalismo imaginario. La imaginación está obligada a suplir lo que la historia misma no puede entregar. La creación se mueve entre la nostalgia de un pasado armonioso (Eliseo Diego), la visión grotesca de un presente absurdo (Virgilio Piñera) y el frenesí de la imaginación (José Lezama Lima). Por su actitud religiosa, varios de estos escritores recuerdan a los que en la Rusia de entrerevoluciones (1905-1917) fueron llamados «los buscadores de Dios», y que influirían en su momento sobre el propio Gorki. La racionalización triunfa sobre el razonamiento, la ideología sobre la ciencia. El costado positivo de esta tarea, sin embargo, es digno de señalarse: por ejemplo, la salida del pintoresquismo, que había sido la trampa que acechaba a la generación anterior y en la que sucumbirían los débiles de esta. Artistas como Portocarrero o Mariano; poetas como Lezama, Baquero, Vitier, Diego o García Marruz; dramaturgos como Piñera representan un considerable enseriamiento en el trabajo expresivo de la Isla.

3 Ver el notable ensayo de María Zambrano «La Cuba secreta», *Orígenes*, No. 20, invierno, 1948, que comenta la antología de Cintio Vitier *Diez poetas cubanos 1937-1947* (1948).

La contrapartida de esta actitud en otros órdenes es menos feliz. A pensadores marxistas no bastante formados, pero con vislumbres magníficas, como Mella y Martínez Villena; e incluso a francotiradores conservadores pero inteligentes, como Mañach (véanse *Indagación del choteo*, 1928, y *Martí, el Apóstol*, 1933), que comprendían que su pensamiento o abordaba nuestros problemas o no pasaba de una especulación hueca, sucede el equipo mediocre de la *Revista Cubana de Filosofía*. Si aquellos no eran filósofos, pero sí pensadores —de acuerdo con el útil distingo de Gaos—, estos no serán ni filósofos ni pensadores, sino pedantes enseñadores de filosofía. Con su mera repetición de temas que tenían cierta vigencia en otras circunstancias, representaron, con pocas excepciones, la vaciedad de este momento. En vano buscaríamos entre ellos algo comparable a la *Teoría del hombre*, del argentino Francisco Romero, o a los trabajos del mexicano Leopoldo Zea. Probablemente no es un azar que este haya sido el único equipo intelectual de esta generación que abandonaría el país después del triunfo revolucionario. Algunos de ellos —caso excepcional entre los intelectuales cubanos—, incluso habían llegado a encontrar conciliables sus pretensas vocaciones filosóficas con el régimen tiránico de Batista.

Primera generación de la Revolución

En 1923 han tenido lugar en Cuba la Protesta de los Trece, capitaneada por Rubén Martínez Villena (en la que un grupo de escritores jóvenes expresó su repudio a un gobierno corrompido), y el intento de Reforma Universitaria, con Julio Antonio Mella a su frente. Treinta años (o dos generaciones) después, el 26 de julio de 1953,

Fidel Castro realiza la acción homóloga de aquellas —que esta vez sí logrará desencadenar la revolución—, al atacar el cuartel Moncada, en Santiago de Cuba. En aquellas acciones de 1923, tuvieron participación destacada los intelectuales. No ocurriría otro tanto en esta de ahora. En el proceso insurreccional reabierto en 1956, y que conduciría a la toma del poder político al romper el año 1959, la participación de los intelectuales coetáneos de los dirigentes políticos fue escasa. Aunque los de más claridad política se nuclearon en la sociedad Nuestro Tiempo —que fue un centro de actividades culturales y no de creación—, y a pesar de contribuciones personales a la insurrección, el desaliento e incluso el despego político que se habían entronizado en la parte más visible de la anterior generación siguieron cundiendo.⁴ No podría decirse, además, que hubiera mejorado la situación intelectual del movimiento marxista internacional, mientras que el macartismo ganaba terreno en muchos órdenes. La podredumbre del país era mayor que nunca antes en su historia. Esa podredumbre la encarnaba la tiranía de Fulgencio Batista, la auspiciaban con plena conciencia el sistema imperante en los Estados Unidos y sus secuaces locales, que habían hecho de Cuba el lupanar del Caribe (los periódicos norteamericanos proclamaban en 1958: «*Visit Havana, the Las Vegas of the Caribbean*»), y generaba una actitud de lucha

4 Para decirlo en palabras de Lisandro Otero, «algunos escritores, los menos, participamos en mayor o menor medida en la resistencia clandestina urbana. Ninguno llegó a destacarse en las guerrillas rurales que luego tuvieron un decisivo papel en el rumbo tomado». Sobre varios puntos tratados aquí, ver de L.O.: «Cuba: literatura y revolución», «La Cultura en México», *Siempre!*, 15 de junio de 1966.

violenta entre los más aguerridos y alertados políticamente, y una actitud de rechazo incluso entre los intelectuales de menos participación política. Se incrementa así entre estos un destierro voluntario que los llevaría a Nueva York, a París, a Madrid, a Roma. Por descontado, se trataba de intelectuales de procedencia burguesa o pequeñoburguesa. La clase obrera y el campesinado difícilmente podían dar de sí una zona intelectual, sumidas como se hallaban en estado de analfabetismo total o parcial. Mientras tanto, según ha descrito el Che Guevara, se va gestando una verdadera vanguardia del país en las montañas.⁵ No es cuestión de presentar ahora como idílicas las relaciones entre los intelectuales *políticos* y los *otros* intelectuales en la generación «vanguardista» (¿es que lo han sido alguna vez?): que no fueron idílicas, lo demuestran el ensayo de Julio Antonio Mella sobre Agustín Acosta, o las actitudes y polémicas de Rubén Martínez Villena una vez que se convirtió en dirigente político. Este último, en 1927, el mismo año en que aparece la *Revista de Avance*, dirige la revista *América Libre*, de sesgo enteramente político. Pero sea como fuere, hubo relaciones: lo atestiguan la Protesta de los Trece o el Grupo Minorista, cuya «Declaración» programática (que fue también el canto de cisne del Minorismo) redactó en 1927 Martínez Villena. En general, ese no fue exactamente nuestro caso. Mella tiene veintiséis años cuando es asesinado. Esa edad

tiene Fidel Castro cuando ataca el Moncada. Que está dotado de extraordinaria claridad política en sus propósitos, lo demuestra su impresionante alegato *La historia me absolverá*. Pero previamente no ha considerado necesario realizar nada comparable a la crítica de Mella sobre Acosta, al diálogo con los intelectuales coetáneos. Entre esos coetáneos, por otra parte, no existe un Martínez Villena; iba a escribir: ni una *Revista de Avance*, pero esto último no sería justo: la edad promedio de los editores de la *Revista de Avance* al comenzar a publicarse era más o menos la edad que teníamos nosotros al llegar la Revolución al poder, en 1959. Al decir «nosotros», pienso en quienes en esa fecha no llegábamos a los treinta años. Así como aquella es llamada por muchos generación de la vanguardia o de la revolución antimachadista, no veo de qué otra manera podría ser llamada la nuestra que «primera generación de la revolución», pero entendiendo esta *a partir de 1959*. Pues si para la vanguardia *política* la revolución comienza en 1953, con el ataque al Cuartel Moncada, y adquiere nuevo impulso en 1956, con el desembarco del Granma y el ascenso a la Sierra Maestra —y durante esos años se va forjando esa vanguardia—, es a partir de 1959, es decir, a partir del momento en que la Revolución está en el poder, cuando la vanguardia *intelectual* recibe una verdadera conmoción que la hace madurar, le va dando su fisonomía histórica.

De entrada, un hecho es evidente: en relación con la vanguardia *política*, esta vanguardia *intelectual* quedó retrasada. No desempeñó siquiera el papel de los futuristas rusos en relación con los acontecimientos de octubre de 1917. Por supuesto que en esto hay responsabilidades personales, que no hay por qué soslayar; pero que tampoco hay que abultar, olvidando que los hombres

5 Ernesto Che Guevara: *El socialismo y el hombre en Cuba*, La Habana, 1965. Se trata de la carta abierta que el Che enviara a Carlos Quijano, el director de *Marcha*. Sobre la construcción de esta vanguardia en el proceso insurreccional de un país subdesarrollado, ver también la intervención de Amílcar Cabral en la Conferencia Tricontinental.

hacen su historia, pero dentro de condiciones que ellos no han hecho. La *intelligentsia* rusa estaba cargada de inquietud revolucionaria mucho antes de que los futuristas empezaran a salir a la calle con blusas amarillas. Desde el último cuarto del siglo XIX, se sabe que el centro de la revolución europea se ha desplazado a Rusia. Voy a mencionar dos ejemplos curiosos, entre los numerosísimos que pueden aducirse, de la conciencia que se tenía, desde nuestra lengua, de esto: uno es el libro, injustamente olvidado, de Emilia Pardo Bazán *La novela y la revolución en Rusia*, que data de 1885; otro, las numerosas anotaciones que sobre el hecho ha dejado, en sus cuadernos de apuntes y fragmentos, José Martí, y que, a pesar de su importancia, no han sido, que yo sepa, estudiados separadamente. Pues bien: ese desplazamiento a Rusia de la posibilidad revolucionaria, esa *espera de la revolución*, del gran vuelco, está presente, aunque con altibajos, en la vida intelectual rusa durante varias generaciones, y será expresada dramáticamente, llegada la revolución, no solo por los marxistas y por los futuristas, sino incluso por un simbolista religioso con Alexandr Blok, en sus sobrecogedores poemas «Los doce» y «Los escitas». No era equivalente la vida intelectual cubana del cuarto de siglo anterior a 1959. No me refiero solo a densidad intelectual, que haría grotesco el paralelo, sino a tensión esperanzada. Desde que en enero de 1934 un fugaz gobierno revolucionario es derrocado por Batista, y más aún desde que en 1935 este hace asesinar a Antonio Guiteras, alma de aquel gobierno, el país vivirá —también con altibajos, desde luego— de la desesperanza y la desilusión. Esa es la actitud que reflejan los «buscadores de Dios» de la revista *Orígenes*.

Por tanto, no es en un medio tenso por la espera de la revolución, sino en un medio lleno de escepticismo y despego (escepticismo y despego traducidos en la difícil vida intelectual), en el que Fidel Castro va a desencadenar una de las más profundas revoluciones de la historia, con su asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Su apoyatura intelectual no va a recibirla de pensadores inmediatos a él, sino de José Martí. Y esto, que hoy nos parece lo más natural del mundo, esto solo, el saltar por encima de la mediocridad ambiente e ir a entroncar de modo vivo con el único gran pensamiento original que se había engendrado en esta tierra, ya era una definición. También en la manera de conducir la lucha militar, a partir de 1956, lo veremos prescindir de las tácticas que una y otra vez habían demostrado su inutilidad durante la República mediatizada, y hacer renacer entre nosotros la *guerrilla* de los mambises. Después de todo, no es tan sorprendente que Fidel haya sobrepasado a los intelectuales cubanos, quienes vivían bien confundidos y desesperanzados en esta tierra, cuando a los políticos más avezados (pienso en la izquierda, por supuesto) también los sorprendió y sobrepasó. En un orden como en otro —aquí es el momento de recordar de nuevo que el político es un intelectual, y que solo convencionalmente es dable separar estas tareas— puso el dedo en la llaga.

Pero sea como fuere, es lo cierto que, a los ojos de la revolución, como lo han expresado Fidel y el Che, los intelectuales teníamos que recuperar el tiempo perdido, recuperarnos a nosotros mismos, hacernos intelectuales *de* la revolución *en* la revolución. Y esto debía ocurrir en una revolución que ya era poder. Así como el partido iba a ser constituido *después* de ser la revolución

gobierno —mientras que, habitualmente, una de las metas de un partido revolucionario es la toma del poder político—, de manera similar, los intelectuales de la revolución iban a hacerse tales, en medida considerable, después de esa toma del poder político. (Todavía a principios de 1965, en su carta abierta a Carlos Quijano [«El socialismo y el hombre en Cuba»], el Che expresará su impaciencia por esa intelectualidad revolucionaria. Pero el 15 de diciembre de 1960 ¿no se había dirigido Fidel a la propia clase obrera para recordarle que su misión no era luchar por migajas, sino por el poder político?). Ahora bien: no se trata de lamentar la ayuda que como guerrilleros hubieran podido prestar los intelectuales, sino de conocer (para aliviar) el retraso en su formación como intelectuales revolucionarios.

Etapas de una formación

Los problemas para esa formación no son, por supuesto, simples. No basta con adherir verbalmente a la revolución para ser un intelectual revolucionario; ni siquiera basta con realizar las acciones propias de un revolucionario, desde el trabajo agrícola hasta la defensa del país, aunque esas sean condiciones *sine qua non*. Ese intelectual está obligado también a asumir *una posición intelectual revolucionaria*. Es decir, fatalmente problematizará la realidad, y abordará esos problemas, si de veras es revolucionario, con criterio de tal. Pero ello es resultado de un proceso, tan intenso y violento como la propia revolución lo ha sido entre nosotros. En ese proceso pesará su formación anterior, las influencias que han gravitado (y no dejarán de hacerlo de repente) sobre él, y prejuicios diversos, entre los cuales

algunos se han revelado simples juicios, como en lo tocante al «realismo socialista».

Ese proceso personal no es con frecuencia sino la interiorización de un proceso colectivo que debemos ver en su conjunto, y en sus distintos momentos. Esos momentos no se separan por una fecha, pero tampoco son enteramente imprecisos.

Podrían señalarse *grosso modo* tres instantes: uno inicial, que abarcaría hasta la victoria de Giron; otro, que incluye la denuncia del sectarismo y la Crisis de Octubre, en 1962, y se extiende hasta 1964 al menos; y otro, en nuestros días.

El momento inicial de este proceso es de exaltación precrítica. La revolución —que por entonces muchos tienden a entender tan solo negativamente, como *lo otro* opuesto a la tiranía batistiana— es tanto una realidad como una posibilidad: vive una indefinición que no hace sino traducir las tensiones internas mantenidas durante ese tiempo entre quienes pretendían amoldar la revolución a esquemas burgueses tradicionales, y quienes comprendían que ella estaba obligada, más temprano o más tarde, a hacer estallar esos esquemas. En el orden de la creación artística, ese instante de exaltación, mezcla de fervor y confusión, está expresado, principalmente, en el semanario *Lunes de Revolución*. Hay, en general, más entusiasmo, e incluso *embullos* cubanos, que reflexión sobre lo que estaba ocurriendo de veras. La reflexión, por otra parte, no podía anteceder a la clarificación de los hechos mismos. Por supuesto, apenas hay algo que pueda llamarse entonces un arte o una literatura de la revolución. Las gavetas se han abierto, y una papelería guardada durante años ha salido a la luz. Habría que ir a buscar la expresión literaria y artística de este momento en grandes piezas oratorias, en ciertos reportajes, en

algunos poemas y narraciones testimoniales, en fotos y documentales intensos. La imaginación, que había podido reinar unos años atrás, cede su lugar al testimonio, incluso al documento. Pero junto a estos crecen formas experimentales que irán desarrollándose en los años sucesivos y que, aunque no constituyan siempre una novedad, garantizan una continuidad imprescindible para ulteriores desarrollos. En las artes plásticas, por ejemplo, alcanzan su madurez artistas de surgimiento anterior, de Mariano a Servando Cabrera Moreno, y se reconoce como de primera fila a jóvenes como Raúl Martínez, Antonia Eiriz y Ángel Acosta León, con quienes se aclimatan en Cuba desde el expresionismo abstracto hasta la nueva figuración, el *pop art* y un original lirismo onírico. En la música, se sale al fin del folclorismo en que (con excepciones como la de Ardévol y Gramatges) se desangraba la herencia de Roldán y Caturla, y con Juan Blanco y otros músicos más jóvenes se inicia la creación de la música serial y electrónica, que llegará a utilizarse en grandes actos masivos. Pero este desarrollo de lo que había parecido natural en aquel primer momento, no se realiza armoniosamente, sin tropiezos: o al menos, sin sobresaltos. Los acontecimientos de 1960 precipitan en Cuba la radicalización. Los intentos estadounidenses por aplastar violentamente a la revolución dividen las aguas: la burguesía decide traicionar al país, mientras las clases populares se aprestan a defender el poder revolucionario. En una sucesión dramática de golpes yanquis y contragolpes cubanos, la revolución va asumiendo medidas cada vez más profundas. Ya en septiembre de ese año, en la primera *Declaración de La Habana*, se expresa, sin nombrarse, el carácter socialista de la Revolución. Y el nombre se hará explícito

en abril de 1961, al día siguiente del bombardeo norteamericano a Cuba que preludió la invasión. La indefinición ha concluido. La Revolución Cubana, dicho por boca del propio Fidel Castro, es reconocidamente socialista: marxista-leninista, como se especificará más tarde. Cuba forma parte de la comunidad de países socialistas. Nadie podrá llamarse a engaño sobre este punto. Con los mismos hombres al frente, la Revolución Cubana ha conocido una radicalización que la hace pasar de una etapa a otra. Además, la victoria obtenida por Cuba hace que aquella definición vaya acompañada por un sentimiento de triunfo.⁶

Pero a pesar de ese sentimiento de triunfo, el hecho de que Cuba se haya convertido en uno de los países socialistas hace que muchos se interroguen sobre el destino de la vida intelectual, especialmente del arte. ¿Se conservará la libertad de expresión de los dos años anteriores? ¿O, por el contrario, Cuba, como otros países socialistas, va a implantar normas estrechas a la expresión artística? Estas preocupaciones acaban por conducir a memorables reuniones de escritores y artistas con Fidel y otros dirigentes de la Revolución, en junio de 1961. Al final de esas reuniones, en las que muchos hablan copiosa si no siempre lúcidamente, Fidel pronuncia el discurso que será publicado con el nombre *Palabras a los intelectuales*, en que afirma que la Revolución no implantará norma alguna en cuestiones de arte, no existiendo más limitaciones para este que la propaganda contrarrevolucionaria. Sin embargo, las preocupaciones no se desvanecen del todo, porque el país va a conocer lo que el propio Fidel

6 Sobre la evolución histórica de la Revolución Cubana, ver el trabajo imprescindible del Che Guevara «Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?», *Verde Olivo*, 9 de abril de 1961.

desenmascarará, el 26 de marzo de 1962, con el nombre de *sectarismo*. Sectarismo y dogmatismo han encontrado siempre en el arte una víctima particularmente propicia para ejercer sus errores. Nuestro caso no habría de ser la excepción. Ello explica las enconadas polémicas mantenidas esos años en torno a los problemas estéticos. Simplificando los términos de esas polémicas, que involucraban a artistas y a algunos funcionarios, sus extremos podrían ser, uno (sobre todo el de algunos funcionarios), la postulación de un arte más o menos pariente del realismo socialista; otro (el de la gran mayoría de los artistas), la defensa de un arte que no renunciara a las conquistas de la vanguardia. La derrota del primer punto de vista fue sancionada cuando el Che, en *El socialismo y el hombre en Cuba*, dio el puntillazo al realismo socialista, aunque no le pareciera enteramente satisfactorio el segundo punto de vista: para él, es menester no contentarse con esa posición, sino ir más allá. Solo que para ir más allá hay que partir de algún lado, y la vanguardia parece un buen punto de partida —si no de llegada.

Por supuesto, las discusiones sobre temas estéticos no eran solo eso. Criterios extraestéticos diversos, como no podía menos de ser, estaban en el fondo de esas polémicas. Conviene recordar la observación de Gramsci:

Luchar por un nuevo arte significaría luchar por crear nuevos artistas, lo cual es absurdo, ya que estos no pueden ser creados artificialmente. Se debe hablar de lucha por una nueva cultura, es decir, por una nueva vida moral, que no puede dejar de estar íntimamente ligada a una nueva intuición de la vida, hasta convertirla en una nueva manera de ver y sentir la realidad, y, por consiguiente, en un mundo

íntimamente connaturalizado con los «artistas posibles» y con las «obras de artes posibles».⁷

Aun vueltos sobre los problemas gremiales, habíamos ido a dar, pues, con el meollo de la revolución toda, la «nueva vida moral», dicho en términos de Gramsci, o la construcción del «hombre nuevo», en palabras retomadas por el Che. Así entramos en lo que podríamos llamar el tercer instante de este proceso: ni precrítico ni defensivo, sino crítico y confiado, en la medida en que los hechos mismos, tanto como la meditación sobre esos hechos, han ido obligando al desarrollo de intelectuales revolucionarios.

Naturalmente que estos instantes no se separan bruscamente ni, en rigor, se *extinguen*. Un poco a la manera de las *etapas* de un artista, de las que con tanta lucidez ha hablado Cortázar, encontramos de pronto un brote, un reverdecimiento de actitudes que habíamos dado por muertas. Acaso podrían presentarse estas etapas como el predominio de unas fuerzas sobre otras, pero no necesariamente como el exterminio de unas u otras. Hay un momento en que predomina el dogmatismo y hay otro en que está mitigado, en retirada. Pero el dogmatismo es un mal que acecha a la Revolución, porque se apoya en la comodidad y en la ignorancia, porque dispensa de pensar y provee de aparentes soluciones fáciles a problemas intrincados. El antidogmatismo es su contrapartida: se justifica su vigilante presencia en la medida en que, efectivamente, el dogmatismo amenaza; pero bajo su máscara simpática puede encubrirse quien prefiera decir que está combatiendo al dogmatismo para no decir, abiertamente, que es a la Revolución a la que combate.

7 Antonio Gramsci: *Literatura y vida nacional*, trad. del italiano por J.M. Aricó, Buenos Aires, 1961, pp. 25-26.

Algunos problemas del intelectual revolucionario

Hace poco me preguntaba en México Víctor Flores Olea por qué los intelectuales cubanos no participaban sino excepcionalmente en las discusiones sobre problemas de tanto interés como las referidas al estímulo material y al estímulo moral, a la ley del valor, etcétera, asuntos que solían ser tratados por el Che, Dorticós y otros. Creo que le respondí que tales compañeros también eran intelectuales, y que, por la naturaleza de su trabajo, abordaban tales asuntos. Incluso añadí que, dada su formación, de ser él, Flores Olea, un intelectual cubano actual, muy probablemente hablaría no como un francotirador, sino desde una posición de gobierno, como era el caso de los compañeros mencionados. La pregunta quedaría pues transformada en esta otra: ¿por qué los poetas no hablan sobre los estímulos materiales y morales?, ¿por qué los dramaturgos no abordan la ley del valor?... Si efectivamente respondí así (como creo), la respuesta podría ser ingeniosa, pero era insuficiente. La pregunta va más lejos, y, entre otras cosas, roza este punto: los intelectuales cubanos, que han debatido lúcidamente sobre cuestiones estéticas, deben considerar otros aspectos, so pena de quedar confinados en límites gremiales. De hecho, como dije arriba, tal abordaje está ocurriendo, en ese proceso de conversión en intelectuales de la Revolución, que no lo serían si no se plantearan problemas así, referidos a la construcción de una nueva cultura.

En esa ampliación del conjunto de problemas propio de un intelectual, hemos topado con la condición real de nuestro país, la condición de país subdesarrollado, de país del tercer mundo, con toda la secuela de problemas laterales que

ello supone. Pues no se trata de posar de primitivo, de pintarrajearse de salvaje, sino de asumir, concientemente, la verdadera condición de nuestra historia. Es como si se nos hubieran hecho transparentes cuestiones consideradas en libros como *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada, o *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz. ¿Y por qué no en el ya lejano *Ariel*, de Rodó? Con los instrumentos a su alcance, el uruguayo se planteaba problemas que siguen conmoviéndonos. Solo que ahora sabemos en qué consiste el «secreto» de nuestra América y los vínculos que la unen entre sí, los cuales no están sustentados en sentimentalismos ni en actitudes idealistas, sino en visibles razones estructurales que destacaría, por ejemplo, Mariátegui. En el Primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba, en agosto de 1961, dijo Alejo Carpentier que nos hacía falta un Rodó que supiera economía.⁸ Cuando se lo comenté a Martínez Estrada, él me dijo: «Ya existió. Fue Martí». En efecto, el primer intelectual latinoamericano en comprender a plenitud nuestra pertenencia a eso que iba a ser llamado tercer mundo, fue José Martí. Él vio la trampa que yacía detrás de la fórmula «civilización contra barbarie», propagada por Sarmiento. Su

8 «Para que *Ariel*, de Rodó, significara algo más que una grácil divagación en torno a la democracia y el utilitarismo», dijo Carpentier, «[...] hubiese sido preciso, sencillamente, que Rodó estudiase un poco de economía política». Este discurso fue recogido por Carpentier, con el nombre «Literatura y conciencia política en América Latina», en *Tientos y diferencias* (México, 1964), y constituye una admirable toma de posición del gran novelista. Un enfoque moderno de Rodó, donde incluso se recogen páginas antintervencionistas casi desconocidas del autor de *Motivos de Proteo*, nos lo da Mario Benedetti en *Genio y figura de José Enrique Rodó*, Buenos Aires, 1966 (ver sobre todo pp. 104-105).

pensamiento y su acción estuvieron consagrados a conquistar el ámbito verdadero que corresponde a la que él mismo llamó «nuestra América» para distinguirla de «la América europea». Ese ámbito verdadero no podría ser, de ninguna manera, una réplica boquiabierta de la presunta «civilización», sino algo nacido orgánicamente de nuestros problemas. No me parece exagerado decir que Martí es el primer pensador del tercer mundo. No es por eso raro que el pensamiento de la Revolución Cubana se haya vuelto a él desde el primer momento (recuérdense las numerosas alusiones a Martí en *La historia me absolverá*), y que los intelectuales cubanos, al afrontar los problemas inherentes a nuestra condición subdesarrollada, para entender el curso de la Revolución, se hayan encontrado releando (a veces como si leyeran por vez primera) sus páginas. Volver a Martí después de haber conocido a Fidel, al Che, a Fanon, a Amílcar Cabral, es por lo menos un sacudimiento. ¡Cuántas cosas habían sido dichas ya por ese hombre! Y no es solo hojeando ciertos textos o escuchando los violentos o pedagógicos discursos de Fidel como un intelectual cubano verifica su necesaria pertenencia al conjunto de pueblos cuyos representantes se reunirían en la Conferencia Tricontinental en 1966. Vivir en La Habana —como supongo que le ocurrirá a quien viva en la Ciudad de México, en Buenos Aires o en Caracas— puede no auxiliar demasiado a esa verificación. Pero a diez kilómetros de La Habana empieza el tercer mundo, empiezan los bohíos que recuerdan a chozas africanas, empieza el brutal trabajo agrícola a mano. Ningún cubano que haya pasado una temporada cortando caña, en el momento en que el hombre se pasea por el cosmos, duda de que el suyo sea un país subdesarrollado, aunque personalmente él pueda recibir

cada semana *L'Express* o leer cuatro idiomas. Su óptica toda quedará enmarcada dentro de esa realidad. Escribirá, y sobre todo pensará, dentro de ese contexto.

Es dentro de ese contexto, por ejemplo, que nos planteamos un hecho tan importante para nosotros como la irrenunciable herencia de los hallazgos de la vanguardia contemporánea. En Europa ha vuelto a discutirse últimamente sobre la vanguardia. Pero nosotros, en la América Latina, apenas lo hemos hecho en relación con nuestra realidad. Apenas hemos discutido sobre las relaciones entre vanguardia y subdesarrollo. Sin embargo, consideraciones teóricas previas, que apuntaban a este tema, no nos faltan: en Martí, en Mariátegui, en el mismo Vallejo, por ejemplo. La vanguardia nace en Europa de la crisis del mundo capitalista. Sucede, sin embargo, que nuestras sociedades atrasadas no presentan ni pueden presentar crisis similares. ¿Vamos por eso a prescindir de lo que ha conquistado esa vanguardia? ¿Vamos a recluirnos en expresiones agrestes y deplorablemente folclóricas? Y si no, ¿cómo vamos a separar lo que corresponde a la sociedad capitalista y lo que es utilizable, asimilable por nosotros? En nuestro caso, a los términos *vanguardia* —de por sí bastante conflictivo— y *subdesarrollo*, se añade el de *revolución*. Se trata de hacer un arte de vanguardia en un país subdesarrollado en revolución.

Hacer un arte de vanguardia en un país en revolución ya se había revelado bastante enmarañado. Una de las infelicidades de este siglo ha sido, precisamente, la separación entre las dos vanguardias, la política y la estética, las cuales habían demostrado que podían fertilizarse mutuamente, en los primeros años de la Revolución Rusa, los años de Lenin y Lunacharski, de Eisens-

tein y Mayacovski, de Meyerhold y Babel, de los constructivistas y de los llamados formalistas.⁹

Enzensberger ha llamado la atención sobre las vicisitudes del propio término «vanguardia», que saltó del habla militar a otras hablas: según él, Lenin es acaso el primero en aplicarlo a la vanguardia política. Sea como fuere, hoy es moneda de uso corriente entre los revolucionarios. La vanguardia política es minoritaria, pero no es una minoría, sino la avanzada de una clase. La vanguardia artística, de modo similar, si de veras es una vanguardia, no es una minoría, una torre de marfil, una pandilla, una «trenza» (como se dice en el Río de la Plata) o una «piña» (como se dice en Cuba), sino la avanzada de un conglomerado que va a recibir, más tarde o más temprano, las consecuencias de esa vanguardia. Hoy, aun los más ignorantes de las realizaciones de la pintura moderna es probable que trabajen en casas, monten en vehículos y utilicen cucharas, ceniceros y vestidos que son una consecuencia de lo que la vanguardia artística ha conquistado durante más de medio siglo. Sin embargo, como sabemos, los que comprenden bien la necesidad de una vanguardia política no siempre han comprendido la necesidad de una

vanguardia estética. El resultado ha sido la bifurcación entre una cultura oficial convencional y una cultura real de vanguardia, pero marginada. Es aspiración nuestra que esto no ocurra en Cuba, como no ha ocurrido hasta ahora.¹⁰

El asunto se complica entre nosotros por nuestra condición de país subdesarrollado. Vivir en un país subdesarrollado quiere decir vivir en un país que es (en nuestro caso, ha sido) saqueado, cuya población es semianalfabeta, a menudo con escasa confianza en sus valores, complejo de inferioridad y fascinación consecuente por otras formas de existencia. Parece innecesario insistir en que este cuadro puede auxiliar muy poco al desarrollo de una expresión de vanguardia. Pero es evidente que la Revolución, con la campaña de alfabetización primero y de seguimiento después, ha afrontado en la raíz misma el desafío cultural básico. Sobre estas soluciones se está edificando la nueva cultura. Esas campañas masivas, lejos de estar en oposición a una creación rigurosa y exigente, son la condición para su desarrollo. A veces, sin mucho rigor, hemos comparado las actividades intelectuales con las deportivas: ¿cómo, si no gracias a la participación masiva en el deporte, podríamos encontrar sus mayores figuras?; ¿cómo, si no gracias a la participación masiva en las actividades de cultura, podríamos tener una cultura rigurosa? Esta se desarrollará en el futuro. Pero esa creación de vanguardia en un país subdesarrollado en revolución no es solo

9 Es evidente que este asunto, que apenas es rozado aquí, debería considerarse partiendo de un saneamiento del propio término «vanguardia». Además de su primer significado militar, y de su desplazamiento político, en el orden intelectual la palabra «vanguardia» ha sido empleada con estas acepciones: a) conjunto de intelectuales de avanzada; b) arte renovador; c) momento particular de ese arte, ubicado cronológicamente, *entre nosotros*, más o menos en la década 1920-1930. Todavía puede dividirse más este cabello. Se encontrará un enfoque interesante del último punto, tomado en escala europea, en el libro de Mario de Micheli *Las vanguardias artísticas del siglo veinte*, trad. del italiano por G. de Collado, La Habana, 1967.

10 A lo largo de estos años, abundan los ejemplos individuales de coincidencia de ambas vanguardias: Mayacovski, Picasso, Eisenstein, Brecht, Vallejo, Alberti, Neruda, Hikmet, Éluard, Nezval son solo algunos nombres.

una teoría. Ya van existiendo una poesía (Jamís, Fernández, Padilla, Barnet), una narrativa (Soler, Otero, Desnoes, Díaz), una pintura (Martínez, Eiriz, Peña), un cine (Álvarez, Gutiérrez Alea, García Espinosa, Solás), una música (Blanco, Fariñas, Brouwer), una dramaturgia (Estorino, Brene, Quintero), una fotografía (Corrales, Korda, Mayito), una crítica (Fornet, G. Pogolotti, Leal, De Juan) que responden a estos criterios.

Importancia particular tiene para nosotros el pensamiento que necesariamente habrá de considerar hoy un intelectual en Cuba. «Se era cartesiano, se es marxista», sentenció con gracia el pintor Braque hace años. Pero hoy, ese «se» no es tan deliciosamente unívoco como la frase podría hacernos creer. En el campo socialista, al congelamiento monolítico de muchos años ha sucedido, en lo político, el pluricentrismo; en el pensamiento en general, una flora todavía más ambiciosa que rica. Entre los que nos han descrito con la mayor lucidez la situación está Louis Althusser. El propio Althusser representa uno de los mejores ejemplos existentes. Él descubrió para el marxismo lo que Chesterton para el catolicismo: que la más sensacional de las heterodoxias podía ser la ortodoxia. Otros, con menos rigor e inteligencia, saltan de una ortodoxia sin ventanas a una heterodoxia sin sentido. De cualquier forma, el panorama se ha hecho variado. Indudablemente, el marxismo ha vuelto a reverdecir. Sin embargo, no contamos aún no solo con una estética marxista suficiente –cuya ausencia fue acaso la primera en que reparamos–, sino tampoco con una ética; y, según preocupa al Che, ni siquiera con una economía política del período de transición. Si ello puede decirse a escala internacional, no costará trabajo comprender lo

que significa para un pequeño país de desarrollo cultural relativamente escaso.¹¹

En la consideración de estos problemas, no se procede solo como un especulador puro. Un error teórico, cometido por quien puede convertir sus opiniones en decisiones, ya no es solo un error teórico: es una posible medida incorrecta. Con

11 No sé si se deberá a esta voluntad nuestra de no cerrarnos dogmáticamente sobre unas cuantas verdades reveladas, sino, por el contrario, abrimos a la amplia discusión del marxismo contemporáneo –apertura que nos ha llevado a publicar a Althusser, Fanon, Sánchez Vázquez, Debray y otros en la revista *Casa de las Américas*–; no sé, digo, pues ella no lo especifica, si se deberá a este hecho el haber recibido este comentario de una amiga como Sol Arguedas: «Para aquellos latinoamericanos que vamos conociendo el socialismo a través de las experiencias de Cuba, y estudiando, para aprovecharlas, sus enseñanzas prácticas y sus concepciones teóricas, resulta muy desconcertante leer algunos artículos que aparecen, o aparecían de vez en cuando, en la revista *Casa de las Américas*» (Sol Arguedas: «¿Dónde está el Che Guevara?», *Cuadernos Americanos*, mayo-junio de 1966, p. 68). Y a propósito de esto: lo que es verdaderamente descocado es lo que ha escrito en *Politika*, de Belgrado, Frane Barbieri, al comentar aviesamente la carta que un grupo de escritores cubanos enviamos al gran poeta chileno Pablo Neruda. «En las páginas de la revista habanera *Casa de las Américas*, y en manifestaciones de los artistas latinoamericanos publicadas en esta revista, en La Habana», afirma este impávido calumniador, «comenzó a recibir una fisonomía cada vez más determinada la tesis extremista sobre la revolución cultural en este continente» (*sic*). De esta manera, el país socialista que al mismo tiempo que realiza una gigantesca campaña de alfabetización publica masivamente a autores como Kafka, Joyce, Proust, Robbe-Grillet; el país que se enorgullece de contar entre sus grandes figuras artísticas a creadores de vanguardia como Carpentier, Guillén, Lezama, Lam, Portocarrero, es tranquilamente acusado de fomentar una llamada «revolución cultural» como la que estamos presenciando ahora, preocupados (e insu-

medidas incorrectas hemos topado, y ellas plantean, por lo pronto, un problema de conciencia a un intelectual revolucionario, que no lo será de veras cuando aplauda, a sabiendas de que lo es, un error de *su* revolución, sino cuando haga ver a quien tenga que hacérselo ver que se trata de un error. Su adhesión, si de veras quiere ser útil, no puede ser sino una adhesión crítica, puesto que la crítica es «el ejercicio del criterio», según la definición martiana. Cuando hemos detectado tales errores en la Revolución, los hemos discutido. Así ha pasado no solo en el orden estético, sino con equivocadas concepciones éticas que se han traducido en medidas infelices. Tales medidas fueron rectificadas, unas, y otras están en vías de serlo. Y ello, en alguna forma, por nuestra participación. No hablo de esto para felicitarnos. Más bien para decir que en discusiones así va integrándose más a la Revolución un intelectual. La Revolución no es una cosa ya hecha, que se acepta o se rechaza, sino un proceso, cuyo curso ya no es exactamente el mismo una vez que estamos inmersos en él: de alguna manera, por humilde que sea,

ficientemente informados), en China. En contraste con estas mentiras goebelsianas, es interesante saber lo que ha escrito órgano tan poco sospechoso de radicalismo como el londinense *Times Literary Supplement* (el 11 de agosto de 1966) sobre la encuesta aparecida en el número 35 de *Casa de las Américas*. Esta encuesta versó sobre «El papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional», y en ella, además de escritores europeos como Alberto Moravia y Régis Debray, participamos escritores latinoamericanos como Jorge Zalamea, Mario Vargas Llosa, Gonzalo Rojas y yo. En dicha encuesta, afirma el periódico inglés, «puede ser discernido, en su conjunto, una ausencia de unción y dogmatismo. Después de todo, incluso en Cuba los excesos del realismo socialista han sido desdeñados».

con nuestro concurso contribuimos a modificar ese proceso; de alguna manera, *somos* la Revolución. Hay un momento en que, al hablar de ella, se dice: «*Hemos* hecho esto porque...». Ese momento, si es genuino, decide nuestra vida. Ya no discutiremos palabras, ni (solo) las últimas teorías, sino hechos, y las meditaciones reales sobre esos hechos. No creemos en la salvación individual, calvinista, en busca de la cual salen tantos fuera del país. Entenderemos por qué hombres y mujeres mucho mejores que nosotros pudieron consagrar y consagran sus vidas al mejoramiento colectivo, a la erradicación de la miseria, de la humillación, de la ignorancia, de la fealdad, del sinsentido. Una revolución no es un paseo por un jardín: es un cataclismo, con desgarramientos hasta el fondo. Pero es sobre todo la deslumbrante posibilidad de «cambiar la vida», como anhelaba Rimbaud. Cuando así lo hemos asumido, podemos decirle a nuestra Revolución lo que José Martí dijo a su verso: «o nos condenan juntos, / O nos salvamos los dos!».

Septiembre de 1966

Posdata de diciembre de 1992

En este ensayo, hecho de hipótesis garabateadas de prisa hace veintiséis años en medio del fuego, es poco lo que he retocado, no obstante la tentación grande de ir más lejos. Me ha detenido haberme vuelto uno de los nuevos «hombres y mujeres de sesenta años» de cuyos equivalentes se habla con admiración pero distanciamiento en las páginas anteriores. Correspondería a alguien de la edad que yo tenía entonces, más que escribir este trabajo, escribir otro distinto. Pero no lo ha hecho, ni es seguro que lo haga. Después de

todo, cada escritor, cada ser humano es libre de hacer lo que le plazca. Yo he sentido la reiterada necesidad de intentar aclararme y aclarar ciertas cuestiones. Otros sienten y sentirán otras necesidades, a lo que tienen pleno derecho.

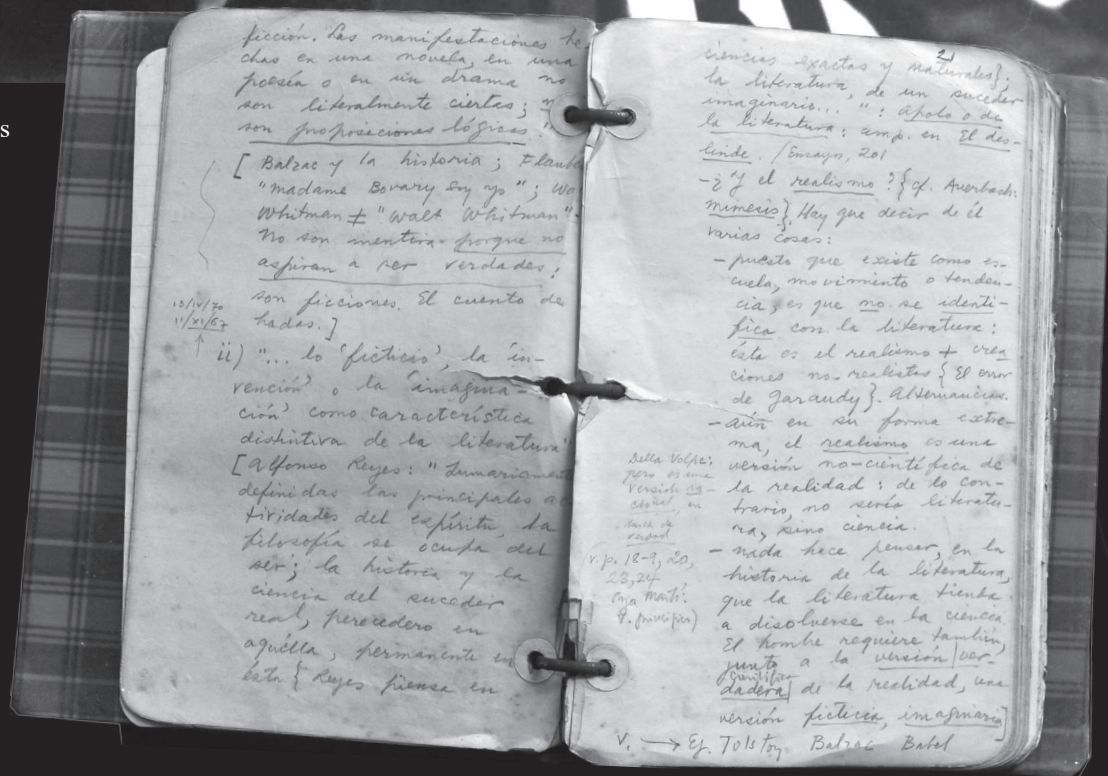
Ahora bien, algunas cosas debo decir sobre el ensayo, dejando de lado que hay en él más de una presencia que se volverían sobrantes en un trabajo sobre la intelectualidad revolucionaria (pero que además de ser un porcentaje mínimo no voy a borrar, pues aquellas páginas se refieren al pasado: en cambio, alivié algunas ausencias), criterios ya no compartidos, y, en fin, lo habitual en un texto de muchos años atrás. Pues si él fue un material de inmediata actualidad, ahora hace bueno el verso de Dante que tanto me gusta, y donde se dice de los seres del mañana (quienes en su hornada inicial ya están aquí) «*che questo tempo chiameranno antico*». Por cierto: lo antiguo ha tenido siempre para mí extraños vínculos con el presente y el porvenir. Razón por la cual saludé con un cuaderno de versos titulado *Vuelta de la antigua esperanza* el triunfo revolucionario de 1959, que para muchísimos fue motivo de júbilo; para muy pocos, de desolación; y para futuros traidores, de forcejeos en busca de puestos (en las nóminas y bajo el sol) y de injurias a quienes consideraban obstáculos en su sórdida cacería, preludio de otras sordideces y de incontables falsedades.

Creía cuando escribí aquel trabajo que las generaciones anteriores habían cumplido ya su faena mayor, sin duda muy importante. Por suerte, estaba equivocado. En no pocos casos, esa faena se enriquecería después a veces hasta hoy mismo, e incluso echaría una luz definitiva sobre lo previamente realizado. Aunque los ejemplos que podría aducir son muchos, basten los de Alejo Carpentier y Cintio Vitier.

En cuanto a mi propia ubicación (que solo es útil conocer para que no parezca que pretendí escribir *sub specie aeternitatis*), después de haber sido hecho un socialista romántico y un vanguardista tardío alrededor de 1946, por autores como Bernard Shaw en un caso y Gómez de la Serna en otro, a quienes sigo admirando; de haber conocido la cárcel en 1949, por boicotear una delegación dizque cultural enviada por el gobierno franquista, en 1950, a mis veinte años, publiqué mi primer cuaderno de versos, *Elegía como un himno*, dedicado a la memoria de Rubén Martínez Villena, a quien también sigo admirando, y estuve en 1951 entre los fundadores de la sociedad cultural Nuestro Tiempo. Poco después, ese mismo año, empecé a colaborar en *Orígenes*, y me sentí a gusto entre los admirables poetas de más edad nucleados en torno a aquella noble revista, que acogería luego a poetas de mi propia generación con quienes iba a estar muy unido, como Fayad Jamís, sobre todo, Pablo Armando Fernández y Pedro de Oraá. Sin embargo, no me consideré (ni, lo que acaso cuenta más, me consideraron sus integrantes, a varios de los cuales quiero y debo mucho) miembro del que sería conocido como grupo Orígenes, no obstante haber sido él para mí un taller, como recordó el propio Lezama al comentar los vínculos que con razón veía entre *Orígenes* y *Casa de las Américas*. Finalmente, reparé en que, salvo en mi más temprana adolescencia, a pesar de ser gregario nunca he formado parte de grupo alguno. Quién sabe si ello me ha ayudado (¿impulsado?) a tratar de cumplir un propósito que me estremeció cuando leí en Shaw (uno de mis primeros maestros, según dijera ya, junto con otros como Martí, Casal y Unamuno): no ser nada ni nadie, pero comprender todo y a todos. **C**

Fotografía de Henri Cartier Bresson, 1962

Cuaderno de apuntes



ficción. Las manifestaciones he-
chos en una novela, en una
poesía o en un drama no
son literalmente ciertos; ni
son proposiciones lógicas.

[Balzac y la historia; Flaubert
"madame Bovary soy yo"; Whit-
man ≠ "Walt Whitman"
No son mentiras porque no
aspiran a ser verdades,
son ficciones. El cuento de
hadass.]

10/1/70
11/1/67

ii) "... lo 'ficticio', la in-
vención' o la 'imagina-
ción' como característica
distintiva de la literatura"
[Alfonso Reyes: "sumariamente
definidas las principales ac-
tividades del espíritu, la
filosofía se ocupa del
ser; la historia y la
ciencia del suceder
real, pero el arte en
aquella, permanece en
el ser { Reyes piensa en

ciencias exactas y naturales}.
la literatura, de un suceso
imaginario...": Apolo o de
la literatura; amp. en El des-
linde. / Ensayo, 201

- ¿y el realismo? {cf. Aristóteles:
mimésis}. Hay que decir de él
varias cosas:

- puesto que existe como es-
cuela, movimiento o tenden-
cia, es que no se identi-
fica con la literatura:
ésta es el realismo + crea-
ciones no realistas { el error
de Garanduy}. Abstracción.
- aún en su forma extre-
ma, el realismo es una
versión no-científica de
la realidad; de lo con-
trario, no sería litera-
ria, sino ciencia.
- nada hace pensar, en la
historia de la literatura,
que la literatura tienda
a disolverse en la ciencia.
El hombre requiere también
un tipo a la vez (par-
cial) de la realidad, una
versión ficticia, imaginaria

Bella Volpe;
pero es una
versión de
ciencia, en
la que se
cambia

v. p. 18-3, 20,
22, 24
Caja Manti.
4. principio

V. → Ej. Tolstoy, Balzac, Balzac

Ha fallecido en La Habana, a la edad de ochenta y nueve años, quien fuera nuestro director de 2008 a 2012, el Dr. Roberto Fernández Retamar. Su legado como Maestro, en el sentido más alto del término, es extraordinario, no solo por el valor de la obra literaria que nos deja y en la que siempre vivirá, sino también por su coherencia ética, por su fidelidad a los más altos valores de la cultura cubana y latinoamericana, por su sensibilidad e inteligencia, por su bondad y vocación de servicio.

La obra literaria de Fernández Retamar es una de las más relevantes en nuestra lengua, realizada fundamentalmente a través de la poesía y el ensayo. Su poesía abarca numerosos títulos y alimenta desde siempre la mayoría de los textos en los que ha comunicado su fe de vida y el equilibrio de lo cotidiano y lo épico en su propia raíz.

Pensador de nuestra América, sus ensayos abrieron nuevas perspectivas para la exploración de la identidad latinoamericana, de ahí su empeño en difundir e interpretar la monumental obra de José Martí, el más universal de los cubanos.

Su obra toda fija el paisaje esencial de este escritor que surge con sus hermosos poemas de afirmación civil y humana en los años cincuenta y alcanza su esplendor con la creación de una figura significativa para la comprensión de la estatura de la cultura continental como resultado de su reinterpretación de Caliban.

Más allá del ejercicio ininterrumpido de un oficio literario que alcanzaría más de seis décadas, Fernández Retamar desplegó, en la segunda mitad de la pasada centuria, una labor importante como editor de libros y publicaciones periódicas, pero, sobre todo, su presidencia de la Casa de las Américas resultó relevante en la consolidación y enaltecimiento de esta institución. Su quehacer docente en las principales universidades del hemisferio occidental, sobre todo en la Universidad de La Habana, lo sitúa en un lugar cimero de los estudios filológicos. Su práctica como crítico y profesor de literatura ha sentado cátedra en disciplinas tales como la teoría literaria y la historia de la literatura hispanoamericana, cuyos cánones ha contribuido a gestar como pocos. Su filiación a una teoría de la literatura sin frontera alguna, confirma sus exploraciones y acercamientos a otros cuerpos literarios en diversas lenguas.

La obra de Retamar, por otra parte, ha trascendido a innumerables ámbitos y fue espejo de la inquietud moral e intelectual de varias generaciones de creadores, quienes bebieron de su sabiduría y de su preciosa obra literaria. Preferida por los más jóvenes, así como por los consagrados, la obra de Fernández Retamar ha alcanzado valores trascendentes que lo han colocado a la cabeza de la producción contemporánea en nuestra lengua.

AURELIO ALONSO

iOtra vez la muerte...! Hace muchas, demasiadas semanas que sabía, sabíamos, que era algo que podía suceder, que sucedería en algún momento. La última vez que le hablé me hirió como una cuchillada percibir que se asía al último soplo de vida. Hace veinticuatro horas supe por Marcia que ya sucedería, como que el tiempo se había suspendido, de esa manera impecable en que la muerte lo suspende.

Sin embargo, cuando Silvia Gil llamó, hace cinco minutos, para decirme que acababa de suceder, que Roberto había dejado de respirar, el batacazo fue inevitable. Como si hubiera sucedido lo imposible. Había partido la pluma que supo dar, con fidelidad, poesía a nuestra Revolución y revolución a nuestra poesía. La mirada capaz de desentrañar el significado profundo de la metáfora de Caliban y rearmarla en el proyecto martiano. Que dejó un legado de claves para el

pensamiento descolonizador latinoamericano y caribeño. Se nos fue el maestro y el compañero.

No tenemos idea exacta de lo que perdemos hasta que lo perdemos.

Tuve el privilegio de trabajar muy cerca de Roberto en los últimos quince años, y solo lamento que no haya sido antes. Era un amigo con quien me sentía identificado desde los sesenta, responsabilizados los dos en aquel entonces en revistas afines en su vocación hacia nuestra América. Como un hermano mayor. Las tareas que me tocó hacer después me desconectaron en cierta medida de su entorno, aunque no nos alejaron, hasta que tuvo la idea de invitarme a incorporarme a su lado en *Casa de las Américas*. Me sobran motivos para la admiración, para el afecto, para el dolor por su partida y para un recuerdo agradecido. No podré dejar de convocar su presencia en lo que me quede de camino.

VICENTE BATTISTA

Se ha ido uno de los mayores poetas de América, un pensador excepcional y un revolucionario total. Pidió que arrojaran sus cenizas al mar y el mar guardará sus ce-

nizas. Pero sus poemas, sus ensayos, toda su obra seguirá iluminándonos para siempre, con la belleza y la fuerza que puso en cada una de sus palabras.

FREI BETTO

Hermanos y hermanas de la Casa de las Américas y de Cuba: agradezco a Dios el don inestimable de la vida de mi querido hermano Roberto Fernández Retamar.

A lo largo de los últimos cuarenta años hemos tenido muchos encuentros como amigos fraternales y en eventos políticos y culturales en Cuba, Brasil y Nicaragua.

Roberto era un poeta, no solamente en su valiosa creación literaria, sino también en su modo de vivir, de hablar, de saber escuchar. Tenía una sonrisa iluminada, un humor inteligente, y

profundo espíritu revolucionario, libre de sectarismos e intolerancias.

Gracias a Haydee Santamaría, a Mariano Rodríguez y a Retamar, la Casa de las Américas se destaca como punto de convergencia de los intelectuales, escritores y artistas progresistas de la América Latina y el Caribe. Retamar nos deja como legado su ejemplo de revolucionario abnegado, poeta sensible, intelectual dialógico, hombre dedicado a las más nobles causas de la humanidad.

A su familia y a la (mi) familia de la Casa de las Américas, mi abrazo fraterno de resurrección.

JORGE BOCCANERA

Me uno al pesar por el fallecimiento de Roberto Fernández Retamar, un intelectual central en la cultura latinoamericana durante más de medio siglo, que además de su obra poética y ensayística, desplegó a través

de una herramienta múltiple —la Casa de las Américas— un diálogo fecundo entre saberes e inventivas, convocando y difundiendo a los más relevantes escritores y artistas de nuestra América. Su palabra viva nos seguirá acompañando.

Réquiem para el poeta de la Revolución

En su entrañable Habana, donde había nacido hace ochenta y nueve años, se nos murió Roberto Fernández Retamar, un imprescindible de la Patria Grande.

Es muy duro, para los que tuvimos el privilegio de su amistad, admitir que no volveremos a verlo, a escuchar su risa ronca, a reírnos —cómplices— con sus divertidas anécdotas, con su finísimo sentido del humor. Para quienes no lo conocieron queda la estampa intrigante de ese Quijote con gorra, bastón, guayabera y lentes, de gesto severo, desmentido por la mirada tierna. Como bien recuerda su entrañable exégeta, Sergio Marelli, Roberto mismo se ocupó de aclarar que se cobijaba bajo las apariencias: «si en lo exterior tengo figura de Quijote, por dentro tengo más de Hamlet».

Como un Pico della Mirandola de nuestra época, Roberto fue muchas cosas a la vez y en todas fue excelso. Fue un gran poeta, un gran ensayista, un gran promotor y difusor de la cultura latinoamericana y un gran revolucionario. Fue un leal militante de la Revolución Cubana, sin perder por eso el sentido crítico, la visión realista de los errores humanos, la capacidad de reacción ante las desviaciones burocráticas.

Fernández Retamar, al que Cintio Vitier consideraba el lúcido y tierno poeta de las recatadas glorias hogareñas, de las cariñosas tardes de su barrio, del amor y la amistad, pero también de la ardiente intemperie del ser ante el enigma, es —simultáneamente— el pensador profundo de la realidad latinoamericana, que se expresa en su magnífico «Caliban», que estaba aumentando en los días previos a su muerte; el director de la revista *Casa de las Américas*, que cobijó a lo más granado del pensamiento latinoamericano y de la propia institución Casa de las Américas, esa formidable caldera cultural, que nació junto con la Revolución Cubana y la distinguió a nivel mundial. Allí, en 1986, sucedió, durante tres décadas, a esa combatiente de la primera hora que fue Haydee Santamaría y a Mariano Rodríguez.

A los que quieran conocer en profundidad a Fernández Retamar, como el nexo de la Cuba revolucionaria con la cultura internacional, les recomiendo un libro extraordinario del ya citado Sergio Marelli, titulado *Circunstancias de un poeta*, que no es una biografía, sino un desfile fascinante de personajes y anécdotas, en el que marchan codo a codo Lezama Lima, Julio Cortázar,

Gabriel García Márquez, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Ernest Hemingway, Alejo Carpentier, Louis Althusser, Mario Benedetti, Roque Dalton, Ernesto Cardenal, Octavio Paz, Ezequiel Martínez Estrada, Rodolfo Walsh, David Viñas, Alfonso Reyes, León Rozitchner, Silvio

Rodríguez y, por supuesto, Ernesto Che Guevara y Fidel Castro.

Toda una época. Gloriosa. Intensa. Opuesta a esta que padecemos y que encarna como ninguna el título que le dio a la suya Víctor Serge: «Si es medianoche en el siglo».

ATILIO A. BORON

Este sábado 20, a últimas horas de la tarde, llegaba a Buenos Aires la triste noticia del deceso de Roberto Fernández Retamar. Se consumaba así una pérdida de verdad irreparable, aunque esto parezca una frase trillada o un lugar común. Roberto deja un hueco en la cultura emancipatoria imposible de llenar, sin que esto signifique menosprecio alguno para tantas y tantos intelectuales revolucionarios de nuestra América. Pero Retamar era claramente un fuera de serie: un hombre de convicciones firmes y de exquisita cortesía, poseedor de un castellano límpido y preciso, siempre armonioso al oído de su lectora o lector. Una pluma elegante, que deleitaba con su lectura y a la vez punzante para con los siervos del imperio, los enemigos de la Revolución y también para la legión de eclécticos que en momentos como estos vacilan en condenar categóricamente al imperialismo por la interminable sucesión de crímenes de lesa humanidad que comete a diario. No solo con sus bombardeos, sus drones, sus guerras

sino también con sus bloqueos, como el que padece Cuba desde hace sesenta años, o el más reciente perpetrado con saña feroz en contra de la Venezuela bolivariana.

Retamar fue el prototipo del intelectual comprometido, que actuó sin desmayos a lo largo de toda su larga y fecunda vida. Organizador cultural, lector incansable, crítico incisivo pero siempre amigable. Su labor en la Casa de las Américas ha sido extraordinaria, en línea con lo que hiciera su predecesora, la gran Haydee Santamaría. No hay palabras suficientes para trasuntar el dolor por su pérdida y la relativa orfandad en que a muchos de nosotros nos deja su partida. Guardo muchos recuerdos de tantos encuentros y conversaciones con él, en La Habana y en Buenos Aires, y muy especialmente las dos últimas cuando en su oficina de la Casa de las Américas, mientras dialogábamos sobre uno de sus temas favoritos, los intelectuales y la desertión de la academia, le conté al pasar de mi indignación ante las mentiras y tergiversaciones que pobla-

ban un reciente libro de Mario Vargas Llosa (*La llamada de la tribu*) y mi intención de escribir algo al respecto. Pensaba en un artículo que, tal vez, pudiera publicarse en la revista *Casa*, le dije con cierta timidez. Quedé paralizado cuando noté que su cuerpo entero se puso en tensión, abandonó la charla sobre los intelectuales, y me dijo que eso, una simple nota, no sería suficiente y que el personaje de marras merecía algo más que una nota. Un libro, me dijo, «escribe un libro donde expongas todas sus patrañas y traiciones». Me sorprendió la fuerza con que se expresó y debo reconocer que ese fue el origen de *El hechicero de la tribu*. Sentí que lo que me transmitía con tanto énfasis no era un consejo sino un mandato para realizar un ajuste de cuentas que percibía como urgente y necesario y que tal vez él sabía que ya no tendría tiempo para hacer. Salí de la Casa de las Américas confundido y dubitativo. Pero pocas horas después caí en la cuenta de que tenía que hacer lo que Retamar me había dicho. Ni bien regresado a Buenos Aires puse manos a la obra y a lo largo de toda la fase de búsqueda de documentación, y por supuesto durante la redacción del libro, el intercambio de correos con Retamar era frecuente, casi semanal. Y no eran uno o dos, sino varios cada vez, con sus comentarios, aclaraciones, precisiones y datos de contexto que estaban en su memoria alojados en un enojoso anaquel reservado desde hacía décadas a Vargas Llosa y su relación con la Revolución Cubana. Sus observaciones eran de una precisión quirúrgica e invariablemente acertadas. Estando sumido en toda clase de dudas acerca de cuándo darle el toque final a mi manuscrito pude visitarlo una vez más en La Habana y mantener otra larga conversación con

él y con Jorge Fornet, otro gran escritor cubano. Allí sentí que Roberto me dio el impulso final para resolver un problema que suele ser muy serio para muchos escritores: poner punto final a la obra, decidir que ya está terminada y que solo resta entregarla a la imprenta. Me fui de esa reunión preocupado porque si bien Retamar conservaba una lucidez asombrosa su físico se había debilitado considerablemente. Pero me marché aliviado porque me había resuelto el permanente desafío de saber cuándo poner el punto final a mi escrito. Tuve la inmensa satisfacción de que en febrero de 2019, con ocasión de la Feria del Libro de La Habana, pude entregarle una copia de mi libro impreso por el Instituto Cubano del Libro. Un brillo relampagueó en sus ojos y creo que para sus adentros se habrá dicho: «misión cumplida».

Concluyo diciendo que no me alcanzará lo que me queda de vida para agradecer la oportunidad única de haber sido agraciado con su amistad, con la de su amada esposa, Adelaida de Juan, y haber sido educado con su magisterio. No tengo palabras para expresar todo lo que siento, y me disculpo ante quienes leen estas líneas y en especial con Laidi, su hija. Ocurrirá con Roberto lo que pasa con las estrellas: aun muertas siguen emitiendo luz. En su caso, sus poemas, ensayos, notas de todo tipo seguirán iluminando la conciencia de los revolucionarios de nuestra América. Solo me resta decir que cuando bien pronto regrese a su amada Habana arrojaré una flor al mar, justo enfrente de donde se encuentra la Casa de las Américas, para honrar sus cenizas y su memoria y gritar con toda la fuerza de mi alma «¡Hasta la victoria siempre, Roberto! ¡Venceremos!».

FERNANDO BUTAZZONI

Queridos hermanos de la Casa: la muerte de RFR me conmovió porque él era una marca indeleble de la Casa y de los puentes culturales entre Cuba y el mundo. Siempre lo

recordaré con cariño y gratitud, y sé que ustedes también. Les mando un fuerte abrazo desde Montevideo, que hoy está más gris que nunca.

ROSALBA CAMPRA

Me acaba de llamar un amigo para darme la triste noticia de la muerte del admirado y querido Roberto. Abro entonces la computadora y encuentro la comunicación enviada por la Casa de las Américas. Me temía que en cualquier momento iba a suceder, pues por primera vez un mensaje mío había quedado sin respuesta; se trataba de un *e-mail* que le envié cuando estaba preparando un trabajo para presentar en la jornada que en junio tuvo lugar en la Sapienza sobre «Relaciones transatlánticas entre Italia y América latina». Dediqué una sección de mi trabajo a otro querido amigo que nos dejó, Gianni Toti. Y estas que copio son las líneas donde en mi mensaje a Roberto me refería a hallazgos que no puedo llamar inesperados:

Revisando papeles encontré lo que me quedaba de una carpeta de tarjetas postales que Gianni me regaló, en las que reproducía un poema y una imagen. Entre ellas estaba tu «Ringraziamento al Zoologico per una lezione», y eso me llevó a la sección de mi biblioteca que te está dedicada. Entre otros libros tuyos, ahí está *Algo semejante a los monstruos antediluvianos*, y buscando el original de esos versos me fui leyendo todo el resto: qué maravilla tu poesía, Roberto. Gracias.

Gracias, sí, Roberto, que a la vez nos has legado una obra que sienta bases para la reflexión intelectual y has iluminado la realidad con tu poesía. Seguirás estando con nosotros.

ÁLVARO CASTILLO GRANADA

Hace un momento me acabo de enterar, don Roberto.

Hace apenas un momento.

Apenas leí la noticia me quedé de una pieza. Me paré frente a su sección de mi biblioteca: mi retamaroteca. No saqué ninguno de sus libros para abrir una página al azar como hacía, como hago, con frecuencia. No. Los miré a todos en conjunto a lo largo y ancho del estante donde habitan y permanecen. Uno tras otro forman un inmenso cuerpo que, a través de una voz esplendorosa, habla preguntando y preguntándose.

De usted (sé que es una exageración) es el autor de quien tengo más libros dedicados: ciento setenta. Sí, tengo ciento setenta dedicatorias tuyas. Para mí, para conmigo. Si hay un escritor, una voz, que habita todo lo que escribo es la suya. Trato de capturar en mis textos la música y el ritmo que habitan sus poemas. Esa manera de cantar conversando. De abrazar. De

mirar. De «qué cosa más grande, caballero...». Me honró con su amistad. Ese es uno de los grandes honores y privilegios que me dio la vida.

Sigo asombrado, don Roberto... Qué le voy a hacer... Las lágrimas en este momento empiezan a salir de mis ojos. Sí: «Hoy eres menos». Hoy soy menos. Hoy somos menos. Hasta siempre, don Roberto Fernández Retamar. Este librero le da las gracias por todo.

En medio de mis «libros desordenados y bellos como un bosque» lo recordaré diciéndome «Alvarito». Usted para siempre fue y será «don Roberto». Así siempre lo prefirió mi corazón y *«con una sola vida para vivir; / Una vida que han entregado / Como se entrega lo que solo existe si se comparte»*.

Fue un honor haber compartido con usted, contigo, compañero.

20 de julio de 2019

Con Mariano Rodríguez,
Gabriel García Márquez
y Haydee Santamaría,
en la década del setenta



CONSEJO LATINOAMERICANO DE CIENCIAS SOCIALES

La cultura está de luto con la desaparición de Roberto Fernández Retamar, poeta, intelectual y ensayista cubano que, desde la isla caribeña que lo vio nacer, irradió sus versos y su pensamiento hacia toda Latinoamérica y el mundo.

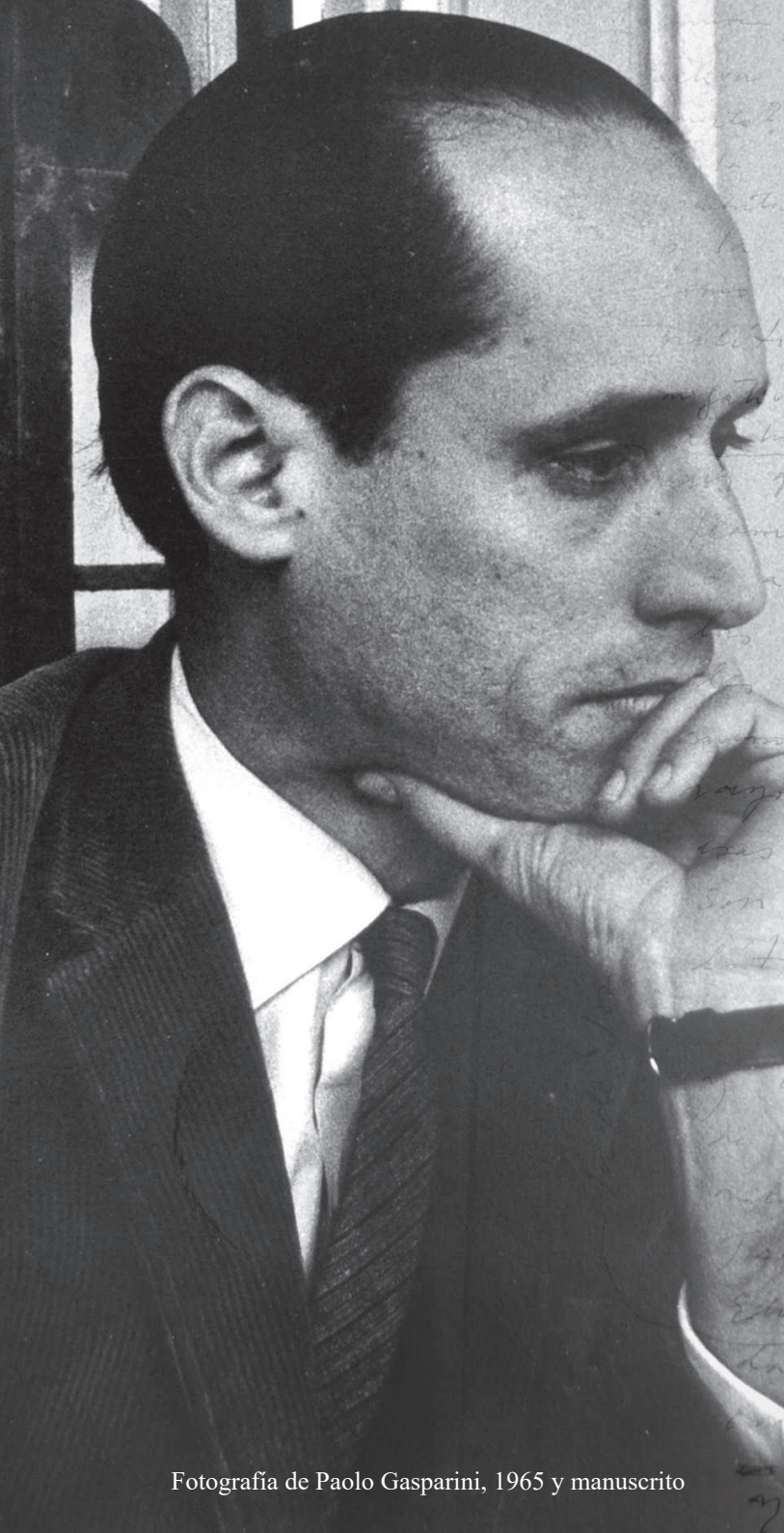
Clasco lamenta con profundo dolor el fallecimiento de este hombre que, con su trabajo, su lucidez intelectual y su compromiso, supo

ser un referente indispensable de la cultura del que varias generaciones se nutrieron. Seguirá por siempre con nosotros, en nosotros. Comprometido desde sus albores con la Revolución Cubana, ocupó en estos sesenta años diferentes responsabilidades políticas y culturales. Entre otros, fue integrante del Consejo de Estado encargado de la Cultura y, hasta su último día, presidente de la Casa de las Américas.

GABRIEL CORTIÑAS

Ayer muy tarde me enteré de la muerte de Retamar y no pude no pensar en ustedes, en los desafíos y en cómo se deberían sentir. Este correo no tiene más que ese fin: hacerles llegar

las mejores energías para lo que tenga que venir. Se fue un grande y, como ya saben, su obra ahora está en ustedes. Desde el sur, les mando un abrazo a las compañeras y los compañeros de la Casa.



ser un idiota o un miserable se le
afirma que ~~presente~~ su ~~compañero~~ pers-
ona ~~es~~ "más revolucionaria" que la de
otro? Para no decir nada ~~del~~ ~~linismo~~
la torpeza ~~de~~ ~~tact~~ (¿o el linismo?) de
los "la ocupación norteamericana"
la dictadura Somocista" ~~han~~ sólo
como ~~son~~ "circunstanciales expresiones
políticas" del "mundo de valores"
negativos. Este ser inefable desconoce que
la historia es siempre concreta, y que
los que padecieron "la ocupación nor-
eamericana o la dictadura Somocista",
los que hoy mismo ~~se~~ ~~se~~ sufren
las depredaciones de los contra, no se
puede venir a decir, y mucho
menos desde Bonn (¿qué
hace ese tipo ahí?), que
estas realidades de sangre y muerte
son "circunstanciales expresiones po-
líticas".
(o misma, ¿no?),

Por lo demás, la compleja
y ~~compleja~~ evolución ideológica
de Ernesto y otros ~~cratistas~~ escritores
como la del padre Comito
Tegres en Colombia, la de
Eduardo, Cintia y Fina en Cuba,
la de miles y miles de
compañeros que ~~han~~ se formaron
en moldes ideológicos de derecha
y ~~acabaron~~ abrazando

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Que veremos arder*

A Marcia Leiseca, conversando
hacia la Plaza de la Revolución

*A*bel derramó su sangre en el comienzo.
No lo siguieron más que los humildes, los olvidados.
Y, luego de andar sobre el mar,
Quedaron doce, y todo empezó de nuevo.
Bajaron con barbas al romper el año,
Y tuvieron discípulos sobre la vasta tierra.

Eso lo sabía ya el libro.

*Pero los símbolos que ellos hicieron
No tenían libros: los que hicieron las cosas
No tenían nombres, o al menos sus nombres
No los sabía nadie. Las fechas que llenaron
Estaban vacías como una casa vacía.*

*Ahora sabemos lo que significan Cuartel Moncada, 26,
Lo que significan Camilo, Che, Girón, Escambray, octubre.
Los libros lo recogen y lo proponen.*

*El viento inmenso que lo afirma, barre las montañas y los llanos
Donde los que no tienen nombres,
O cuyos nombres no conoce nadie todavía,
Preparan en la sombra llamaradas
Para fechas vacías que veremos arder. ©*

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 40, enero-febrero de 1967, p. 104.

Cuerpo que no está claro*

*La boca (no el hombre) solloza como un arpa,
Ridícula como el sollozo de un arpa,
Porque no tiene los tabacos armoniosos de antaño
(Los dulcísimos, los inolvidables tabacos de antaño)
Sino muy de tarde en tarde, de sobresalto en sobresalto;
Las piernas deploran las colas como a enemigos personales;
El pecho resopla en las frías madrugadas del campo,
Suelta su disnea modesta, nada histórica,
Entre las pacíficas hamacas crujientes;
Los brazos (¿y qué decir de los hombros?, ¿qué de la cintura?)
Llega un momento en que no pueden más
De picos, palas, guatacas, mochas;
El esqueleto parece hecho de cristal y de astucia
Cuando se engrasan de nuevo los himnos de matar;
A la piel le molesta el calor, los ojos necesitan más luz,
El cuerpo todo añora menos desorden, algún reposo, mariscos, aves, frutas,
Y hasta las sobresaltadas contradanzas del vino.
¡Qué poco claro está este cuerpo!*

*Pero el alma lo empuña como una espada
(Como dicen que se empuñaban las espadas),
Lo endereza, le hace tragarse sus silencios,
Le cierra la mano huesuda sobre la herramienta,
Le enciende deshilachados cigarros en la boca,
Lo empuja sobre un caballo, lo monta en un barco de latón,
Le desliza algunas ideas en la cabeza,
Lo hace trabajar soñar esperar.*

*El alma, esa parte que, según nos aseguran,
También es definitivamente mortal. ■*

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 60, mayo-junio de 1970, p. 93.

Caliban*

* Estas páginas son solo unos apuntes en que resumo opiniones y esbozo otras para la discusión sobre la cultura en nuestra América. El trabajo apareció originalmente en *Casa de las Américas*, No. 68, septiembre-octubre de 1971.

Una pregunta

Un periodista europeo, de izquierda por más señas, me ha preguntado hace unos días: «¿Existe una cultura latinoamericana?». Conversábamos, como es natural, sobre la reciente polémica en torno a Cuba, que acabó por enfrentar, por una parte, a algunos intelectuales burgueses europeos (o aspirantes a serlo), con visible nostalgia colonialista; y por otra, a la plana mayor de los escritores y artistas latinoamericanos que rechazan las formas abiertas o veladas de coloniaje cultural y político. La pregunta me pareció revelar una de las raíces de la polémica, y podría enunciarse también de esta otra manera: «¿Existen ustedes?». Pues poner en duda nuestra cultura es poner en duda nuestra propia existencia, nuestra realidad humana misma, y por tanto estar dispuestos a tomar partido en favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte. Esa otra parte son, por supuesto, las metrópolis, los centros colonizadores, cuyas «derechas» nos esquilmaron, y cuyas supuestas «izquierdas» han pretendido y pretenden orientarnos con piadosa solicitud. Ambas cosas, con el auxilio de intermediarios locales de variado pelaje.

Si bien este hecho, de alguna manera, es padecido por todos los países que emergen del colonialismo —esos países nuestros a los que esforzados intelectuales metropolitanos han llamado torpe y sucesivamente barbarie, pueblos de color, países subdesarrollados, Tercer Mundo—, creo que el fenómeno alcanza una crudeza singular al tratarse de la que Martí llamó «nuestra América mestiza». Aunque puede fácilmente defenderse la indiscutible tesis de que todo hombre es un mestizo, e incluso toda cultura; aunque esto parece especialmente válido para el caso de las colonias, sin embargo, tanto en el aspecto étnico como en el cultural es evidente que los países capitalistas alcanzaron hace tiempo una relativa homogeneidad en este orden. Casi ante nuestros ojos se han realizado algunos reajustes: la población blanca de los Estados Unidos (diversa, pero de común origen europeo) exterminó a la población aborigen y echó a un lado a la población negra, para darse por encima de divergencias esa homogeneidad, ofreciendo así el modelo coherente que sus discípulos los nazis pretendieron aplicar incluso a otros conglomerados europeos, pecado imperdonable que llevó a algunos burgueses a estigmatizar en Hitler lo que aplaudían como sana diversión dominical en *westerns* y películas de Tarzán. Esos filmes proponían al mundo —incluso a quienes estamos emparentados con esas comunidades agredidas y nos regocijábamos con la evocación de nuestro exterminio— el monstruoso criterio racial que acompaña a los Estados Unidos desde su arrancada hasta el genocidio en Indochina. Menos a la vista el proceso (y quizá, en algunos casos, menos cruel), los otros países capitalistas también se han dado una relativa homogeneidad racial y cultural, por encima de divergencias internas.

Tampoco puede establecerse un acercamiento necesario entre mestizaje y mundo colonial. Este último es sumamente complejo,¹ a pesar de básicas afinidades estructurales, y ha incluido países de culturas definidas y milenarias, algunos de los cuales padecieron o padecen la ocupación directa —la India, Vietnam— y otros la indirecta —China—; países de ricas culturas, menos homogéneos políticamente, y que han sufrido formas muy diversas de colonialismo —el mundo árabe—; países, en fin, cuyas osamentas fueron salvajemente desarticuladas por la espantosa acción de los europeos —pueblos del África negra—, a pesar de lo cual conservan también cierta homogeneidad étnica y cultural: hecho este último, por cierto, que los colonialistas trataron de negar criminal y vanamente. Aunque en estos pueblos, en grado mayor o menor, hay mestizaje, es siempre accidental, siempre al margen de su línea central de desarrollo.

Pero existe en el mundo colonial, en el planeta, un caso especial: una vasta zona para la cual el mestizaje no es el accidente, sino la esencia, la línea central: nosotros, «nuestra América mestiza». Martí, que tan admirablemente conocía el idioma, empleó este adjetivo preciso como una señal distintiva de nuestra cultura, una cultura de descendientes de aborígenes, de africanos, de europeos —étnica y culturalmente hablando. En su «Carta de Jamaica» (1815), el Libertador Simón Bolívar había proclamado: «Nosotros somos un pequeño género humano: poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en

¹ Ver Yves Lacoste: *Les pays sous-développés*, París, 1959, esp. pp. 82-84. Una tipología sugestiva y polémica de los países extraeuropeos ofrece Darcy Ribeiro en *Las Américas y la civilización*, trad. de R. Pi Hugarte, t. 1, Buenos Aires, 1969, pp. 112-128.

casi todas las artes y ciencias»; y en su mensaje al Congreso de Angostura (1819) añadió:

Tengamos en cuenta que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América que una emancipación de Europa, pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado; el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y este se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta semejanza, trae un reto de la mayor trascendencia.

Ya en este siglo, en un libro confuso como suyo, pero lleno de intuiciones (*La raza cósmica*, 1925), el mexicano José Vasconcelos señaló que en la América Latina se estaba forjando una nueva raza, «hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica».²

2 Un resumen sueco de lo que se sabe sobre esta materia se encontrará en el estudio de Magnus Mörner *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, trad., revisada por el autor, de Jorge Piatigorsky, Buenos Aires, 1969. Allí se reconoce que «ninguna parte del mundo ha presenciado un cruzamiento de razas tan gigantesco como el que ha estado ocurriendo en América Latina y en el Caribe desde 1492» (15). Por supuesto, lo que me interesa en estas notas no es el irrelevante hecho biológico de las «razas», sino el hecho histórico de las «culturas»: Ver Claude Lévi-Strauss: *Race et histoire* [1952]... París, 1968, *passim*.

Este hecho está en la raíz de incontables malentendidos. A un euronorteamericano podrán entusiasmarlo, dejarlo indiferente o deprimirlo las culturas china o vietnamita o coreana o árabe o africanas, pero no se le ocurriría confundir a un chino con un noruego, ni a un bantú con un italiano; ni se le ocurriría preguntarles si existen. Y en cambio, a veces a algunos latinoamericanos se los toma como aprendices, como borradores o como desvaídas copias de europeos, incluyendo entre estos a los blancos de lo que Martí llamó «la América europea», así como a nuestra cultura toda se la toma como un aprendizaje, un borrador o una copia de la cultura burguesa europea («una emanación de Europa», como decía Bolívar): este último error es más frecuente que el primero, ya que confundir a un cubano con un inglés o a un guatemalteco con un alemán suele estar estorbado por ciertas tenacidades étnicas; parece que los rioplatenses andan en esto menos diferenciados étnica aunque no culturalmente. Y es que en la raíz misma está la confusión, porque descendientes de numerosas comunidades indígenas, europeas, africanas, asiáticas, tenemos, para entendernos, unas pocas lenguas: las de los colonizadores. Mientras otros coloniales o excoloniales, en medio de metropolitanos, se ponen a hablar entre sí en sus lenguas, nosotros, los latinoamericanos y caribeños, seguimos con nuestros idiomas de colonizadores. Son las *linguas francas* capaces de ir más allá de las fronteras que no logran atravesar las lenguas aborígenes ni los créoles. Ahora mismo, que estoy discutiendo con estos colonizadores, ¿de qué otra manera puedo hacerlo, sino en una de sus lenguas, que es ya también nuestra lengua, y con tantos de sus instrumentos conceptuales, que también son ya nuestros instrumentos conceptuales?

No es otro el grito extraordinario que leímos en una obra del que acaso sea el más extraordinario escritor de ficción que haya existido. En *La tempestad*, la obra última (en su integridad) de William Shakespeare, el deforme Caliban, a quien Próspero robara su isla, esclavizara y enseñara el lenguaje, lo increpa: «Me enseñaron su lengua, y de ello obtuve/ El saber maldecir. ¡La roja plaga/ Caiga en ustedes, por esa enseñanza!». («*You taught me language, and my profit on't/ Is, I know to curse. The red plague rid you/ For learning me your language!*»). (*La tempestad*, acto I, escena 2).

Para la historia de Caliban

Caliban es anagrama forjado por Shakespeare a partir de «caníbal» —expresión que, en el sentido de antropófago, ya había empleado en otras obras como *La tercera parte del rey Enrique VI* y *Otello*—, y este término, a su vez, proviene de «caribe». Los caribes, antes de la llegada de los europeos, a quienes hicieron una resistencia heroica, eran los más valientes, los más batalladores habitantes de las tierras que ahora ocupamos nosotros. Su nombre es perpetuado por el Mar Caribe (al que algunos llaman simpáticamente el Mediterráneo americano; algo así como si nosotros llamáramos al Mediterráneo el Caribe europeo). Pero ese nombre, en sí mismo —*caribe*—, y en su deformación *canibal*, ha quedado perpetuado, a los ojos de los europeos, sobre todo de manera infamante. Es este término, este sentido, el que recoge y elabora Shakespeare en su complejo símbolo. Por la importancia excepcional que tiene para nosotros, vale la pena trazar sumariamente su historia.

En el *Diario de navegación* de Cristóbal Colón aparecen las primeras menciones europeas

de los hombres que darían material para aquel símbolo. El domingo 4 de noviembre de 1492, a menos de un mes de haber llegado Colón al continente que sería llamado América, aparece esta anotación: «Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros que comían a los hombres»;³ el viernes 23 de noviembre, esta otra: «la cual decían que era muy grande [la isla de Haití: Colón la llamaba por error Bohío], y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales, a quienes mostraban tener gran miedo». El martes 11 de diciembre se explica «que *caniba* no es otra cosa que la gente del gran Can», lo que da razón de la deformación que sufre el nombre caribe —también usado por Colón: en la

3 En las palabras iniciales de su *Diario*, dirigidas a los Reyes Católicos, Colón menciona «la información que yo había dado a Vuestras Altezas de las tierras de India y de un príncipe que es llamado Gran Can, que quiere decir en nuestro romance Rey de los Reyes». En lo que toca al término «caribe» y su evolución, ver Pedro Henríquez Ureña: «Caribe» [1938], *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*, comp. y pról. de Juan Carlos Ghiano, Buenos Aires, 1976. Y en lo que toca a la atribución de antropofagia a los caribes, ver estos autores, que impugnan tal atribución: Julio C. Salas: *Etnografía americana. Los indios caribes. Estudio sobre el origen del mito de la antropofagia*, Madrid, 1920; Richard B. Moore: *Caribs, «Canibals» and Human Relations*, Barbados, 1972; Jalil Sued Badillo: *Los caribes: realidad o fábula. Ensayo de rectificación histórica*, Río Piedras, Puerto Rico, 1978; W. Arens: «2. Los Antropófagos Clásicos», *El mito del canibalismo, antropología y antropofagia* [1979], trad. del inglés por Stella Mastrángelo, México, 1981; Peter Hulme: «1. Columbus and the Cannibals» y «2. Caribs and Arawaks», *Colonial Encounters. Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*, Londres y Nueva York, 1986. En los tres últimos títulos se ofrecen amplias bibliografías.

propia carta «fecha en la carabela, sobre la Isla de Canaria», el 15 de febrero de 1493, en que Colón anuncia al mundo su «descubrimiento», escribe: «así que monstruos no he hallado, ni noticia, salvo de una isla [de Quarives], la segunda a la entrada de las Indias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana».⁴

Esta imagen del *caribe/canibal* contrasta con la otra imagen del hombre americano que Colón ofrece en sus páginas: la del *arauaco* de las grandes Antillas —nuestro *taíno* en primer lugar—, a quien presenta como pacífico, manso, incluso temeroso y cobarde. Ambas visiones de aborígenes americanos van a difundirse vertiginosamente por Europa, y a conocer singulares desarrollos. El *taíno* se transformará en el habitante paradisíaco de un mundo utópico: ya en 1516, Tomás Moro publica su *Utopía*, cuyas impresionantes similitudes con la isla de Cuba ha destacado, casi hasta el delirio, Ezequiel Martínez Estrada.⁵ El *caribe*, por su parte, dará el *canibal*, el antropófago, el hombre bestial situado irremediablemente al margen de la civilización, y a quien es menester combatir a sangre y fuego. Ambas visiones están menos alejadas de lo que pudiera parecer a primera vista, constituyendo simplemente opciones del arsenal ideológico de la enérgica burguesía naciente. Francisco de Quevedo traducía *Utopía* como «No hay tal lugar». «No hay tal hombre»,

puede añadirse, a propósito de ambas visiones. La de la criatura edénica es, para decirlo en un lenguaje más moderno, una hipótesis de trabajo de la izquierda de la burguesía, que de ese modo ofrece el modelo ideal de una sociedad perfecta que no conoce las trabas del mundo feudal contra el cual combate en la realidad esa burguesía. En general, la visión utópica echa sobre estas tierras los proyectos de reformas políticas no realizados en los países de origen, y en este sentido no podría decirse que es una línea extinguida; por el contrario, encuentra peculiares continuadores —aparte de los continuadores radicales que serán los revolucionarios consecuentes— en los numerosos consejeros que proponen incansablemente a los países que emergen del colonialismo mágicas fórmulas metropolitanas para resolver los graves problemas que el colonialismo nos ha dejado, y que, por supuesto, ellos no han resuelto en sus propios países. De más está decir la irritación que produce en estos sostenedores de «no hay tal lugar» la insolencia de que el lugar exista, y, como es natural, con las virtudes y defectos no de un proyecto, sino de una genuina realidad.

En cuanto a la visión del *canibal*, ella se corresponde —también en un lenguaje más de nuestros días— con la derecha de aquella misma burguesía. Pertenece al arsenal ideológico de los políticos de acción, los que realizan el trabajo sucio del que van a disfrutar igualmente los encantadores soñadores de utopías. Que los caribes hayan sido tal como los pintó Colón (y tras él una inacabable caterva de secuaces), es tan probable como que hubieran existido los hombres de un ojo y otros con hocico de perro, o los hombres con cola, o las Amazonas, que también menciona en sus páginas, donde la mitología grecolatina, el bestiario medieval, Marco Polo y la novela de caballería

4 La carta de Colón anunciando el descubrimiento del Nuevo Mundo, 15 de febrero-14 de marzo 1493, Madrid, 1956, p. 20.

5 Ezequiel Martínez Estrada: «El Nuevo Mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba», en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril de 1963; en *Casa de las Américas*, No. 33, noviembre-diciembre de 1965. Este último número es un *Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada*.

hacen lo suyo. Se trata de la característica versión degradada que ofrece el colonizador del hombre al que coloniza. Que nosotros mismos hayamos creído durante un tiempo en esa versión solo prueba hasta qué punto estamos inficionados con la ideología del enemigo. Es característico que el término caníbal lo hayamos aplicado, por antonomasia, no al extinguido aborígen de nuestras islas, sino al negro de África que aparecía en aquellas avergonzantes películas de Tarzán. Y es que el colonizador es quien nos unifica, quien hace ver nuestras similitudes profundas más allá de accesorias diferencias.

La versión del colonizador nos explica que el caribe, debido a su bestialidad sin remedio, no quedó otra alternativa que exterminarlo. Lo que no nos explica es por qué, entonces, antes incluso que el caribe, fue igualmente exterminado el pacífico y dulce arauaco. Simplemente, en un caso como en otro, se cometió contra ellos uno de los mayores etnocidios que recuerda la historia. (Innecesario decir que esta línea está aún más viva que la anterior). En relación con esto, será siempre necesario destacar el caso de aquellos hombres que, al margen tanto del utopismo —que nada tenía que ver con la América concreta— como de la desvergonzada ideología del pillaje, impugnaron desde su seno la conducta de los colonialistas, y defendieron apasionada, lúcida, valientemente a los aborígenes de carne y hueso: a la cabeza de esos hombres, la figura magnífica del padre Bartolomé de Las Casas, a quien Bolívar llamó «el Apóstol de la América», y Martí elogió sin reservas. Esos hombres, por desgracia, no fueron sino excepciones.

Uno de los más difundidos trabajos europeos en la línea utópica es el ensayo de Montaigne «De los caníbales», aparecido en 1580. Allí está

la presentación de aquellas criaturas que «guardan vigorosas y vivas las propiedades y virtudes naturales, que son las verdaderas y útiles».⁶ En 1603 aparece publicada la traducción al inglés de los *Ensayos* de Montaigne, realizado por Giovanni Floro. No solo Floro era amigo personal de Shakespeare, sino que se conserva el ejemplar de esta edición que Shakespeare poseyó y anotó. Este dato no tendría mayor importancia si no fuera porque prueba sin lugar a dudas que el libro fue una de las fuentes directas de la última gran obra de Shakespeare, *La tempestad* (1611). Incluso uno de los personajes de la comedia, Gonzalo, que encarna al humanista renacentista, glosa de cerca, en un momento, líneas enteras del Montaigne de Floro, provenientes precisamente del ensayo «De los caníbales». Y es este hecho lo que hace más singular aún la forma como Shakespeare presenta a su personaje *Caliban/canibal*. Porque si en Montaigne —indudable fuente literaria, en este caso, de Shakespeare— «nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones [...] lo que ocurre es que cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres»,⁷ en Shakespeare, en cambio, *Caliban/canibal* es un esclavo salvaje y deforme para quien son pocas las injurias. Sucede, sencillamente, que Shakespeare, implacable realista, asume aquí al diseñar a Caliban *la otra opción* del naciente mundo burgués. En cuanto a la visión utópica, ella existe en la obra, sí, pero desvinculada de Caliban: como se dijo antes, es expresada por el armonioso humanista Gonzalo. Shakespeare verifica, pues, que ambas maneras de considerar

6 Miguel de Montaigne: *Ensayos*, trad. de C. Román y Salamero, t.1, Buenos Aires, 1948, p. 248.

7 *Loc. cit.*

lo americano, lejos de ser opuestas, eran perfectamente conciliables. Al hombre concreto, presentarlo como un animal, robarle la tierra, esclavizarlo para vivir de su trabajo y, llegado el caso, exterminarlo: esto último, siempre que se contara con quien realizara en su lugar las duras faenas. En un pasaje revelador, Próspero advierte a su hija Miranda que no podrían pasarse sin Caliban: «De él no podemos prescindir. Nos hace el fuego,/ Sale a buscarnos leña, y nos sirve/ A nuestro beneficio». («*We cannot miss him: he does make our fire/ Fetch in our wood and serves in offices/ That profit us*»). (Acto I, escena 2). En cuanto a la visión utópica, ella puede —y debe— prescindir de los hombres de carne y hueso. Después de todo, *no hay tal lugar*.

Que *La tempestad* alude a América, que su isla es la mitificación de una de nuestras islas, no ofrece a estas alturas duda alguna. Astrana Marín, quien menciona el «ambiente claramente indiano (americano) de la isla», recuerda alguno de los viajes reales, por este continente, que inspiraron a Shakespeare, e incluso le proporcionaron, con ligeras variantes, los nombres de no pocos de sus personajes: Miranda, Sebastián, Alonso, Gonzalo, Setebos.⁸ Más importante que ello es saber que Caliban es nuestro caribe.

No me interesa seguir todas las lecturas posibles que desde su aparición se hayan hecho de esta obra notable.⁹ Bastará con señalar algunas

interpretaciones. La primera de ellas proviene de Ernest Renan, quien en 1878 publica su drama *Caliban*, continuación de *La tempestad*.¹⁰ En esta obra, Caliban es la encarnación del pueblo, presentado a la peor luz, solo que esta vez su conspiración contra Próspero tiene éxito, y llega al poder, donde seguramente la ineptitud y la corrupción le impedirán permanecer. Próspero espera en la sombra su revancha. Ariel desaparece. Esta lectura debe menos a Shakespeare que a la Comuna de París, la cual ha tenido lugar solo siete años antes. Naturalmente, Renan estuvo entre los escritores de la burguesía francesa que tomaron partido feroz contra el prodigioso «asalto al cielo».¹¹ A partir de esa hazaña, su antidemocratismo se encrespa aún más: «en sus *Diálogos filosóficos*», nos dice Lidsky, «piensa que la solución estaría en la constitución de una élite de

8 William Shakespeare: *Obras completas*, trad., estudio preliminar y notas de Luis Astrana Marín, Madrid, 1961, pp. 107-108.

9 Así, por ejemplo, Jan Kott nos advierte que hasta el siglo XIX «hubo varios sabios shakespearólogos que intentaron leer *La tempestad* como una biografía en el sentido literal, o como un alegórico drama político». J. K.: *Apuntes sobre Shakespeare*, trad. de J. Maurizio, Barcelona, 1969, p. 353.

10 Ernest Renan: *Caliban. Suite de «La tempête»*, París, 1878. (Curiosamente tres años después, en 1881, Renan publicó también *L'eau de Jouvence. Suite de «Caliban»*, en que se retractó de algunas tesis centrales de su pieza anterior, explicando: «Amo a Próspero, pero no amo en absoluto a las gentes que lo restablecerían en el trono. Caliban, mejorado por el poder, me complace más. [...] Próspero, en la obra presente, debe renunciar a todo sueño de restauración por medio de sus antiguas armas. Caliban, en el fondo, nos presta más servicios que los que nos prestaría Próspero restaurado por los jesuitas y los zuavos pontificales. [...] Conservemos a Caliban; tratemos de encontrar un medio de enterrar honorablemente a Próspero y de incorporar a Ariel a la vida, de tal manera que no esté tentado ya, por motivos fútiles, de morir a causa de cualquier cosa». Renan reunió esas y otras piezas teatrales en *Drames philosophiques*, París, 1888. Ahora es más fácil consultarlos en sus *Oeuvres complètes*, tomo III [...], París, 1949. La cita que acabo de hacer está en las pp. 440 y 441).

11 Ver Arthur Adamov: *La Commune de Paris (8 mars-28 mai 1871)*, *Antologie*, París, 1959; y especialmente Paul Lidsky: *Les écrivains contre la Commune*, París, 1970.

seres inteligentes que gobiernen y posean todos los secretos de la ciencia».¹² Característicamente, el elitismo aristocratizante y prefascista de Renan, su odio al pueblo de su país, está unido a un odio mayor aún a los habitantes de las colonias. Es aleccionador oírlo expresarse en este sentido:

Aspiramos [dice], no a la igualdad sino a la dominación. El país de raza extranjera deberá ser de nuevo un país de siervos, de jornaleros agrícolas o de trabajadores industriales. No se trata de suprimir las desigualdades entre los hombres, sino de ampliarlas y hacer de ellas una ley.¹³

Y en otra ocasión:

La regeneración de las razas inferiores o bastardas por las razas superiores está en el orden providencial de la humanidad. El hombre de pueblo es casi siempre, entre nosotros, un noble desclasado, su pesada mano está mucho mejor hecha para manejar la espada que el útil servil. Antes que trabajar, escoge batirse, es decir, que regresa a su estado primero. *Regere imperio populos*, he aquí nuestra vocación. Arrójese esta devorante actividad sobre países que, como China, solicitan la conquista extranjera. [...] La naturaleza ha hecho una raza de obreros, es la raza china, de una destreza de mano maravillosa, sin casi ningún sentimiento

de honor, gobiérnesela con justicia, extrayendo de ella, por el beneficio de un gobierno así, abundantes bienes, y ella estará satisfecha; una raza de trabajadores de la tierra es el negro [...]; una raza de amos y de soldados, es la raza europea [...]. Que cada uno haga aquello para lo que está preparado, y todo irá bien.¹⁴

Innecesario glosar estas líneas que, como dice con razón Césaire, no pertenecen a Hitler, sino al humanista francés Ernest Renan.

Es sorprendente el primer destino del mito de Caliban en nuestras propias tierras americanas. Veinte años después de haber publicado Renan su *Caliban*, es decir, en 1898, los Estados Unidos intervienen en la guerra de Cuba contra España por su independencia, y someten a Cuba a su tutelaje, convirtiéndola, a partir de 1902 (y hasta 1959), en su primera neocolonia, mientras Puerto Rico y las Filipinas pasaban a ser colonias suyas de tipo tradicional. El hecho —que había sido previsto por Martí muchos años antes— conmueve a la *intelligentsia* hispanoamericana. En otra parte he recordado que «el 98» no es solo una fecha española, que da nombre a un complejo equipo de escritores y pensadores de aquel país, sino también, y acaso sobre todo, una fecha hispanoamericana, la cual debía servir para designar un conjunto no menos complejo de escritores y pensadores de este lado del Atlántico, a quienes se suele llamar con el vago nombre de «modernistas».¹⁵ Es el 98 —la visible presencia del imperialismo

12 Paul Lidsky: ob. cit., p. 82.

13 Cit. por Aimé Césaire en *Discours sur le colonialisme* [1950], 3a. ed., París, 1955, p. 13. Es notable esta requisitoria, muchos de cuyos postulados hago míos. Traducido parcialmente en *Casa de las Américas*, No. 36-37, mayo-agosto de 1966. Este número está dedicado a *África en América*.

14 Cit. en ob. cit., pp. 14-15.

15 Ver R.F.R.: «Destino cubano» [1959], en *Papelería*, La Habana, 1962, y sobre todo: «Modernismo, 98, subdesarrollo», trabajo leído en el III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, México, 1968. Incluido en *Ensayo de otro mundo*, 2a. ed., Santiago de Chile, 1969.

norteamericano en la América Latina— lo que, habiendo sido anunciado por Martí, da razón de la obra ulterior de un Darío o un Rodó.

Un temprano ejemplo de cómo recibirían el hecho los escritores latinoamericanos del momento lo tenemos en un discurso pronunciado por Paul Groussac en Buenos Aires, el 2 de mayo de 1898:

Desde la Secesión y la brutal invasión del Oeste [dice], se ha desprendido libremente el espíritu yankee del cuerpo informe y «calibanesco», y el viejo mundo ha contemplado con inquietud y temor a la novísima civilización que pretende suplantar a la nuestra declarada caduca.¹⁶

El escritor francoargentino Groussac siente que «nuestra» civilización (entendiendo por tal, visiblemente, a la del «Viejo Mundo», de la

16 Cit. en José Enrique Rodó: *Obras completas*, edición con introd., pról. y notas de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, 1957, p. 193. Ver también, de Rubén Darío: «El triunfo de Calibán», en *El Tiempo*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1898 (cit. muy parcialmente en Rodó: ob. cit., p. 194). En aquel artículo, que no se sabe si Rodó llegó a conocer, Darío rechaza a esos «búfalos de dientes de plata [...] enemigos míos [...] aborrecedores de la sangre latina, [...] los bárbaros», y añade: «No puedo estar de parte de ellos, no puedo estar por el triunfo de Calibán. [...] Solo un alma ha sido tan previsora sobre este concepto [...] como la de Sáenz Peña; y esa fue, ¡curiosa ironía del tiempo!, la del padre de Cuba libre, la de José Martí» (R.D.: «El triunfo de Calibán», en *Prosas políticas*, introd. de Julio Valle-Castillo y notas de Jorge Eduardo Arellano, Managua, 1982, pp. 85-86). Darío, citando al curioso ocultista francés Josephin Peladan (a quien atribuye la comparación), ya había equiparado los Estados Unidos a Caliban en su «Edgar Allan Poe», en *Los raros* [1896], Buenos Aires, 1952, p. 20.

que nosotros los latinoamericanos vendríamos curiosamente a formar parte) está amenazada por el yanqui «canibalesco». Es bastante poco probable que por esa época escritores argelinos y vietnamitas, pateados por el colonialismo francés, estuvieran dispuestos a suscribir la primera parte de tal criterio. Es también francamente extraño ver que el símbolo de Caliban —donde Renan supo descubrir con acierto al pueblo, si bien para injurarlo— sea aplicado a los Estados Unidos. Y sin embargo, a pesar de esos desenfoques, característicos por otra parte de la peculiar situación de la América Latina, la reacción de Groussac implicaba un claro rechazo del peligro yanqui por los escritores latinoamericanos. No era, por otra parte, la primera vez que en nuestro Continente se expresaba tal rechazo. Aparte de casos de hispanoamericanos como los de Bolívar, Bilbao y Martí, entre otros, la literatura brasileña conocía el ejemplo de Joaquín de Sousa Andrade, o Sousândrade, en cuyo extraño poema «O Guesa Errante» el canto X está consagrado a «O inferno de Wall Street», «una Walpurgisnacht de bolsistas, policastros y negociantes corruptos»;¹⁷ y de José Verissimo, quien en un tratado sobre educación nacional, de 1890, al impugnar a los Estados Unidos, escribió: «los admiro pero no los estimo».

Ignoro si el uruguayo José Enrique Rodó —cuya famosa frase sobre los Estados Unidos: «los admiro, pero no los amo», coincide literalmente con la observación de Verissimo— conocía la obra del pensador brasileño; pero es seguro que sí conociera el discurso de Groussac, reproducido en su parte esencial en *La Razón*, de Montevideo,

17 Ver Jean Franco: *The Modern Culture of Latin America: Society and the Artist*, Londres, 1967, p. 49.

el 6 de mayo de 1898. Desarrollando la idea allí esbozada, y enriqueciéndola con otras, Rodó publica en 1900, a sus veintinueve años, una de las obras más famosas de la literatura hispanoamericana: *Ariel*. Implícitamente, la civilización norteamericana es presentada allí como Caliban (apenas nombrado en la obra), mientras que Ariel vendría a encarnar —o debería encarnar— lo mejor de lo que Rodó no vacila en llamar más de una vez «nuestra civilización» (223 y 226); la cual, en sus palabras como en las de Groussac, no se identifica solo con «nuestra América Latina» (239), sino con la vieja Rumania, cuando no con el Viejo Mundo todo. La identificación Caliban-Estados Unidos que propuso Groussac y divulgó Rodó estuvo seguramente desacertada. Abordando el desacierto por un costado, comentó José Vasconcelos: «si los yanquis fueran no más Calibán, no representarían mayor peligro».¹⁸ Pero esto, desde luego, tiene escasa importancia al lado del hecho relevante de haber señalado claramente dicho peligro. Como observó con acierto Benedetti, «quizá Rodó se haya equivocado cuando tuvo que decir el nombre del peligro, pero no se equivocó en su reconocimiento de dónde estaba el mismo».¹⁹

Algún tiempo después —y desconociendo seguramente la obra del colonial Rodó, quien por supuesto sabía de memoria la de Renan—, la tesis del *Caliban* de este es retomada por el escritor francés Jean Guéhenno, quien publica en 1928, en París, su *Caliban habla*. Esta vez, sin embargo, la identificación renaniana Caliban/pueblo

está acompañada de una apreciación positiva de Caliban. Hay que agradecer a este libro de Guéhenno el haber ofrecido por primera vez una versión simpática del personaje.²⁰ Pero el tema hubiera requerido la mano o la rabia de un Paul Nizan para lograrse efectivamente.²¹

Mucho más agudas son las observaciones del argentino Aníbal Ponce en la obra de 1935 *Humanismo burgués y humanismo proletario*. El libro —que un estudioso del pensamiento del Che conjetura que debió haber ejercido influencia sobre él—²² consagra su tercer capítulo a «Ariel o la agonía de una obstinada ilusión». Al comentar *La tempestad*, dice Ponce: «en aquellos cuatro seres ya está toda la época: Próspero es el tirano ilustrado que el Renacimiento ama; Miranda, su linaje; Calibán, las masas sufridas [Ponce citará luego a Renan, pero no a Guéhenno]; Ariel, el genio del aire, sin ataduras con la vida».²³ Ponce hace ver el carácter equívoco con que es

20 La visión aguda pero negativa de Jan Kott lo hace irritarse por este hecho: «Para Renan», dice, «Calibán personifica al Demos. En su continuación [...] su Calibán lleva a cabo con éxito un atentado contra Próspero. Guéhenno escribió una apología de Calibán-Pueblo. Ambas interpretaciones son triviales. El Calibán shakespeariano tiene más grandeza» (Ob. cit., p. 398).

21 La endeblez de Guéhenno para abordar a fondo este tema se pone de manifiesto en los prefacios en que, en las sucesivas ediciones, va desdiciéndose (2a. ed., 1945; 3a. ed., 1962) hasta llegar a su libro de ensayos *Caliban y Próspero* (París, 1969), donde, al decir de un crítico, convertido Guéhenno en «personaje de la sociedad burguesa y un beneficiario de su cultura», juzga a Próspero más equitativamente que en tiempos de *Caliban habla*» (Pierre Henri Simon en *Le Monde*, 5 de julio de 1969).

22 Michael Löwy: *La pensée de Che Guevara*, París, 1970, p. 19.

23 Aníbal Ponce: *Humanismo burgués y humanismo proletario*, La Habana, 1962, p. 83.

18 José Vasconcelos: *Indología*, 2a. ed., Barcelona, s.f., pp. x-xiii.

19 Mario Benedetti: *Genio y figura de José Enrique Rodó*, Buenos Aires, 1966, p. 95.

presentado Caliban, carácter que revela «alguna enorme injusticia de parte de un dueño», y en Ariel ve al intelectual, atado de modo «menos pesado y rudo que el de Calibán, pero al servicio también» de Próspero. El análisis que realiza de la concepción del intelectual («mezcla de esclavo y mercenario») acuñada por el humanismo renacentista, concepción que «enseñó como nadie a desinteresarse de la acción y a aceptar el orden constituido», y es por ello hasta hoy, en los países burgueses, «el ideal educativo de las clases gobernantes», constituye uno de los más agudos ensayos que en nuestra América se hayan escrito sobre el tema.

Pero ese examen, aunque hecho por un latinoamericano, se realiza todavía tomando en consideración exclusivamente al mundo europeo. Para una nueva lectura de *La tempestad* —para una nueva consideración del problema—, sería menester esperar a la emergencia de los países coloniales que tiene lugar a partir de la Segunda Guerra Mundial, esa brusca presencia que lleva a los atareados técnicos de las Naciones Unidas a forjar, entre 1944 y 1945, el término *zona económicamente subdesarrollada* para vestir con un ropaje verbal simpático (y profundamente confuso) lo que hasta entonces se había llamado *zonas coloniales* o *zonas atrasadas*.²⁴

En acuerdo con esa emergencia aparece en París, en 1950, el libro de O. Mannoni *Sicología de la colonización*. Significativamente, la edición en inglés de este libro (Nueva York, 1956) se llamará *Próspero y Caliban: la sicología de la colonización*. Para abordar su asunto, Mannoni

no ha encontrado nada mejor que forjar el que llama «complejo de Próspero», «definido como el conjunto de disposiciones neuróticas inconcientes que diseñan a la vez la figura del paternalismo colonial» y «el retrato del racista cuya hija ha sido objeto de una tentativa de violación (imaginaria) por parte de un ser inferior».²⁵ En este libro, probablemente por primera vez, Caliban queda identificado como el colonial, pero la peregrina teoría de que este siente el «complejo de Próspero», el cual lo lleva neuróticamente a requerir, incluso a presentir y por supuesto a acatar la presencia de Próspero/colonizador, es rotundamente rechazada por Frantz Fanon en el cuarto capítulo («Sobre el pretendido complejo de dependencia del colonizado») de su libro de 1952 *Piel negra, máscaras blancas*.

El primer escritor latinoamericano y caribeño en asumir nuestra identificación (especialmente la del Caribe) con Caliban fue el barbadense George Lamming, en *Los placeres del exilio* (1960), sobre todo en los capítulos «Un monstruo, un niño, un esclavo» y «Caliban ordena la historia». Aunque algún pasaje de su enérgico libro, el cual tiene de ensayo y de autobiografía intelectual, podría hacer creer que no logra romper el círculo que trazara Mannoni, Lamming señala con claridad hermosos avatares americanos de Caliban, como la gran Revolución Haitiana, con L'Ouverture a la cabeza, y la obra de C.L.R. James, en especial su excelente libro sobre aquella revolución, *The Black Jacobins* (1938). El núcleo de su tesis lo expresa en estas palabras: «La historia de

24 J.L. Zimmerman: *Países pobres, países ricos. La brecha que se ensancha*, trad. de G. González Aramburo, México, D.F., 1966, p. 1.

25 O. Mannoni: *Psychologie de la colonisation*, París, 1950, p. 71, cit. por Frantz Fanon en: *Peau noire, masques blancs* [1952] (2a. ed.), París [c. 1965], p. 106.

Caliban –pues tiene una historia bien turbulenta– pertenece enteramente al futuro».²⁶

En la década del sesenta, la nueva lectura de *La tempestad* acabará por imponerse. En *El mundo vivo de Shakespeare* (1964), el inglés John Wain nos dirá que Caliban

produce el patetismo de todos los pueblos explotados, lo cual queda expresado punzantemente al comienzo de una época de colonización europea que duraría trescientos años. Hasta el más ínfimo salvaje desea que lo dejen en paz antes de ser «educado» y obligado a trabajar para otros, y hay una innegable justicia en esta queja de Calibán: «¡Porque yo soy el único súbdito que tenéis, que fui rey propio!». Próspero responde con la inevitable contestación del colono: Calibán ha adquirido conocimientos e instrucción (aunque recordemos que él ya sabía construir represas para coger pescado y también extraer chufas del suelo como si se tratara del campo inglés). Antes de ser utilizado por Próspero, Calibán no sabía hablar: «Cuando tú, hecho un salvaje, ignorando tu propia significación, balbucías como un bruto, doté tu pensamiento de palabras que lo

dieran a conocer». Sin embargo, esta bondad es recibida con ingratitud: Calibán, a quien se permite vivir en la gruta de Próspero, ha intentado violar a Miranda; cuando se le recuerda esto con mucha severidad, dice impertinente, con una especie de babosa risotada: «¡oh, jo!... ¡Lástima no haberlo realizado! Tú me lo impediste; de lo contrario, poblara la isla de Calibanes». Nuestra época [concluye Wain], que es muy dada a usar la horrible palabra *miscegenation* (mezcla de razas), no tendrá dificultad en comprender este pasaje.²⁷

Y casi al ir a terminar esa década de los sesenta, en 1969, y de manera harto significativa, Caliban será asumido con orgullo como nuestro símbolo por tres escritores antillanos, cada uno de los cuales se expresa en una de las grandes lenguas coloniales del Caribe. Con independencia uno de otro, ese año publica el martiniqueño Aimé Césaire su obra de teatro, en francés, *Una tempestad, adaptación de La tempestad de Shakespeare para un teatro negro*; el barbadense Edward Kamau Brathwaite, su libro de poemas, en inglés, *Islas*, entre los cuales hay uno dedicado a «Caliban»; y el autor de estas líneas, su ensayo en español «Cuba hasta Fidel», en que se habla de nuestra identificación con Caliban.²⁸ En la obra de Césaire, los personajes son los mismos que los de Shakespeare, pero Ariel es un esclavo mulato, mientras Caliban es un esclavo negro; además, interviene Eshú, «dios-diablo negro».

26 George Lamming: *The Pleasures of Exile*, Londres, 1960, p. 107. No es extraño que al añadir unas palabras a la segunda edición de este libro (Londres, 1984), Lamming manifestara su entusiasmo por la Revolución Cubana, que según él cayó «como un rayo del cielo [...] [y] reordenó nuestra historia», añadiendo: «La Revolución Cubana fue una respuesta caribeña a esa amenaza imperial que Próspero concibió como una misión civilizadora» (Ob. cit., p. [7]). Al comentar la primera edición del libro de Lamming, el alemán Janheinz Jahn había propuesto una identificación Caliban-negritud. (*Neo-African Literature: A History of Black Writing*, trad. del alemán por Oliver Coburn y Ursula Lehrburger, Nueva York, 1969, pp. 239-242).

27 John Wain: *El mundo vivo de Shakespeare*, trad. de J. Silés, Madrid, 1967, pp. 258-259.

28 Aimé Césaire: *Une tempête. Adaptation de La tempête de Shakespeare pour un théâtre nègre*, París, 1969; Edward K. Brathwaite: *Islands*, Londres, 1969; R.F.R.: «Cuba hasta Fidel», en *Bohemia*, 19 de septiembre de 1969.

No deja de ser curiosa la observación de Próspero cuando Ariel regresa lleno de escrúpulos, después de haber desencadenado, siguiendo las órdenes de aquel, pero contra su propia conciencia, la tempestad con que se inicia la obra: «¡Vamos!», le dice Próspero, «¡Tu crisis! ¡Siempre es lo mismo con los intelectuales!». El poema de Brathwaite llamado «Caliban» está dedicado, significativamente, a Cuba. «En La Habana, esa mañana [...]», escribe Brathwaite, «[e]ra el dos de diciembre de mil novecientos cincuenta y seis./ Era el primero de agosto de mil ochocientos treinta y ocho./ Era el doce de octubre de mil cuatrocientos noventa y dos.// ¿Cuántos estampidos, cuántas revoluciones?». ²⁹

Nuestro símbolo

Nuestro símbolo no es pues Ariel, como pensó Rodó, sino Caliban. Esto es algo que vemos con particular nitidez los mestizos que habitamos estas mismas islas donde vivió Caliban: Prós-

pero invadió la islas, mató a nuestros ancestros, esclavizó a Caliban y le enseñó su idioma para entenderse con él: ¿Qué otra cosa puede hacer Caliban sino utilizar ese mismo idioma para maldecir, para desear que caiga sobre él la «roja plaga»? No conozco otra metáfora más acertada de nuestra situación cultural, de nuestra realidad. De Tupac Amaru, *Tiradentes*, Toussaint L'Ouverture, Simón Bolívar, José de San Martín, Miguel Hidalgo, José Artigas, Bernardo O'Higgins, Juana de Azurduy, Benito Juárez, Máximo Gómez, Antonio Maceo, Eloy Alfaro, José Martí, a Emiliano Zapata, Amy y Marcus Garvey, Augusto César Sandino, Julio Antonio Mella, Pedro Albizu Campos, Lázaro Cárdenas, Fidel Castro, Haydee Santamaría, Ernesto Che Guevara, Carlos Fonseca o Rigoberta Menchú; del Inca Garcilaso de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, el *Aleijadinho*, Simón Rodríguez, Félix Varela, Francisco Bilbao, José Hernández, Eugenio María de Hostos, Manuel González Prada, Rubén Darío, Baldomero Lillo u Horacio Quiroga, a la música popular caribeña, el muralismo mexicano, Manuel Ugarte, Joaquín García Monge, Heitor Villa-Lobos, Gabriela Mistral, Oswald y Mário de Andrade, Tarsila do Amaral, César Vallejo, Cándido Portinari, Frida Kahlo, José Carlos Mariátegui, Manuel Álvarez Bravo, Ezequiel Martínez Estrada, Carlos Gardel, Miguel Ángel Asturias, Nicolás Guillén, El Indio Fernández, Oscar Niemeyer, Alejo Carpentier, Luis Cardoza y Aragón, Edna Manley, Pablo Neruda, João Guimarães Rosa, Jacques Roumain, Wifredo Lam, José Lezama Lima, C.L.R. James, Aimé Césaire, Juan Rulfo, Roberto Matta, José María Arguedas, Augusto Roa Bastos, Violeta Parra, Darcy Ribeiro, Rosario Castellanos, Aquiles Nazoa, Frantz Fanon, Ernesto Cardenal, Gabriel

²⁹ La nueva lectura de *La tempestad* ha pasado a ser ya la habitual en el mundo colonial o referido a él. No intento, por tanto, sino mencionar unos cuantos ejemplos más. Uno, del escritor de Kenya James Ngugi: «África y la descolonización cultural», en *El Correo* [de la Unesco], enero de 1971. Otro, de Paul Brown: «“This thing of darkness I acknowledge mine”: The *Tempest* and the Discourse on Colonialism», en *Political Shakespeare. New Essays in Cultural Materialism*, ed. por Jonathan Dollimore y Alan Sinfield, Ithaca y Londres, 1985. Ver nuevos ejemplos (y muchos de los ya citados) en: Rob Nixon: «Caribbean and African Appropriations of *The Tempest*», en *Critical Inquiry*, No. 13 (Primavera 1987), y José David Saldívar: *The Dialectics of Our America. Genealogy, Cultural Critique, and Literary History*, Durham y Londres, 1991, esp. «III. Caliban and Resistance Cultures». Saldívar llega a hablar de «La escuela de Caliban».

García Márquez, Tomás Gutiérrez Alea, Rodolfo Walsh, George Lamming, Kamau Brathwaite, Roque Dalton, Guillermo Bonfil, Glauber Rocha o Leo Brouwer, ¿qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura, sino la historia, sino la cultura de Caliban?

En cuanto a Rodó, si es cierto que equivocó los símbolos, como se ha dicho, no es menos cierto que supo señalar con claridad al enemigo mayor que nuestra cultura tenía en su tiempo –y en el nuestro–, y ello es enormemente más importante. Las limitaciones de Rodó, que no es este el momento de elucidar, son responsables de lo que no vio o vio desenfocadamente.³⁰ Pero lo que en su caso es digno de señalar es lo que sí vio, y que sigue conservando cierta dosis de vigencia y aun de virulencia.

Pese a sus carencias, omisiones e ingenuidades [ha dicho también Benedetti], la visión de Rodó sobre el fenómeno yanqui, rigurosamente ubicada en su contexto histórico, fue en su momento la primera plataforma de lanzamiento para otros planteos posteriores, menos ingenuos, mejor informados, más previsores [...] la casi profética sustancia del arielismo rodoniano conserva, todavía hoy, cierta parte de su vigencia.³¹

30 «Es abusivo», ha dicho Benedetti, «confrontar a Rodó con estructuras, planteamientos, ideologías actuales. Su tiempo es otro que el nuestro [...] su verdadero hogar, su verdadera patria temporal, era el siglo XIX» (Ob. cit., en nota 19, p. 128).

31 *Ibid.*, p. 102. Un énfasis aún mayor en la vigencia actual de Rodó se encuentra en el libro de Arturo Ardao *Rodó. Su americanismo* (Montevideo, 1970), que incluye una excelente antología del autor de *Ariel*. Ver también de Ardao: «Del Calibán de Renan al Calibán de Rodó», en *Cuadernos de Marcha*, No. 50, Mon-

estas observaciones están apoyadas por realidades incontrovertibles. Que la visión de Rodó sirvió para planteos posteriores menos ingenuos y más radicales, lo sabemos bien los cubanos con solo remitirnos a la obra de Julio Antonio Mella, en cuya formación fue decisiva la influencia de Rodó. En un vehemente trabajo de sus veintiún años, «Intelectuales y Tartufos» (1924), en que Mella arremete con gran violencia contra falsos valores intelectuales de su tiempo –a los que opondrá los nombres de Unamuno, Vasconcelos, Ingenieros, Varona–, Mella escribe:

Intelectual es el trabajador del pensamiento. ¡El trabajador!, o sea, el único hombre que a juicio de Rodó merece la vida [...] aquel que empuña la pluma para combatir las iniquidades, como otros empuñan el arado para fecundar la tierra, o la espada para libertar a los pueblos, o los puñales para ajusticiar a los tiranos.³²

Mella volverá a citar a Rodó ese año,³³ y al siguiente contribuirá a formar en La Habana el Instituto Politécnico Ariel.³⁴ Es oportuno recordar

tevideo, junio de 1971. En cambio, ya en 1928 José Carlos Mariátegui, después de recordar con razón que «a Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, solo es posible oponer eficazmente una América, latina o ibera, socialista», añade: «El mito de Rodó no obra ya –no ha obrado nunca– útil y fecundamente sobre las almas». J.C.M.: «Aniversario y balance» [1928], en *Ideología y política*, Lima, 1969, p. 248.

32 *Hombres de la Revolución. Julio Antonio Mella*, La Habana, 1971, p. 12.

33 *Ibid.*, p. 15.

34 Ver Erasmo Dumpierre: *Mella*, La Habana [c. 1965], p. 145; y también José Antonio Portuondo: «Mella y los intelectuales» [1963], en *Crítica de la época*, La Habana, 1965, p. 98.

que ese mismo año 1925, Mella se encuentra también entre los fundadores del primer Partido Comunista de Cuba. Sin duda el *Ariel* de Rodó sirvió a este primer marxista orgánico de Cuba –y uno de los primeros del Continente– como «plataforma de lanzamiento» para su meteórica carrera revolucionaria.

Como ejemplos también de la relativa vigencia que aún en nuestros días conserva el planteo antiyanqui de Rodó, están los intentos enemigos de desarmar ese planteo. Es singular el caso de Emir Rodríguez Monegal, para quien *Ariel*, además de «materiales de meditación filosófica o sociológica, *también* contiene páginas de carácter polémico sobre problemas políticos *de la hora*. Y ha sido precisamente esta condición *secundaria* pero innegable la que determinó su popularidad inmediata y su difusión». La esencial postura de Rodó contra la penetración norteamericana aparecerá así como un añadido, como un hecho secundario en la obra. Se sabe, sin embargo, que Rodó la concibió, a raíz de la intervención norteamericana en Cuba en 1898, como *una respuesta al hecho*. Rodríguez Monegal comenta:

La obra así proyectada fue *Ariel*. En el discurso definitivo solo se encuentran dos alusiones directas al hecho histórico que fue su primer motor [...] ambas alusiones permiten advertir cómo ha trascendido Rodó la circunstancia histórica inicial para plantarse de lleno en el problema esencial: la proclamada decadencia de la raza latina.³⁵

El que un servidor del imperialismo como Rodríguez Monegal, aquejado por la «nordo-

35 Emir Rodríguez Monegal: en Rodó: ob. cit. en nota 16, pp. 192 y 193 (Énfasis de R.F.R.).

manía» que en 1900 denunció Rodó, trate de emascular tan burdamente su obra, solo prueba que, en efecto, ella conserva cierta virulencia en su planteo, aunque hoy lo haríamos a partir de otras perspectivas y con otro instrumental. Un análisis de *Ariel* –que no es esta en absoluto la ocasión de hacer– nos llevaría también a destacar cómo, a pesar de su formación, a pesar de su antijacobinismo, Rodó combate allí el antidemocratismo de Renan y Nietzsche (en quien encuentra «un abominable, un reaccionario espíritu», 224), exalta la democracia, los valores morales y la emulación. Pero, indudablemente, el resto de la obra ha perdido la actualidad que, en cierta forma, conserva su enfrentamiento gallardo a los Estados Unidos, y la defensa de nuestros valores.

Bien vistas las cosas, es casi seguro que estas líneas de ahora no llevarían el nombre que tienen de no ser por el libro de Rodó, y prefiero considerarlas también como un homenaje al gran uruguayo, cuyo centenario se celebra este año. El que el homenaje lo contradiga en no pocos puntos no es raro. Ya había observado Medardo Vitier que «si se produjera una vuelta a Rodó, no creo que sería para adoptar la solución que dio sobre los intereses de la vida del espíritu, sino para reconsiderar el problema».³⁶

Al proponer a Caliban como nuestro símbolo, me doy cuenta de que tampoco es enteramente nuestro, también es una elaboración extraña, aunque esta vez lo sea a partir de nuestras concretas realidades. Pero ¿cómo eludir enteramente esta extrañeza? La palabra más venerada en Cuba –*mambí*– nos fue impuesta peyorativamente por nuestros enemigos, cuando la

36 Medardo Vitier: *Del ensayo americano*, México, 1945, p. 117.

guerra de independencia, y todavía no hemos descifrado del todo su sentido. Parece que tiene una evidente raíz africana, e implicaba, en boca de los colonialistas españoles, la idea de que todos los independentistas equivalían a los negros esclavos —emancipados por la propia guerra de independencia—, quienes constituían el grueso del Ejército Libertador. Los independentistas, blancos y negros, hicieron suyo con honor lo que el colonialismo quiso que fuera una injuria. Es la dialéctica de Caliban. Nos llaman *mambí*, nos llaman *negro* para ofendernos, pero nosotros reclamamos como un timbre de gloria el honor de considerarnos descendientes de *mambí*, descendientes de negro alzado, cimarrón, independentista; y *nunca* descendientes de esclavista. Sin embargo, Próspero, como bien sabemos, le enseñó el idioma a Caliban, y, consecuentemente, le dio nombre. ¿Pero es ese su verdadero nombre? Oigamos este discurso de 1971:

Todavía, con toda precisión, no tenemos siquiera un nombre, estamos prácticamente sin bautizar: que si latinoamericanos, que si iberoamericanos, que si indoamericanos. Para los imperialistas no somos más que pueblos despreciados y despreciables. Al menos lo éramos. Desde Girón empezaron a pensar un poco diferente. Desprecio racial. Ser criollo, ser mestizo, ser negro, ser, sencillamente, latinoamericano, es para ellos desprecio.³⁷

Es, naturalmente, Fidel Castro, en el décimo aniversario de Playa Girón.

Asumir nuestra condición de Caliban implica repensar nuestra historia desde el *otro* lado,

37 Fidel Castro: Discurso de 19 de abril de 1971.

desde el *otro* protagonista. El otro protagonista de *La tempestad* no es Ariel, sino Próspero.³⁸ No hay verdadera polaridad Ariel-Caliban: ambos son siervos en manos de Próspero, el hechicero extranjero. Solo que Caliban es el rudo e incontestable dueño de la isla, mientras Ariel, criatura aérea, aunque hijo también de la isla, es en ella, como vieron Ponce y Césaire, el intelectual.

Otra vez Martí

Esta concepción de nuestra cultura ya había sido articuladamente expuesta y defendida, en el siglo pasado, por el primero de nuestros hombres en comprender claramente la situación concreta de lo que llamó —en denominación que he recordado varias veces— «nuestra América mestiza»: José Martí,³⁹ a quien Rodó quiso dedicar la primera edición cubana de *Ariel*, y sobre quien se propuso escribir un estudio como los que consagrara a Bolívar y a Artigas, estudio que, por desgracia, al cabo no realizó.⁴⁰

Aunque lo hiciera a lo largo de cuantiosas páginas, quizá la ocasión en que Martí ofreció sus ideas sobre este punto de modo más orgánico y apretado fue su artículo de 1891 «Nuestra América». Pero antes de comentarlo someramente,

38 Jan Kott: ob. cit. en nota 9, p. 377.

39 Ver Ezequiel Martínez Estrada: «Por una alta cultura popular y socialista cubana» [1962], *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana*, La Habana, 1963; R.F.R.: «Martí en su (tercer) mundo» [1964], en *Ensayo de otro mundo*, cit.; Noël Salomon: «José Martí et la prise de conscience latinoaméricaine», en *Cuba Sí*, No. 35-36, 4to. trimestre 1970, 1er. trimestre 1971; Leonardo Acosta: «La concepción histórica de Martí», en *Casa de las Américas*, No. 67, julio-agosto de 1971.

40 José Enrique Rodó: ob. cit. en nota 16, pp. 1359 y 1375.

querría hacer unas observaciones previas sobre el destino de los trabajos de Martí.

En vida de Martí, el grueso de su obra, desparramada por una veintena de periódicos continentales, conoció la fama. Sabemos que Rubén Darío llamó a Martí «Maestro» (como, por otras razones, también lo llamaban en vida sus seguidores políticos) y lo consideró el hispanoamericano a quien más admiró. Ya veremos, por otra parte, cómo el duro enjuiciamiento de los Estados Unidos que Martí solía hacer en sus crónicas era conocido en su época, y le valdría acerbos críticas por parte del proyanqui Sarmiento. Pero la forma peculiar en que se difundió la obra de Martí —quien utilizó el periodismo, la oratoria, las cartas, y *no publicó ningún libro*—, tiene no poca responsabilidad en el relativo olvido en que va a caer dicha obra a raíz de la muerte del héroe cubano en 1895. Solo ello explica que a nueve años de esa muerte —y a doce de haber dejado Martí de escribir para la prensa continental, entregado como estaba desde 1892 a la tarea política—, un autor tan absolutamente nuestro, tan insospechable como Pedro Henríquez Ureña, escriba a sus veinte años (1904), en un artículo sobre el *Ariel* de Rodó, que los juicios de este sobre los Estados Unidos son «mucho más severos que los formulados por dos máximos pensadores y geniales psicólogos antillanos: Hostos y Martí». ⁴¹ En lo que toca a Martí, esta observación es completamente equivocada, y dada la ejemplar honestidad de Henríquez Ureña, me llevó a sospechar primero, y a verificar después, que se debía sencillamente al hecho de que para esa época el gran dominicano no había leído, *no había*

podido leer a Martí sino muy insuficientemente: Martí apenas estaba publicado para entonces. Un texto como el fundamental «Nuestra América» es buen ejemplo de este destino. Los lectores del periódico mexicano *El Partido Liberal* pudieron leerlo el día 30 de enero de 1891. Es posible que algún otro periódico local lo haya republicado, ⁴² aunque la más reciente edición de las *Obras completas* de Martí no nos indica nada al respecto. Pero lo más posible es que quienes no tuvieron la suerte de obtener dicho periódico, no pudieron saber de ese texto —el más importante documento publicado en esta América desde finales del siglo pasado hasta la aparición en 1962 de la *Segunda Declaración de La Habana*— durante cerca de veinte años, al cabo de los cuales apareció en forma de libro (La Habana, 1911) en la colección en que empezaron a publicarse las obras de Martí. Por eso le asiste la razón a Manuel Pedro González cuando afirma que durante el primer cuarto de este siglo, las nuevas promociones no conocían sino muy insuficientemente a Martí. Gracias a la aparición más reciente de varias ediciones de sus obras completas —en realidad, todavía incompletas— es que «se le ha redescubierto y revalorado». ⁴³ González está pensando sobre todo en el deslumbrante aspecto literario de la obra («la gloria literaria», como él dice). ¿Qué no podemos decir nosotros del fundamental aspecto ideológico de la misma? Sin olvidar muy importantes contribuciones previas, hay

⁴¹ Pedro Henríquez Ureña: *Obra crítica*, México, 1960, p. 27.

⁴² Ivan A. Schulman ha descubierto que fue publicado antes, en enero 1 (*no* 10, como se lee por error) de 1891, en *La Revista Ilustrada de Nueva York*. (I.S.: Martí, Casal y el Modernismo, La Habana, 1969, p. 92).

⁴³ Manuel Pedro González: «Evolución de la estimativa martiana», en *Antología crítica de José Martí*, recopil., introd. y notas de M.P.G., México, 1960, p. xxix.

puntos esenciales en que puede decirse que es ahora, después del triunfo de la Revolución Cubana, y gracias a ella, que Martí está siendo «redescubierto y revalorado». No es un azar que Fidel haya declarado en 1953 que el responsable intelectual del ataque al cuartel Moncada era Martí; ni que el Che haya iniciado en 1967 su trascendente *Mensaje a la Tricontinental* con una cita de Martí: «Es la hora de los hornos, y no se ha de ver más que la luz». Si Benedetti ha podido decir que el tiempo de Rodó «es otro que el nuestro [...] su verdadero hogar, su verdadera patria temporal era el siglo XIX», nosotros debemos decir, en cambio, que el verdadero hogar de Martí era el futuro, y por lo pronto este tiempo nuestro que sencillamente no se entiende sin un conocimiento cabal de su obra.

Ahora bien, si ese conocimiento, por las curiosas circunstancias aludidas, le estuvo vedado —o solo le fue permitido de manera limitada— a las primeras promociones nuestras de este siglo, las que a menudo tuvieron por ello que valerse, para ulteriores planteos radicales, de una «primera plataforma de lanzamiento» tan bien intencionada pero al mismo tiempo tan endeble como el decimonónico *Ariel*, ¿qué podremos decir de autores más recientes que ya disponen de ediciones de Martí, y, sin embargo, se obstinan en desconocerlo? No pienso ahora en estudiosos más o menos ajenos a nuestros problemas, sino, por el contrario, en quienes mantienen una consecuente actitud anticolonialista. La única explicación de este hecho es dolorosa: el colonialismo ha calado tan hondamente en nosotros, que solo leemos con verdadero respeto a los autores anticolonialistas *difundidos desde las metrópolis*. De ahí que dejemos de lado la lección mayor de Martí; de ahí que apenas estemos familiarizados

con Artigas, con Recabarren, con Mella, incluso con Mariátegui y Ponce. Y tengo la triste sospecha de que si los extraordinarios textos del Che Guevara conocen la mayor difusión que se ha acordado a un latinoamericano, el que lo lea con tanta avidez nuestra gente se debe también, en cierta medida, a que el suyo es nombre prestigioso incluso en las capitales metropolitanas, donde, por cierto, con frecuencia se le hace objeto de las más desvergonzadas manipulaciones. Para ser consecuentes con nuestra actitud anticolonialista, tenemos que volvernos efectivamente a los hombres y mujeres nuestros que en su conducta y en su pensamiento han encarnado e iluminado esta actitud.⁴⁴ Y en este sentido, ningún ejemplo más útil que el de Martí.

No conozco otro autor latinoamericano que haya dado una respuesta tan inmediata y tan coherente a otra pregunta que me hiciera mi interlocutor, el periodista europeo que mencioné al principio de estas líneas (y que de no existir, yo hubiera tenido que inventar, aunque esto último me privara de su amistad, la cual espero que sobreviva a este monólogo). «¿Qué relación», me preguntó este sencillo malicioso, «guarda Borges con los incas?». Borges es casi una reducción al absurdo, y de todas maneras voy a ocuparme de él más tarde; pero es bueno, es justo preguntarse qué relación guardamos los actuales habitantes

44 No se entienda por esto, desde luego, que sugiero dejar de conocer a los autores que no hayan nacido en las colonias. Tal estupidez es insostenible. ¿Cómo podríamos postular prescindir de Homero, de Dante, de Cervantes, de Shakespeare, de Whitman —para no decir Marx, Engels o Lenin? ¿Cómo olvidar incluso que en nuestros propios días hay pensadores *de la América Latina* que no han nacido aquí? Y en fin, ¿cómo propugnar robinsonismo intelectual alguno sin caer en el mayor absurdo?

de esta América en cuya herencia zoológica y cultural Europa tuvo su indudable parte, con los primitivos habitantes de esta misma América, esos que habían construido culturas admirables, o estaban en vías de hacerlo, y fueron exterminados o martirizados por europeos de varias naciones, sobre los que no cabe levantar leyenda blanca ni negra, sino una infernal verdad de sangre que constituye –junto con hechos como la esclavitud de los africanos– su eterno deshonor. Martí, que tanto quiso en el orden personal a su padre, valenciano, y a su madre, canaria; que escribía el más prodigioso idioma español de su tiempo –y del nuestro–, y que llegó a tener la mejor información sobre la cultura euronorteamericana de que haya disfrutado un hombre de nuestra América, también se hizo esta pregunta, y se la respondió así: «Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paramaconi, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas».⁴⁵

Presumo que el lector, si no es venezolano, no estará familiarizado con los nombres aquí evocados por Martí. Tampoco yo lo estaba. Esa carencia de familiaridad no es sino una nueva prueba de nuestro sometimiento a la perspectiva colonizadora de la historia que se nos ha impuesto, y nos ha evaporado nombres, fechas, circunstancias, verdades. En otro orden de cosas

–estrechamente relacionado con este–, ¿acaso la historia burguesa no pretendió borrar a los héroes de la Comuna del 71, a los mártires del primero de mayo de 1886 (significativamente reivindicados por Martí)? Pues bien, Tamanaco, Paramaconi, «los desnudos y heroicos caracas» eran indígenas de lo que hoy llamamos Venezuela, *de origen caribe o muy cercanos a ellos*, que pelearon heroicamente frente a los españoles al inicio de la conquista. Lo cual quiere decir que Martí ha escrito que sentía correr por sus venas *sangre de caribe, sangre de Caliban*. No será la única vez que expresa esta idea, central en su pensamiento. Incluso valiéndose de tales héroes,⁴⁶ reiterará algún tiempo después:

Con Guaicaipuro, con Paramaconi [héroes de las tierras venezolanas, probablemente de origen caribe], con Anacaona, con Hatuey [héroe de las Antillas, de origen arauaco] hemos de estar, y no con las llamas que los quemaron, ni con las cuerdas que los ataron, ni con los aceros que los degollaron, ni con los perros que los mordieron.⁴⁷

El rechazo de Martí al etnocidio que Europa realizó en América es *total*, y no menos total su identificación con los pueblos americanos que le ofrecieron heroica resistencia al invasor, y en quienes Martí veía los antecesores naturales de los independentistas latinoamericanos. Ello explica que en el cuaderno de apuntes en que

45 José Martí: «Autores americanos aborígenes» [1884], en *O.C.*, t. VIII, p. 336. Me remito a la edición en veintisiete tomos de las *Obras completas* de José Martí publicadas en La Habana entre 1963 y 1965. En 1973 se añadió un confuso tomo con «Nuevos materiales». Al citar, indico el tomo y la(s) página(s) de esa edición.

46 A Tamanaco dedicó además un hermoso poema: «Tamanaco de plumas coronado» [c. 1881], en *O.C.*, t. XVII, p. 237.

47 J. M.: «Fragmentos» [c. 1885-1895], en *O.C.*, t. XXII, p. 27.

aparece esta última cita siga escribiendo, casi sin transición, sobre la mitología azteca («no menos bella que la griega»), sobre las cenizas de Quetzalcoatl, sobre «Ayacucho en meseta solitaria», sobre «Bolívar, como los ríos...» (28-29).

Y es que Martí no sueña con una ya imposible restauración, sino con una integración futura de nuestra América que se asiente en sus verdaderas raíces y alcance, por sí misma, orgánicamente, las cimas de la auténtica modernidad. Por eso la cita primera, en que habla de sentir correr por sus venas la brava sangre caribe, continúa así:

Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan. Solo cuando son directas prosperan la política y la literatura. La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América. [«Autores americanos aborígenes», cit., 336-337].

La identificación de Martí con nuestra cultura aborígen fue pues acompañada por un cabal sentido de las tareas concretas que le impuso la circunstancia: aquella identificación, lejos de estorbarle, le alimentó el mantener los criterios

más radicales y modernos de su tiempo en los países coloniales. Este acercamiento de Martí al indio existe también con respecto al negro,⁴⁸ naturalmente. Por desgracia, si en su época ya se habían iniciado trabajos serios sobre las culturas aborígenes americanas –textos que Martí estudió amorosamente–, habría que esperar hasta el siglo xx para la realización de trabajos así en relación con las culturas africanas y el notable aporte que ellas significan para la integración de la cultura americana mestiza (Frobenius, Delafosse Suret-Canale; Ortiz, Ramos, Herskovits, Roumain, Metraux, Bastide, Franco).⁴⁹ Y Martí había muerto seis años antes de romper nuestro siglo. De todas formas, la «guía para la acción» la dejó claramente trazada en este campo con

48 Ver, por ejemplo, «Mi raza» [1892]: *O.C.*, t. II, pp. 298-300. Allí se lee: «El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos [...]. Si se dice que en el negro no hay culpa aborígen, ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su vida de hombre, se dice la verdad [...], y si a esa defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se la llame así; porque no es más que decoro natural, y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se alega que la condición de esclavitud no acusa inferioridad en la raza esclava, puesto que los galos blancos de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma, eso es racismo bueno, porque es pura justicia, y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo». Y más adelante: «Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro». Algunas de estas cuestiones se abordan en el trabajo de Juliette Oullion «La discriminación racial en los Estados Unidos vista por José Martí», en *Anuario Martiano*, No. 3, La Habana, 1971.

49 Ver el No. 36-37 de *Casa de las Américas*, mayo-agosto de 1966, dedicado a *África en América*.

su tratamiento de la cultura del indio y con su conducta concreta en relación con el negro.

Así se conforma su visión calibanesca de la cultura de lo que llamó «nuestra América». Martí es, como luego Fidel, conciente de la dificultad incluso de encontrar un nombre que, al nombrarnos, nos defina conceptualmente; por eso, después de varios tanteos, se inclina por esa modesta fórmula descriptiva, con lo que, más allá de razas, de lenguas, de circunstancias accesorias, abarca a las comunidades que con problemas comunes viven «del [río] Bravo a la Patagonia», y que se distinguen de «la América europea». Ya dije que, aunque dispersa en sus numerosísimas páginas, tal concepción de nuestra cultura se resume felizmente en el artículo-manifiesto «Nuestra América». A él remito al lector, a su reiterada idea de que no se pueden «regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sièyes no se desestanca la sangre cuajada de la raza india»; a su arraigado concepto de que «el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. *El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico*» (énfasis de R.F.R.); a su consejo fundador:

La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar

a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Vida verdadera de un dilema falso

Es imposible no ver en aquel texto —que, como se ha dicho, resume de modo relampagueante los criterios de Martí sobre este problema esencial— su rechazo violento a la imposición de Próspero («la universidad europea [...] el libro europeo [...] el libro yanqui»), que *ha de ceder* ante la realidad de Caliban («la universidad hispanoamericana [...] el enigma hispanoamericano»): «La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra». Y luego: «Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores».

Pero nuestra América había escuchado también, expresada con vehemencia por un hombre talentoso y enérgico muerto tres años antes de aparecer este trabajo, la tesis exactamente opuesta, la tesis de Próspero.⁵⁰ Los interlocutores no se llamaban entonces Próspero y Caliban, sino *civilización y barbarie*, título que el argentino Domingo Faustino Sarmiento dio a la primera

50 Me refiero al diálogo en el interior de la América Latina. La opinión miserable que América le mereciera a Europa puede seguirse con algún detalle en el vasto libro de Antonelio Gerbi *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, trad. de Antonio Alatorre, México, 1960, *passim*.

edición (1845) de su gran libro sobre Facundo Quiroga. No creo que las confesiones autobiográficas interesen mucho aquí, pero ya que he mencionado, para castigarme, las alegrías que me significaron olvidables *westerns* y películas de Tarzán en que se nos inoculaba, sin saberlo nosotros, la ideología que verbalmente repudiábamos en los nazis (cumplí doce años cuando la Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo), debo también confesar que, pocos años después, leí con apasionamiento este libro. Encuentro en los márgenes de mi viejo ejemplar mis entusiasmos, mis rechazos al «tirano de la República Argentina» que había exclamado: «¡Traidores a la causa americana!». También encuentro, unas páginas adelante, este comentario: «Es curioso cómo se piensa en Perón». Fue muchos años más tarde, concretamente después del triunfo de la Revolución Cubana en 1959 (cuando empezamos a vivir y a leer el mundo de otra manera), que comprendí que yo no había estado del lado mejor en aquel libro, por otra parte notable. No era posible estar al mismo tiempo de acuerdo con *Facundo...* y con «Nuestra América». Es más: «Nuestra América» —y buena parte de la obra de Martí— es un diálogo implícito, y a veces explícito, con las tesis sarmientinas. ¿Qué significa si no la frase lapidaria de Martí: «*No hay batalla entre la civilización y la barbarie*, sino entre la falsa erudición y la naturaleza»? Siete años antes de aparecer «Nuestra América» (1891) —aún en vida de Sarmiento—, había hablado ya Martí (en frase que he citado más de una vez) del

pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la

barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea.⁵¹

En ambos casos, Martí rechaza la *falsa* dicotomía que Sarmiento da por sentada, cayendo en la trampa hábilmente tendida por el colonizador. Por eso, cuando dije hace un tiempo que «Martí, al echarse del lado de la “barbarie” prefigura a Fanon y a nuestra revolución»⁵² —frase que algunos apresurados, sin reparar en las comillas, malentendieron, como si Fanon, Fidel y el Che fueran apóstoles de la barbarie—, escribí «barbarie» así, entre comillas, para indicar que desde luego no había tal estado. La supuesta barbarie de nuestros pueblos ha sido inventada con crudo cinismo por «quienes desean la tierra ajena»; los cuales, con igual desfachatez, daban el «nombre vulgar» de «civilización» al «estado actual» del hombre «de Europa o de la América europea». Lo que seguramente resultaba más doloroso para Martí era ver a un hombre de nuestra América —y a un hombre a quien, a pesar de diferencias insalvables, admiró en sus aspectos positivos—⁵³

51 J.M.: «Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos» [1884], en *O.C.*, t. VIII, p. 442.

52 R.F.R.: *Ensayo de otro mundo*, cit. en nota 15, p. 15.

53 «Sarmiento, el verdadero fundador de la República Argentina», dice de él, por ejemplo, en carta de 7 de abril de 1887 a Fermín Valdés Domínguez, a raíz de un cálido elogio literario que le hiciera públicamente el argentino (*O. C.*, t. XX, p. 325). Sin embargo, es significativo que Martí, tan atento siempre a los valores latinoamericanos, no publicara un solo trabajo sobre Sarmiento, ni siquiera a raíz de su muerte en 1888. Es difícil no relacionar esta ausencia con el reiterado criterio martiano de que para él callar era su manera de censurar.

incurrir en este gravísimo error. Pensando en figuras como Sarmiento fue que Martínez Estrada, quien había escrito *antes* tanta página elogiosa sobre Sarmiento, publicó en 1962, en su libro *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*:

Podemos de inmediato sentar la premisa de que quienes han trabajado, en algunos casos patrióticamente, por configurar la vida social toda con arreglo a pautas de otros países altamente desarrollados, cuya forma se debe a un proceso orgánico a lo largo de siglos, han traicionado a la causa de la verdadera emancipación de la América Latina.⁵⁴

Carezco de la información necesaria para discutir ahora las virtudes y defectos de este peleador burgués: me limito a señalar su contradicción con Martí, y la coherencia con su pensamiento y su conducta. Como postuló la

civilización, arquetípicamente encarnada en los Estados Unidos, abogó por el exterminio de los indígenas, según el feroz modelo yanqui, y adoró a la creciente República del Norte, la cual, por otra parte, a mediados del siglo no había mostrado aún tan claramente las fallas que le descubriría luego Martí. En ambos extremos – que son precisamente eso: extremos, bordes de sus respectivos pensamientos –, él y Martí discreparon irreconciliablemente.

Jaime Alazraki ha estudiado con algún detenimiento «El indigenismo de Martí y el antindigenismo de Sarmiento».⁵⁵ Remito al lector interesado en el tema a este trabajo. Aquí solo traeré algunas de las citas de uno y otro aportadas en aquel estudio. He mencionado algunas de las observaciones de Martí sobre el indio. Alazraki recuerda otras:

No más que pueblos en ciernes, [...] no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente y descargó su ponderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la naturaleza. ¡Robaron los conquistadores una página al Universo!

54 Ezequiel Martínez Estrada: «El colonialismo como realidad», en *Casa de las Américas*, No. 33, noviembre-diciembre de 1965, p. 85. Estas páginas aparecieron originalmente en su libro *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina* (México, 1962), y fueron escritas en aquel país en 1960, es decir, después del triunfo de la Revolución Cubana, que llevó a Martínez Estrada a considerables replanteos. Ver, por ejemplo, su «Retrato de Sarmiento», conferencia en la Biblioteca Nacional de Cuba el 8 de diciembre de 1961, donde dijo: «Si se hace un examen riguroso e imparcial de la actuación política de Sarmiento en el gobierno, efectivamente se comprueba que muchos de los vicios que ha tenido la política oligárquica argentina fueron introducidos por él»; y también: «Él despreciaba al pueblo, despreciaba al pueblo ignorante, al pueblo mal vestido, desaseado, sin comprender que este es el pueblo americano». *Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, Año 56, No. 3, julio-septiembre de 1965, pp. 14-16.

55 Jaime Alazraki: «El indigenismo de Martí y el antindigenismo de Sarmiento», en *Cuadernos Americanos*, mayo-junio de 1965. (Los términos de este ensayo –y casi las mismas citas– reaparecen en el trabajo de Antonio Sacoto «El indio en la obra literaria de Sarmiento y Martí», en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero de 1968). Ver también, de Jacques Lafaye: «Sarmiento ou Martí? [...]», en *Langues Néo-Latines*, No. 172, mayo de 1965.

Y también:

¡De toda aquella grandeza apenas quedan en el museo unos cuantos vasos de oro, unas piedras como yugo, de obsidiana pulida, y uno que otro anillo labrado! Tenochtitlán no existe. No existe Tulan, la ciudad de la gran feria. No existe Texcoco, el pueblo de los palacios. Los indios de ahora, al pasar por delante de las ruinas, bajan la cabeza, mueven los labios como si dijese algo, y mientras las ruinas no les quedan detrás, no se ponen el sombrero.

Para Sarmiento, por su parte, la historia de América son «toldos de razas abyectas, un gran continente abandonado a los salvajes incapaces de progreso». Si queremos saber cómo interpretaba él el apotegma de su compatriota Alberdi «gobernar es poblar», es menester leerle esto: «Muchas dificultades ha de presentar la ocupación de país tan extenso; pero nada ha de ser comparable con las ventajas de la extinción de las tribus salvajes»: es decir, para Sarmiento gobernar es también despoblar de indios (y de gauchos). ¿Y en cuanto a los héroes de la resistencia frente a los españoles, esos hombres magníficos cuya sangre rebelde Martí sentía correr por sus venas? También Sarmiento se ha interrogado sobre ellos. Esta es su respuesta:

Para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes nobles y civilizados [con] que los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar ahora, si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla.

Por supuesto, esto implica una visión de la conquista española radicalmente distinta de la mantenida por Martí. Para Sarmiento, «español, repetido cien veces en el sentido odioso de impío, inmoral, raptor, embaucador, es sinónimo de civilización, de la tradición europea traída por ellos a estos países». Y mientras para Martí «no hay odio de razas, porque no hay razas», para el autor de *Conflicto y armonías de las razas en América*, apoyado en teorías pseudocientíficas,

puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, conquistar pueblos que están en posesión de un terreno privilegiado; pero gracias a esta injusticia, la América, en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está ocupada hoy por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra; merced a estas injusticias, la Oceanía se llena de pueblos civilizados, el Asia empieza a moverse bajo el impulso europeo, el África ve renacer en sus costas los tiempos de Cartago y los días gloriosos del Egipto. Así pues la población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables; las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes.

No era pues menester cruzar el Atlántico y buscar a Renan para oír tales palabras: un hombre de esta América las estaba diciendo. En realidad, si no las aprendió, al menos las robusteció de este lado del Océano, solo que no en nuestra América, sino en la otra, en «la América europea», cuyo más fanático devoto fue Sarmiento, en nuestras

tierras mestizas, durante el siglo XIX. Aunque no faltaron en ese siglo los latinoamericanos adoradores de los yanquis, sería sobre todo gracias al cipayismo delirante en que, desgraciadamente, ha sido pródigo nuestro siglo XX latinoamericano, que encontraríamos pariguales de Sarmiento en la devoción hacia los Estados Unidos. Lo que Sarmiento quiso hacer para la Argentina fue exactamente lo que los Estados Unidos habían realizado para ellos. En sus últimos años, escribió: «Alcancemos a los Estados Unidos [...] Seamos Estados Unidos». Sus viajes a aquel país le produjeron un verdadero deslumbramiento, un inacabable orgasmo histórico. A similitud de lo que vio allí, quiso echar en su patria las bases de una burguesía acometedora, cuyo destino actual hace innecesario el comentario.

También es suficientemente conocido lo que Martí vio en los Estados Unidos como para que tengamos ahora que insistir en el punto. Baste recordar que fue el primer antimperialista militante de nuestro Continente; que denunció, durante quince años, «el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos, y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos»;⁵⁶ que a unas horas de su muerte, en el campo de batalla, confió en carta a su gran amigo mexicano Manuel Mercado: «cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso [...] impedir a tiempo que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América».⁵⁷

56 J.M.: «La verdad sobre los Estados Unidos» [1894], en *O.C.*, t. XXVIII, p. 294.

57 J.M.: Carta a Manuel Mercado de 19 de mayo de 1895, en *O.C.*, t. XX, p. 151.

Sarmiento no permaneció silencioso ante la crítica que —con frecuencia desde las propias páginas de *La Nación*— hacía Martí de sus idolatrados Estados Unidos, y comentó así la increíble osadía:

Una cosa le falta a don José Martí para ser un publicista [...]. Fáltale regenerarse, educarse, si es posible decirlo, recibiendo del pueblo en que vive la inspiración, como se recibe el alimento para convertirlo en sangre que vivifica [...]. Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos español de raza y menos americano del Sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo del hombre moderno [...]. Hace gracia oír a un francés del *Courier des Etats Unis* reír de la beocia y de la incapacidad política de los yankees, cuyas instituciones Gladstone proclama como la obra suprema de la especie humana. Pero criticar con aires magisteriales aquello que ve allí un hispanoamericano, un español, con los retacitos de juicio político que le han transmitido los libros de otras naciones, como queremos ver las manchas del sol con un vidrio empañado, es hacer gravísimo mal al lector, a quien llevan por un campo de perdición [...]. Que no nos vengan, pues, en su insolente humildad los sudamericanos, semi-indios y semi-españoles, a encontrar malo [...].⁵⁸

Sarmiento, tan vehemente en el elogio como en la invectiva, coloca aquí a Martí entre los «semi-indios», lo que era en el fondo cierto y,

58 Domingo Faustino Sarmiento: *Obras completas*, Santiago de Chile-Buenos Aires, 1885-1902, t. XLVI, *Páginas literarias*, pp. 166-173.

para Martí, enorgullecedor, pero que en boca de Sarmiento ya hemos visto lo que implicaba...

Por todo esto, y aunque escritores valiosos han querido señalar posibles similitudes, creo que se comprenderá lo difícil que es aceptar un paralelo entre estos dos hombres como el que realizara, en doscientas sesenta y dos despreocupadas páginas, Emeterio S. Santovenia: *Genio y acción. Sarmiento y Martí* (La Habana, 1938). Baste una muestra: para este autor,

por encima de las discrepancias que señalaron el alcance o las limitaciones de sus respectivas proyecciones sobre América, surgió la coincidencia [sic] de sus apreciaciones [las de Sarmiento y Martí] acerca de la parte que tuvo la anglosajona en el desarrollo de las ideas políticas y sociales que abonaron el árbol de la emancipación total del nuevo mundo [73].

Pensamiento, sintaxis y metáfora forestal dan idea de lo que era nuestra cultura cuando formábamos parte del mundo libre, del que el señor Santovenia fue eximio representante —y ministro de Batista en sus ratos de ocio.

Del mundo libre

Pero la parte de mundo libre que le toca a la América Latina tiene hoy figuras mucho más memorables: pienso en Jorge Luis Borges, por ejemplo, cuyo nombre parece asociado a ese adjetivo; pienso en el Borges que hace tiempo dedicara su traducción —presumiblemente buena— de *Hojas de hierba*, de Walt Whitman, al presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon. Es verdad que este hombre escribió en 1926:

A los criollos les quiero hablar: a los hombres que en esta tierra se sienten vivir y morir, no a los que creen que el sol y la luna están en Europa. Tierra de desterrados natos es esta, de nostálgicos de lo lejano y lo ajeno: ellos son los gringos de veras, autorícelo o no su sangre, y con ellos no había mi pluma [...].⁵⁹

Es verdad también que allí aparece presentado Sarmiento como un «norteamericanizado indio bravo, gran odiador y desentendedor de lo criollo»;⁶⁰ pero sobre todo es verdad que *ese* Borges no es el que ha pasado a la historia: este memorioso decidió olvidar aquel libro de juventud, escrito a pocos años de haber sido uno de los integrantes «de la secta, de la equivocación ultraísta». También para él fueron una equivocación aquel libro, aquellas ideas. Patéticamente fiel a su clase,⁶¹ iba a ser otro el Borges que se conocería, que se difundiría, que sabría de la gloria oficial y de los casi incontables premios, algunos de los cuales, de puro desconocidos, más bien parecen premiados por él. El Borges sobre el cual se habla, y al cual voy a dedicar unas líneas, es el que hace eco al grotesco «pertenece al Imperio Romano» de Sarmiento, con esta declaración no de 1926

59 Jorge Luis Borges: *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, 1926, p. 5.

60 *Ibid.*, p. 6.

61 Sobre la evolución ideológica de Borges, en relación con la actitud de su clase, ver Eduardo López Morales: «Encuentro con un destino sudamericano», *Recopilación de textos sobre los vanguardismos en América Latina*, pról. y materiales seleccionados por Oscar Collazos, La Habana, 1970. Ver otro enfoque marxista sobre este autor en: Jaime Mejía Duque: «De nuevo Jorge Luis Borges», en *Literatura y realidad*, Medellín, 1969.

sino de 1955: «creo que nuestra tradición es Europa».⁶²

Podría parecer extraño que la filiación ideológica de aquel activo y rugiente pionero venga a ostentarla hoy un hombre sentado, un escritor como Borges, representante arquetípico de una cultura libresca que en apariencia poco tiene que ver con la constante vitalidad de Sarmiento. Pero esta extrañeza solo probaría lo acostumbrados que estamos a considerar las producciones superestructurales de nuestro Continente, cuando no del mundo entero, al margen de las concretas realidades estructurales que les dan sentido. Prescindiendo de ellas, ¿quién reconocería como descendientes de los pensadores enérgicos y audaces de la burguesía en ascenso a las ruinas exangües que son los intelectuales burgueses de nuestros días? Basta con ver a nuestros escritores, a nuestros pensadores, en relación con las clases concretas a cuya visión del mundo dan voz para que podamos ubicarlos con justicia, trazar su verdadera filiación. El diálogo al que asistimos entre Sarmiento y Martí era, sobre todo, un enfrentamiento clasista.

Independientemente de su origen, Sarmiento es el implacable ideólogo de una burguesía argentina que intenta trasladar los esquemas de burguesías metropolitanas, concretamente la estadounidense, a su país. Para ello necesita imponerse, como toda burguesía, sobre las clases populares, necesita explotarlas en su trabajo y despreciarlas en su espíritu. La forma como se desarrolla una clase burguesa a expensas de la bestialización de las clases populares está inolvidablemente mostrada en páginas terribles de

El capital, tomándose el ejemplo de Inglaterra. «La América europea», cuyo capitalismo lograría expandirse fabulosamente sin las trabas de la sociedad feudal, añadió a la hazaña inglesa nuevos círculos infernales: la esclavitud del negro y el exterminio del indio inconquistable. Eran estos los modelos que Sarmiento tenía ante la vista y se propuso seguir con fidelidad. Quizá sea él el más consecuente, el más activo de los ideólogos burgueses de nuestro Continente durante el siglo XIX.

Martí, por su parte, es el conciente vocero de las clases explotadas. «Con los oprimidos había que hacer causa común», nos dejó dicho, «para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores». Y como a partir de la conquista indios y negros habían sido relegados a la base de la pirámide, hacer causa común con los oprimidos venía a coincidir en gran medida con hacer causa común con los indios y los negros, que es lo que hace Martí. Esos indios y esos negros se habían venido mezclando entre sí y con algunos blancos, dando lugar al mestizaje que está en la raíz de nuestra América, donde —también según Martí— «el mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico». Sarmiento es un feroz racista porque es un ideólogo de las clases explotadoras donde campea «el criollo exótico»; Martí es radicalmente antirracista porque es portavoz de las clases explotadas, donde se están fundiendo las tres razas. Sarmiento se opone a lo americano esencial para implantar aquí, a sangre y fuego, como pretendieron los conquistadores, fórmulas foráneas; Martí defiende lo autóctono, lo verdaderamente americano. Lo cual, por supuesto, no quiere decir que rechazara torpemente cuanto de positivo le ofrecieran otras realidades: «Injértese en nuestras

62 Jorge Luis Borges: «El escritor argentino y la tradición», en *Sur*, No. 232, enero-febrero de 1955, p. 7.

repúblicas el mundo», dijo, «pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas». También Sarmiento pretendió injertar en nuestras repúblicas el mundo, pero descuajando el tronco de nuestras repúblicas. Por eso, si a Martí lo continúan Mella y Vallejo, Fidel y el Che y la nueva cultura revolucionaria latinoamericana, a Sarmiento, a pesar de su complejidad, finalmente lo heredan los representantes de la viceburguesía argentina, derrotada por añadidura. Pues aquel sueño de desarrollo burgués que concibió Sarmiento, ni siquiera era realizable: no había desarrollo para una eventual burguesía argentina. La América Latina había llegado tarde a esa fiesta. Como escribió Mariátegui:

La época de la libre concurrencia en la economía capitalista ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos, están definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es de simples colonias.⁶³

Integrados a lo que luego se llamaría, con involuntario humorismo, el «mundo libre», nuestros países estrenarían una nueva manera de no ser independientes, a pesar de contar con escudos, himnos, banderas y presidentes: el neo-colonialismo. La burguesía a la que Sarmiento había trazado tan amenas perspectivas, no pasaba de ser simple viceburguesía, modesto socio local de la explotación imperial —la inglesa primero, la estadounidense después.

63 José Carlos Mariátegui: «Aniversario y balance», en *Ideología y política*, Lima, 1969, p. 248.

A esta luz se ve con más claridad el vínculo entre Sarmiento, cuyo nombre está enlazado a vastos proyectos pedagógicos, a espacios inmensos, a vías férreas, a barcos, y Borges, cuya mención evoca espejos que repiten la misma desdichada imagen, laberintos sin solución, una triste biblioteca a oscuras. Por lo demás, si se le reconoce americanidad a Sarmiento —lo que es evidente, y no significa que represente el polo positivo de esa americanidad—, nunca he podido entender por qué se le niega a Borges: Borges es un típico escritor colonial, representante entre nosotros de una clase ya sin fuerza, cuyo acto de escritura —como él sabe bien, pues es de una endiablada inteligencia— se parece más a un acto de lectura. Borges no es un escritor europeo: no hay ningún escritor europeo como Borges; pero hay muchos escritores europeos, desde Islandia hasta el expresionismo alemán, que Borges *ha leído*, barajado, confrontado. Los escritores europeos pertenecen a tradiciones muy concretas y provincianas, llegándose al caso de un Péguy, quien se jactaba de no haber leído más que autores franceses. Fuera de algunos profesores de Filología que reciben un salario por ello, no hay más que un tipo de ser humano que conozca de veras, en su conjunto, la literatura europea: el colonial. Solo en caso de demencia puede un escritor argentino culto jactarse de no haber leído más que autores argentinos —o escritores de lengua española. Y Borges no es un demente. Es, por el contrario, un hombre muy lúcido, un hombre que ejemplifica la idea martiana de que la inteligencia es solo una parte del hombre, y no la mejor.

La escritura de Borges sale directamente de su lectura, en un peculiar proceso de fagocitosis que indica con claridad que es un colonial y que

representa a una clase que se extingue. Para él, la creación cultural por excelencia es una biblioteca; o mejor un museo, que es el sitio donde se reúnen las creaciones que no son de allí: museo de horrores, de monstruos, de excelencias, de citas o de artes folclóricas (las argentinas, vistas con ojo museal), la obra de Borges, escrita en un español que es difícil leer sin admiración, es uno de los escándalos americanos de estos años.

A diferencia de otros importantes escritores latinoamericanos, Borges no pretende ser un hombre de izquierda. Por el contrario: su posición en este orden lo lleva a firmar en favor de los invasores de Girón, a pedir la pena de muerte para Debray o a dedicar un libro a Nixon. Muchos admiradores suyos, que deploran (o dicen deplorar) actos así, sostienen que hay una dicotomía en su vida, la cual le permite, por una parte, escribir textos levemente inmortales, y por otra, firmar declaraciones políticas más que malignas, pueriles. Puede ser. También es posible que no haya tal dicotomía, y que debamos acostumbrarnos a restituirle su unidad al autor de *El jardín de senderos que se bifurcan*. Con ello, no se propone que encontremos faltas de ortografía o de sintaxis en sus pulcras páginas, sino que las leamos como lo que después de todo son: el testamento atormentado de una clase sin salida, que se empequeñece hasta decir por boca de un hombre: «el mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges».

Es singular que la escritura/lectura de Borges conozca un destino particularmente favorable en la Europa capitalista, en el momento en que esa misma Europa inicia su condición colonial ante el «desafío americano». En el libro de este título, con desembozado cinismo, exclama Jean-Jacques Servan-Schreiber: «ahora bien, Europa

no es Argelia ni el Senegal».⁶⁴ Es decir: ¡los Estados Unidos no le pueden hacer a Europa lo que Europa le hizo a Argelia y a Senegal! Hay malas noticias para Europa. Parece que después de todo, sí, sí se lo pueden hacer, se lo vienen haciendo hace algún tiempo. Y si ello ocurre en el terreno económico —con complejas derivaciones políticas—, su superestructura cultural está revelando claros síntomas coloniales. Bien podría ser uno de ellos el auge de la escritura/lectura de Borges.

Pero, naturalmente, la herencia de Borges, en quien ya vimos que se desangraba la de Sarmiento, hay que buscarla sobre todo en la América Latina, donde implicará descender aún más en el ímpetu y en la calidad. Como este no es un panorama, sino un simple ensayo sobre la cultura latinoamericana, voy a ceñirme a un caso, que me doy cuenta de que es muy menor, pero que es un síntoma, a pesar de todo, valioso: voy a comentar un pequeño libro crítico de Carlos Fuentes: *La nueva novela hispanoamericana* (México, 1969).

Vocero de la misma clase que Borges, Fuentes tuvo, como él, veleidades izquierdistas en la juventud. A *El tamaño de mi esperanza* (1926), de Borges, corresponde *La muerte de Artemio Cruz* (1962), de Fuentes. Y seguir juzgando a Fuentes por este libro, sin duda una buena novela nuestra, sería tan insensato como seguir juzgando a Borges por aquel libro. Solo que Borges, más consecuente —y más valioso en todo: Borges es un escritor verdaderamente importante, aunque discrepe tanto de él—, decidió asumir plenamente su condición de hombre de derecha, mientras

64 Jean-Jacques Servan-Schreiber: *El desafío americano*, La Habana, 1968, p. 41.

que Fuentes actúa como tal y pretende conservar, a ratos, un vocabulario de izquierda, donde no falta por supuesto la mención de Marx.

En *La muerte de Artemio Cruz*, un secretario integrado plenamente al sistema, sintetiza su biografía en este diálogo:

- Es usted muy joven. ¿Qué edad tiene?
- Veintisiete años.
- ¿Cuándo se recibió?
- Hace tres años... Pero...
- ¿Pero qué?
- Que es muy distinta la teoría de la práctica.
- Y eso le da risa. ¿Qué cosa le enseñaron?
- Mucho marxismo. Hasta hice mi tesis sobre la plusvalía.
- Ha de ser una buena disciplina, Padilla.
- Pero la práctica es muy distinta.
- ¿Usted es eso, marxista?
- Bueno, todos mis amigos lo eran. Ha de ser cosa de la edad.⁶⁵

El diálogo expresa con bastante claridad la situación de una zona de la *intelligentsia* mexicana que, aunque comparte la ubicación y la conducta clasista de Borges, difiere de este, por razones locales, en aspectos accesorios. Pienso, concretamente, en la llamada *mafia* mexicana, una de cuyas más conspicuas figuras es Carlos Fuentes. Este equipo expresó cálidamente su simpatía por la Revolución Cubana hasta el año que, en 1961, la Revolución proclamó y demostró ser marxista-leninista, es decir, una revolución que tiene al frente la alianza obrero-campesina. A partir de ese momento, la *mafia* le

espació de modo creciente su apoyo, hasta que en estos meses, aprovechando la alharaca desatada en torno al mes de prisión de un escritor cubano, rompió estrepitosamente con Cuba.

Es aleccionadora esta simetría: en 1961, en el momento de Playa Girón, el único conjunto de escritores latinoamericanos que expresó en un manifiesto su deseo de que Cuba fuera derrotada por los mercenarios al servicio del imperialismo fue el grupo de escritores argentinos centrados en torno a Borges;⁶⁶ diez años después, en 1971, el único equipo nacional de escritores del Continente en romper con Cuba aprovechando un visible pretexto y calumniando la conducta de la Revolución, ha sido la *mafia* mexicana. Es un simple relevo dentro de una actitud equivalente.

A esa luz se entiende mejor el intento del librito de Fuentes sobre la nueva novela hispanoamericana. El desarrollo de esa nueva novela es uno de los rasgos sobresalientes de la literatura de estos últimos años, y su difusión más allá de nuestras fronteras es, en gran medida, consecuencia de la atención mundial que nuestro Continente merece desde el triunfo de la Revolución Cubana en 1959.⁶⁷

Lógicamente, esa nueva novela ha merecido variadas interpretaciones, numerosos estudios. El de Carlos Fuentes, pese a su brevedad (no

65 Carlos Fuentes: *La muerte de Artemio Cruz*, México, 1962, p. 27.

66 Hoy nadie ha retenido aquel manifiesto; en cambio sí el artículo en que Ezequiel Martínez Estrada lo contestó: su «Réplica a una declaración intemperante», en *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana*, La Habana, 1963.

67 Me he detenido algo más en este punto en el ensayo «Intercomunicación latinoamericana y nueva literatura» [1969], en volumen colectivo sobre la literatura latinoamericana publicado por la Unesco: *América Latina en su Literatura*, coord. e introd. de César Fernández Moreno, México, 1972.

llega a cien páginas), es toda una toma de posición ante la literatura y ante la política, que sintetiza con claridad una hábil posición de derecha en nuestros países.

Fuentes pone rápidamente las cartas sobre la mesa: en el primer capítulo, que se llama de modo ejemplar «Civilización y barbarie», hace suya de entrada, como era de esperarse, la tesis de Sarmiento: en el siglo XIX, «solo un drama puede desarrollarse en este medio: el que Sarmiento definió en el subtítulo de *Facundo: Civilización y barbarie*». Ese drama es el conflicto «de los primeros cien años de la novela y de la sociedad latinoamericana» (10). La narrativa correspondiente a ese capítulo presenta cuatro factores: «una naturaleza esencialmente extraña» (¿a quién?) que «era el verdadero personaje latinoamericano»; el dictador a escala nacional o regional; la masa explotada, y «un cuarto factor, el escritor, *que invariablemente toma partido por la civilización y contra la barbarie*» (11-12, énfasis de R.F.R.), hecho que implica, según Fuentes, «defender a los explotados», etcétera, y que Sarmiento hizo ver en qué consistía de veras. Esa polaridad decimonónica, sin embargo, no se mantendrá igual, según él, en el siglo siguiente: «en el siglo XX, el mismo intelectual deberá luchar dentro de una sociedad mucho más compleja, interna e internacionalmente», complejidad debida a que el imperialismo penetrará en estos países mientras, algún tiempo después, se producirá «la revuelta y el ascenso [...] del mundo subindustrializado». Fuentes olvida considerar, dentro de los factores internacionales que en el siglo XX habrá que tomar en cuenta, al socialismo. Pero desliza esta fórmula oportuna: «se inicia el tránsito del simplismo épico a la complejidad dialéctica» (13).

«Simplismo épico» era la lucha durante el siglo XIX entre civilización y barbarie, en la que, según Fuentes, «el escritor [quiere decir, el escritor *como él*] invariablemente toma partido por la civilización y contra la barbarie», esto es, se convierte en un servidor incondicional de la nueva oligarquía y en un enemigo cerril de las masas americanas; «la complejidad dialéctica» es la forma que asume esa colaboración en el siglo XX, cuando aquella oligarquía se ha revelado mera intermediaria de los intereses imperiales, y «el escritor» como Fuentes debe ahora servir a dos amos, lo que, aun tratándose de amos tan bien llevados, desde el *Evangelio* sabemos que implica cierta «complejidad dialéctica», sobre todo si se pretende hacer creer que a quien se está sirviendo de veras es a un tercer amo: el pueblo. Es interesante, aunque con una ligera ausencia, la breve síntesis que ofrece el lúcido Fuentes de un aspecto de la penetración del imperialismo en nuestros países:

Este [dice Fuentes], a fin de intervenir eficazmente en la vida económica de cada país latinoamericano, requiere no solo una clase intermediaria dirigente, sino toda una serie de servicios en la administración pública, el comercio, la publicidad, la gerencia de negocios, las industrias extractivas y de transformación, la banca, los transportes y aun el espectáculo: Pan y Circo. General Motors ensambla automóviles, repatria utilidades y patrocina programas de televisión [14].

Como ejemplo final, nos hubiera sido más útil –aunque siempre sea válido el de la General Motors– el ejemplo de la CIA, la cual organiza la expedición de Playa Girón y paga, a través de

transparentes intermediarios, a la revista *Mundo Nuevo*, uno de cuyos principales ideólogos fue precisamente Carlos Fuentes.

Sentadas estas premisas políticas, Fuentes pasa a postular ciertas premisas literarias, antes de concentrarse en los autores que estudia –Vargas Llosa, Carpentier, García Márquez, Cortázar y Goytisolo–, y concluye luego con nuevas observaciones políticas. No me interesa detenerme en las críticas en sí, sino simplemente señalar algunos lineamientos ideológicos, por otra parte muy visibles: este librito parece a veces un verdadero manifiesto ideológico.

Una apreciación crítica de la literatura requiere partir de un concepto previo de la crítica misma, debe haberse respondido satisfactoriamente la pregunta elemental: ¿qué es la crítica? Me parece aceptable la modesta opinión de Krystina Pomorska (en *Russian Formalist Theory and its Poetic Ambiance*, Mouton, 1968), la cual, según Tzvetan Todorov,

defiende allí la tesis siguiente: todo método crítico es una generalización de la práctica literaria contemporánea. Los métodos críticos de la época del clasicismo fueron elaborados en función de las obras literarias clásicas. La crítica de los románticos retoma los principios del propio romanticismo (la sicología, lo irracional, etcétera).⁶⁸

Pues bien, al leer la crítica que hace Fuentes de la nueva novela hispanoamericana, nos damos cuenta de que su «método crítico es una generalización de la práctica literaria contempo-

ránea»... de otras literaturas, *no* de la literatura hispanoamericana; lo que, por otra parte, casa perfectamente con la ideología enajenada y enajenante de Fuentes.

Tras el magisterio de hombres como Alejo Carpentier, que en vano han tratado de negar algunos usufructuarios del boom, la empresa acometida por la nueva novela hispanoamericana, empresa que puede parecer «superada» o ya realizada por la narrativa de los países capitalistas, como no han dejado de observar ciertos críticos, implica una reinterpretación de nuestra historia. Indiferente a este hecho palmario –que en muchos casos guarda relaciones ostensibles con la nueva perspectiva que la Revolución ha aportado a nuestra América, y que tiene no poca responsabilidad en la difusión de esta narrativa entre quienes desean conocer a ese continente del que tanto se habla–, Fuentes evapora la carnalidad de esa novela, cuya crítica requeriría en primer lugar generalizar y enjuiciar esa visión de la historia expresada en ella, y le aplica tranquilamente, como ya he dicho, esquemas derivados de otras literaturas (de países capitalistas), reducidas hoy día a especulaciones lingüísticas.

El extraordinario auge que en los últimos años ha conocido la lingüística, ha llevado a más de uno a considerar que «el siglo xx, que es el siglo de tantas cosas, parece ser, por encima de todo, el siglo de la lingüística»,⁶⁹ aunque para nosotros, entre esas «tantas cosas», tengan más relieve el establecimiento de gobiernos socialistas y la descolonización como rasgos salientes de este siglo. Puedo aportar, como modesto ejemplo personal de aquel auge, que todavía en 1955,

68. Tzvetan Todorov: «Formalistes et futuristes», en *Tel Quel*, No. 30, otoño de 1968, p. 43.

69 Carlos Peregrín Otero: *Introducción a la lingüística transformacional*, México, 1970, p. 1.

cuando era alumno de lingüística de André Martinet, los temas lingüísticos estaban confinados en París a las aulas universitarias; fuera de ellas hablábamos con nuestros amigos de literatura, de filosofía y de política. Tan solo unos años después, la lingüística –que en su vertiente estructuralista había napoleonizado otras ciencias sociales, como ha contado Lévi-Strauss– era en París el tema obligado de las conversaciones: literatura, filosofía y política se abordaban entonces *en estructuralistas*. (Hablo de hace unos años: ahora el estructuralismo parece encontrarse en retirada. Pero en nuestras tierras se insistirá todavía un tiempo en esta ideología).

Pues bien: no dudo de que existan razones específicamente científicas que hayan abonado en favor de ese auge de la lingüística. Pero sé también que hay razones *ideológicas* para tal auge más allá de la propia materia. En lo que atañe a los estudios literarios, no es difícil señalar tales razones ideológicas, del formalismo ruso al estructuralismo francés, cuyas virtudes y limitaciones no pueden señalarse al margen de esas razones, y entre ellas la pretendida ahistorización propia de una clase que se extingue; una clase que inició su carrera histórica con *utopías* desafiantes para azuzar al tiempo, y que pretende congelar esa carrera, ahora que le es adversa, con imposibles *ucronías*. De todas formas, es necesario reconocer la congruencia de esos estudios con las respectivas literaturas coetáneas. En cambio, cuando Fuentes, haciendo caso omiso de la realidad concreta de la narrativa hispanoamericana de estos años, pretende imponerle esquemas provenientes de otras literaturas, de otras elaboraciones críticas, añade, en una típica actitud colonial, un segundo grado de ideologización a su crítica. En síntesis,

esta se resume a decirnos que nuestra narrativa actual –*como las de los países capitalistas aparentemente coetáneos*– es ante todo hazaña del lenguaje. Eso, entre otras cosas, le permite minimizar graciosamente todo lo que en esa narrativa implica concreción histórica precisa. Por otra parte, la manera como Fuentes sienta las bases de su abordaje lingüístico tiene la pedantería y el provincianismo típicos del colonial que quiere hacer ver al metropolitano que él también puede hombrearse con los grandes temas a la moda *allá*, al mismo tiempo que espera deslumbrar a sus compatriotas, en quienes confía encontrar ignorancia aún mayor que la suya; lo que emite son cosas así:

El cambio engloba las categorías del proceso y el habla, de la diacronía; la estructura, las del sistema y la lengua, de la sincronía. La interacción de todas estas categorías es la palabra, que liga a la diacronía con la sincronía, al habla con la lengua a través del discurso y al proceso con el sistema a través del evento, así como al evento y al discurso en sí [33].

Estas banalidades, sin embargo –que cualquier buen manualito de lingüística hubiera podido aliviar–, no deben provocarnos solo una sonrisa. Fuentes está elaborando, como puede, una consecuente visión de nuestra literatura, de nuestra cultura; una visión que, significativamente, coincide en lo esencial con la propuesta por escritores como Emir Rodríguez Monegal y Severo Sarduy.

Es revelador que para Fuentes, la tesis del papel preponderante del lenguaje en la nueva novela hispanoamericana encuentre su fundamento en la prosa de Borges, «sin la cual no habría,

simplemente, moderna novela hispanoamericana», dice Fuentes, ya que «el sentido final» de aquella prosa «es atestiguar, primero, que Latinoamérica carece de lenguaje y, por ende, que debe constituirlo». Esta hazaña singular la logra Borges, según Fuentes, creando «un nuevo lenguaje latinoamericano que, por puro contraste, revela la mentira, la sumisión y la falsedad de lo que tradicionalmente pasaba por lenguaje entre nosotros» (26).

Naturalmente, sobre tales criterios, la ahistorización de la literatura puede alcanzar expresiones verdaderamente delirantes. Nos enteramos, por ejemplo, de que *La pornografía*, de Witold Gombrowicz,

pudo haber sido contado por un aborigen de la selva amazónica [...]. Ni la nacionalidad ni la clase social, al cabo, definen la diferencia entre Gombrowicz y el posible narrador del mismo mito iniciático en una selva brasileña sino, precisamente, la posibilidad de combinar distintamente el discurso. Solo a partir de la universalidad de las estructuras lingüísticas pueden admitirse, *a posteriori*, los datos excéntricos de nacionalidad y clase [22].

Y, consecuentemente, se nos dice también que «es más cercano a la verdad entender, en primera instancia, el conflicto de la literatura hispanoamericana *en relación con ciertas categorías del quehacer literario*» (24, énfasis de R.F.R.) y no en relación con la historia; aún más:

la vieja obligación de la denuncia se convierte en una elaboración mucho más ardua: la elaboración crítica de todo lo no dicho en nuestra larga historia de mentiras, silencios, retóricas

y complicidades académicas. *Inventar un lenguaje es decir todo lo que la historia ha callado* [30, énfasis de R.F.R.].

De ese modo, esta interpretación salva la col y la cabra; concebida así, la literatura no solo se sustrae a cualquier tarea peleadora (que aquí queda degradada con un hábil adjetivo: «la vieja obligación de la denuncia»), sino que esta sustracción, lejos de ser un repliegue, es «una elaboración mucho más ardua», ya que va a decir nada menos que «*todo lo que la historia ha callado*». Más adelante se nos dirá que nuestro verdadero lenguaje está en vías de ser descubierto y creado, «y en el acto mismo de su descubrimiento y creación, pone en jaque, *revolucionariamente*, toda una estructura económica, política y social, fundada en un lenguaje verticalmente falso» (94-95, énfasis de R.F.R.).

Esta manera astuta, aunque a la vez superficial, de proponer las tareas de la derecha con el lenguaje de la izquierda, nos hace recordar —y es difícil olvidarlo un solo instante— que Fuentes pertenece a la *mafia* mexicana, cuyos rasgos ha pretendido extender más allá de las fronteras de su país.

Por otra parte, que este planteo es el traslado a cuestiones literarias de una plataforma política raigalmente reaccionaria, no es una conjetura. Está dicho a lo largo del librito, y en especial, de modo explícito, en sus páginas finales: además de los consabidos ataques al socialismo, aparecen allí observaciones como estas: «Quizá el triste futuro inmediato de América Latina sea el populismo fascista, la dictadura de estirpe peronista capaz de realizar algunas reformas a cambio de la supresión del impulso revolucionario y de la libertad pública» (96). La tesis de «civilización y barbarie» parece no haberse modificado un

ápice. Y, sin embargo, sí: se ha agravado con la presencia devastadora del imperialismo en nuestras tierras. Fuentes se hace cargo de esta realidad, con un espantajo: el anuncio de que se abre ante nosotros

una perspectiva mucho más grave: a medida que se agiganta el foso entre el desarrollo geométrico del mundo tecnocrático y el desarrollo aritmético de nuestras sociedades anclares, Latinoamérica se convierte en un mundo *prescindible* [énfasis de C.F.] para el imperialismo. Tradicionalmente, hemos sido países explotados. *Pronto, ni esto seremos* [énfasis de R.F.R.]; no será necesario explotarnos, porque la tecnología habrá podido –en gran medida lo puede ya– sustituir industrialmente nuestros ofrecimientos monoproduktivos [Ibíd.].

A esta luz, y habida cuenta de que para Fuentes la revolución carece de perspectivas en la América Latina –insiste en hablar de la imposibilidad de una «segunda Cuba» (96), y no puede aceptar las formas variadas, imprevisibles, que asumirá ese proceso–, casi debemos sentirnos agradecidos de que la tecnología imperialista *no prescinda* de nosotros; de que no se ponga a sustituir industrialmente (como «lo puede ya») nuestros pobrecitos productos.

Me he detenido quizá más de lo necesario en Fuentes, porque es una de las más destacadas figuras entre los nuevos escritores latinoamericanos que se han propuesto elaborar, en el orden cultural, una plataforma contrarrevolucionaria que en apariencia vaya más allá de las burdas simplificaciones propias del programa *Cita con Cuba*, de La Voz de los Estados Unidos de América. Esos escritores contaron ya con un órgano

adecuado: la revista *Mundo Nuevo*,⁷⁰ financiada por la CIA, cuyo basamento ideológico está resumido en el mentado librito de Fuentes de una manera que difícilmente hubieran podido realizar la pesantez profesoral de Emir Rodríguez Monegal o el mariposeo neobarthesiano de Severo Sarduy –los otros dos críticos de la revista. Aquella publicación, que reunió a esos hombres y además a otros muy similares a ellos, como Guillermo Cabrera Infante y Juan Goytisolo, va a ser relevada en estos días por otra que parece que contará esencialmente con el mismo equipo, más algunos añadidos: la revista *Libre*. La fusión de ambos títulos es suficientemente explícita: *Mundo Libre*.

El porvenir empezado

La pretensión de englobarnos en el «mundo libre» –nombre regocijado que se dan hoy a sí mismos los países capitalistas, y de paso regalan a sus oprimidas colonias y neocolonias– es la versión moderna de la pretensión decimonónica de las clases criollas explotadoras de someternos a la supuesta «civilización»; y esta última pretensión, a su vez, retoma los propósitos de los conquistadores europeos. En todos estos casos, con ligeras variantes, es claro que la América Latina no existe sino, a lo más, como una *resistencia* que

70 Sigue teniendo vigencia el análisis que de esta publicación hiciera Ambrosio Fornet: «*New World* en español», en *Casa de las Américas*, No. 40, enero-febrero de 1967. (Pero ahora debe añadirse la compartida observación que en una reciente entrevista hiciera Fornet a propósito de Severo Sarduy, quien por supuesto no es un escritor «francocubano», y jamás debió haber sido dejado fuera de un diccionario de escritores de Cuba. Ver Leonardo Padura: «Tiene la palabra el camarada Ambrosio», en *La Gaceta de Cuba*, septiembre-octubre de 1992, p. 5).

es menester vencer para implantar sobre ella la verdadera cultura, la de «los pueblos modernos que se gratifican ellos mismos con el epíteto de civilizados», en frase de Pareto⁷¹ que tanto recuerda la que en 1884 escribiera Martí sobre la «civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo».

Frente a esta pretensión de los conquistadores, de los oligarcas criollos, del imperialismo y sus amanuenses, ha ido forjándose nuestra genuina cultura –tomando este término en su amplia acepción histórica y antropológica–, la cultura gestada por el pueblo mestizo, esos descendientes de indios, de negros y de europeos que supieron capitanear Bolívar y Artigas; la cultura de las clases explotadas, la pequeña burguesía radical de José Martí, el campesinado pobre de Emiliano Zapata, la clase obrera de Luis Emilio Recabarren y Jesús Menéndez; la cultura de «las masas hambrientas de indios, de campesinos sin tierra, de obreros explotados» de que habla la *Segunda Declaración de La Habana* (1962), «de los intelectuales honestos y brillantes que tanto abundan en nuestras sufridas tierras de América Latina», la cultura de ese pueblo que ahora integra «una familia de doscientos millones de hermanos» y «ha dicho: ¡Basta!, y ha echado a andar».

Esa cultura, como toda cultura viva, y más en sus albores, está en marcha; esa cultura tiene, desde luego, rasgos propios, aunque haya nacido –al igual que toda cultura, y esta vez de modo especialmente planetario– de una síntesis, y no se limita de ninguna manera a repetir los rasgos de los elementos que la compusieron.

Esto es algo que ha sabido señalar, pese a que sus ojos estuvieran alguna vez en Europa más de lo que hubiéramos querido, el mexicano Alfonso Reyes. Al hablar él y otro latinoamericano de la nuestra como una cultura de síntesis,

ni él ni yo [dice] fuimos interpretados por los colegas de Europa, quienes creyeron que nos referíamos al resumen o compendio elemental de las conquistas europeas. Según esta interpretación ligera, la síntesis sería un punto terminal. Y no: la síntesis es aquí un nuevo punto de partida, una estructura entre los elementos anteriores y dispersos, que –como toda estructura– es trascendente y contiene en sí novedades. H₂O no es solo una junta de hidrógeno y oxígeno, sino que –además– es agua.⁷²

Hecho especialmente visible si se toma en cuenta que esa agua partió no solo de elementos europeos, que son los que enfatiza Reyes, sino también indígenas y africanos. Aun con sus limitaciones, Reyes es capaz de expresar, al concluir su trabajo: «y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros».⁷³

Estas palabras se decían en 1936. Hoy, ese «muy pronto» ha llegado ya. Si hubiera que señalar la fecha que separa la esperanza de Reyes de nuestra certidumbre –con lo difícil que suelen ser esos señalamientos–, yo indicaría 1959: llegada

71 Vilfredo Pareto: *Tratado de sociología general*, v. II, cit. por José Carlos Mariátegui en *Ideología y política*, cit., p. 24.

72 Alfonso Reyes: «Notas sobre la inteligencia americana», en *Obras completas*, t. XI, México, 1960, p. 88.

73 *Ibid.*, p. 90.

al poder de la Revolución Cubana. Se podrían ir marcando algunas de las fechas que jalonan el advenimiento de esa cultura: las primeras son imprecisas, se refieren a combates de indígenas y revueltas de esclavos negros contra la opresión europea. En 1780, una fecha mayor: sublevación de Tupac Amaru en el Perú; en 1804, independencia de Haití; en 1810, inicio de los movimientos revolucionarios en varias de las colonias españolas de América, movimientos que van a extenderse hasta bien entrado el siglo; en 1867, victoria de Juárez sobre Maximiliano; en 1895, comienzo de la etapa final de la guerra de Cuba contra España —guerra que Martí previó también como una acción contra el naciente imperialismo yanqui—; en 1910, Revolución Mexicana; en los años veinte y treinta de este siglo, marcha de Prestes al interior del Brasil (1925-1927), resistencia en Nicaragua de Sandino, y afianzamiento en el Continente de la clase obrera como fuerza de vanguardia; en 1938, nacionalización del petróleo mexicano por Cárdenas; en 1944, llegada al poder de un régimen democrático en Guatemala, que se radicalizará en el gobierno; en 1946, inicio de la presidencia en la Argentina de Juan Domingo Perón, bajo la cual mostrarán su rostro los «descamisados»; en 1952, revolución boliviana; en 1959, triunfo de la Revolución Cubana; en 1961, Girón: primera derrota militar del imperialismo yanqui en América y proclamación del carácter marxista-leninista de nuestra Revolución; en 1967, caída del Che Guevara al frente de un naciente ejército latinoamericano en Bolivia; en 1970, llegada al gobierno, en Chile, del socialista Salvador Allende.

Fechas así, para una mirada superficial, podría parecer que no tienen relación muy directa con

nuestra cultura. Y en realidad es todo lo contrario: nuestra cultura es —y solo puede ser— hija de la revolución, de nuestro multiseccular rechazo a todos los colonialismos; nuestra cultura, al igual que toda cultura, requiere como primera condición nuestra propia existencia. No puedo eximirme de citar, aunque lo he hecho ya en otras ocasiones, uno de los momentos en que Martí abordó este hecho de manera más sencilla y luminosa: «No hay letras, que son expresión», escribió en 1881, «hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica». Y más adelante: «Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo».⁷⁴ La cultura latinoamericana, pues, ha sido posible, en primer lugar, por cuantos han hecho, por cuantos están haciendo que exista ese «pueblo magno» de «nuestra América».

Pero esta no es, por supuesto, la única cultura forjada aquí. Hay también la cultura de la anti-América: la de los opresores, la de quienes trataron (o tratan) de imponer en estas tierras esquemas metropolitanos, o simplemente, manosamente, reproducen de modo provinciano lo que en otros países puede tener su razón de ser. En la mejor de las posibilidades, se trata, para repetir una cita, de la obra de «quienes han trabajado, en algunos casos patrióticamente, por configurar la vida social toda con arreglo a pautas de otros países altamente desarrollados, cuya forma se debe a un proceso orgánico a lo largo de los siglos», y que al proceder así, dijo Martínez Estrada, «han

74 J.M.: «Cuadernos de apuntes, 5» [1881], en *O.C.*, t. XXI, p. 164.

traicionado a la causa de la verdadera emancipación de la América Latina».⁷⁵

Todavía es muy visible esa cultura de la anti-América. Todavía en estructuras, en obras, en efemérides se proclama y perpetúa esa otra cultura. Pero no hay duda de que está en agonía, como en agonía está el sistema en que se basa. Nosotros podemos y debemos contribuir a colocar en su verdadero sitio la historia del opresor y la del oprimido. Pero, por supuesto, el triunfo de esta última será sobre todo obra de aquellos para quienes la historia, antes que obra de letras, es obra de hechos. Ellos lograrán el triunfo definitivo de la América verdadera, restableciendo su unidad a nuestro Continente, y esta vez a una luz del todo distinta:

Hispanoamérica, Latinoamérica, como se prefiera [escribió Mariátegui], no encontrará su unidad en el orden burgués. Este orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos. A Norteamérica sajona le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América latina es socialista.⁷⁶

Ese porvenir, que ya ha empezado, acabará por hacer incomprensible la ociosa pregunta sobre nuestra existencia.

¿Y Ariel, ahora?

Ariel, en el gran mito shakespeareano que he seguido en estas notas, es, como se ha dicho, el

75 Ezequiel Martínez Estrada: «El colonialismo como realidad», cit. en la nota 54.

76 José Carlos Mariátegui: cit. en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, 1963, p. xii.

intelectual⁷⁷ de la misma isla que Caliban: puede optar entre servir a Próspero —es el caso de los intelectuales de la anti-América—, con el que aparentemente se entiende de maravillas, pero de quien no pasa de ser un temeroso esclavo, o unirse a Caliban en su lucha por la verdadera libertad. Podría decirse, en lenguaje gramsciano, que pienso sobre todo en intelectuales «tradicionales», de los que, incluso en el período de transición, el proletariado necesita asimilarse el mayor número posible, mientras va generando sus propios intelectuales «orgánicos».

Es sabido, en efecto, que una parte más o menos importante de la intelectualidad al servicio de las clases explotadas suele provenir de las clases explotadoras, de las cuales se desvincula radicalmente. Es el caso, por lo demás clásico, de figuras cimeras como Marx, Engels y Lenin. Este hecho había sido observado ya en el propio *Manifiesto comunista* de 1848. Allí escribieron Marx y Engels:

En los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja

77 «Intelectual» en el sentido lato del término, tal como lo emplea Gramsci en sus clásicas páginas sobre el tema, que suscribo plenamente. Por suficientemente conocidas no considero necesario glosarlas aquí: ver Antonio Gramsci: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, trad. de Raúl Sciarreta, Buenos Aires, 1960. Con este sentido amplio se usó ya la palabra entre nosotros en el Seminario Preparatorio del Congreso Cultural de La Habana (1967), y últimamente Fidel ha vuelto sobre el tema, en su discurso en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, al rechazar que la denominación sea usufructuada solo por un pequeño grupo de «hechiceros», el cual «ha monopolizado el título de intelectuales», pretendiendo dejar fuera de él a «los maestros, los ingenieros, los técnicos, los investigadores...».

sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan patente, que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir [...]. Y así [...] en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado teóricamente hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico.⁷⁸

Si esto es obviamente válido para las naciones capitalistas de más desarrollo –a las cuales tenían en mente Marx y Engels en su *Manifiesto*–, en el caso de nuestros países hay que añadir algo más. En ellos, «ese sector de los ideólogos burgueses» de que hablan Marx y Engels conoce un segundo grado de ruptura: salvo aquella zona que orgánicamente provenga de las clases explotadas, la intelectualidad que se considere revolucionaria⁷⁹ debe romper sus vínculos con la clase de origen (con frecuencia, la pequeña burguesía), y *también* debe romper sus nexos *de dependencia* con la cultura metropolitana que le enseñó, sin embargo, el lenguaje, el aparato conceptual y técnico. Ese lenguaje, en la terminología shakespeareana, le servirá para maldecir a Próspero. Fue el caso de José María Heredia, exclamando, en el mejor español del primer tercio del siglo XIX: «*Aunque viles traidores le*

sirvan, / del tirano es inútil la saña, / que no en vano entre Cuba y España / tiende inmenso sus olas el mar». O el de José Martí, al cabo de quince años de estancia en los Estados Unidos –estancia que le permitirá familiarizarse plenamente con la modernidad, y también detectar desde su seno el surgimiento del imperialismo norteamericano–: «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David». Aunque preveo que a algunos oídos la sugerencia de que Heredia y Martí anduvieran maldiciendo les sonará feo, quiero recordarles que «tirano», «viles traidores» y «monstruo» tienen algo que ver con maldiciones. Shakespeare y la realidad parecen tener razón contra ellos. Y Heredia y Martí no son sino ejemplos arquetípicos. Últimamente, no han faltado tampoco los que han atribuido a deformaciones de nuestra Revolución –Caliban, no lo olvidemos, es visto siempre como deforme por el ojo hostil–, la violencia volcánica de algunos discursos recientes de Fidel, como el que pronunciara en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura. El que algunos de esos sobresaltados hubieran hecho el elogio de Fanon –otros posiblemente ni habían oído hablar de él, ya que guardan con la política, como dijo Rodolfo Walsh, la misma relación que con la astrofísica–, y ahora atribuyan a deformación o a influencia foránea una actitud que está en la raíz misma de nuestro ser histórico, puede ser prueba de varias cosas. Entre ellas, de total incoherencia. También de desconocimiento –cuando no de desprecio– de nuestras realidades concretas, tanto en el presente como en el pasado. Lo cual, por cierto, no los autoriza para tener mucho que ver con nuestro porvenir.

La situación y las tareas de ese intelectual al servicio de las clases explotadas no son por

78. Carlos Marx y Federico Engels: *Manifiesto del Partido Comunista, Obras escogidas en dos tomos*, tomo 1, Moscú, s. f., p. 32.

79. Y hay que recordar que hace más de cuarenta años que Mariátegui escribió: «este es un instante de nuestra historia en que no es posible ser efectivamente nacionalista y revolucionario sin ser socialista». J.C.M.: *Siete ensayos...*, cit., p. 26.

supuesto las mismas cuando se trata de países en los que aún no ha triunfado la revolución socialista, que cuando se trata de países en los que se desarrolla tal revolución. Por otra parte, ya he recordado que el término «intelectual» es lo bastante amplio como para hacer inútil forzar la mano con simplificación alguna. Intelectual será un teórico y dirigente –como Mariátegui o Mella–, un investigador –como Fernando Ortiz–, un escritor –como César Vallejo–. En todos esos casos, sus ejemplos concretos nos dicen más que cualquier generalización vaga. Para planteos muy recientes, relativos al escritor, véanse ensayos como «Las prioridades del escritor», de Mario Benedetti.

La situación, como dije, no es igual en los países donde las masas populares latinoamericanas han llegado al fin al poder y han desencadenado una revolución socialista. El caso entusiasmante de Chile es demasiado inmediato para poder extraer de él conclusiones. Pero la revolución socialista cubana tiene más de doce años de vida, y a estas alturas ya pueden señalarse algunos hechos: aunque, por la naturaleza de este trabajo, aquí no me propongo sino mencionar rasgos muy salientes.

Esta revolución en su práctica y en su teoría, habiendo sido absolutamente fiel a la más exigente tradición popular latinoamericana, ha satisfecho en plenitud las aspiraciones de Mariátegui: «no queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indo-americano».⁸⁰ Por eso no puede entenderse nuestra Revolución si se ignoran

«nuestra propia realidad», «nuestro propio lenguaje», y a ellos me he referido largamente. Pero el imprescindible orgullo de haber heredado lo mejor de la historia latinoamericana, de pelear al frente de una vasta familia de doscientos millones de hermanos, no puede hacernos olvidar que, por eso mismo, formamos parte de otra vanguardia aún mayor, de una vanguardia planetaria: la de los países socialistas que ya van apareciendo en todos los continentes. Eso quiere decir que nuestra herencia es también la herencia mundial del socialismo, y que la asumimos como el capítulo más hermoso, más gigantesco, más batallador de la historia de la humanidad. Sentimos como plenamente nuestro el pasado del socialismo, desde los sueños de los socialistas utópicos hasta el apasionado rigor científico de Marx («aquel alemán de alma sedosa y mano férrea», que dijo Martí) y Engels; desde el intento heroico de la Comuna de París hace un siglo hasta el triunfo de la Revolución de Octubre y la lección impecable de Lenin; desde el establecimiento de nuevos regímenes socialistas en Europa a raíz de la derrota del fascismo en la llamada Segunda Guerra Mundial, hasta revoluciones socialistas en países asiáticos «subdesarrollados». Al decir que asumimos esta herencia –herencia que además aspiramos a enriquecer con nuestros aportes–, no podemos olvidar que ella incluye, naturalmente, momentos luminosos y también momentos oscuros, aciertos y errores. ¡Cómo podríamos olvidarlo, si al hacer la historia *nuestra* (operación que nada tiene que ver con *leer* la historia *de otros*), nosotros también tenemos aciertos y errores, como los han tenido y tendrán todos los movimientos históricos reales!

Este hecho elemental es constantemente recordado no solo por nuestros enemigos abiertos,

80 José Carlos Mariátegui: «Aniversario y balance», cit., p. 249.

sino incluso por algunos supuestos amigos que lo único que parecen objetarle en el fondo al socialismo es que exista, lleno de grandeza, pero también de dificultades, con lo impecable que se ve en los libros este cisne escrito. Y no podemos dejar de preguntarnos: ¿por qué debemos estar dando explicaciones sobre los problemas que afrontamos al construir el socialismo, a esos supuestos amigos, quienes, por su parte, se las arreglan con su conciencia permaneciendo integrados a sociedades explotadoras: y, en algunos casos, abandonando incluso nuestros países neocoloniales para demandar, con el sombrero entre las manos, un sitio en las propias sociedades explotadoras? No: no hay por qué dar explicación alguna a personas así, a quienes, de ser honestas, debía preocupar el coincidir en tantos puntos con nuestros enemigos. La manera superficial con que algunos intelectuales que se dicen de izquierda (y a quienes, sin embargo, las masas populares parecen importar un bledo) se lanzan sin pudor a repetir al pie de la letra los criterios que sobre el mundo socialista propone y divulga el capitalismo, solo muestra que aquellos intelectuales no han roto con él tan radicalmente como acaso quisieran. La natural consecuencia de esta actitud es que, so capa de rechazar errores —en lo que es fácil poner de acuerdo a tirios y troyanos—, se rechace también, como de pasada, al socialismo todo, arbitrariamente reducido a tales errores; o se deforme y generalice alguna concreta coyuntura histórica y, sacándola de sus casillas, se pretenda aplicar a otras coyunturas que tienen *sus propios caracteres, sus propias virtudes y sus propios errores*. Esto es algo que en lo tocante a Cuba hemos aprendido, como tantas cosas, en carne propia.

Durante estos doce años, en busca de soluciones originales y sobre todo *genuinas* a nuestros problemas, ha habido una amplia discusión sobre cuestiones culturales en Cuba. En la revista *Casa de las Américas* se han publicado materiales de esta discusión: pienso especialmente en la mesa redonda que un grupo de compañeros realizamos en 1969.⁸¹

Tampoco han sido remisos los propios dirigentes de la Revolución a expresar sus opiniones sobre estos hechos. Aunque, como dijo Fidel en 1961, «no tuvimos nuestra conferencia de Yenán»⁸² antes del triunfo de la Revolución, después de ese triunfo no ha dejado de haber discusiones, encuentros, congresos en que se abordaban estas cuestiones. Me limitaré a recordar algunos de los muchos textos de Fidel y el Che: en el caso de Fidel, su discurso en la Biblioteca Nacional el 30 de junio de 1961, que se publicó ese año —y así ha seguido siendo conocido— con el nombre de *Palabras a los intelectuales*; su discurso del 13 de marzo de 1969, en que planteó la universalización de la Universidad, y al que nos referimos varias veces en nuestra mesa redonda de 1969, y por último su intervención en el reciente Congreso de Educación y Cultura. No son ni de lejos, naturalmente, las únicas veces en que Fidel ha abordado problemas culturales; pero creo que dan idea suficiente de los criterios de la Revolución Cubana en este orden.

Aunque han transcurrido diez años entre el primero de estos discursos —que estoy seguro

81 «Diez años de Revolución: el intelectual y la sociedad», en *Casa de las Américas*, No. 56, septiembre-octubre de 1969. Se publicó también, con el título *El intelectual y la sociedad*, en México, 1969.

82 Fidel Castro: *Palabras a los intelectuales*, La Habana, 1961, p. 5.

de que apenas ha sido leído por muchos de sus comentaristas, quienes se limitan a citar alguna que otra frase fuera de contexto— y el último, la lectura real de ambos lo que demuestra sobre todo, a diez años de distancia, es su coherencia. En 1971, Fidel dijo sobre las obras literarias y artísticas:

Nosotros, un pueblo revolucionario, valoramos las creaciones culturales y artísticas en función de lo que aporten al hombre, en función de lo que aporten a la reivindicación del hombre, a la liberación del hombre, a la felicidad del hombre. Nuestra valoración es política. No puede haber valor estético sin contenido humano. No puede haber valor estético contra la felicidad del hombre. ¡No puede haberlo!

En 1961, había dicho:

Es precisamente el hombre, el semejante, la redención de sus semejantes, lo que constituye el objetivo de los revolucionarios. Si a los revolucionarios nos preguntan qué es lo que más nos importa, nosotros diremos: el pueblo y siempre el pueblo. El pueblo en su sentido real, es decir, esa mayoría del pueblo que ha tenido que vivir en la explotación y en el olvido más cruel. Nuestra preocupación fundamental serán siempre las grandes mayorías del pueblo, es decir las clases oprimidas y explotadas del pueblo. El prisma a través del cual lo miramos todo, es ese: para nosotros será bueno lo que sea bueno para ellas; para nosotros será noble, será bello y será útil, todo lo que sea noble, sea bello y sea útil para ellas.

La misma frase de 1961 que tanto se ha citado fuera de contexto, hay que reintegrarla a este para que adquiera todo su sentido:

dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos, y el primer derecho de la Revolución es el derecho de ser y de existir. Nadie, por cuanto la Revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la nación entera, nadie puede alegar un derecho contra ella.

Coherencia no quiere decir repetición. Que aquel discurso de 1961 y este de 1971 sean congruentes, no significa que los diez años hayan transcurrido en vano. Al principio de sus *Palabras a los intelectuales*, había recordado Fidel que la revolución económica y social que estaba teniendo lugar en Cuba, tenía que producir inevitablemente, a su vez, una revolución en la cultura de nuestro país. A esta transformación que sería producida inevitablemente por la revolución económica y social, y que ya anunció en 1961, corresponden, entre otras, las decisiones proclamadas en el discurso del 13 de marzo de 1969, sobre la universalización de la Universidad, y en el discurso del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, en 1971. Durante esos diez años se ha ido produciendo una ininterrumpida radicalización de la Revolución que implica una creciente participación de las masas en el destino del país. Si a la reforma agraria de 1959 seguirá una revolución agraria, a la campaña de alfabetización seguirá la de seguimiento, y luego se anunciará una universalización de la Universidad, que supone ya la conquista por las masas de

los predios de la llamada alta cultura; mientras, paralelamente, el proceso de democratización sindical hace sentir el indetenible crecimiento en la vida del país del papel de la clase obrera.

En 1961 no hubiera podido ser así todavía; ese año se estaba realizando apenas la campaña de alfabetización: se estaban echando las bases de una cultura realmente nueva. Hoy, 1971, se ha dado un salto en el desarrollo de la cultura; un salto que, por otra parte, ya había sido previsto en 1961, e implica tareas de inevitable cumplimiento por cualquier revolución que se diga socialista: la extensión de la educación a todo el pueblo, su asentamiento sobre bases revolucionarias, la construcción y afianzamiento de una cultura nueva, socialista.

Para comprender mejor tanto las metas como los caracteres específicos de *nuestra* transformación cultural en marcha, es útil confrontarla con procesos similares en otros países socialistas. El hacer que todo un pueblo que vivió explotado y analfabeto acceda a los más altos niveles del saber y de la creación, es uno de los pasos más hermosos de una revolución.

Las cuestiones culturales ocuparon también buena parte de la meditación de Ernesto Che Guevara. Es suficientemente conocido su trabajo *El socialismo y el hombre en Cuba* como para que sea necesario glosarlo aquí. Baste con sugerir al lector, eso sí, que no proceda como algunos que lo toman por separado, reteniendo, por ejemplo, su censura a cierta concepción del realismo socialista,⁸³ pero no su censura al arte decadente

del capitalismo actual o su prolongación en nuestra sociedad; o viceversa. U olvidan cómo previó con pasmosa claridad algunos problemas de nuestra vida artística en términos que, al ser retomados por plumas menos prestigiosas que la suya, producirían objeciones que no se atrevieron a hacerle al propio Che.

Por ser mucho menos conocido que *El socialismo y el hombre en Cuba*, quisiera terminar citando con alguna extensión el final de un discurso que el Che pronunciara en la Universidad de Las Villas el 28 de diciembre de 1959, es decir, al comienzo mismo de nuestra Revolución. La Universidad le había otorgado al Che el título de profesor *honoris causa* de la Facultad de Pedagogía, y el Che debía agradecer en ese discurso la distinción. Pero lo que sobre todo hizo fue proponerle a la Universidad, a sus profesores y alumnos, una transformación que requerían —que requeríamos— todos para poder

ha causado el temor extemporáneo a esa concepción, en un proceso que ha descrito bien Ambrosio Fornet: «Durante diez años [escribió], los novelistas cubanos sortearon hábilmente los peligros de una épica que podía llevarlos al esquematismo y la parálisis. En cambio, la mayor parte de sus obras, tanto en su contenido como en su forma, acusan un aire de timidez del que se libraron, por ejemplo, el cine documental y la poesía (y del que quizá se libre la cuentística) [...] si la nueva narrativa, en el clima de libertad artística en que creció, hubiera atravesado por un período épico, de exaltación ingenua de la realidad, quizá habría descubierto al menos un *tono* propio, que le hubiera exigido nuevas formas, y hoy podríamos hablar —es un decir— del vanguardismo épico de la narrativa cubana [...]. El riesgo debía asumirse *a partir* de una caída y no tratando de evitarla, porque el hecho de que no se *cayera* en el panfleto no garantizaba que no se *cayera* en el mimetismo y la mediocridad». A.F.: «A propósito de *Sacchario*», en *Casa de las Américas*, No. 64, enero-febrero de 1971.

83 Cierta concepción estrecha del realismo socialista —que el Che rechaza en este texto al mismo tiempo que rechaza la falsa vanguardia que se atribuye hoy el arte capitalista y su influencia negativa entre nosotros— no ha causado estragos en nuestro arte, como dijo el Che, pero sí lo

ser considerados verdaderamente revolucionarios, verdaderamente útiles:

No se me ocurriría a mí [dijo entonces el Che] exigir que los señores profesores o los señores alumnos actuales de la Universidad de Las Villas realizaran el milagro de hacer que las masas obreras y campesinas ingresaran en la Universidad. Se necesita un largo camino, un proceso que todos ustedes han vivido, de largos años de estudios preparatorios. Lo que sí pretendo, amparado en esta pequeña historia de revolucionario y de comandante rebelde, es que comprendan los estudiantes de hoy de la Universidad de Las Villas que el estudio no es patrimonio de nadie, y que la casa de estudios donde ustedes realizan sus tareas no es patrimonio de nadie, pertenece al pueblo entero de Cuba, y al pueblo se la darán o el pueblo la tomará. Y quisiera, porque inicié todo este ciclo en vaivenes de mi carrera como universitario, como miembro de la clase media, como médico que tenía los mismos horizontes, las mismas aspiraciones de la juventud que tendrán ustedes, y porque he cambiado en el curso de la lucha, y porque me he convencido de la necesidad imperiosa de la Revolución y de la justicia inmensa de la causa del pueblo, por eso quisiera que ustedes, hoy dueños de la Universidad, se la dieran al pueblo. No lo digo como amenaza para que mañana no se

la tomen, no; lo digo simplemente porque sería un ejemplo más de los tantos bellos ejemplos que se están dando en Cuba, que los dueños de la Universidad Central de Las Villas, los estudiantes, la dieran al pueblo a través de su gobierno revolucionario. Y a los señores profesores, mis colegas, tengo que decirles algo parecido: hay que pintarse de negro, de mulato, de obrero y de campesino; hay que bajar al pueblo, hay que vibrar con el pueblo, es decir, las necesidades todas de Cuba entera. Cuando esto se logre, nadie habrá perdido, todos habremos ganado y Cuba podrá seguir su marcha hacia el futuro con un paso más vigoroso, y no tendrán necesidad de incluir en su claustro a este médico, comandante, presidente de Banco y hoy profesor de pedagogía que se despide de todos.⁸⁴

Es decir, el Che le propuso a la «universidad europea», como hubiera dicho Martí, que cediera ante la «universidad americana»; le propuso a Ariel, con su propio ejemplo luminoso y aéreo si los ha habido, que pidiera a Caliban el privilegio de un puesto en sus filas revueltas y gloriosas.

La Habana, 7-20 de junio de 1971 

84 Ernesto Che Guevara: «Que la Universidad se pinte de negro, de mulato, de obrero, de campesino», en *Obras 1957-1967*, La Habana, 1970, tomo II pp. 37-38.

Para una teoría de la literatura hispanoamericana*

La teoría literaria es de aparición tardía y, en general, escasamente frecuentada en Hispanoamérica. Ello no es extraño: la propia historiografía de conjunto de nuestra literatura no surge sino hasta bien entrado este siglo, y su primer ejemplo se debe, por cierto, a un autor extranjero, el norteamericano Alfred Coester: *Literary History of Spanish America* (Nueva York, 1916; trad. esp. de Rómulo Tovar, Madrid, 1929).

Parece que el primer intento orgánico de teoría literaria en nuestras tierras es el folleto del costarricense Roberto Brenes Mesén *Las categorías literarias* (San José, Costa Rica, 1923), al final de cuyas ochenta y siete páginas se lee: «capítulo primero de una obra de mayor consideración; se edita por separado para servir a un propósito literario del autor». Los otros capítulos, que yo sepa, no vieron nunca la luz.

En 1944, el mexicano Alfonso Reyes publicó en su país su ambicioso libro *El deslinde*, con el heráldico subtítulo de *Prolegómenos a la teoría literaria*. (Recogido en el tomo XV, México, 1963, de las *Obras completas* de Reyes). Trece años después de aparecida esta obra, cuya continuación esperábamos con impaciencia sus ávidos lectores, Reyes escribió en la «Carta a mi doble» (1957):

¡Ay! Mi órbita de cometa se dejó atrás esa cierta zona del espacio. Medir la distancia a pequeños pasos me parece hoy

* Con ligeras variantes, este es el texto de una ponencia leída en francés en el Coloquio sobre ideologías, literatura y sociedad en la América Latina, celebrado en Royaumont del 15 al 17 de diciembre de 1972. Apareció por primera vez en *Casa de las Américas*, No. 80, septiembre-octubre de 1973. [N. de R.F.R.].

menos tentador y, además, no creo ya tener tiempo para levantar otra armazón semejante y aun he llegado a creer, sinceramente, que *le jeu ne vaut pas la chandelle* [...]. Así acabó, pues, aquella tan ambiciosa teoría de la literatura. *Alas, poor Yorick!*¹

En 1945, el cubano José Antonio Portuondo dio a conocer en México su *Concepto de la poesía*, que cuatro años antes había defendido como tesis de grado en la Universidad de La Habana con el subtítulo, que eliminó en la publicación, de *Introducción a la teoría literaria*. En la «Advertencia» inicial explicaba Portuondo que su libro, concebido con criterio marxista, «no se asoma a todos los problemas que plantea el fenómeno poético y que debe estudiar la teoría de la literatura, sino solo [...] al inicial, referente a su génesis, a su desarrollo, a su esencia. Los demás serán abordados en próximos estudios sobre la expresión poética, sobre la significación de la obra poética, sobre la crítica y la historia literaria». (5). Al reeditarse el libro (La Habana, 1972), apareció acompañado de cinco valiosas «Aproximaciones a la teoría de la literatura», pero sin los nuevos capítulos anunciados más de un cuarto de siglo atrás.

Ello hace que, hasta ahora, probablemente la única teoría literaria completa escrita en Hispanoamérica sea el libro del chileno Félix Martínez Bonati *La estructura de la obra literaria. (Una investigación de filosofía del lenguaje y estética)* (Santiago de Chile, 1960: ed. de la que cito; 2a. ed., Barcelona, 1972): pues la obra del peruano

Alberto Escobar *La partida inconclusa* (Santiago de Chile, 1970), a pesar de llevar el subtítulo *Teoría y método de investigación literaria* y de mencionar aspectos teóricos de la literatura, no es en rigor una teoría literaria, y se emparenta más bien con obras pedagógicas como la de Wolfgang Kayser *Investigación y análisis de la obra literaria* (1948). Martínez Bonati proclama «haber logrado en este estudio, por caminos puramente filosóficos y formales, una teoría de la obra poética».

Quiero adelantar dos observaciones a propósito de estas obras: la primera, que conviene recordar lo que a propósito del pensamiento contemporáneo español e hispanoamericano en general –y por consiguiente también la teoría literaria– escribió José Gaos al frente de su notable antología sobre el tema.² Dice allí Gaos que «en la medida en que» ese pensamiento se aleja «de la política en la acepción amplia hacia la filosofía pura», descende «en originalidad y valía»; y también: «en cuanto a la forma, la del tratado o curso sistemático y metódico es la de la parte también menos original y valiosa, más meramente didáctica, de la obra colectiva; la de la parte más original y valiosa es la del ensayo y el artículo y la del discurso...» (xxxv). Este criterio aconseja que, en lo que toca a los estudios de teoría literaria en nuestra América, no nos limitemos a las obras que asumen la forma «del tratado o curso sistemático y metódico», y en cambio tomemos en consideración otras, al parecer menos rigurosamente estructuradas en

1 Alfonso Reyes: *Al yunque (1944-1958)*, México, 1960, p. 9. Este libro se recoge en el tomo XXI (México, 1981) de las *Obras completas* de Reyes.

2 José Gaos: *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*, México, 1945. Es útil recordar que los últimos textos que aparecen en esta antología provienen de *El deslinde*, de Reyes.

torno a esta disciplina, y que debemos a autores como algunos de los mentados –Reyes, Portuondo– y otros como Baldomero Sanín Cano, Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui, Juan Marinello, Mariano Picón Salas, Ricardo Latchman, Héctor P. Agosti, José Luis Martínez; o a autores no latinoamericanos como la soviética Vera Kuteischikova, el alemán Adalbert Dessau, el checoslovaco Oldřich Bělič o el francés Noël Salomon: sin excluir, por supuesto, a muchos protagonistas de nuestra literatura, como José Martí, Rubén Darío, César Vallejo, Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Octavio Paz, Cintio Vitier... Esta exclusión sería absurda, ya que la división del trabajo entre productores, enjuiciadores y teóricos de la literatura no es frecuente en nuestras letras. Pero conviene no pasar al extremo opuesto, y tener en cuenta, en cambio, lo que ha recordado el colombiano Carlos Rincón: «Una concepción materialista de las ideologías impide tomar al pie de la letra como científicamente válido lo que puede decir un escritor sobre su obra o sobre la de otros. Esta tesis se apoya en la definición de los clásicos [del marxismo] según la cual “el proceso ideológico se realiza de manera conciente, pero con una falsa conciencia”».³

La segunda observación que quiero hacer es que las obras que mencioné al principio son intentos de teoría de la literatura escritos *en* Hispanoamérica, pero *no* teorías *de* la literatura hispanoamericana. La razón de ello es simple: aspiran a ser teorías *generales* de la literatura. Bastaría

con tener presentes los ejemplos mayores de *El deslinde*, de Reyes, o de *La estructura de la obra literaria*, de Martínez Bonati, para comprobarlo. Portuondo, por su parte, al comentar la difundida *Teoría literaria* (1949) de René Wellek y Austin Warren, apunta: «Los autores admiten el estudio de las literaturas nacionales, las cuales constituyen algo más que simples categorías geográficas o lingüísticas, pero estiman que ellas deben ser estudiadas siempre en función de la tradición europea» (lo que obviamente es inaceptable), y considera que en ningún caso «parece justo, en una obra de teoría literaria, limitar su alcance a lo europeo. Toda *teoría* debe aspirar a una comprensión universal» (*Concepto...*, 1972, p. 190).

El propio Wellek parecería avalar esta última opinión cuando, en la *Teoría* de la que es coautor, define la «teoría literaria» como el «estudio de los principios de la literatura, sus categorías, criterios, etcétera».⁴ Solo que, por supuesto, para que esa teoría fuera de validez universal, además de elaborarse con el instrumento intelectual correcto, tendría que ser universal, en primer lugar, la literatura con la que está operando, y de la cual deriva sus «principios [...], sus categorías, criterios, etcétera» –o, de lo contrario, tales entidades no las extrae sino las impone, normativamente, a la literatura, de la que ya no puede pretender ser su teoría, sino su preceptiva–. Ahora bien: ¿existe ya esa literatura universal, esa literatura mundial, no como un agregado mecánico, sino como una realidad sistemática? Todos podemos citar aquel memorable 31 de enero de 1827 en

3 Carlos Rincón: «Para un plano de batalla de un combate por una nueva crítica en Latinoamérica», en *Casa de las Américas*, No. 67, julio-agosto de 1971, pp. 39-40.

4 René Wellek y Austin Warren: *Teoría literaria*, trad. del inglés por J.M. Gimeno, La Habana, 1969, p. 48. La definición se repite en: René Wellek: «Literary Theory, Criticism, and History» [1960], en *Concepts of Criticism*, 7da. ed., New Haven, 1965, p. 1.

que Eckermann entró en casa de Goethe y lo encontró leyendo una novela china, después de comentar la cual, y de compararla magnánimamente con su propia *Germán y Dorotea*, pontificó: «la poesía es patrimonio común de la humanidad [...]. La literatura nacional no significa hoy gran cosa, este es el tiempo de la época de la literatura mundial, y todos debemos contribuir a apresurar el advenimiento de esa época».⁵ Que para entonces se habían echado ya las bases para esa futura «literatura mundial», lo explicarían, veintiún años más tarde, los compatriotas y fervientes admiradores de Goethe que eran los jóvenes Carlos Marx y Federico Engels, quienes al describir en el *Manifiesto comunista* (1848) las hazañas de la burguesía europea, la creación por la gran industria del mercado mundial y el correspondiente carácter cosmopolita de la producción y el consumo, añaden:

y esto se refiere tanto a la producción material como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan cada día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.⁶

5 Sobre el tema, ver Fritz Strick: *Goethe and World Literature*, trad. del alemán por C.A.M. Sym, Londres, 1949, pp. [3]-16 y 346-351. Hans George Ruprecht ha revelado en su notable investigación «“Weltliteratur” vue du Mexique en 1826» (*Bulletin Hispanique*, julio-diciembre de 1971) una anticipación de la idea goethiana expresada desde 1826 en la revista mexicana *El Iris*, bajo la dirección del cubano José María Heredia.

6 Carlos Marx y Federico Engels: «Manifiesto comunista», en *Obras escogidas*, La Habana, ca. 1962, p. 17.

Indudablemente, pues, la expansión capitalista europea había sentado las premisas para una literatura universal, porque había sentado las premisas para la verdadera *mundialización del mundo*. Pero esas premisas no podrían ser coronadas dentro del marco capitalista: esa tarea correspondería precisamente al sistema que iba a quebrar –por el momento, de modo todavía incompleto– a ese marco. No hay que olvidar la magnífica frase andariega con que se abre el *Manifiesto*: «Un fantasma recorre Europa». Como hoy sabemos, a ese fantasma le esperaban muchos caminos extraeuropeos. No existe *todavía*, por tanto, un mundo *uno*. Cuando en 1952 el demógrafo francés Alfred Sauvy inventó la expresión «tercer mundo», que tanta fortuna iba a tener a pesar de lo equívoco del ingenioso nombre (que hoy nos satisface tan poco), la amplia aceptación y difusión del mismo por los más disímiles pensadores y dirigentes ratificaría la inexistencia de un mundo homogéneo. Y al no existir este *aún*, no existe todavía, naturalmente, una literatura mundial o general.

Y si el objeto en cuestión, la literatura general, no existe todavía, ¿cómo puede existir ya la teoría, contemplación o revelación de ese objeto? Cabe una respuesta a esta pregunta, que supone incurrir en lo que podría llamarse la falacia fenomenológica. Un ejemplo arquetípico de ella lo da Martínez Bonati en *La estructura de la obra literaria* cuando dice:

Podría pensarse en una «teoría» al modo de las ciencias empíricas, en una *hipótesis* que resulta de la generalización inductiva del conocimiento de un número, cuanto más grande mejor, de obras literarias. No es tal el método que seguimos. Se trata, por el contrario, de

una determinación apriorística de la estructura esencial y necesaria de estos objetos de pura intencionalidad que son las obras poéticas. Una determinación de validez irrestringidamente general para la cual basta idealmente una sola experiencia poética [...]. Se trata, pues, de filosofía, y los métodos correspondientes son el análisis de las significaciones y la fenomenología [14].

Esta falacia fenomenológica ha sido ejercida ya por muchos autores de la Europa occidental a quienes directa o indirectamente sigue Martínez Bonati. Por ejemplo, en su libro –por demás estimulante– *Conceptos fundamentales de poética* [1946] (traducción del alemán por Jaime Ferrero, Madrid, 1966), afirma Emil Staiger que la idea de lo lírico, de lo épico y de lo dramático «se me ha revelado alguna vez en un ejemplo. El ejemplo habrá sido tal vez una poesía determinada. Pero ni siquiera eso es necesario [...] la idea de lo “lírico”, una vez que la he captado, es tan inmovible como la idea del triángulo o como la del “rojo”, es objetiva, independiente de mi capricho o antojo» (23). Solo que unas líneas después Staiger revela honestamente:

De hecho, los ejemplos debían ser tomados del conjunto de la literatura universal. Pero difícilmente se hubiera podido evitar que los ejemplos elegidos no delataran la nacionalidad del autor de estas consideraciones. Se han aducido con preferencia los poetas alemanes o griegos, por la única razón de que con ellos estoy más familiarizado. Mi punto de partida se hubiera denunciado también aun cuando estuviera mucho más versado en la literatura eslava, nórdica o incluso extraeuropea [...].

Tales limitaciones son insuperables cualquiera que sea la postura que se adopte [...]. Pudiera suceder [...] que este estudio, considerado desde un punto de vista, revistiera tan solo algún interés para lectores de habla alemana [24-25].

He aquí a qué queda reducida, pues, esa supuesta universalidad. En ese sentido, no es ocioso oír lo que, a continuación de aquella declaración suya, añade Martínez Bonati:

El tema de esta investigación formaba parte del [...] complejo de problemas a que di un primer tratamiento [...] en mi tesis doctoral «Zu den Fragen einer Logik und Ontologie der Literarischen Erzählung», realizada bajo la dirección del profesor Josek Köning y presentada a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Göttingen en diciembre de 1956 [16].

Su rigurosa investigación, pues, aunque ofrecida como una teoría de la obra poética *en general*, está sustentada en *una* específica realidad literaria –que *no* es la nuestra–. «Pudiera suceder», para retomar las palabras de Staiger, «que este estudio, considerado desde un punto de vista, revistiera tan solo algún interés para lectores de habla alemana». Pues es lo cierto que, como Wellek explica,

a las teorías literarias, a los principios, a los criterios, no se puede llegar en el vacío: cada crítico en la historia ha desarrollado su teoría en contacto [...] con obras concretas de arte, que él ha tenido que seleccionar, interpretar, analizar y, finalmente, enjuiciar. Las opiniones literarias, las jerarquizaciones y los juicios de un crítico están apuntalados, confirmados,

desarrollados por sus teorías, y las teorías han sido extraídas de obras de arte, sustentadas, ilustradas, hechas concretas y admisibles por ellas [«Literary Theory...», 5-6].

No procedió de otra manera el autor de la primera teoría orgánica de la literatura que conocemos. La *Poética* de Aristóteles, como observó Brenes Mesén en *Las categorías literarias* (8-9), fue construida «en vista de las creaciones literarias entonces a su alcance. Es de justicia pensar que si literaturas distintas de la griega hubiesen entrado en el círculo de su observación, la generalización teórica habría sido diferente». Ya en este siglo, Boris Eijenbaum nos dirá: «toda teoría es una hipótesis de trabajo, sugerida por el interés en los hechos mismos»;⁷ Krystyna Pomorska ha reiterado que «la teoría de la literatura es una generalización de la literatura, es decir, de la práctica literaria [...] un acercamiento teórico es básicamente una generalización del conjunto de problemas representados en una obra o en un grupo de obras literarias dadas»;⁸ y más cercanamente aún, Robert Escarpit ha reparado en que

no es cierto que los criterios de especificidad que hemos retenido sean mundiales o universales. Hay tiempos o regiones a los cuales nuestra fenomenología de la literatura no es aplicable, aunque no fuera más que porque la relación significante-significado no es la misma [...] o porque el equivalente de lo que llamamos lite-

ratura ha sido algunas veces concebido como ética antes de serlo como estética.⁹

De Aristóteles a nuestros días, abundan los ejemplos concretos de esta verdad: bastaría con recordar, en este siglo, los casos de los formalistas rusos, los estructuralistas checoslovacos, los estilísticos españoles, los «nuevos críticos» norteamericanos, Barthes y sus secuaces, en un orden; Lukács, Caudwell y Brecht, en otro, para verificar, dentro del mundo euronorteamericano, cómo sus conceptos teóricos (y sus correspondientes críticas) han nacido del afrontamiento de una específica praxis literaria. Si es cierto que muchos de esos conceptos tienen una validez que va más allá de esa praxis, también es cierto que hay para tal aplicabilidad límites, los cuales, como dice la Pomorska (13), «son directamente proporcionales al trasfondo del que [los conceptos] surgen».

Las teorías de la literatura hispanoamericana, pues, no podrían forjarse trasladándole e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación con otras literaturas, las literaturas metropolitanas. Tales criterios, como sabemos, han sido propuestos —e introyectados por nosotros— como de validez universal. Pero también sabemos que ello, en conjunto, es falso, y no representa sino otra manifestación del colonialismo cultural que hemos sufrido, y no hemos dejado enteramente de sufrir, como secuela del colonialismo político y económico. Frente a esa pseudouniversalidad, tenemos que proclamar la simple y necesaria verdad de que *una teoría de la literatura es la teoría de una literatura*.

7 Boris Eijenbaum: «La vida socioliteraria» [1929], en *Problemas de Literatura, Revista Latinoamericana de Teoría y Crítica Literaria*, Valparaíso, No. 1, mayo de 1972, p. 27.

8 Krystyna Pomorska: *Russian Formalist Theory and its Poetic Ambiance*, La Haya, 1968, p. 11.

9 Robert Escarpit: «La littérature et le social», en *La littérature et le social. Elements pour une sociologie de la littérature* [editado por Robert Escarpit], París, 1970, p. 15.

El primer problema que confrontamos al abordar esta cuestión es si existe, como una realidad distinta, la literatura hispanoamericana. Cuestión que sabemos que, sobre sus literaturas respectivas, ni siquiera se plantean los metropolitanos, y en cambio se la hacen normalmente los coloniales, y sobre todo ciertos coloniales. Tal pregunta nos arrastra, de inmediato, fuera de la literatura. Pues el término «hispanoamericano», que acabo de emplear, no es una categoría literaria (como tampoco lo son los términos «español», «francés» o «alemán»). «Hispanoamericano» es un término histórico. Emplearlo supone pasar de inmediato de lo estrictamente literario a lo abiertamente histórico. Como acertadamente señaló Mariátegui, «el “nacionalismo” en la historiografía literaria es [...] un fenómeno de la más pura raigambre política, extraño a la concepción estética del arte».¹⁰ La existencia de la literatura hispanoamericana depende, en primer lugar, de la existencia misma —y nada literaria— de Hispanoamérica como realidad histórica suficiente. Mientras ella no era sino colonia española, no había verdadera literatura hispanoamericana, sino literatura de españoles en América, literatura provincial: en el mejor de los casos, con los rasgos locales que ello supone, algunos de los cuales encontrarían desarrollo posterior. A tal literatura claro que, subsidiariamente, le era aplicable la teoría que con pleno derecho correspondía a la literatura metropolitana.

La independencia de Hispanoamérica es, pues, la condición *sine qua non* para la existencia de nuestra literatura, de nuestra cultura. Pero, debido sobre todo a lo artificial de esa independencia —que no hizo sino facilitar nuevas dependen-

cias—, aquella condición resultó *necesaria pero no suficiente*: «Nuestra literatura», dijo también Mariátegui, «no cesa de ser española en la fecha de la fundación de la república [...] si no española, hay que llamarla por luengos años literatura colonial» (219). Todavía en 1881 pudo escribir José Martí esta observación que no me canso de citar: «No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica».¹¹ No es que para esa fecha no hubiera unas cuantas *obras* literarias de interés, sino que no había aún una *literatura* hispanoamericana, un sistema, una serie coherente, porque no había aún Hispanoamérica como mundo autónomo. El proyecto burgués con que nuestras repúblicas surgen a la luz se había revelado irrealizable: nuestros países abandonaron —en el orden político, económico, al cabo también cultural— el maltrecho tutelaje español de cuyo seno habían nacido, para caer bajo otros tutelajes más voraces —como el inglés primero y el norteamericano después—. Al hacer su primera gran crisis ese proyecto burgués, a finales del siglo XIX, solo un hombre pareció entender plenamente el drama hispanoamericano: José Martí (compárense su planteos con la patéticas «Palabras liminares» que un año después de la muerte del cubano el joven Darío pone a sus *Prosas profanas*). He insistido en otras ocasiones¹² en este hecho, y no puedo aquí sino apuntar que toda consideración sobre nuestra historia, sobre nuestra cultura, sobre nuestra literatura —y sobre la teoría de nuestra ac-

10 José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928], La Habana, 1963, p. 214.

11 José Martí: *Ensayos sobre arte y literatura*, sel. y pról. de R.F.R., La Habana, 1972, pp. 50-51.

12 R.F.R.: *Ensayo de otro mundo*, La Habana, 1967; *Introducción a José Martí*, La Habana, 1978; *Calibán y otros ensayos*, La Habana, 1979.

tual literatura— deberá partir de su obra esencial. Solo ella nos permite entender cabalmente, por ejemplo, las características del primer momento en que nuestra literatura adquiere una coherencia ya no dependiente del mundo español, sobre el cual, por el contrario, va a ejercer influencia, mientras ella misma se remite a una pluralidad de fuentes en busca de su definición. Mariátegui había apuntado:

Una teoría moderna —literaria, no sociológica— sobre el proceso normal de la literatura de un pueblo, distingue en él tres períodos: un período colonial, un período cosmopolita, un período nacional. Durante el primer período, un pueblo, literalmente, no es sino una colonia, una dependencia de otro. Durante el segundo período, asimila simultáneamente elementos de diversas literaturas extranjeras. En el tercero, alcanzan una expresión bien modulada su propia personalidad y su propio sentimiento. No prevé más esta teoría de la literatura. Pero no nos hace falta, por el momento, un sistema más amplio [219].

El peruano, ciñéndose a la literatura de su país, estimaba que con la vanguardia esa literatura estaba entrando en su período de «cosmopolitismo». En la medida en que consideremos válida esa teoría suya, vista desde nuestros días y a escala continental, más bien sería ya nuestro modernismo —tan complejo que todavía sigue siendo objeto de encendidas polémicas—¹³ el

que inicia ese período de «cosmopolitismo». Tal período, por otra parte, no sería sino la contrapartida literaria del ingreso de la América Latina en el mundo moderno, esa «última etapa del capitalismo» que daría en tierras latinoamericanas —en Cuba— sus primeros pasos. Después de la magnífica anticipación de Martí, algunas voces —Rodó, cierto Darío—, de manera un tanto ingenua, condenan esos pasos y buscan insertarnos en una tradición latina como modo de salvaguardar nuestra realidad. Para muchos, ese período se prolongará en la vanguardia. Pero otros —como el propio Mariátegui y en el orden literario figuras como Vallejo, Neruda, Guillén, Carpentier— anunciarán ya el período «nacional»: pienso, por supuesto, en la *nación latinoamericana*, que no podrá realizarse como proyecto burgués: nuestra América, dijo también Mariátegui, «no encontrará su unidad en el orden burgués. Este orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos. A Norteamérica sajona le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América Latina es socialista» (xii). Y ese período encontrará una primera realización concreta con el triunfo de la revolución socialista en Cuba, la cual tendría tanta repercusión en todo el Continente, y echaría su literatura a la contemplación del mundo, según todos sabemos —y como lo atestigua, entre tantas cosas, esta misma reunión.

Uno de los más profundos conocedores de nuestras letras, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, anunció en 1926, con un aliento que no era frecuente en su prosa serena: «Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué temer el sello del idioma, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del

13 Un resumen de esas polémicas se encontrará en: Antonio Melis: «Bilancio degli studi sul modernismo ispanoamericano», en *Lavori della Sezione Fiorentina del Gruppo Ispanistico C.N.R.*, serie II, Florencia, c. 1969.

Atlántico el eje espiritual del mundo de habla española».¹⁴

Cuarenta y seis años y una revolución socialista después, en 1972, escribiría el también sereno Mario Benedetti de la literatura latinoamericana que «a su excelente nivel no llega hoy, ni por asomo, ninguna de las literaturas nacionales europeas. (Tal vez la única excepción sea la alemana)».¹⁵ Benedetti toma en cuenta, para fundamentar tan desafiante declaración, no solo la nueva novela hispanoamericana, que ha conocido vasta difusión, sino también una poesía que ya tuvo realizaciones de primer orden en la vanguardia y aun en el modernismo —y, en general, una literatura y un pensamiento que arrancan de José Martí.

Parece evidente que a estas alturas ya no es posible suscribir la frase citada de Mariátegui: «no prevé más esta teoría de la literatura. Pero no nos hace falta, por el momento, un sistema más amplio». Ahora sí nos hace falta un sistema más amplio. Su ausencia es deplorada por los jóvenes críticos más rigurosos de la actual literatura latinoamericana, como el colombiano Carlos Rincón y el chileno Nelson Osorio, ambos de orientación marxista, aunque tan diversos en sus respectivos planteos.¹⁶ Que nuestra crítica ande a la zaga de nuestra literatura es bien

explicable. Sin necesidad de compartir todas las sombrías observaciones de George Steiner al respecto, es obvio que «el crítico vive de segunda mano. Escribe *sobre*. El poema, la novela o la obra teatral deben serle dados».¹⁷ Pero ahora que en Hispanoamérica (la cual está entrando en su madurez) ese poema, esa novela le han sido dados con calidad y originalidad, es impostergable que la labor del crítico sea cumplida a plenitud. Para ello requiere contar con un señalamiento adecuado de «los principios [...] categorías, etcétera» de la actual literatura hispanoamericana: es decir, con su correspondiente teoría literaria: a ella toca señalar el deslinde de *nuestra* literatura, sus rasgos distintivos, sus géneros fundamentales, los periodos de su historia, las urgencias de su crítica, etcétera. Proponerle mansamente a nuestra literatura una teoría *otra* —como se ha intentado—, es reiterar la actitud colonial, aunque tampoco sea cuestión de partir absurdamente de cero e ignorar los vínculos que conservamos con la llamada tradición occidental, que es *también* nuestra tradición, pero en relación con la cual debemos señalar nuestras diferencias específicas. Trabajar por traer a la luz nuestra propia teoría literaria, para la que ya hay aportes nada desdeñables, es tarea imprescindible (y colectiva) que nos espera. 

14 Pedro Henríquez Ureña: «El descontento y la promesa» [1926], en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* [1928], ahora en *Obra crítica*, México, 1960, p. 253.

15 Mario Benedetti: *Los poetas comunicantes*, Montevideo, 1972, p. 9.

16 Ver Carlos Rincón: ob. cit. en nota 3; y Nelson Osorio: «Problemas del lenguaje y la realidad en la nueva narrativa hispanoamericana», en *Problemas de Literatura*, cit. en nota 7. Considero que la tarea

teórica y crítica de que estamos requeridos solo puede realizarse cabalmente a la luz del marxismo, pero ello no implica postular una panglosiana solución al problema. Bastaría con recordar las cuestiones polémicas suscitadas, por ejemplo, por André Gisselbrecht en «Marxisme et théorie de la littérature», en *Littérature et ideologies*, número especial, 39 bis, de *La Nouvelle Critique*, ca. 1970.

17 George Steiner: «Humane Literacy», en *Language and Silence, Essays 1958-1966*, Londres, 1967, p. 21.

Nuestra América y Occidente*

A Pablo González Casanova
y Abelardo Villegas.

Clarificar las denominaciones

El intento (la necesidad) de definir el ámbito histórico propio de nuestra América va acompañado, como es habitual en casos similares, por la búsqueda de la denominación que mejor corresponda a ese ámbito: esa denominación contribuye a mostrar el grado de conciencia que se tiene de aquello que se aspira a aprehender. El hecho, sin embargo, no debe exagerarse: aunque uno de los primeros países en constituirse como nación en el mundo moderno haya sido España, el término «español» no es español, sino provenzal, como señaló el profesor suizo Paul Aebischer (*Estudios de toponimia y lexicografía románica*, Barcelona, 1948) y glosó con complacencia, y su gota de delirio, Américo Castro (*Español palabra extranjera: razones y motivos*, Madrid, 1970).

En el caso de nuestra América, los nombres sucesivos que ella ha ido recibiendo, en un proceso que al parecer aún no ha concluido, revelan no solo indecisión en cuanto al nombre, sino también un ensanchamiento del área geográfica e histórica que le corresponde. Bien puede decirse, pues, que se trata de un concepto en

* Publicado en *Casa de las Américas*,
No. 98, septiembre-octubre de 1976.

expansión.¹ Su mayor antecedente concreto hay que buscarlo en el magno proyecto de Bolívar, quien al convocar desde Lima, el 7 de diciembre de 1824, al congreso que se celebraría en Panamá dos años después, reitera su confianza en que «las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental». Cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, surja y se difunda la denominación «América Latina», ella abarcará no solo a «las repúblicas americanas, antes colonias españolas», sino también a otras como Brasil y Haití. Por último, su contenido es aún mayor cuando José Martí escribe en 1884: «Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia». Y aunque el propio Martí usara ocasionalmente, entre otras, la expresión «América Latina», prefirió sobre todo la denominación «nuestra América», la cual permite no quedar presos de las trampas etimológicas. La «América Latina» (más allá de lo que en un principio se quiso que esta expresión significara, es decir, tomada *ahora* como sinónimo de «nuestra América») incluye no solo pueblos de relativa filiación latina, sino también otros, como los de las Antillas de lengua inglesa y holandesa, más bien alejados de tal filiación; y, por supuesto, los grandes enclaves indígenas. En este sentido amplio emplearé la expresión.

Una tarea que debía ayudarnos a delimitar el ámbito histórico latinoamericano consiste en confrontar su realidad con la propia de otro ámbito al

que hemos estado vinculados, y que, al parecer, disfruta de más claridad en cuanto a su propia definición: el llamado «Occidente» o «mundo occidental». Esa confrontación es lo que me propongo hacer, de manera sumaria, en estas páginas, a partir de la forma como ella ha sido abordada por pensadores latinoamericanos representativos a lo largo de nuestra historia. Sin embargo, un problema se presenta de inicio: la farragosa bibliografía en torno a «Occidente» o «mundo occidental», al contrario de lo que podría pensarse por el uso frecuente de estos términos, es, en general, hartamente insatisfactoria y escandalosamente mistificadora. Para saber qué es «Occidente» o «mundo occidental», me ceñiré a algunos datos, mínimos, abriéndome paso entre la maleza.

«La segunda posguerra», escribió José Luis Romero en 1953, «ha dejado de hablar de “cultura occidental” y prefiere hablar de “mundo occidental”».² Lo que no sabemos con exactitud es cuándo empezó a hablarse de «cultura occidental», de «civilización occidental» o de «Occidente» a secas, en el sentido que tiene hoy. Es cierto que «Occidente» remite en Europa, sobre la base de obvias alusiones geográficas, a imperios políticos y cismas religiosos, pero el contenido moderno del término es otro. La expresión apenas se insinúa en las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, de Hegel,³ quien prefiere hablar allí de «el corazón de Europa» (I, 108), «el hombre europeo» (*id.*), «la humanidad europea» (I, p. 209), cuando no

1 Arturo Ardao ha realizado aportes valiosos a la historia de ese concepto. Ver «La idea de Latinoamérica», en *Marcha*, noviembre de 1965; «La idea de la Magna Colombia, de Miranda a Hostos», en *Araisa. Anuario del Centro de Estudios Latinoamericanos «Rómulo Gallegos»*, Caracas, 1975; y en especial *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, 1980.

2 José Luis Romero: *La cultura occidental*, Buenos Aires, 1953, p. 7.

3 Jorge Guillermo Federico Hegel: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, dos tomos, trad. del alemán por José Gaos, Madrid, 1953.

de «el mundo germánico» (II, cuarta parte). Sabemos, sin embargo, que antes de mediar el siglo XIX se hablaba en Rusia de los «occidentistas», es decir, los modernizadores frente a las trabas feudales; y en nuestra América, por esa fecha, Andrés Bello se refería, con un sentido ya cercano, a «Occidente». En la propia Europa occidental, el uso de la denominación está ya ampliamente extendido en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, su apogeo vendrá en el siglo XX, a raíz del triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia, y en abierta oposición a ella, cuando Spengler publique su *Decadencia de Occidente* (1918-1922), y se afirmará con *Un estudio de la historia* (1934-1954), de Toynbee. Las raíces violentamente reaccionarias de estas obras (Chamberlain en un caso,⁴ Gobineau en otro)⁵ explican su boga, hace unos años, en los

países capitalistas, y el uso de «cultura occidental», «mundo occidental» u «Occidente» (enfrentado a «Oriente») como arma predilecta del arsenal ideológico burgués durante la etapa más cruda de la Guerra Fría.

Una definición serena y aceptable del concepto la ofreció en 1955 Leopoldo Zea al decir: «llamo mundo occidental u Occidente al conjunto de pueblos que en Europa y en América, concretamente los Estados Unidos de Norteamérica, han realizado los ideales culturales y materiales de la Modernidad que se hicieron patentes a partir del siglo XVI».⁶ ¿A partir del siglo XVI? En el primer tomo de *El capital* (1867), Marx había escrito: «aunque los [...] inicios de producción capitalista ya se nos presentan esporádicamente en los siglos XIV y XV en algunas ciudades del Mediterráneo, *la era capitalista* solo data del siglo XVI».⁷ Ya José Carlos Mariátegui había hablado en 1928 de «la sociedad occidental o, mejor dicho, capitalista». Y el propio Zea

4 «El libro de Chamberlain [*Las bases del siglo XIX. 1899-1904*] viene a ser en cierta medida un anticipo del de Spengler [...] puede decirse que murió a manos de un sucesor y rival afortunado: *La decadencia de Occidente*»; Francisco Romero: *Filosofía de la persona y otros ensayos de filosofía*, 2a. ed. ampliada, Buenos Aires, 1951, p. 144. Es interesante recordar la opinión que los países de nuestra América le merecían al furioso teórico del racismo que fue Chamberlain: «Los llamados salvajes del centro de Australia llevan una existencia más armoniosa, más digna de hombres y aun podría decirse más “santa” que los habitantes de estos países» (Ibíd.).

5 El propio Arnold Toynbee, al exponer la idea central de su *Estudio*, es decir, que lo que él llama una «sociedad» es el «campo inteligible de estudio histórico», añade: «Esta concepción de las sociedades ya era familiar, hace tres cuartos de siglo, a Gobineau» (A.T.: *Estudio de la historia*, trad. de Jaime Perraux, tomo I, 2a. ed., Buenos Aires, 1956, pp. 67 y 68, n.). Ver otra cita en p. 77. El *Éssai sur l'inégalité des races humaines* [1853-1855], por otra parte, prefigura el treno por la «decadencia de Occidente» que tantas voces entonarían. Compá-

rense estas palabras de Gobineau: «Somos nosotros los modernos, nosotros los primeros que sabemos que toda aglomeración de hombres, y el modo de cultura intelectual que de ello resulta, deben perecer», con estas famosas de Paul Valéry, a raíz de la Primera Guerra Mundial: «Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales». Ahora bien: no desconozco las diferencias entre Spengler y Toynbee: a ese respecto, ver de Nikolái I. Konrad: «Carta de respuesta a Arnold Toynbee», en *Cultura, ideología y sociedad. Antología de estudios marxistas sobre la cultura*, sel., present. y trad. de Desiderio Navarro, La Habana, 1975.

6 Leopoldo Zea: *América en la conciencia de Europa*, México, 1955, p. 8.

7 Karl Marx: *El capital. Crítica de la Economía Política. Libro primero. El proceso de producción del capital*, t. I, vol. 3, trad., advertencia y nota de Pedro Scaron, 3a. ed. en español, México, Siglo XX, 1975, pp. 894-895.

dirá en 1957: «el capitalismo, esto es, el mundo occidental».⁸

Ahora estamos en terreno más firme: aquellos países, primero de Europa, como Holanda, Inglaterra, Francia, Alemania, y luego de zonas pobladas por europeos⁹ (quienes las despoblaron o casi de *los otros*), que conocieron un pleno desarrollo capitalista, son «el mundo occidental». El boticcelesco surgimiento de ese «mundo» (es decir, del capitalismo) fue descrito en líneas inolvidables por Marx:

El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborígen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen *factores fundamentales de la acumulación originaria*.

A partir de tales «procesos idílicos», el mundo occidental creció vertiginosamente, a expensas del resto del planeta, cuya explotación fue imprescindible para el desarrollo de aquel. En la propia Europa, su parte *geográficamente* más

occidental (España y Portugal), que haría tan importante contribución al desarrollo capitalista *de otros países*, no conocería ella misma, sin embargo, ese desarrollo, quedando al cabo marginada de Occidente (como una zona arcaica que podría llamarse «paleoccidental»), lo que afectaría de modo decisivo al destino de su vasto imperio colonial americano.

Si las metrópolis ibéricas, España y Portugal, quedaron en la periferia de Occidente, no es extraño que a sus colonias americanas les correspondiera destino similar. Sin embargo, no le falta razón a José Luis Romero cuando habla de América como del «primer territorio occidentalizado metódicamente». No solo por el trasvasamiento a estas tierras, a partir del siglo XVI, de múltiples elementos culturales provenientes en lo inmediato de Europa, que aquí vendrían a conocer nueva vida y a fundirse con otros elementos, sino porque nuestra América está uncida, desde la arrancada misma del capitalismo, al mundo occidental, a cuyo desarrollo contribuyó decisivamente la rapaz y múltiple explotación (colonial primero y neocolonial después) que nuestros países, en su mayoría, no han dejado aún de padecer. Autores como Spengler pueden considerar a la América Latina excluida de Occidente, lo que se corresponde con el hecho de que, en el interior del mundo capitalista, los nuestros no son países explotadores, sino explotados: pero, *por eso mismo*, vinculados unos y otros en una historia común. Independientemente del grado de conciencia que se tuviera de ello, esa vinculación, esas relaciones han sido esenciales y permanentes, desde los orígenes mismos de lo que iban a ser tanto «el mundo occidental» como «la América Latina», que *se desarrollan a la vez*, dialécticamente enlazados, a partir del

8 José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928], La Habana, 1963, p. 5. Leopoldo Zea: *América en la historia*, México, 1957, p. 80.

9 Solo un país no poblado por europeos logró un verdadero desarrollo capitalista: Japón. Sobre su carácter *excepcional* y las contradicciones entre las potencias occidentales que hicieron posible ese desarrollo, ver Paul A. Baran: *La economía política del desarrollo*, trad. de N. Warman, 2a. ed., México, 1961, pp. 170 y ss.

siglo XVI. Es absurdo pretender trazar la historia de nuestros países con prescindencia de la de esos otros países, los «occidentales». ¿Pero se ha visto con bastante claridad que también es imposible trazar la verdadera historia de tales países con prescindencia de la nuestra? Esto es lo que subraya, por ejemplo, Eric Williams en su *Capitalismo y esclavitud* (1944). Lo que no obsta, desde luego, para que exista una historia individual (es decir, una realidad específica) tanto de aquellos países como de los nuestros. Enrique Semo ha escrito con razón:

en cada etapa de desarrollo de la formación socioeconómica de los países latinoamericanos, está presente la relación metrópoli-colonia, que se transforma así en *una constante* de su historia, pero no en *su historia*, como lo quisieran algunos historiadores y economistas que subestiman o niegan la importancia de los factores internos y que reducen el complejo devenir histórico a la dicotomía simplificada metrópoli-colonia.¹⁰

Las ideas expuestas por latinoamericanos sobre las relaciones entre nuestra América y el mundo occidental se inscriben dentro de este complicado marco histórico.

Las primeras visiones

Escritores antillanos como Aimé Césaire y Frantz Fanon, nacidos en colonias francesas, han denunciado el absurdo de que a los niños negros de esas Antillas se les enseñara en la escuela a repetir: «Nuestros antepasados los galos...».

Esta denuncia es desde luego irreproachable. Pero vale la pena llamar la atención sobre la violencia que también supone el que a los niños en Francia se les haga repetir esa frase. Pues los galos ¿son los antepasados de quienes ni hablan su lenguaje, ni visten como ellos vistieron, ni fueron educados en sus creencias, ni apenas son sus herederos «raciales», es decir zoológicos? ¿No sería más congruente que a esos niños se les enseñara a decir: «Nuestros antepasados, los invasores (o aun los descubridores) de la Galia...»? Sin embargo, tal cosa, según lo que sé, no ocurre. Todavía hoy, Asterix el galo es el héroe de los niños (y de los mayorcitos) franceses, quienes, leyendo y viendo sus simpáticas aventuras, escritas por cierto en una lengua neolatina, no se identifican con las tropas romanas, sino con el pequeño e imaginario héroe galo y sus amigos. Esas violencias, dolorosas o risueñas, conforman la historia, la tradición de un país. Sin embargo, no faltan aquellos a quienes siguen pareciendo escandalosas las palabras angustiadas que Martí escribiera hace más de ochenta años: «La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria».¹¹ No hay, sin embargo, otra manera de abordar seriamente nuestra historia que arrancar de sus verdaderas raíces. Y las raíces verdaderas de lo que iba a ser llamado América son, desde luego, los hombres que la descubrieron y poblaron y levantaron sobre su suelo culturas tan extraordinarias como cualesquiera otras. Solo que, para empezar, un término infeliz ha contribuido a embrollarlo

10 Enrique Semo: *Historia del capitalismo en México. Los orígenes, 1521-1763*, México, 1973, p. 112.

11 José Martí: «Nuestra América» [1891], en *Obras completas*, VI, 18.

todo, con plena conciencia de quienes, *pro domo sua*, lo forjaron y contribuyeron a propagarlo.

A lo largo de la historia, hay numerosos casos de encuentros de dos comunidades y sojuzgamiento de una por otra.¹² El hecho ha solido llamarse de muy diversas maneras: a menudo, recibe el nombre de invasión o migración o establecimiento. Pero la segunda llegada de europeos a estas tierras (la primera, la de los vikingos, ocurrió sin pena ni gloria, hace cerca de un milenio), llegada que podría llevar distintos nombres (por ejemplo, El Desastre), ha sido reiteradamente llamada descubrimiento, *El Descubrimiento*. Tal denominación, por sí sola, implica una completa falsificación, un Cubrimiento de la historia verdadera. Los hombres, las culturas de estas tierras pasan así a ser cosificados, dejan de ser sujetos de la historia para ser «descubiertos» por el Hombre, como el paisaje, la flora y la fauna. Y este nombramiento implica la teorización de una praxis incomparablemente más lamentable. La pavorosa destrucción que los paleoccidentales –y luego los occidentales de pleno derecho, con más brío y desfachatez– realizan de los aborígenes americanos, será considerada por Celso Furtado «una verdadera hecatombe demográfica [...] casi sin paralelo en la historia humana»; y Laurette Séjourné no vacila en llamarla «un cataclismo, frente al cual palidecen las más sombrías catástrofes de la historia».¹³ Así se inició la metódica

occidentalización de América de que hablaría José Luis Romero.

La primera visión que en estas tierras se tiene de lo que iba a ser el mundo occidental, es la visión de aquella «hecatombe», de aquel «cataclismo»: la visión que pudieron transmitir los sobrevivientes de aquellos aborígenes a quienes llamaría paleolatinoamericanos, de no ser el nombre tan paquidérmico. Poco ha llegado a la posteridad de esa inicial visión indígena: en las páginas piadosas y enérgicas de hombres como Bernardino de Sahagún; en textos como los que compilara Miguel León Portilla en los libros *Visión de los vencidos* (1959) y *El reverso de la conquista* (1964). Es la imagen del espanto y del horror que van sembrando a lo largo de un continente aquellos a quienes los sitiados en Tenochtitlan llaman los «popolocas»; o como traduce el padre Garibay: los bárbaros.

Pero si a algunos pueden parecer escandalosas las palabras en que Martí se refiere a los indígenas americanos como nuestros primeros antecesores, más escandalosas aún les parecerán a muchos las palabras en que Alejandro Lipschütz llama al negro africano traído a América como esclavo el «indígena “importado”»: el hombre que vino a ocupar en muchas zonas de América el lugar del indio en vías de extinción, «dándole a él también calidad de indígena esclavizado».¹⁴ La visión

12 Ver a este respecto, de N. I. Konrad: «The Substance of History», en *West-East. Inseparable Twain*, Moscú, 1967, esp. pp. 220-222.

13 Celso Furtado: *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, México, 1969, p. 6; y Laurette Séjourné: *América Latina, I. Antiguas culturas precolombinas*, trad. de Josefina Oliva de Coll, Madrid, 1971, p. 63.

14 Alejandro Lipschütz: *Perfil de Indoamérica de nuestro tiempo. Antología 1937-1962* [1968]. La Habana, 1972, p. 91. La «presencia negra en el Nuevo Mundo», como diría José Luciano Franco, es capital para el desarrollo ulterior no solo de nuestra América, sino también de Europa y África. De hecho, a raíz de 1492 se abre lo que Fernando Ortiz ha llamado «ese gran remolino social, de blancos, bermejos y negros, con que se

que estos otros antecesores de los latinoamericanos actuales tienen del mundo occidental apenas difiere, naturalmente, de la de los otros «vencidos», los aborígenes americanos, aunque tuvo aún menos ocasión de ser documentada, y se halla desperdigada en cantos y plegarias. Pasado el primer tercio del siglo XIX, un esclavo negro cubano de gran talento, Juan Francisco Manzano, escribirá su autobiografía, donde se continúa esa dolorosa visión.

Sobre estas comunidades indígenas —la del indio autóctono; la del negro, «indígena “importado”»—, arrojadas brutalmente a la base de la pirámide en calidad de esclavos abiertos o velados, se superponen, como explotadores, los hombres venidos de Europa, situados entre un feudalismo en derrota que aquí recibirá un aire a la vez nuevo y pútrido, y un capitalismo incipiente que pugna por abrirse paso. Si indios y negros africanos saben inequívocamente, desde el primer instante, que ellos son otra cosa que el mundo occidental —y se convierten así, en cierta forma, en reservas de la otredad americana—, los descendientes más o menos directos de europeos tardarán muchos años en sentirse realmente distintos, si no de los europeos en general, al menos de los correspondientes metropolitanos. Muy pronto, sin embargo, van surgiendo rasgos diferenciadores que durante mucho tiempo no tienen más que un significado colonial: o, a lo más, provincial. Así, el nacido en América se distinguirá del nacido

del otro lado del Atlántico por ser *criollo*. Es significativo que este término, que aparece ya a finales del siglo XVI,¹⁵ se emplee inicialmente, en el portugués del Brasil —de donde irradiará a los otros idiomas—, para designar al negro *americano*, ya no africano, y solo más tarde abarque también al blanco nacido aquí, hasta quedar, finalmente, reservado de preferencia a este último. Para entonces, han ido surgiendo barruntos de burguesías latinoamericanas que al cabo, en el siglo XVIII, se sentirán entrabadas dentro de las osificadas y parasitarias estructuras de los imperios ibéricos. El hombre que no dudaba en considerarse un español —o un portugués— de Ultramar, comienza a subrayar con orgullo su condición *criolla*, es decir, distinta. A principios del siglo XIX, el sagaz Alejandro de Humboldt podrá escribir: «los criollos prefieren que se les llame *americanos*; y desde la paz de Versalles, y especialmente después de 1789, se les oye decir muchas veces con orgullo: “yo no soy *español*: soy americano”».¹⁶ A la dramática otredad del indígena —y de aquel, lleno de futuro, a quien Martí llamará «el mestizo autóctono»— viene a sumarse la relativa otredad del criollo. Que ella es relativa, lo revelará el siglo XIX, al final del cual Martí podrá hablar con toda justicia del «criollo exótico». Pero, por el momento, se abre la primera posibilidad concreta de ruptura.

inicia la occidentalización de tres continentes, con el océano Atlántico, de polo a polo, como su articulación vertebral». F.O.: «La “leyenda negra” contra Fray Bartolomé», en *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre de 1952, pp. 158-159.

15 Ver José Juan Arrom: «Criollo: definición y matices de un concepto», en *Certidumbre de América*, 2a. ed. aumentada, Madrid, 1971.

16 Alejandro de Humboldt: *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, 6a. ed. castellana, tomo II, México, 1941, p. 118.

De la primera independencia a la neocolonia

Y esa primera posibilidad concreta de ruptura, que acabará encarnando en las guerras de independencia, va acompañada por la pregunta sobre la especificidad de nuestra América, sobre su relación con el mundo, el cual resulta ser de hecho el mundo más o menos occidental: pregunta que de momento asume con frecuencia la forma de una polémica con las respectivas metrópolis. Esas metrópolis eran varias: sobre todo, dada la extensión en América de sus dominios coloniales, España y Portugal, las cuales para entonces ya era obvio que constituían naciones atrasadas: la lucha contra ellas, pues, adquiriría también el sentido de una modernización. Ese no era el caso, sin embargo, en lo tocante a otras metrópolis (Francia, Inglaterra, Holanda), que tenían en el Caribe pequeñas posesiones de donde extraían pingües ganancias.

Contra Inglaterra se había peleado ya en la otra América una guerra anticolonialista y revolucionaria: la que daría la independencia a las Trece Colonias. Y si bien el mundo había conocido en los siglos XVI y XVII las revoluciones burguesas de Holanda e Inglaterra, «la guerra norteamericana por la independencia en el siglo XVIII», de la que nacerían los Estados Unidos, «tocó a rebato para la clase media europea».¹⁷ No es extraño, pues, que repercutiera entre las capas entonces más avanzadas de nuestra América: las cuales, sin embargo, como se pondría de manifiesto a lo largo del siglo XIX, no compartían los caracteres ni las condiciones de las que encabezaron la lucha en las Trece Colonias. Era con los es-

tados semif feudales y esclavistas del Sur de los Estados Unidos con los que cabría comparar a buena parte de nuestra América. Y esos estados habrían de ser combatidos y vencidos por los del Norte, casi un siglo después de la *Declaración de Independencia* de 1776, para hacer viable el pleno desarrollo del capitalismo en aquel país, cuyos habitantes merecieron así, en lo adelante, el título que les daría Toynbee de «occidentales americanos».¹⁸

Sin embargo, entre finales del siglo XVIII y buena parte del siglo XIX, más repercusión tuvieron en nuestra América los aportes ideológicos y prácticos de la Revolución Francesa y sus consecuencias, y la astuta política inglesa en torno a los destartados imperios ibéricos. Aunque presentándose como modelo tentador e incluso deslumbrante para las balbucientes burguesías latinoamericanas, solo al final del siglo XIX, cuando ya han engullido la mitad del territorio mexicano, se han consolidado como nación de capitalismo monopolista y preparan las primeras aventuras imperialistas, los Estados Unidos comienzan a influir directa y poderosamente en los destinos latinoamericanos. Estas son las principales realidades occidentales que pesan sobre el vasto, complejo e inconcluso proceso de independencia de nuestra América, y sobre las ideas que lo acompañan.

Ese proceso, que está aún por estudiarse en profundidad, puede ser visto en tres momentos, que implican otras tantas maneras de plantear nuestras relaciones con el mundo occidental: la Revolución Haitiana, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX; la separación de las colonias

17 Karl Marx: *El capital*, cit. en la nota 7, p. 8.

18 Arnold Toynbee: *El mundo y el Occidente*, trad. de L. Rodríguez Aranda, Madrid, 1967, p. 9.

ibéricas continentales, que comienza en 1810; y la guerra de independencia de Cuba, a finales del siglo XIX. Los dos momentos iniciales (la primera independencia de nuestra América) implican luchas contra naciones europeas y contra colonialismos más o menos tradicionales, además de esfuerzos por consolidar en el Continente burguesías nacionales. El tercer momento supondrá una lucha no solo contra un viejo colonialismo, sino contra el naciente imperialismo, y no está encabezado ya por un proyecto de burguesía nacional: razones por las cuales, más que verlo como el último capítulo de este proceso, lo que también es, debe considerársele sobre todo como el primer capítulo de un nuevo proceso: el que ha de conducir a la segunda, definitiva independencia.

En la Revolución Haitiana, que suele olvidarse que es el inicio de la independencia de nuestra América,¹⁹ se dan situaciones extraordinarias, únicas; y situaciones que reaparecen, con variantes lógicas, en otras zonas americanas, e incluso en otras zonas coloniales del resto del mundo. Entre las primeras, baste recordar su condición ínglima de victoriosa revolución de esclavos. Entre las segundas, el hecho memorable de ver a L'Ouverture y a Dessalines esgrimir las ideas más avanzadas y generosas de Occidente (las

ideas igualitarias, anticolonialistas y antiesclavistas de la Revolución Francesa en ascenso) contra las tropas opresoras del representante y heredero directo de aquella revolución burguesa, Napoleón: tropas que debían restablecer en Haití el colonialismo y la esclavitud. Se revela así en nuestra América, de manera ejemplar, la contradicción entre admirables ideas de Occidente y la praxis de ese mismo Occidente. Es fenómeno que veremos repetirse con frecuencia: hasta que el capitalismo en ocaso, definitivamente curado de toda veleidad revolucionaria, ajuste su teoría con su práctica, y engendre ideas tan delezna- bles como su propia acción: será «el asalto a la razón», según la expresión luckacsiana, que acabará conduciendo al fascismo desembozado, y de cuyas raíces pueden hablar larga y dolorosamente los pueblos latinoamericanos, y los pueblos coloniales y semicoloniales en general.

Si bien la Revolución Haitiana ayudó a la independencia de las colonias iberoamericanas continentales (recuérdese el generoso auxilio de Pétion a Bolívar), su repercusión en los países de estructura similar al Santo Domingo francés fue compleja. Ante el ejemplo haitiano, que en cierta forma coronaba y enriquecía un cimarronaje multisecular, las oligarquías criollas de los países esclavistas de economía de plantación, situados en las Antillas, se sustrajeron a la onda emancipadora, para no correr el riesgo de ver repetirse los sucesos haitianos en sus propias tierras. Ello reforzó sus nexos con las metrópolis, especialmente allí donde un latifundio devorador y un frecuente absentismo habían restado ya toda fuerza y arraigo a esa clase sin porvenir alguno, como en las colonias inglesas, cuyas oligarquías habían permanecido sordas a la «campanada» de 1776. Ello explica que las colonias inglesas

19 Intentos meritorios por restituir a la Revolución Haitiana su importancia para toda nuestra América se hallan en obras como *The Black Jacobins. Toussaint L'Ouverture and The San Domingo Revolution* (2a. ed. revisada, Nueva York, 1963), de C.L.R. James (ver el epílogo a esta edición: «From Toussaint L'Ouverture to Fidel Castro»); *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, Madrid, 1970, de Juan Bosch; y *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean 1492-1969*, Londres, 1970, de Eric Williams.

del área no empezaran a conocer la independencia política sino hasta la séptima década del siglo xx; y que la única colonia holandesa en América que haya alcanzado su independencia haya sido Surinam, en noviembre de 1975.

En las colonias ibéricas de economía de plantación, sin embargo, aunque el ejemplo haitiano sofocó también, por el momento, las ansias separatistas de las oligarquías nativas (las cuales, además, en el caso de Cuba, conocieron un súbito enriquecimiento al heredar los mercados de Haití), el desarrollo relativamente limitado del latifundismo y del absentismo, entre otras razones, permitió el crecimiento de un patriarcado criollo que entraría en contradicción con la metrópoli. Por ejemplo, pocos pensadores latinoamericanos defendieron con tanto vigor y tanta continuidad la existencia de una nacionalidad distinta de la metropolitana (en este caso, la cubana frente a la española) como José Antonio Saco. Aunque en él el concepto de nacionalidad cubana excluía a los negros, a los que llama siempre «africanos» (a pesar de ser la mitad de la población del país), lo que no deja de hacer pensar, *mutatis mutandis*, en pensadores de otras zonas americanas, como muchos del Cono Sur, con la consiguiente demanda, en ambos casos, de inmigración «blanca»; sin embargo, tal concepto defendido tenazmente por Saco, por insuficiente que fuera, no llegó a cuajar en el patriarcado de las colonias inglesas y holandesas del área, y contribuye a explicar la distinta evolución histórica de estas últimas en relación con las Antillas de lengua española.

Pero si tales fueron entonces las reacciones del patriarcado criollo antillano frente a la Revolución Haitiana, muy otra sería, por supuesto, la fervorosa actitud de los esclavos. Primer país negro

libre del mundo moderno, el formidable ejemplo de Haití desbordaría las fronteras no solo de nuestra América, sino del Continente todo, llegando a conmover a la propia África. Por otra parte, el cese de la esclavitud y la destrucción del sistema de plantación en Haití, la ruptura de sus vínculos políticos con Francia y el feroz bloqueo a que esta (auxiliada por otras metrópolis) lo sometió hicieron reactualizar en el pueblo haitiano formas económicas e ideológicas más cercanas a África que a Occidente (formas que estudiarían después amorosamente sus más agudos intelectuales),²⁰ hasta que Occidente, bajo la forma de desembarcos de infantes de marina estadounidenses, lo hizo volver al redil, esta vez en calidad de neocolonia. Así, el primer país latinoamericano en obtener su independencia recorrería, a pesar de su vigorosa originalidad, un camino similar al de los otros países de nuestra América.

El segundo momento en el proceso de independencia de nuestra América es la separación de las colonias ibéricas continentales. También aquí Napoleón desempeñará un papel importante: ocupada la península ibérica por sus tropas (a las que el pueblo español hostigará heroicamente con sus «guerrillas», aportando de paso este vocablo al mundo), las colonias iberoamericanas empiezan a desgajarse de sus metrópolis por distintas vías: violentas en el caso de Hispanoamérica, evolutivas en el de Brasil. En esencia, aunque habrá proyectos aún más radicales, se asiste entonces a los intentos de burguesías nacientes por cortar sus vínculos con naciones atrasadas, España y Portugal, y atemperarse a los esquemas de otras naciones,

20 Ver Jean Price-Mars: *Así habló el tío* [1928], La Habana, 1968.

esta vez avanzadas. No parece exagerado decir que la relación de nuestra América con el mundo (verdaderamente) occidental ha de convertirse en una de las preocupaciones básicas de los pensadores latinoamericanos de la época: una época fundamental, porque es el momento en que nuestra América intenta organizarse en forma de naciones modernas.

Pero a esa época de organización la antecede, en lo inmediato, la de la ruptura política: las magnas guerras independentistas, cuyo ímpetu generoso cuaja en el ideario lleno de destellos magníficos y con frecuencia utópicos de hombres como el Libertador Bolívar, quien quiso conservar en la independencia la unidad que Hispanoamérica había tenido en la colonia, pero no pudo hacer realidad su proyecto: en vez de la unidad que hubiera debido facilitar una modernización, un desarrollo capitalista poderoso, nuestra América se fragmentó aún más, corroída por lastres arcaicos, y se hizo presa relativamente fácil de Occidente. Bolívar había previsto: «es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir con suceso las agresiones que pueda intentar la ambición europea; y este coloso de poder, que debe oponerse a aquel otro coloso, no puede formarse sino de la reunión de toda la América Meridional».²¹ El proyecto bolivariano incluía también, apoyada en aquella unidad y aquel desarrollo, la proclamación de una originalidad, de una autoctonía americana, que no desconocía los valores de Occidente, pero que en forma alguna se contentaba con repetirlos. Por el contrario, subrayando con su habitual energía nuestras peculiaridades, Bolívar exclamaba

21 Ver *El pensamiento vivo de Bolívar*, presentado por Rufino Blanco Fombona, 3a. ed., Buenos Aires, 1958, p. 39.

en 1815: «Nosotros somos un pequeño género humano [...] no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles»; y en 1819:

tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado; el europeo se ha mezclado con el indio y con el africano. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reto de la mayor trascendencia.

La hazaña bolivariana va acompañada, pues, por un pensamiento cuya fuerza fermental aún no se ha agotado. Lo veremos adquirir nuevo ímpetu en Bilbao, en Martí e incluso en nuestros días. Por ello no es extraño que durante el siglo XIX encontrara resonancia en pensadores radicales preocupados por subrayar tanto la necesidad de la unión latinoamericana como la especificidad de nuestra América.

Pero el conjunto de los pensadores representativos de la etapa de organización de las repúblicas latinoamericanas mostrará por lo general otro rostro. Ya había sido dejado atrás el proyecto de unidad continental. Ahora había que proponerse un proyecto más modesto, aunque necesario: el de impulsar las burguesías nacionales en las

repúblicas nacidas de la fragmentación del mundo colonial ibérico. Pero ¿cuáles burguesías? Estos hombres dan a ratos la impresión pirandelliana de ser pensadores burgueses en busca de su burguesía nacional. Las desvencijadas metrópolis no podían ofrecerles ejemplos en este orden, porque tampoco habían conocido desarrollo de sus burguesías. Ello aviva en aquellos pensadores su voluntad de separarse definitivamente de las viejas metrópolis y asumir otra filiación: no quieren ser ya españoles o portugueses de Ultramar, *porque pretenden ser occidentales de Ultramar*. Y no solo en cuanto a los *métodos* a emplear, en lo que tenían razón (la historia demostraría que no hay otra *vía* de desarrollo capitalista que la seguida por Occidente), sino en cuanto a *ser* Occidente, sin más diferencia que la de encontrarse del otro lado del océano. Por supuesto, la problemática específica de cada zona pesará fuertemente en el pensamiento de estos hombres y en su planteo sobre la relación de nuestra América con el mundo occidental. La situación no será la misma en países de rico sustrato indígena que en países donde no se dio esa realidad, como los del Cono Sur, por añadidura pobres durante la colonia y requeridos de mano de obra para desarrollarse. En el primer caso (aunque no faltaran ejemplos de ello en las oligarquías desarraigadas),²² no era fácil a sus pensadores representativos considerarse sin más «occidentales»; en el segundo, en cambio, la tentación parecía muy fuerte.

Ya Andrés Bello (quien, como se sabe, no practicó el antiespañolismo primario de muchos de estos hombres) dirá explícitamente en 1844

22 Ver a ese respecto algunos ejemplos en el libro de Gastón García Cantú: *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental 1810-1962*, México, 1965.

que «la misión civilizadora que camina —como el sol— de Oriente a Occidente, y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España la ejerció sobre un mundo occidental más distante y más vasto».²³ Por una parte, es difícil no ver aquí una réplica a Hegel, quien había planteado que «la historia universal va de Oriente a Occidente», pero también que «Europa es absolutamente el término de la historia universal»;²⁴ por otra parte, para Bello es bien clara nuestra relación con el mundo occidental: no somos sino «un mundo occidental más distante y más vasto». Y así, como partes de un todo privilegiado, la providencia nos ha separado del resto de la humanidad: «comparemos», dice en 1843, «a la Europa y a nuestra afortunada América con los sombríos imperios del Asia [...] o con las hordas africanas en que el hombre [es] apenas superior a los brutos». Este planteo alcanzará su formulación arquetípica en nuestra América en 1845, cuando el argentino Domingo Faustino Sarmiento publique su *Civilización y barbarie*. No es menester glosar esta obra clásica, suficientemente conocida.²⁵ Pero sí decir que no es posible aceptar, como se ha sostenido, que ella implique tan solo la ideología de una burguesía emprendedora, llevada naturalmente a rechazar las pesadas sobrevivencias feudales que entraban su desarrollo, entonces progresista. Si tal

23 Andrés Bello: «Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile» [1844], en *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea*, introd. y sel. de José Gaos, México, 1945, p. 195.

24 J.G.F. Hegel: ob. cit. en nota 3, I, 210.

25 Comenté esta obra, y otras de Sarmiento (y similares), en trabajos como «Caliban» y «Algunos usos de civilización y barbarie».

fuera la verdad, quizá este enérgico texto sería irreprochable. Solo que «civilización», término que un siglo atrás el mundo occidental ha forjado para nombrarse de la mejor manera a sí mismo,²⁶ es aquí *lo occidental* (no solo los *métodos* occidentales); mientras que «barbarie», en este caso, no son solo las sobrevivencias precapitalistas, sino también las persistentes y originales *realidades americanas*. Sarmiento, figura contradictoria, pero llena siempre de brusca y plausible sinceridad, no lo ha de ocultar: en su libro *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), escribirá: «en el *Conflicto de las razas*, quiero volver a reproducir, corregida y mejorada, la teoría de *Civilización y barbarie*». Dejemos que el propio Sarmiento nos exponga, en sus claras palabras, esa teoría «corregida y mejorada»:

Puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, conquistar pueblos que están en posesión de un terreno privilegiado; pero gracias a esta injusticia, la América, en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está ocupada hoy por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra; merced a estas injusticias, la Oceanía se lle-

na de pueblos civilizados, el Asia empieza a moverse bajo el impulso europeo, el África ve renacer en sus costas los tiempos de Cartago y los días gloriosos del Egipto. Así pues, la población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables; las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes.

Estos criterios los expone por la época de *Civilización y barbarie*, con no menor claridad, otro prohombre del liberalismo argentino: Juan Bautista Alberdi, en sus *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852). «Las repúblicas de la América del Sur», dice allí Alberdi, «son producto y testimonio vivo de la acción de la Europa en América. Lo que llamamos América independiente no es más que la Europa establecida en América [...]. Todo en la civilización en nuestro suelo es europeo...». Y más adelante: «nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de fuera». En cuanto a la nueva filiación a que se aspira:

Con la Revolución americana acabó la acción de la Europa española en este continente; pero tomó su lugar la acción de la Europa anglosajona y francesa. Los americanos de hoy somos europeos que hemos cambiado de maestros: a la iniciativa española ha sucedido la inglesa y francesa. Pero siempre es la Europa la obrera de nuestra civilización [...]. La Europa de estos días no hace otra cosa en América que completar la obra de la Europa de la media edad [...]. // Es tiempo de reconocer esta ley de

26 A este término dedicó Lucien Febvre su trabajo «Civilisation: évolution d'un mot et d'un groupe d'idées» [1929], en *Pour une histoire à part entière*, París, 1962, que ha sido complementado en «Civilisation. Contribution à l'histoire du mot» [1954], en *Problèmes de linguistique générale*, París, 1966, por Émile Benveniste, quien llama allí con acierto a «civilización» «una de esas palabras que inculcan una visión nueva del mundo». El término apareció a mediados del siglo XVIII, primero en Francia y poco después en Inglaterra.

nuestro progreso americano, y volver a llamar en socorro de nuestra cultura incompleta a esa Europa que hemos combatido y vencido en los campos de batalla.

Ello implica, naturalmente, entrar en contradicción con la obra y el pensamiento de los libertadores. Alberdi lo reconoce explícitamente:

Los libertadores de 1810 [...] nos enseñaron a detestar bajo el nombre de *uropeo* a todo el que no había nacido en América [...], la cuestión de guerra se estableció en estos términos: *Europa y América*, el viejo mundo y el mundo de Colón [...]. En su tiempo esos odios fueron resortes útiles y oportunos; hoy son preocupaciones aciagas a la prosperidad de este país.

Por supuesto, a fuer de *uropeo nacido en América*, Alberdi mostrará hacia los aborígenes americanos un odio y un desprecio característicamente occidentales:

Hoy mismo, bajo la independencia, el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil [...]. El indígena nos hace justicia: nos llama *españoles* hasta el día. No conozco persona distinguida de nuestras sociedades que lleve apellido *pehuenche* o *araucano* [...]. ¿Quién conoce caballero entre nosotros que haga alarde de ser indio neto? ¿Quién casaría a su hermana o a su hija con un infanzón de la Araucanía y no mil veces con un zapatero inglés? // En América, todo lo que no es europeo es bárbaro: no hay más división que esta: 1º, el indígena, el salvaje; 2º, el europeo, es decir, nosotros [...].

Estos pensadores sudamericanos de aspiración burguesa llegaron pues a hacer suya de tal manera la ideología de las burguesías *de los países capitalistas desarrollados*, que introyectaron plenamente incluso aspectos de esa ideología como el racismo y el consiguiente desprecio por los pueblos no occidentales (que en este caso resultaban ser nuestros propios pueblos): racismo y desprecio imprescindibles para facilitar la tarea conquistadora y expoliadora que había realizado *y continuaba realizando Occidente*,²⁷ esta vez con la colaboración más o menos voluntaria de pensadores locales inficionados de tales ideas. Entre ellos, los más consecuentes con esta aberración proceden, cuando tienen poder para hacerlo, a exterminar físicamente a sus pueblos (indios, gauchos) e importar metropolitanos. El clásico apotegma de Alberdi: «En América gobernar es poblar», hay que entenderlo como poblar de «occidentales», y despoblar de aborígenes...

Junto a estos gravísimos desenfokes, que lamentablemente fueron la norma en demasiados países, existieron actitudes bien distintas entre los pensadores latinoamericanos de esta etapa de organización, al considerar nuestra relación con el mundo occidental. Y no solo en el México del

27 «El prejuicio racial, tal como existe en el mundo actualmente, es casi exclusivamente una actitud de los blancos, y tuvo sus orígenes en la necesidad de los conquistadores europeos del siglo xvi en adelante de racionalizar y justificar el robo, la esclavitud y la continua explotación de sus víctimas de color en todo el mundo». Paul Baran y Paul M. Sweezy: *Capital monopolístico. Un ensayo sobre la estructura socioeconómica norteamericana*, México, 1968, pp. 199-200. Se trata pues, de uno de los más significativos aportes de Occidente al mundo.

indio Juárez, quien al hacer frente a las tropas de Maximiliano, difícilmente hubiera suscrito la sugerencia de Alberdi de que debíamos dar «espontáneamente a la civilización el goce de este suelo», o su idea de que «ya América está conquistada, es europea, y, por lo mismo, inconquistable». En el propio Cono Sur se mantuvieron ideas mucho más saludables para el destino de nuestra América. Baste recordar algunas obras de los chilenos José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao. El primero dedicó la parte inicial de su libro *La América* (1865) precisamente al tema «América y Europa». Y aunque también él cree en una relativa identificación entre ellas («ambos continentes están al frente de la civilización moderna y ambos son enteramente solidarios en la empresa de propagar esta civilización»), no deja de señalar las relaciones verdaderas:

La América conoce a la Europa, la estudia sin cesar, la sigue paso a paso y la imita como a su modelo; pero la Europa no conoce a la América y antes bien la desdeña y aparta de ella su vista, como de un hijo perdido del cual ya no hay esperanza. Un solo interés europeo, el interés industrial, es que presta atención a la América, el que se toma la pensión de recoger algunos datos estadísticos sobre las producciones y los consumos del Nuevo Mundo, sobre los puertos, las plazas comerciales y los centros de población de los que pueda sacar más provecho. Pero los agentes de aquel interés, es decir los mercaderes de Birmingham, de Manchester y Glasgow, de Hamburgo, del Havre y de Burdeos, de Cádiz y de Génova, llegan a la América creyendo que arriban a un país salvaje, y aunque pronto se persuadan de que hay acá pueblos civilizados, no consienten

jamás en creer que los americanos se hallan a la altura de los europeos y los suponen colocados en un grado inferior. El interés industrial domina desde entonces completamente la vida del europeo en América, y por larga que sea aquí su mansión, jamás llega a comprender los intereses sociales y políticos del pueblo en donde hace su negocio, y siempre está dispuesto a servir solo a su negocio, poniéndose de parte del que le da seguridad para sus ganancias, aunque sea a costa de los más sagrados intereses del pueblo que le compra o le vende. He aquí el único lazo que hay entre la Europa y la América ibera. He ahí el único interés que los gobiernos europeos amparan y protegen, el único que su diplomacia y sus cañones han servido hasta ahora, el único que los inspira en sus relaciones con los gobiernos de la América que ellos llaman bárbaros y salvajes.

El vehemente Francisco Bilbao publica a raíz de la invasión francesa a México su libro *La América en peligro* (1863), donde plantea que «todo se perderá [...] si no hacemos de la causa mexicana la causa americana»; rechaza «la grande hipocresía de cubrir todos los crímenes y atentados con la palabra civilización»; y señala como ejemplo de «la prostitución de la palabra [que] corona la evolución de la mentira», el hecho de que «“El civilizado” pide la exterminación de los indios o de los “gauchos”». En *El Evangelio americano* (1864), añadirá: «¡Colonización, inmigración, gritan los políticos! ¿Por qué no colonizáis vuestra tierra con sus propios hijos, con vuestros propios hermanos, con sus actuales habitantes, con los que deben ser sus poseedores y propietarios?». Con angustiada urgencia, expone:

Nuestro derecho a la tierra, nuestro derecho de gobierno, nuestra independencia, nuestra libertad, nuestro modo de ser, nuestras esperanzas, nuestra dignidad, nuestro honor de hombres libres, todo es hoy amenazado por la Europa. ¡La *conquista* otra vez se presenta! ¡La *conquista* del Nuevo Mundo! Las viejas naciones piráticas se han dividido el Continente, y debemos unirnos para salvar la civilización americana de la invasión bárbara de Europa.

Impugnando el sofisma de la supuesta «civilización», exclama Bilbao: «¡Qué bella civilización aquella que conduce en ferrocarril la esclavitud y la vergüenza!». Y dando muestras de ser un dialéctico agudo:

¿No véis que todos los progresos materiales son armas de dos filos, y que los cañones rayados sirven del mismo modo a la libertad o la opresión? [...] ciencia, arte, industria, comercio, riqueza, son elementos que pueden producir el bien y el mal, y son elementos de barbarie científica de la mentira, si la idea del derecho no se levanta como centro [...]. El viejo mundo ha proclamado la civilización de la riqueza, de lo útil, del confort, de la fuerza, del éxito, del materialismo. Esa es la civilización que rechazamos. Ese es el enemigo que tememos que penetre en los espíritus de América, verdadera vanguardia de traición, para preparar la conquista y la desesperación de la República. [...] En este siglo XIX que, según los escritores de pacotilla que repiten vulgaridades aceptadas, no es ya el siglo de las conquistas [...] estas viejas naciones que se titulan *grandes potencias* dicen que civi-

lizan, conquistando. Son tan estúpidas, que en esa frase nos revelan lo que entienden por civilización. [...] Os habéis, pues, revelado, grandes potencias, grandes prostitutas, a quienes hemos de ver arrastradas a los pies de la Revolución o de la barbarie, por su barbarie o su mentira. [...] Francia, que tanto hemos amado, ¿qué has hecho? [...] Conquistar a Argelia, saquear en China, traicionar y bombardear en México [...] La Inglaterra [...] ¿qué hace en la India la libre nación de las pelucas empolvadas y de los lores rapaces? [...] Atrás, pues, lo que se llama civilización europea. La Europa no puede civilizarse y quieren que nos civilicen.

Bilbao continúa argumentando no solo contra «el enemigo externo», sino también contra «el elemento de alianza que pueda encontrar» en «el elemento interno», el cual «consta de todo aquello que sea contrario a la religión del pensamiento libre, a la soberanía universal, al culto de la justicia con nosotros mismos, con los pobres, con los indios», y censura de nuevo «la colonización del país con extranjeros, cuando los hijos del país se mueren de hambre», así como «el desconocimiento y negación del derecho de los hombres libres, llamados los indígenas, y la suprema injusticia, la crueldad hasta la exterminación que con ellos se practica». Al final, el radicalismo apasionado de este demócrata, después de vituperar al «monarquista, papista, jesuita, católico, imperialista, aristócrata, esclavócrata» que habla «de libertad y derecho y de justicia», reclama «otro mundo, otro tiempo, otra vida».

Sí, sería otro tiempo –este– el que haría justicia a Bilbao. Por desgracia, en su época acabó por prevalecer aquella «vanguardia de traición para preparar la conquista y la desesperación de

la República» que él temiera, aunque no necesariamente en la forma de la ocupación directa. Y los pensadores que cumplieron esa tarea (sean cuales fueren sus méritos, a veces grandes, en otros órdenes), sentaron las bases ideológicas, y a menudo prácticas, para que nuestra América fuese colonizada de nuevo: ya no por naciones atrasadas (*¡vade retro!*) sino por naciones verdaderamente occidentales, como Inglaterra y los Estados Unidos, y conservando los atributos formales de la independencia. Esa nueva forma de colonialismo que se inicia, como tantas cosas, en nuestra América, sería conocida como neocolonialismo.

Hacia la segunda independencia

Ya estaba avanzado en nuestra América este proceso cuando José Martí, al comentar en 1889 la primera conferencia panamericana en Wáshington, escribía: «de la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora [...] urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia». Martí había sabido ver con claridad cómo «un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos» intentaba «ensayar en pueblos libres su sistema de colonización». A diferencia de los países hispanoamericanos continentales, para esa fecha Cuba y Puerto Rico tenían aún por delante la obtención de su independencia, y Martí habría de preparar la guerra que debía hacerla posible. Esa guerra sería, según su propia imagen, la estrofa final del poema de 1810; pero, al haber transcurrido casi un siglo entre la guerra bolivariana y la martiana, esta última se realizaría en condiciones bien distintas a aquella: ya Cuba no

estaría obligada solo a combatir contra un país paleoccidental como España, sino además a detener la amenaza del país que se alzaba como la cabeza más nueva y emprendedora de Occidente: el país que imantó el pensamiento liberal hispanoamericano, llevó a Andrés Bello a llamarlo «nuestro modelo bajo tantos respetos», hizo exclamar a Sarmiento en la Argentina y a Justo Sierra en México que debíamos convertirnos en los Estados Unidos del Sur; y había pasado a ser, a finales del siglo XIX, la más poderosa encarnación del mundo occidental y el más formidable valladar contra el proyecto de que nuestra América cuajara como una realidad suficiente. En medida considerable, hablar desde entonces de la América Latina y el mundo occidental, será hablar de nuestra relación con los Estados Unidos: la nación que en 1776 proclamara, por vez primera en América, su derecho a la independencia y realizara una gran revolución anticolonial (aunque conservando la esclavitud), y apenas un siglo después despuntaba como el nuevo amo de los países de la otra América. Habiendo vivido en los Estados Unidos desde 1880, y habiendo detectado con claridad lo inminente de la agresión imperialista, Martí escribiría a su amigo mexicano Manuel Mercado, el 18 de mayo de 1895, la víspera de morir en el campo de batalla, que su tarea había sido y sería

impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América [...] impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América

al Norte revuelto y brutal que los desprecia [...]. Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David.

Tan desafiante programa coronaba la meditación y la práctica radicalmente anticolonialistas de Martí, quien había recibido en su temprana juventud lo mejor de la herencia de Varela, Heredia, Luz y Céspedes en Cuba, y acabaría de formarse en el México democrático donde aún estaba vivo el recuerdo de Juárez, junto a las grandes figuras intelectuales de la Reforma, y en las lecciones bolivarianas.

En 1877, en Guatemala, Martí hace un primer balance de su concepción de «nuestra América» (denominación que ya había bocetado en México), y explica:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma [...].

En 1884, Martí denuncia

el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena, perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América Europea [...].

Y entre 1889 y 1891 (es decir, en los momentos en que se celebran en Wáshington las primeras conferencias panamericanas) da a la luz sus documentos capitales sobre la especificidad de nuestra América: varios textos de *La Edad de Oro*, el artículo «Vindicación de Cuba», los artículos sobre aquellas conferencias, el discurso «Madre América», y sobre todo el ensayo «Nuestra América», de 1891: en este último, verdadero manifiesto programático, resume apretadamente sus criterios sobre esta cuestión, vital en su pensamiento. Aunque ya lo había hecho antes, allí rechazará definitivamente la falsa dicotomía sarmientina: «el mestizo autóctono», dirá, «ha vencido al criollo exótico. *No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza*». Si el propio Andrés Bello había querido precaver a la juventud chilena, en 1848, «de una servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa», considerando que «somos ahora arrastrados más allá de lo justo por la influencia de la Europa, a quien —al mismo tiempo que nos aprovechamos de sus luces— debiéramos imitar en la independencia del pensamiento»; advertencia que veríamos repetirse incluso en hombres contradictorios como Sarmiento o Alberdi, no es extraño escuchar a Martí exclamar en 1891:

éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España [...]. Ni el libro europeo ni el libro yanqui daban la clave del enigma hispanoamericano [...]. A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen.

La exclamación, más de una vez, lo es de veras, y revela al hombre de acción más que al mero pensador:

No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulseras, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar el barco de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre [...]. ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos!

Frente a los servidores de la supuesta «civilización», Martí subraya con energía los rasgos propios de nuestra realidad histórica, y la necesidad de que ella sea abordada con un pensamiento nacido de esa realidad:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desentana la sangre cuajada de la raza india [...]. El buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país.

Pero a sus ojos esta tarea ya no podría ser realizada en nuestra América por quienes habían

renegado de nuestros pueblos, tildándolos de inferiores, y, so capa de civilizadores, servían de caballo de Troya para la nueva colonización. Martí rechaza enérgicamente la añagaza racista («no hay odio de razas, porque no hay razas», dice), y plantea con claridad: «Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores». «Con los oprimidos», «con los pobres de la tierra» se levanta esta visión nueva, radical, insuperada de nuestra América: ya no es la suya la visión de un pensador de aspiración burguesa, sino de un demócrata revolucionario extremadamente radical, portavoz de las clases populares, que inaugura una nueva etapa en la historia y en el pensamiento de nuestra América. Por ello podrá decir Noël Salomon no solo que «fue el cubano José Martí, sin duda alguna, el primero que construyó línea a línea una teoría consecuente y coherente de la personalidad hispanoamericana capaz de afirmarse por sí misma, ajena a los modelos exteriores», sino también que de él «data, en verdad, la “toma de conciencia” que ha derivado, en relación con un vasto movimiento histórico (de la Revolución Mexicana a la Revolución Cubana y a las nuevas formas de los movimientos liberadores de hoy), hacia las grandes corrientes culturales e ideológicas discernibles en el siglo xx»²⁸ en la América Latina.

La actitud de Martí, al menos parcialmente, sería compartida por otros demócratas revolucionarios latinoamericanos. Por ejemplo, el peruano Manuel González Prada, quien, a propósito de la etnología, a la que llama «cómoda invención [...]

28 Noël Salomon: «José Martí et la prise de conscience latinoaméricaine», en *Cuba Sí*, No. 35-36, 4to. trimestre 1970-1er. trimestre 1971, p. 3.

en manos de algunos hombres», expresa: «donde se lee barbarie humana tradúzcase hombre sin pellejo blanco».²⁹

Pero la obra martiana (como, en cierta forma, la de González Prada), aunque admirada por su hermosura, resultó demasiado avanzada para su circunstancia: habría que esperar a la inserción orgánica del materialismo dialéctico e histórico en nuestra América, varias décadas más tarde, para que su tarea fuera plenamente entendida y continuada. Durante el primer cuarto del siglo xx, sería el pensamiento de un ideólogo burgués nacionalista, el uruguayo José Enrique Rodó, el que encontraría amplia acogida en nuestra América. A raíz de la intervención yanqui en la guerra de independencia de Cuba, en 1898 (esa intervención temida por Martí y que, al decir de Lenin, inaugura la época del imperialismo moderno), y en abierto rechazo de ese hecho, Rodó publica su ensayo *Ariel* (1900), donde opone a los aspectos más crudos de la sociedad estadounidense una supuesta espiritualidad de nuestros países. Lo que Rodó censura, con mayor o menor conciencia del hecho, es el estadio de mayor desarrollo que había alcanzado el mundo occidental (es decir, el capitalismo estadounidense), sugiriendo para la América Latina formas culturales propias del capitalismo de países de la Europa occidental que aparecían a sus ojos como menos agresivos (criterio que, por supuesto, no podían compartir otras zonas coloniales o semicolonias del planeta: piénsese en la India, Indochina, el mundo árabe o el África negra). Esta fórmula pareció atractiva a diversos sectores de nuestra América:

29 Manuel González Prada: «Nuestros indios» [1904], en *Ensayos escogidos*, sel. y pról. de Augusto Salazar Bondy, 3a. ed. revisada y aumentada, Lima, 1970, p. 62.

desde aquellos en los que alentaba un pensamiento burgués realmente nacional, y por tanto necesariamente antimperialista, hasta capas que evolucionarían, a partir de ese antimperialismo, hacia posiciones socialistas, y en un momento de su formación encontraron estímulo en la prédica rodoísta. No deja de ser curioso comparar esta nueva manera de plantear nuestra relación con el mundo occidental (Europa sí, los Estados Unidos no), con la que buena parte de la intelectualidad liberal latinoamericana del siglo xix había sustentado: los Estados Unidos sí (después de todo, también son América), Europa no, cuando esta última implicaba las metrópolis o significaba aún la forma más agresiva del capitalismo, y se hacía presente en invasiones y amenazas para nuestra América. También es útil compararla con el criterio realista y astuto de Martí: «mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, está en el equilibrio de potencias rivales».³⁰ Ese equilibrio habría de romperse pronto: en lo que toca a nuestra América, con la intervención yanqui en Cuba, en 1898; en lo que toca al planeta todo, con la llamada Primera Guerra Mundial.

Cuando esta última estalle, ya está desarrollándose en nuestra América un notable proceso democrático-burgués: la Revolución Mexicana iniciada en 1910, la cual, después de una lucha compleja en que participaron y fueron vencidos demócratas revolucionarios como Ricardo Flores Magón y Emiliano Zapata, acabará consolidando a una burguesía nacional que no despreciaba los caracteres específicos de su pueblo, como habían hecho tantas viceburguesías decimonónicas. Nues-

30 J.M.: *Obras completas*, XXII, p. 116.

tra relación con el mundo occidental vuelve a ser, en esa coyuntura, tema de apasionadas discusiones, como las que sostiene José Vasconcelos en obras signadas por un desafiante utopismo: tal es el caso de *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana* (1925) e *Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana* (1927). Al brutal racismo de los «civilizadores» del siglo XIX, Vasconcelos opondrá entonces la idea de una fusión de razas a ser realizada en nuestra América: lo que si por una parte se abre generosamente al Continente todo (y explica la repercusión latinoamericana que su prédica alcanzó durante esos años), por otra parte pretende diluir la lucha de clases en aspiraciones de unidad ontológica que sentarían las bases del moderno pensamiento burgués mexicano. Al consolidarse ese pensamiento —esa burguesía—, Samuel Ramos ofrecerá, con referencia exclusiva a México, una obra hartamente reposada: *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), en cuya estela escribirá Octavio Paz *El laberinto de la soledad* (1950).

El utopismo engendrado por aquella circunstancia, sin embargo, no se extingue del todo, reapareciendo, también de modo reposado, y referido a una América ideal, en Alfonso Reyes (*Última Tule*, 1942; *Tentativas y orientaciones*, 1944), y, con mayor asidero en la realidad social, en el dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien impugna en «La utopía de América» (1922)

la era del capital disfrazado de liberalismo [pues] dentro de nuestra utopía, el hombre deberá llegar a ser plenamente humano [cuando deje] atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros: [En Europa] solo una luz unifica a muchos espíritus: la luz de una utopía, reducida, es

verdad, a simples soluciones económicas por el momento, pero una utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atravesamos todos.

Y añade en «Patria de la justicia» (1924):

Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia esa es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que esta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas, si solo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos [...] que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento.

Enfrentado a un panorama histórico bien distinto del mexicano (que todavía en 1938 podía mostrar el gallardo gesto nacionalizador de Lázaro Cárdenas), el argentino Ezequiel Martínez Estrada inicia con *Radiografía de la pampa* (1933) un enjuiciamiento crítico de la Argentina —el país donde los Sarmiento, los Mitre, e incluso en pleno siglo XX figuras progresistas en otros órdenes, se habían considerado representantes de la «civilización» contra la «barbarie»—, que lo llevaría a escribir en su libro *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina* (1962): «No somos europeos sino en los abonos artificiales, o en las zonas corticales».

La idea de que los latinoamericanos verdaderos «no somos europeos», es decir «occidentales», ya había encontrado sostenedores enérgicos, sobre

todo entre los voceros de comunidades americanas tan visiblemente no «occidentales» como los descendientes directos de los aborígenes y de los africanos. Los grandes enclaves indígenas en nuestra América (que en algunos países son una «minoría nacional» que constituye una mayoría real) no requieren argumentar esa realidad obvia: herederos directos de las primeras víctimas de lo que Martí llamó «civilización devastadora», sobreviven a la destrucción de sus civilizaciones como pruebas vivientes de la bárbara irrupción de *otra* civilización en estas tierras.

Los americanos descendientes directos de africanos, que ya habían realizado la hazaña haitiana, defendieron brillantemente en 1889, por boca del angloantillano J.J. Thomas, autor de *Froudacity*, su plena capacidad para participar creadoramente en la civilización traída a América por europeos. Pero el siglo xx verá no la argumentación de que los negros americanos son capaces de incorporarse al mundo occidental, sino la proclamación abierta de que rechazan esa incorporación, por considerarse portadores de otra civilización, representantes de un mundo diferente. Otro angloantillano, T. Albert Marrishow, expondrá esta idea en un panfleto de 1917, *Ciclos de civilización*, donde se anticipa a lo que Spengler acuñará después como «decadencia de Occidente», pero añade el anuncio de un próximo ciclo de civilización con predominio africano. Y el jamaicano Marcus Garvey, el más relevante de estos antillanos y el primero de ellos en alcanzar repercusión universal, lanzará a los negros del mundo entero su consigna de *regreso a África*.

Estos planteos, como en otro orden los de Martí, no podían ser plenamente entendidos hasta que no encarnara y se desarrollara en nuestra América el materialismo dialéctico e histórico,

en la tercera década de este siglo. Será a partir de entonces cuando, avanzando en la dirección señalada por el demócrata revolucionario González Prada, Mariátegui escriba que «el problema del indio» es un «problema económico social»; y que «la suposición de que el problema indígena es un problema étnico se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialistas. El concepto de las razas inferiores sirvió al Occidente blanco para su obra de expansión y conquista».³¹ Y Alejandro Lipschütz explicará que una correcta política de las nacionalidades permitirá la plena inserción de las comunidades autóctonas en el mundo latinoamericano moderno, al mismo tiempo que ellas conservarán sus respectivas culturas.³²

En lo que toca al fundamental aporte negro a ese mundo latinoamericano («Traemos / nuestro rasgo al perfil definitivo de América», dirá en 1931 el poeta Nicolás Guillén), aunque se escribirán trabajos de la importancia de los del cubano Fernando Ortiz, el brasileño Gilberto Freyre y el venezolano Miguel Acosta Saignes, la sobrevivencia de la terca obstinación de las oligarquías «civilizadas» locales en negar aquel aporte, a fin de hacerse admitir como sucursales decentes por las metrópolis, llevaría, explicablemente, a desarrollar planteos como los iniciados por Marrishow y Garvey: planteos que Frantz Fanon, con aguda visión de revolucionario, colocaría en su justa luz: «Que haya un pueblo africano»,

31 José Carlos Mariátegui: «El problema del indio» [1928], ob. cit. en nota 8, pp. 23 y 28. Un considerable desarrollo de este enfoque ofrece Ricardo Pozas en *Los indios en las clases sociales de México*, La Habana, 1971.

32 Ver Alejandro Lipschütz: *Marx y Lenin en la América Latina y los problemas indigenistas*, La Habana, 1974, *passim*.

dice Fanon, «lo creo; que haya un pueblo antillano, lo creo. Pero cuando se me hable de “ese pueblo negro”, trato de comprender. Entonces, desgraciadamente, comprendo que hay allí una fuente de conflictos. Entonces trato de destruir esa fuente». Y más adelante: «Parece [...] que el antillano, después del gran error blanco, está en vías de vivir ahora el gran espejismo negro».³³

Indios y negros, pues, lejos de constituir cuerpos extraños a nuestra América por no ser «occidentales», pertenecen a ella con pleno derecho: más que los extranjerizos y descartados «civilizadores». Y era natural que esto fuera plenamente revelado o enfatizado por pensadores marxistas, pues con la aparición en la Europa occidental del marxismo, a mediados del siglo XIX, y con su ulterior enriquecimiento leninista, ha surgido un pensamiento que sienta en el banquillo al capitalismo, es decir, al mundo occidental. Este pensamiento solo podía brotar en el seno de aquel mundo, que en su desarrollo generó a su sepulturero, el proletariado, y su consiguiente ideología: pero esta no es ya una ideología occidental, sino en todo caso *posoccidental*: por ello hace posible la plena comprensión, la plena superación de Occidente, y en consecuencia dota al mundo no occidental del instrumento idóneo para entender cabalmente su difícil realidad y sobrepasarla. En el caso de la América Latina, ello se hace patente cuando el materialismo dialéctico e histórico es asumido y desarrollado por figuras heráldicas como el peruano José Carlos Mariátegui y los cubanos Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena. El primero escribió:

33 Frantz Fanon: «Antillais et africains», en *Pour la Révolution Africaine (Écrits politiques)*, París, 1964, pp. 28 y 36.

la época de la libre concurrencia en la economía capitalista ha terminado en todos los campos y en todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos, están definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es de simples colonias.³⁴

Y también escribió que nuestra América «no encontrará su unidad en el orden burgués. Ese orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos. A Norteamérica sajona le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América Latina es socialista». Lo que implica revelar que en el interior del mundo occidental nuestro destino es «de simples colonias», y que nuestro porvenir exige *salir* de ese mundo.

Algunos comentaristas de Mariátegui han dicho que él era marxista *pero* que desarrolló criterios propios en relación con los problemas de nuestra América. En realidad debe decirse que de veras era marxista *porque* desarrolló tales criterios. Lenin, quien enriqueció el marxismo en la época imperialista y del triunfo de la primera revolución socialista (circunstancias que Marx y Engels no llegaron a vivir), consideraba que el alma viva del marxismo era el análisis concreto de las situaciones concretas. Entre los primeros análisis de esa naturaleza relativos a los problemas específicos de la América Latina se encuentran los de hombres como Mariátegui, Mella, Martínez Villena, lo que les permitió situar

34 José Carlos Mariátegui: «Aniversario y balance» [1928], en *Ideología y política*, Lima, 1969, p. 248.

cabalmente a nuestros países, a nuestra América, dentro de la problemática mundial. A partir de ellos, con la formidable anticipación de Martí, los abordajes válidos sobre la ubicación de la América Latina ya no se harán solo con respecto al «mundo occidental», sino en relación con el mundo todo, del cual Occidente es solo un capítulo, aunque un capítulo inesquivable. De ahí que la aceptación o el rechazo del materialismo dialéctico e histórico por los pensadores latinoamericanos no sea en absoluto una etapa más en la historia de su aceptación o rechazo de ideas «occidentales», sino más bien todo lo contrario. Así como los «occidentalistas» rusos de 1840 eran los modernizadores frente a los rezagos feudales, pero los «occidentalistas» españoles en torno a 1920 serán los retardatarios frente a la nueva modernidad, el socialismo (para ceñirnos a dos áreas europeas periféricas), de modo similar, los latinoamericanos que a partir de la Revolución de Octubre abrazan creadoramente el pensamiento socialista revolucionario podrán ser voceros de lo más genuino de nuestra América, mientras quienes lo rechazan aduciendo que lo consideran una doctrina extraña, inadaptada a nuestra realidad, serán de hecho continuadores de los «civilizadores» del siglo XIX: es decir, quienes sirven de cauce a nuestra sujeción al mundo occidental y a nuestra consiguiente explotación por el imperialismo. Quizá cuando esto se puso de manifiesto por primera vez de una manera más visible fue en la polémica que sostuvo Mella contra las pretensiones apristas de impugnar la aplicación del marxismo a nuestra América. Poco después de haber participado en el Primer Congreso Mundial Antimperialista celebrado en Bruselas, escribía Mella en 1928:

Para decir que el marxismo [...] es exótico en América hay que probar que aquí no existe proletariado; que no existe imperialismo con las características enunciadas por todos los marxistas; que las fuerzas de producción en América son distintas a las de Asia, Europa, etcétera. Pero América no es un continente de Júpiter, sino de la Tierra. Y es una cosa elemental para todos los que se dicen marxistas [...] que la aplicación de sus principios es universal. Así lo han comprendido los obreros de América cuando, mucho antes de que se escribiera el nombre del «ARPA» [*sic*], habían fundado grandes partidos proletarios (socialista, comunista, laborista, etcétera) basados en la aplicación del marxismo en América.³⁵

Así hemos entrado en los tiempos presentes, los de nuestros contemporáneos. Al preguntarse ellos por la relación de la América Latina con el mundo occidental, encontraremos a quienes, de hecho, siguen manifestándose como ibéricos de Ultramar, o, en mayor medida, como occidentales de Ultramar (enfaticando nuestra identificación sea con la Europa occidental, sea con los Estados Unidos); y también a quienes insisten en considerar a determinados núcleos de latinoamericanos (sobre todo indios o negros) como cortados de la historia común. Pero tales planteos (a pesar de lo brillantes que algunos, por excepción, puedan parecer) no son sino sobrevivencias de visiones viejas. Solo aquella perspectiva posoccidental; solo aquella inserción verdadera de la realidad latinoamericana en la del mundo *todo*, permite el abordaje justo del problema.

35 J[ulio] A[ntonio] Mella: «¿Qué es el ARPA?» [1928], en *Documentos y artículos*, La Habana, 1975, p. 378.

Tal perspectiva es lo que da valor al pensamiento de autores que, aunque no la asuman plenamente, han sentido de alguna manera su influjo vivificador, el cual los lleva, en primer lugar, a descubrir la condición dependiente de nuestro pensamiento, secuela de otras dependencias, y el melancólico carácter de sucursal de muchas de nuestras ideas («sucursal de la civilización moderna» nos llamó, con entusiasmo comercial, Sarmiento), lo que en no pocos puntos nos acerca a otras zonas coloniales o semicoloniales de la Tierra. Ello se hace patente, por ejemplo, en la evolución de filósofos como el mexicano Leopoldo Zea y el peruano Augusto Salazar Bondy. El primero, ahincadamente preocupado por la genuinidad del pensamiento de nuestra América y su ubicación con respecto al mundo, sobre todo el mundo occidental (*América como conciencia*, 1953; *América en la conciencia de Europa*, 1955; *América en la historia*, 1957; *Latinoamérica y el mundo*, 1960), escribe en una obra reciente (*Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana*, México, 1974): «el problema es saber a qué tipo de universalismo se arriba, a qué tipo de apertura. ¿Al universalismo y apertura propios del neocolonialismo, o al universalismo y apertura a que aspiran pueblos como los nuestros?». Y también:

Se habló de libertad de los mares y libertad de comercio, como ahora de libertad de inversión, para afirmar el derecho de unos intereses sobre otros. Esto es la libertad como instrumento de dominación, la libertad como justificación de quienes en su nombre afirmaron y afirman sus intereses, justificando en nombre de la libertad crímenes en Asia, en África y en nuestra América. El liberalismo, paradójicamente, como filosofía de la dominación.

Salazar Bondy, después de una destacada carrera como expositor de la filosofía occidental más o menos al uso, planteó en un pequeño libro de madurez, *¿Existe una filosofía de nuestra América?* (1968): «dependientes de España, Inglaterra o Estados Unidos, hemos sido y somos subdesarrollados –valga la expresión– de estas potencias y, consecuentemente, países con una cultura de dominación». Y también:

el problema de nuestra filosofía es la inautenticidad. La inautenticidad se enraiza en nuestra condición histórica de países subdesarrollados y dominados [...] [Pero nuestra filosofía] puede ganar su autenticidad como parte del movimiento de superación de nuestra negatividad histórica, asumiéndola y esforzándose en cancelar sus raíces.

Por desgracia, la promisorio evolución de este pensador, acuciada por el proceso revolucionario peruano iniciado en 1968, al que se vinculó estrechamente, quedó truncada por su temprana muerte a principios de 1974 (ver el número que le dedicara la revista *Textual* en diciembre de ese año).

Una evolución en cierta forma similar a la de estos hombres es la del brasileño Darcy Ribeiro, quien ha abordado el problema no a partir de la filosofía sino de la antropología, en una de las obras más ambiciosas publicadas en nuestra América durante estos años: la «serie de cuatro estudios de antropología de la civilización en los que», según sus palabras, «se procura repensar los caminos por los cuales los pueblos americanos llegaron a ser lo que son ahora, y discernir las perspectivas de desarrollo que se les abren». La primera parte del segundo de estos estudios seminales (*Las Américas y la*

civilización, 1969) está enteramente consagrada a «La civilización occidental y nosotros»: allí pasa revista a «las teorías del atraso y del progreso», y considera después «la expansión europea» y «la transfiguración cultural». Ribeiro propone para los pueblos extraeuropeos del mundo moderno, en general, una «tipología étnico-nacional» que distinga «cuatro grandes configuraciones histórico-culturales»: *Pueblos Testimonios*, *Pueblos Nuevos*, *Pueblos Trasplantados* y *Pueblos Emergentes*. Los tres primeros aparecen representados en nuestra América, y en cierta forma corresponden a las zonas que ya habían sido señaladas como «Indoamérica», «Afroamérica» y «Euroamérica»: México y Perú serían ejemplos de la primera; Brasil y Cuba, de la segunda; y Argentina y Uruguay, de la tercera. En partes sucesivas de su libro, Ribeiro estudia los caracteres y la manera de relacionarse con el mundo occidental de cada uno de esos «Pueblos» (esas zonas); y en la quinta y última parte, «Civilización y desarrollo», considera los «modelos de desarrollo y patrones de atraso», para concluir:

la revolución tecnológica supone para los pueblos subdesarrollados, como requisito básico, una revolución social interna y un enfrentamiento decisivo en la órbita internacional. Solamente por esta vía podrán arrancar de las manos de las clases dominantes internas y de sus asociados extranjeros, igualmente comprometidos con un atraso que les ha sido altamente lucrativo, los instrumentos de poder para la formulación del orden social.

Tales pensadores llegarían a sentir el impacto de la Revolución Cubana, que influiría

incluso en hombres mayores, como Martínez Estrada, y por supuesto en autores más jóvenes, enriqueciendo sus obras con la repercusión del acontecimiento histórico más trascendente ocurrido en nuestra América desde la primera independencia. De hecho, tal acontecimiento es el inicio de «la segunda independencia» reclamada por Martí setenta años antes de 1959. No en balde en 1953, al desencadenar el nuevo proceso revolucionario, el propio Fidel Castro señalaba en José Martí a su autor intelectual. Y como había ocurrido ya en los tiempos de la primera independencia, cuando los dirigentes de la revolución armada, y sobre todo Bolívar, resultaban ser además los más agudos voceros de la ideología que animaba a esa acción, otra vez volvería a ocurrir algo similar al romper la segunda independencia: hombres como Fidel Castro y Ernesto Che Guevara, a la vez que encabezarían la acción armada, serían los expositores más cabales del pensamiento que crecía de consuno con aquella acción: ese pensamiento iba a fundir (de modo parecido a como haría para su tierra Ho Chi Minh) la línea anticolonialista, nacional-revolucionaria (representada en nuestro caso por Martí), con el socialismo entrañado con nuestra realidad, que no sería mero «calco y copia», sino esa «creación heroica» exigida y avanzada por Mariátegui,³⁶ y expresaría un proceso revolucionario ininterrumpido que llevaría a la etapa socialista. Ello tenía que incidir, desde luego —y de modo fundamental—, en la distinta manera de relacionarnos con el mundo. Cuando aún la revolución no había entrado en su etapa socialista, pero ya habían sido tomadas medidas radicales y liberadoras que la anunciaban, el

36 José Carlos Mariátegui: ob. cit. en nota 34, p. 249.

periódico más consistentemente reaccionario del país deploraba en un editorial: «Cuba pertenece a la cultura occidental, y tenemos la seguridad de que su pueblo no desea renunciar a ella».³⁷ El pueblo cubano, por supuesto, renunció gozosamente no a la «cultura occidental» (lo que hay allí de «cultura», críticamente recibida, es irrenunciable), sino a la explotación a que durante más de cuatro siglos lo sometiera el llamado mundo occidental; y no para integrarse en un presunto mundo oriental, sino para arribar a la sociedad posoccidental, ecuménica, que anunciaron Marx y Engels y comenzó a realizar la Revolución de Octubre; a la sociedad socialista mundial destinada a cancelar en todo el planeta la prehistoria de la humanidad.

Aunque numerosos textos individuales de dirigentes y otros intelectuales revolucionarios cubanos dan fe de las ideas que acompañan esa primera inserción de nuestra América en la historia mayor, los más relevantes de esos textos son por lo general productos de una elaboración colectiva («el genio», había anunciado Martí en 1882, «va pasando de individual a colectivo»): baste recordar, por ejemplo, la *Segunda Declaración de La Habana* y el *Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*, que Fidel Castro diera a conocer en 1962 y 1975 respectivamente.

El primero de esos documentos ofrece a los pueblos latinoamericanos una visión verdadera de su historia, y un programa de lucha para la obtención de la segunda independencia, fresca aún la hazaña de haber propinado al imperialismo yanqui, en Girón, su primera gran derrota militar en América, y apenas iniciada la construcción del socialismo en este Continente. Arrancando

de la memorable carta última a Manuel Mercado de José Martí, la *Declaración* se pregunta:

¿Qué es la historia de Cuba sino la historia de América Latina? ¿Y qué es la historia de América Latina sino la historia de Asia, África y Oceanía? ¿Y qué es la historia de todos esos pueblos sino la historia de la explotación más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo entero?

Y después de abordar «las circunstancias históricas que permitieron a ciertos países europeos y a los Estados Unidos de Norteamérica un alto nivel de desarrollo industrial [que] los situó en posición de poder someter a su dominio y explotación al resto del mundo», proclama: «Cuba y América Latina forman parte del mundo. Nuestros problemas forman parte de los problemas que se engendran de la crisis general del imperialismo y la lucha de los pueblos subyugados: el choque entre el mundo que nace y el mundo que muere». En esa lucha, nuestra América, que en su conjunto se liberó el pasado siglo del viejo colonialismo pero no de la explotación, está llamada a tareas especiales:

Con lo grande que fue la epopeya de la independencia de América Latina, con lo heroica que fue aquella lucha, a la generación de latinoamericanos de hoy les ha tocado una epopeya mayor y más decisiva todavía para la humanidad. Porque aquella lucha fue para librarse del poder colonial español, de una España decadente, invadida por los ejércitos de Napoleón. Hoy le toca la lucha de liberación frente a la metrópoli imperial más poderosa del mundo, frente a la fuerza más importante del sistema

³⁷ Editorial del *Diario de la Marina*, 10 de mayo de 1960.

imperialista mundial y para prestarle a la humanidad un servicio todavía más grande del que le prestaron nuestros antepasados.

Y con un aliento que fue el de Bolívar, que fue el de Martí, en los instantes ígneos de nuestra historia:

Esta epopeya que tenemos delante la van a escribir las masas hambrientas de indios, de campesinos sin tierra, de obreros explotados, la van a escribir las masas progresistas; los intelectuales honestos y brillantes que tanto abundan en nuestras sufridas tierras [...]. // Y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase [...]. // Porque esta gran humanidad ha dicho: «¡Basta!» y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. Ahora, en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia.

El *Informe*, después de un panorama de la historia de Cuba («la última colonia de España, y hoy [...] el primer país socialista de este hemisferio»), hace un balance de las luchas, las victorias, las grandes realizaciones, e incluso los errores –valientemente expuestos– de los diecisiete años iniciales de la primera revolución socialista de América, así como plantea las metas a alcanzar en el próximo quinquenio. Al ofrecer un panorama de la situación mundial, expone:

Se ha repetido que nuestra época se caracteriza por ser el momento histórico de transición del capitalismo al socialismo, período en el cual se incrementan además las luchas por la liberación nacional de los pueblos como parte del proceso de liquidación de los vestigios del colonialismo y de la presencia neocolonial que el imperialismo ha determinado en vastas zonas de la tierra. // En los últimos años, el rasgo más distintivo de ese tránsito lo ha sido la llamada distensión internacional. Sin tomar en cuenta ese factor, no será posible comprender los cambios que tienen lugar en el ámbito de nuestra propia región continental. [...] Nuestro pueblo puede sentirse orgulloso de que en alguna medida ha contribuido a ese retroceso histórico del imperialismo norteamericano al demostrar, a noventa millas de aquel, que un pueblo pequeño, sin otra fuerza que su decisión moral de resistir hasta la muerte misma, y la solidaridad del movimiento revolucionario internacional, era capaz de hacer frente a la embestida imperialista de la principal potencia opresora en toda la historia de la humanidad.

Y abordando la situación de nuestra América trece años después de la *Segunda Declaración de La Habana*:

No está ahora la América Latina en vísperas inmediatas de cambios globales que conduzcan, como en Cuba, a súbitas transformaciones socialistas. Es claro que estas no son imposibles en algunos de los países latinoamericanos. Pero lo que define las circunstancias de nuestra América es sobre todo una conciencia generalizada, no solo en su clase obrera y en los pueblos, sino también en zonas decisivas de sus gobiernos, de que la contradicción de intereses entre la

América Latina en su conjunto y cada uno de nuestros países en particular con la política mantenida por el imperialismo norteamericano, no puede resolverse por la vía de la entrega o la conciliación, sino que requiere una resistencia conjunta que ya está en marcha.

Casi al concluir, el vasto *Informe* puede afirmar: «Lo que ocurre aquí [en Cuba], como ayer ocurrió en el imperio de los zares y en tantos otros pueblos de la tierra, es símbolo del futuro del mundo».

En documentos como estos, nuestra América se piensa a sí misma, y piensa al mundo, por vez primera, desde una perspectiva realmente universal.

El precoz latinoamericano Inca Garcilaso de la Vega, al preguntarse en el siglo xvii «si el mundo es uno solo o si hay muchos mundos», se había respondido «que no hay más que un mundo».³⁸ Occidente se encargó de demostrarlo, llegando, en busca de riquezas, a todos los rincones, y convirtiendo a las tierras más alejadas en partes de un mismo sistema, el capitalista, que solo

empezaría a ser sobrepasado a partir de Octubre de 1917. A Occidente, pues, al capitalismo, se debe la primera mundialización del mundo (realizada para su exclusivo provecho), que describiría en 1848 el *Manifiesto comunista*. Sin embargo, cuantos quisieron preservar de veras nuestro rostro, original y difícil, nuestra contribución específica a la humanidad, contra las formas variadas del colonialismo (es decir, contra la empobrecedora sumisión al mundo occidental), se vieron obligados siempre a enfatizar nuestra otredad: «Nosotros somos un pequeño género humano», escribió insuperablemente Bolívar en 1815. Pero el hombre en cuyo pensamiento alcanzó incandescencia esta certidumbre de la realidad distinta de nuestra América, José Martí, también expresó: «Patria es humanidad»; y supo avizorar, más allá de sus tiempos «de renquiciamiento y remolde», «cómo se viene encima, amasado por los trabajadores, un universo nuevo». Con la Revolución Cubana ha dado sus primeros pasos en nuestra América ese universo nuevo, donde «Occidente» y «Oriente» acabarán por no ser más que antiguos puntos cardinales en la aventura planetaria (y ya incluso extraplanetaria) del ser humano total. 

38 Inca Garcilaso de la Vega: *Comentarios reales de los Incas*, ed. al cuidado de Ángel Rosemblat, pról. de Ricardo Rojas, t. I, Buenos Aires, 1943, pp. 11-12.

Roberto Fernández Retamar

CALIBÁN

Calibán revisado

278 3-4 42

22 6

43, 5 inyección

39A extinción

v. 46, 11 siglo XIX ← op

25 6 9 pte. transmutación

m. 57 p. 10

instituto
calish

17 fidelismo

25 republicanos

desarrollo

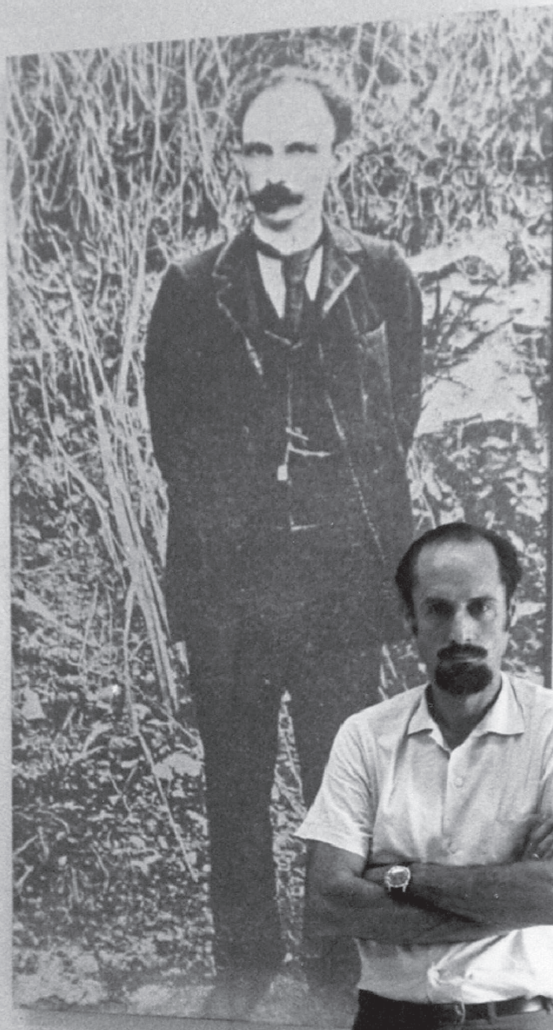
38 completa id de arte

EME / m. 10

Prólogo
Largo

Indice general

Tomar. Hef
m. 10
Hef
m. 10
Hef
m. 10



JOSÉ LUIS DÍAZ-GRANADOS

Profundamente conmovido, adolorido hasta las dimensiones más profundas del corazón, los acompaño en este momento de absoluta tristeza e inmensa desolación, por la muerte del insigne maestro de maestros Roberto Fernández Retamar, poeta, ensayista y polígrafo excepcional, hombre de su tiempo, hijo y hermano de la epopeya revolucionaria más notable de los

siglos XX y XXI, quien aunaba las más descolantes virtudes humanísticas de José Martí y de Fidel Castro, las cuales materializó sabiamente en la continuación de la magna obra de Haydee Santamaría en la magistral gestión cultural de ese portentoso edificio de creación y sabiduría que se llama Casa de las Américas.

Paz en su tumba.

ALEXIS DÍAZ PIMIENTA

Roberto, el hombre de los grandes abrazos

Ha muerto Roberto Fernández Retamar, el poeta, el sabio, el profesor, el amigo, el hombre de los grandes abrazos (una palabra inventada por él: «a brazos», porque así te asaltaba y no había escapatoria); ha muerto el hombre de la sonrisa franca y la risa contagiosa, el de las boinas y la perilla inconfundibles, el de habla reposada, el eterno marido de la eterna Adelaida, el padre de Laidi, su continuidad, el autor de *Caliban* y de «*Felices los normales*» y de «*Con las mismas manos*» y de «*¿Y Fernández?*»; ha

muerto un poeta –un señor– que cuando yo era muy joven imponía un respeto que paralizaba, y que, cuando yo ya no era tan joven imponía una cercanía que desentumecía, todo él hecho un llamado directo a la complicidad literaria y humana. Ha muerto Retamar, para muchos. Roberto, para los más cercanos. Fernández, para los lectores de uno de sus mejores poemas. Ha muerto viejo, como deben morir los grandes poetas. Viejo y apoyado en un bastón. Viejo y delgado y pecosito y con boina. Con boina y con sonrisa. Siempre.

Yo no recuerdo, con exactitud, la primera vez que conversé con él, que compartimos, pero la sonrisa estaba siempre. ¿Cuando fui jurado de novela del Premio Casa de las Américas, en 2002? ¿Tan tarde? No lo recuerdo, pero pudo ser. Y me sorprendió la cercanía de un autor tan distante, porque la maestría crea distancias psicológicas a veces insalvables. Ah, ya recuerdo. La primera vez que compartí con Roberto, él no lo supo. Fue en 1986. Yo tenía veinte años –tierna y fértil edad para los descubrimientos– y me encontré a Roberto Fernández Retamar vestido de azul, rectangular y paginado, y sin decirle nada lo acompañé a visitar a un viejo conocido suyo, que yo no conocía por entonces. Era Borges. Jorge Luis Borges. En Cuba, mi generación poética descubrió a Borges en aquel libro azul editado por Casa de las Américas con impecable prólogo de Roberto Fernández Retamar. Y yo fui uno de los tantos jovenzuelos que, más nerviosos que felices, entramos con Roberto en la casa de Borges aquel año, y compartimos con ellos aquella taza de café que aún no se enfriaba. Borges. Jorge Luis Borges, el argentino universal. Yo conocí a Borges con Roberto, a través de Roberto, gracias a él, por él. Y me cambió el concepto de literatura.

Luego, cuando ya Borges era mi amigo más odiado, Roberto siguió siendo un amigo querido, pero desconocido. Seguramente hasta aquel año 2002 en el que yo fui jurado de novela, en el Premio Casa de las Américas. «¿De novela?», me dije. «¿Yo, el repentista?», me pregunté, acostumbrado como estoy a ser víctima de las etiquetas. Pero sí, los directivos del Premio Casa de las Américas se habían leído mi novela *Prisionero del agua* (1998), tal vez también *Maldita danza* (2000) y habían decidido que yo fuera jurado. Me ilusiona mucho imaginar que

fue Roberto quien lo propuso. Pero no importa si no fue: la Casa era «su casa». Y él estaba allí, él estuvo allí todo el tiempo. Y durante las intensas jornadas del Premio compartimos, claro, y nos hicimos amigos de verdad, y conversamos sobre literatura, y nos reímos mucho. Roberto Fernández Retamar era un hombre que se reía mucho. Y bien. Con todos los dientes, con los brazos.

Luego vinieron otras complicidades, inolvidables para mí, literarias, políticas, humanas, ¡hasta repentísticas! En mi larga carrera como repentista, y habiendo improvisado cientos de miles de décimas, más de un millón seguro, en más de cuarenta países y durante más de cuarenta años, les puedo asegurar que pocas veces he visto a alguien disfrutar mis improvisaciones tanto, tan de verdad, como a Roberto y su Adelaida inseparable, una noche de copas y charlas en una casona de El Vedado. No recuerdo qué celebrábamos. El caso es que tras el ágape habitual, copa en mano, yo me puse a improvisar décimas, y Roberto y Adelaida estaban allí, en la primera mesa, delante de mis ojos. Y de mis versos. Y aquella su cara de niño feliz y sorprendido era un poema mayor que los poemas que yo improvisaba. Y sus aplausos estruendosos. Y sus carcajadas ante mis golpes de ingenio, unas veces; ante mis hallazgos poéticos, otras. Y él contagiaba a su Adelaida, claro, la sabía contenida. Y al resto de los comensales devenidos oyentes, todos contagiados y con caras de niños felices por culpa de Roberto. Y aquella noche sus abrazos fueron abrazos de camisa de fuerza, de esos que duran hasta hoy. No sé si fue entonces que le regalé mi libro *Teoría de la improvisación poética*. Pudo ser. Yo quería impresionar al maestro, que viera a todos los Alexis que hay en mí.

El caso es que varias veces después se refirió a mi libro con asombroso entusiasmo, siendo él

el ensayista que era, sorprendido. Y yo, feliz, claro. Tanto, que poco tiempo después, en 2004, me atreví a pedirle que prologara mi libro de décimas *Confesiones de una mano zurda*, Premio Cucalambé del año 2003. Y así, sin pensarlo, aceptó. Y así, como quien no quiere las cosas, un humilde poeta joven habanero, y además, repentista, tuvo un prólogo de Roberto Fernández Retamar en un libro de décimas. Casi nada. Uno de los prólogos más hermosos y sinceros de los que me han escrito. Generoso en elogios, escrito con maestría y con distancia. Retamar. Roberto. El poeta. El ensayista. El profesor. El amigo. Luego supe —me lo contó él— que Roberto tenía un libro titulado *Concierto para la mano izquierda* y que él también era zurdo. Y sonreí, solamente. Esas fractalidades de la literatura, pensé. Y en los últimos años nos vimos varias veces más, siempre en encuentros cortos y afa- bles, de cariño literario y humano. Una vez en su casa real, acompañado de sus dos Adelaidas, la grande, la pequeña; otras veces en su otra casa, la Casa grande, la de todos. Y siempre estuvo atento, risueño, con cara de sabio.

Mi última relación con Roberto fue por co- rrespondencia. Me escribió, hace unos meses, a través de nuestro amigo común, Ernesto Sierra, para pedirme poemas para la revista *Casa*, en un correo lleno de frases tan generosas con mi obra y mi persona que da pudor citarlo. Me pareció increíble. El mismísimo Fernández Retamar me pedía poemas para la revista *Casa* (¡a mí, al repentista!, ¡poemas, no décimas!). Y por ahí deben andar ahora, en el último número de la revista, aquel manojo de poemas que le envié vía correo electrónico. Su último mensaje fue para

comunicarme que yo había sido el ganador del Premio Casa de las Américas 2019, en el género Literatura Infantil y Juvenil, con mi libro *Piel de Noche*. ¡Imagínense! ¡Mi regreso a la Casa y otra vez a través de Roberto! (Es curioso: he pasado de llamarle Retamar, como todos, a llamarle Roberto, como pocos; debe ser la influencia de Ernesto Sierra, tan cercano a él, su editor, alumno y amigo, quien es ahora mi vecino en Sevilla; pero puede ser también la confianza que da tanta correspondencia). Y quedamos en vernos cuando yo fuera a recoger el premio y a la feria del libro. Pero no pude verlo. Me llamó, me citó para un encuentro en la sede de la Uneac, pero no pude ir, no recuerdo por qué: qué triste miércoles.

Y luego, desde la misma Casa de las Américas yo lo llamé, pero tampoco pude hablar con él: estaba enfermo. Roberto estaba enfermo. Viejo y enfermo. Roberto y Retamar y Fernández y el autor de *Caliban* y el viudo de Adelaida y el pa- dre de Laidi. Mi amigo Roberto estaba enfermo. El prototipo del poeta intelectual, tan elegante en su esbeltez, tan poeta en sus andares por la vida. No me perdono no haber ido a su cita, que hubiera sido, ya ven, nuestro último encuentro. Me quedo, eso sí, con unas ganas enormes de sentir un abrazo real, de los suyos, con ganas de acercarme «a brazos» para, con estos mismos brazos de hacer tantas cosas, hacer lo único que me pide hoy el cuerpo: abrazar yo también a su hija Laidi, la escritora, la médica, la cronista, la amiga distante. Un abrazo que dure hasta que la vejez nos haga andar a nosotros con paso retama- rino por las calles, ahora vacías, de El Vedado.

En fin, ha muerto Roberto Fernández Retamar y llevo toda la mañana releýendolo.

ARIEL DORFMAN

Estamos desolados con la noticia del deceso de Roberto, queridos amigos. Una pérdida tan inmensa como su corazón y su mente y su sonrisa y su poesía.

Justo ayer me acordé de él al empacar unos libros y encontré varios dedicados a Angélica y a mí.

Estamos en medio del delirio de la mudanza a una casa mucho más chica (y algunos problemas no deseados de salud), así que no puedo escribir como lo quisiera, pero no podía dejar de mandarles este dolor compartido.

Y agregamos un abrazo fuerte, de esos que daba y que, en la memoria, sigue dando Roberto.

PAUL ESTRADE Y MOUNY ESTRADE

Triste y profundamente impactados, saludamos respetuosamente la memoria imperecedera de nuestro Roberto, querido compañero y amigo nuestro desde decenios. Con él se ha ido, bien cumplida su tarea, un hombre de vastísima cultura y de elevado sentido de las responsabilidades del intelectual comprometido con el pueblo de su tierra y su Continente. Actor incansable y portavoz acertado de la Casa de las Américas, tanto de la revista homónima, como de la institución, aquel inmenso pensador crítico, ensayista,

periodista y poeta ha de quedar para siempre en las letras cubanas y latinoamericanas como la excepcional encarnación de la labor cultural de la Revolución, por su firmeza y su sensibilidad, su inteligencia y su agudeza, su audacia y su apertura, la flexibilidad y la riqueza de su escritura. Nosotros, que tuvimos el privilegio de poder enseñarle en nuestro jardín de Orléans, para asombro suyo, unas retamas en flor, deseamos que le acompañe en su último viaje un ramo de nuestro silvestre pero siempre vivo retamar.

De muchos

Hace ocho días murió, y aún no han transcurrido veinticuatro horas desde que deposité sus cenizas en el mar, el 27 de julio, justo el día en que mis padres se comprometieron para toda la vida, hace casi setenta años, coincidiendo con la fecha de cumpleaños de mi madre. Luego del impacto de ver cómo besaba mi mano, y acto seguido dejaba de respirar después de acompañarlo como mejor se podía durante sus últimos meses (me había advertido: «tendrás el privilegio de verme morir»), y de dejarme un sinfín de instrucciones para su último libro, trabajando hasta el instante final con el rigor y la meticulosidad que lo caracterizaron, comenzaron a llegar por diferentes vías incontables muestras de condolencias. Con el egoísmo de una madre («todavía era mi padre, pero ya se estaba convirtiendo en mi hijo»), me atribuí el dolor para mí sola.

Fue con el lento pasar del tiempo que empecé a sospechar que el hombre que nos abandonaba de este lado de la luna, no era mío, ni de sus tres nietos, ni de su yerno, ni del hermano que queda vivo, sino de muchísimos más. Antes de explicar este sentimiento de compartir dolores, debo hacer pública mi gratitud a todas las personas que de una forma u otra, con apoyo sentimental o cosas prácticas, con palabras de aliento o satisfaciendo hasta el mínimo detalle que se

precisaba, ayudaron a que el tránsito hacia el destino final de mi padre fuera menos difícil. Mencionar sus nombres sería indelicado: ellos y ellas saben, y quizá no les sea grato que yo haga notoria la constancia de sus participaciones. No obstante, siento el deber moral de decir que no estuve sola, que mi padre fue mimado por amistades tan antiguas como él mismo, atendido por médicos que acudieron a mi llamado sin importar horarios ni dificultades, por mis hermanas y hermanos de afecto, que me soportaron hasta el minuto final, cuando las fuerzas amenazaban con flaquear. Hubo quien vino con potes de helado, una colega se encargaba de hacerle flanes deliciosos, otros se aparecían de pronto con barras de chocolate, llegaron licores lejanos, medicamentos cubanos y provenientes de ultramar, regalaron jugos envasados, ungüentos, parches, esencias revitalizadoras, un libro suyo editado en España, los más recientes números de la revista *Casa* (ambos traídos directamente del aeropuerto a su lecho): muchos amigos cooperaron con asombrosa celeridad, para darle el último gusto al poeta, para que se fuera sabiéndose querido, respetado. Amado hasta la empuñadura, sintió que nos dejaba, exigiéndonos cumplir la que fuera premisa fundamental de su existencia: trabajar. Me dictó cartas, me hizo prometerle que no descuidaría ningún detalle de su libro

que sabía póstumo, cuyo título le repetí muchas veces, para que estuviera seguro de mi entendimiento. «*Alternativas de Ariel* saldrá como quieres, papá, quédate tranquilo», le dije cada vez que me interrogaba, con solo mirarme. Sus íntimos colaboradores se acercaban a su lecho, y si su aliento lo permitía, sostenían intensas charlas, que luego lo dejaban exhausto, pero feliz. No hubo nunca una excusa, nadie intentó eludir un pedido suyo: muy al contrario, todos sus queridos colegas de siempre anhelaban venir a nuestra casa, acompañarlo, abrazarlo. Nadie quería dejarlo ir. No podíamos aceptar que el hombre principesco y sabio, el jefe justísimo, el profesor, el poeta, el ensayista inmenso, estuviera extinguiéndose de a poco. A todos los fieles que creyeron el milagro de la eternidad, pero que en el plano terrenal aportaron su amor concreto desprendiéndose de tiempo y de materialidades innombrables: muchas gracias.

El dolor compartido en su máxima expresión lo comprobé cuando fuimos a echar al mar un polvo oscuro llamado ceniza, que sigo creyendo imposible. No era «eso» mi padre, pero tampoco es exclusivamente mío el amor suyo, ni el privilegio de haberlo tenido por un tiempo que querría eterno. Cuando vi junto a las olas de Malecón y G a sus exalumnos, a sus amigos cantores, escritores, poetas, periodistas, dramaturgos, actores, ensayistas e historiadores, y sobre todo a sus compañeros de la Casa

de las Américas, jóvenes, veteranos, recién incorporados, fundadores, colegas todos tan desconsolados como yo, abrumados, tristísimos, supe que la congoja era... ¿cómo decirlo? compartida, multiplicada. Esos rostros reflejaban la intensidad de una pérdida tan irreparable como la que sentía yo, y solo entonces descubrí que ellos y ellas habían perdido al mismo padre que dejaba de ser mío para ser de muchos. Sentir los sollozos ajenos, la ira contenida, la hondura del navajazo que significa no poder acudir a su siempre sabio consejo, ni volver a sentir la risa estruendosa, ni ver el lento caminar de un rey que se empeña en seguir yendo a sus salones a pesar del peso excesivo de su corona, me fortaleció. De repente, empecé a ofrecer yo las condolencias. Esa multitud estaba tan lastimada como yo, tan sin consuelo como yo, tan profundamente herida como yo, por lo cual mi condición privilegiada de hija biológica me compulsó a apaciguarla. Ya no sabíamos quién consolaba a quién, entre tantos besos, abrazos, palmadas: ahí también radica la gran obra de un gran hombre. Todos somos sus hijos, todas sus hermanas, todos colegas de trabajo, y de jugar, y de echar al aire lo que más nos enseñó: salvas de porvenir. Lo recordaremos como pidió: «con alegría», aunque violemos la otra parte de ese verso («alguna vez»), porque, bien lo sabemos, será siempre, siempre, siempre.

Julio, 2019.

FUNDACIÓN JUAN BOSCH

Luego de un cordial saludo, desde la Fundación Juan Bosch les externamos nuestras más sinceras condolencias a la Casa de las Américas ante la irreparable pérdida de Roberto Fernández Retamar.

Fernández Retamar es una gloria de la cultura cubana, amigo del profesor Juan Bosch y digno ejemplo de intelectual revolucionario comprometido con las mejores causas, quien promovió el discurso de la descolonización y batalló contra todo tipo de discriminación y exclusión social. Orgullo de toda la América Latina, es para nosotros importante preservar su legado, como

referente e inspiración para las actuales y futuras generaciones.

La Fundación Juan Bosch mantiene su compromiso con la construcción y preservación del pensamiento político, moral y ético del profesor Juan Bosch y de todos los ciudadanos y ciudadanas latinoamericanos y del mundo que dedican su vida a luchar por los principios de igualdad, justicia social, paz y la defensa de los derechos humanos.

Muy atentamente,

MATÍAS BOSCH CARCURO

1er Vicepresidente Fundación Juan Bosch

MARIO GOLOBOFF

Roberto Fernández Retamar, poeta y pensador*

Durante la segunda mitad del siglo xx, hubo en la América Latina un puñado de intelectuales que oficiaron, de modo natural y quizá no querido, como verdaderos maestros y

guías en la formación intelectual y literaria, y en la crítica literaria de nuestra generación: el uruguayo Ángel Rama, el peruano Antonio Cornejo Polar, los argentinos David Viñas y Noé Jitrik. Sin duda, forma parte de este connotado grupo, y en muy alto sitio, el poeta, crítico, pensador

*Publicado en el diario *Página/12*, el 21 de julio de 2019.

cubano Roberto Fernández Retamar, que acaba de fallecer.

Él fue iluminando desde los primeros tiempos de la Revolución Cubana el camino de una crítica y de una concepción latinoamericana de nuestra cultura. Profusos y profundos trabajos que llevan su firma (entre los que ha sido fundamental aunque no única la presencia del libro *Caliban y otros ensayos*) fueron postulando la posibilidad, si no de un aislamiento impensable o de una originalidad soberbia, la de una independencia cultural y una autonomía, siempre conflictivas, siempre discutidas, siempre relativas, pero irrenunciables, necesarias. Acordes con las necesidades que, en otros campos, políticos, económicos, sociales, se han ido manifestando a lo largo de estos años. Venía, además, Fernández Retamar de una formación particularmente vasta, heterogénea y rica en la que intervinieron la filosofía, el marxismo, el estructuralismo, las ciencias literarias, la poética, la añeja profundidad de la poderosa cultura cubana, José Martí (en cuya vida y obra era un especialista), otros maestros cubanos y latinoamericanos, la lectura constante e íntima de poetas de todas las épocas y de todas las lenguas; lo que lo llevó a una militancia temprana en el campo cultural, aún bastante antes de la Revolución. Ideas que parecen fundamentales de su pensamiento y que están expresadas en libros y en numerosos artículos publicados a lo largo de estos años son aquellas sobre las relaciones entre el poeta y la sociedad, la función del arte en esa sociedad, la función que cumplen los intelectuales en las sociedades latinoamericanas y en la cubana socialista, el papel del poeta en la Revolución...

En lo más específico, que toca la tarea literaria, un trabajo ya clásico es aquel titulado

«Antipoesía y poesía conversacional en América Latina», y que tiene mucho que ver con su propia construcción poética. Es la charla dada en una reunión que tuvo lugar en La Habana en 1968, publicada en un tomo que editó la Casa de las Américas al año siguiente, titulado *Panorama de la actual literatura latinoamericana*, un ciclo organizado por el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa y en el que participaron, entre otros, José María Arguedas, Max Aub, René Depestre, José Revueltas, Rodolfo Walsh, Jorge Zalamea.

Describe, allí, la poesía hispanoamericana después de los cincuenta como embarcada en las corrientes de la llamada antipoesía (cuyo mayor epígono sería Nicanor Parra) y, sucediéndola, de una manera casi generacional, la poesía conversacional (cuya figura central sería Ernesto Cardenal), de la que señala características que se tienen como distintivas y, se interpreta, positivas: la poesía conversacional no se autodefine, tiende a ser grave aunque no solemne, pugna por afirmarse en sus creencias, muchas veces políticas, otras religiosas; más que vuelta hacia el pasado, «es capaz de mirar el tiempo presente y de abrirse al porvenir»; «suele señalar la sorpresa o el misterio de lo cotidiano»; más que encerrarse en fórmulas, se inclina «a abrirse a nuevas perspectivas». Y es, fundamentalmente, una poesía que no tiene inconvenientes en mezclar lo narrativo con lo lírico, la prosa con el verso, sin prejuicio alguno por lo que siempre se llamó «prosaico», en una línea que, entre otros, descende de T. S. Eliot: «La poesía tiene tanto que aprender de la prosa como de las demás poesías... Una interacción entre prosa y verso, como la interacción entre lenguaje y lenguaje, es una condición de vitalidad en literatura».

Pero fue, ciertamente, en la propia poesía donde expresó sus sentimientos y pensamientos más profundos y que van a quedar. Poco después de los ya definitivos días en que la guerrilla triunfante entraba en La Habana, lo primero que se conoció de Fernández Retamar fue un poema, «El otro», escrito, es probable, en medio de las celebraciones y publicado aquí por un periódico de izquierda. «*Nosotros, los sobrevivientes, / ¿A quiénes debemos la sobrevivencia? / ¿Quién se murió por mí en la ergástula, / Quién recibió la bala mía, / La para mí, en su corazón? / ¿Sobre qué muerto estoy yo vivo...?*».

Aquel sentido nuevo y generoso de la «otredad» siempre será así en la poética de Fernández Retamar: el «otro» no es la figura borgiana (figura, por otra parte, genética y constitutiva de la obra del argentino), la del doble dubitativo y que se hubiera querido ser o que se dice se hubiera querido ser. Tampoco es la sicoanalítica imagen en la que se busca sin descanso y sin hallazgo la radical identidad. Menos aún la del mito, que algunos suponen inaugurado por el héroe-flor de la primavera cretense e introducido después en la omnívora Grecia. Desde entonces, quedamos cautivos de esa voz poética, a la que por aquellos días de aislamiento seguíamos todo lo que la poca entrada al país de material cubano podía permitir. Hasta qué punto este poema atraviesa su obra toda, se comprueba cuando relata, en un texto muy posterior, hablando de sus afinidades con poetas argentinos y de Paco Urondo: «*Y un día, quizá en su último poema, / Conversó conmigo por aquellos versos sobre los hombres de transición, / Seguramente sin saber que tales versos a su vez / Eran resultado y parte de una conversación inconclusa que tuve con el Che...*».

Así, su obra poética propiamente dicha exhibe una lírica racional y reflexiva, para nada desprovista de afectividad, aunque insistentemente conceptual, dedicada en cada caso al desarrollo de una idea. Creo que Fernández Retamar, a la manera brechtiana, se propone no confundir al lector entre el campo de la identificación y la alucinación y el de la realidad objetiva, y que en su poesía plantea implícitamente ese distanciamiento que quería el gran alemán (como también lo quería, años antes, nuestro Macedonio Fernández), ese «extrañamiento», para que, con la distancia de la escena, el lector pueda también pensar, alejado de la fascinación, en el mundo objetivo y en cómo modificarlo.

Su obra es en los comienzos *Elegía como un himno* (1950), dedicada a Rubén Martínez Villena (poeta y militante comunista, cuyo más notable libro es *La pupila insomne*, quien participó en el derrocamiento del dictador Gerardo Machado y murió tuberculoso en 1934), y *Patrias* (1949-1951). También en los comienzos (*Alabanzas, Conversaciones*, 1951-1955), una poesía descriptiva, cuyos sujetos son la urbe, el barrio, sus tipos humanos, con un costado obrero y popular en el que se inscribe, ya desde el primer poema, desde el título «Palabra de mi pueblo». Una poesía que evidentemente es heredera de la remoción de las vanguardias ante la modernidad, y de la inclusión, en el mundo y el lenguaje poéticos, de sus objetos, de sus ámbitos, de sus trabajadores, sus medios de transporte, su tecnología recién incorporada. Y de sus problemas tan contemporáneos.

En *Aquellas poesías* (1955-1958), la voz poética se afirma, se hace más punzante e irónica, con poemas de simulados tono e intención clásicos, excelentemente transcritos («Epidaurós», por

ejemplo), aunque todavía busca el mito poético que solo encontrará años después, cuando se encarne, al modo de los surrealistas, con las grandes transformaciones políticas, económicas, sociales, culturales, que se producirán en su país. Es lo que comenzará a plasmarse en *Sí a la Revolución* (1958-1962). Que empieza, justamente, con el mencionado poema, «El otro», al que siguen más textos de encarnación en el sueño colectivo, como muestra ese verso en el que el amor se funde en los trabajos que emprende la comunidad: «Con las mismas manos de acariciarte estoy construyendo una escuela». Es, también, el momento de la reconstrucción heroica: «El amanecer de los mejores domingos nos ve marchar / Cantando hacia las siembras, hacia las piedras que van a hacerse escuelas» («A quien pueda interesar»). Y que se corona con el «Epitafio de un invasor»: «Tu bisabuelo cabalgó por Texas, / Violó mexicanas trigueñas y robó caballos...» y «Hoy sirve(s) de abono a las ceibas».

En *Cortesía, como Reyes* (1953-1965) aparece la idea, o se expresa concientemente, de la vinculación estrecha entre la voz poética y la realidad: «Cada día creo más en la poesía de circunstancia». Es un libro dedicado a amigos y poetas, que se inicia con una afectuosa despedida a nuestro honesto y desgarrado intelectual Ezequiel Martínez Estrada y a su mujer, Agustina Morricóni. En *Buena suerte viviendo* (1962-1965), leemos, entre otros, «Un hombre y una mujer», un poema «In memoriam Ezequiel Martínez Estrada» y «Usted tenía razón, Tallet...». En *Que veremos arder* (1966-1969) es donde empieza a darse, me parece, la más feliz conjunción entre todo lo que venía creciendo en su poética: la mirada hacia el otro, el compromiso con las transformaciones y los horizontes de la sociedad, el afecto y el

amor colectivos, la subsunción del sentimiento individual del amor en el social o la correspondencia y los vasos comunicantes entre ambos, a los que aspiraron tantos poetas contemporáneos, pero pocos lo lograron, como Paul Éluard, como Nazim Hikmet, como Juan Gelman, como el propio Fernández Retamar, con acierto, con ironía, con fineza, como se ve en «Idiomas, velámenes, espumas» o en «Madrigal»: «*Había la pequeña burguesía, / La burguesía compradora, / Los latifundistas, / El proletariado, / El campesinado, / Otras clases, / Y tú, / Toda temblor, toda ilusión*». *Cuaderno paralelo* es de 1970. Y *Circunstancia de poesía* reúne textos de 1971 a 1974, con esa vuelta de la frase que en tiempos europeos quería ser comprometida. En *Juana y otros poemas personales*, de 1975-1979, hay uno dedicado a Francisco (Paco) Urendo, que se titula «Paco» y que entre otras cosas dice, dolorosa y ciertamente: «*Ahora tu verdadera historia es el porvenir*», y también está el poema ya célebre «¿Y Fernández?», hermosos, dolidos y comprensivos versos sobre su padre. En *Hacia la nueva*, de 1980-1989, destaco, por afinidad, por gusto, «A mi amada» (el poema para su hija, hoy: Laidi Fernández de Juan, que parte como médica solidaria a Zambia). *Aquí*, de 1990-1999, contiene el poema excelente que da título al libro, en el que habla sobre Bertolt Brecht, a quien vinculo con el autor. Y figura también «Otro poema conjetural», que no podría haber escrito nadie que no conociera profundamente, como él, a Jorge Luis Borges, su escritura y los múltiples significados.

Se trata, pues, de una obra poética construida alrededor de ideas muy claras, muy forjadas, muy concientes, que se tienen sobre el mundo, la sociedad, el papel del individuo en la historia,

la función del arte y de la literatura en una sociedad socialista, la poesía y la propia poética. Es una poesía, además, que se siente formando parte de su obra total. Diría, no un acto aparte sino el comportamiento diferente de una vasta y versátil escritura.

Por lo mucho que conocía y sabía Roberto Fernández Retamar de nuestro país, de nuestra gente y de nuestra idiosincrasia, de nuestra manera de ser y de pensar, de nuestros estilos; no solo por los amigos que tuvo y que aquí tiene; no solo porque era uno de los latinoamericanos que más y mejor conocían nuestra literatura desde dentro, sino, esencialmente, por lo mucho que nos quería, dan testimonio numerosos tex-

tos dedicados a don Ezequiel Martínez Estrada, Julio Cortázar, Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Francisco (Paco) Urondo, Juan Gelman y tantos más, el libro *Fervor de la Argentina: Antología personal* (Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1993), con notas, cartas y poemas dedicados a los nombrados y también a Jorge Luis Borges, María Rosa Oliver, H. Murena, César Fernández Moreno y otros. Por todo eso creo que el lector argentino no puede desconocer la obra de Roberto Fernández Retamar. No solo porque era auténticamente latinoamericano, primordial y enraizadamente cubano, y fraternal y afectuosamente argentino, sino también porque es un poeta mayor de nuestra América.

JULIO CÉSAR GUANCHE

Hay pensadores que son una época, y es preciso estudiarlos como historia de las ideas, pero los pensadores clásicos rearmen su vigencia más allá de su hora. Roberto Fernández Retamar es un clásico del pensamiento latinoamericano y por ello es capaz de soportar críticas, resistir elogios, sugerir nuevos

caminos y sostener el peso de una tradición, que, como todas, debe ser actualizada en diálogo con las ideas producidas en cualquier latitud, desde la autenticidad descolonizada y la autonomía revolucionaria del pensamiento crítico.

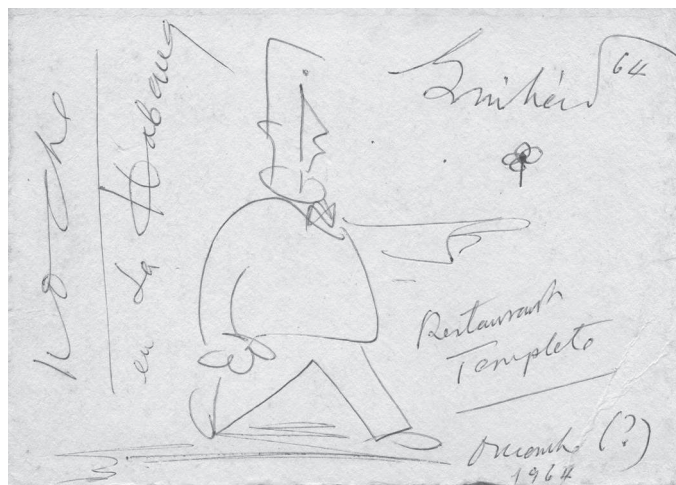
Que la tierra le sea leve, querido y admirado Maestro.

SERGIO GUTIÉRREZ NEGRÓN

Cuando me dijeron que nos juntaríamos con Roberto Fernández Retamar en septiembre de 2017, entre un huracán Irma que destruyó La Habana en la que nos encontrábamos y un huracán María que destruyó el Puerto Rico en el que no estábamos, yo pensé que hablaban de otra persona, algún hijo o sobrino. Juraba que Fernández Retamar había muerto muchos años antes. Se lo dije a alguien y se rió pensando que era un chiste. La verdad que no. Lo pensaba bien muerto, como por alguna razón suelo pensar a la gente que leí en la universidad y que hicieron mella. Leí el «Caliban», sin mucho contexto, en la Iupi y fue ahí que me tropecé por primera vez con el llamado de repensar la historia desde otro personaje, desde otra posición. Creo que fue el primer texto que me hizo pensar, de cierta manera, el Caribe. No leería *La tempestad* aún, ni la de Shakespeare ni la de Césaire, pero sí vería alguna película del sesenta y me aprendería las famosas líneas de la lengua y la plaga roja.

De ahí en adelante seguiría encontrándome con el Caliban y sus revisiones cada tres o cuatro años, siempre en un contexto diferente, siempre con una lectura distinta, siempre pensando a su autor muerto. Excepto el año pasado cuando, después de finalmente conocerlo («Alguien llame a Silvio para que dé un concierto», «No, Retamar. Silvio no está en el país ahora mismo», «¿Están seguros? Llámelo a ver»), volví a leerlo con algunos estudiantes. Fue una sensación extrañísima. Uno lleva tantos años invertido en la muerte del autor y de repente te das cuenta de que el libro tiene pulso y que respira, y qué cosa rara la vida. El asunto es que desde que me enteré anoche que Fernández Retamar ahora sí está muerto, no he dejado de escuchar el latido de su libro en mi librero, haciendo vibrar el estante.

(*By the way*, siempre he pensado que un apellido como «Retamar» solo se puede dar en la vida; en la ficción siempre sonaría como *too much*).



EDUARDO HERAS LEÓN

Laidi querida:

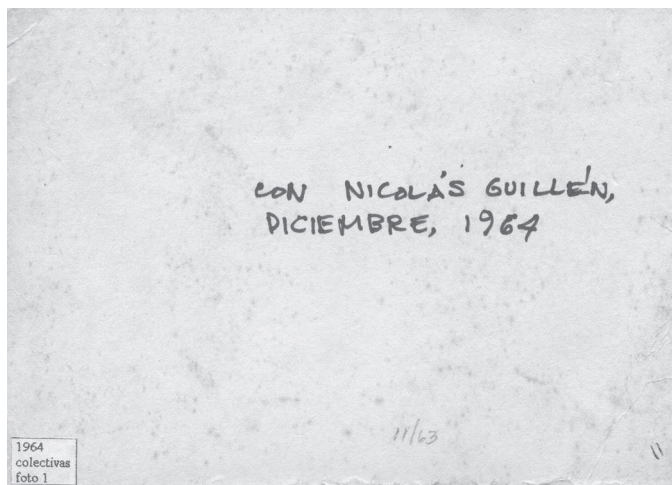
Pudiera intentar escribirte ahora, desde la lejana Canadá, un largo mensaje, donde compartiera contigo el dolor de la pérdida que me ha estrujado el corazón, que me hiciera partícipe de tu dolor que no puede compararse con ninguno, porque es tan devastador que es capaz de dejar sin vida la imagen de una criatura tan extraordinaria como Roberto. Pero hoy me siento incapaz, porque todavía no puedo o no quiero admitir que ya no lo tenemos, que lo hemos perdido para siempre. Ya sé que queda su obra y ese es el único consuelo que nos conforta, aunque preferiría verlo sonriendo como siempre, impartiendo una clase, o recitando con su voz grave y emocionada el poema «¿Y Fernández?».

Volveré a escribirte, mi entrañable Laidi, y entonces podré hablarte de nuestros encuentros desde la primera vez que lo vi, recitando sus poemas, presentado por Lezama; de sus palabras más que elogiosas de mi trabajo como editor el día que

recibí el Premio Nacional de Edición, o del honor que me hizo al pedirme que le presentara una antología de su obra poética en la Feria de Guadalajara, hasta los últimos mensajes que le envié y que tú conoces, donde le explicaba, parafraseando a Martí, que no siempre a seres humanos como él podríamos ofrecerle solo la ingratitud probable de los hombres, porque en su caso esa ingratitud se volvía homenaje de gratitud a su vida y a su obra, y en el último, pidiéndole prestada la frase a don Alfonso Reyes a propósito de Martí, lo calificaba de «supremo varón literario».

Entonces, mitigado el dolor de esta pérdida, estoy seguro de que podremos recordar cómo fue, cómo nunca se irá de nuestras conversaciones, que siempre su sabiduría intelectual enriquecía, y podremos darnos perfecta cuenta de cómo al referirnos a él la palabra Maestro nunca fue tan merecidamente empleada.

Un abrazo, querida Laidi, nunca vamos a olvidarlo. Él lo sabe.



SYLVIA IPARRAGUIRRE

Con gran consternación y tristeza recibo la noticia de la muerte de nuestro querido y admirado Roberto Fernández Retamar, un nombre y una presencia que nos ha acompañado a lo largo de décadas con su palabra, su pensamiento, su coherencia ideológica, su obra como poeta, ensayista y editor. Nada más justo, más

exacto, para mencionar su partida, que sus propias palabras sobre Haydee Santamaría: «Pero desde ahora somos más pobres».

Con un enorme abrazo a su familia, a la gente querida de la Casa de las Américas, que continuará su tarea, y a todos los amigos cubanos.

ANDREA JEFTANOVIC

Imagino que llegan y llegan mensajes por la muerte de Roberto Fernández Retamar, el capitán de esa poderosa nave que es la Casa de las Américas. Así lo recuerdo a él cuando nos acompañó en la embarcación que dio la vuelta

por la Bahía de Cienfuegos cuando tuve el lujo de asistir como jurado del certamen literario de vuestra Casa.

Un hombre así no muere y dejó mapa de navegación para que nadie pierda el timón.

Roberto Fernández Retamar

SIEMPRE POR PRIMERA VEZ

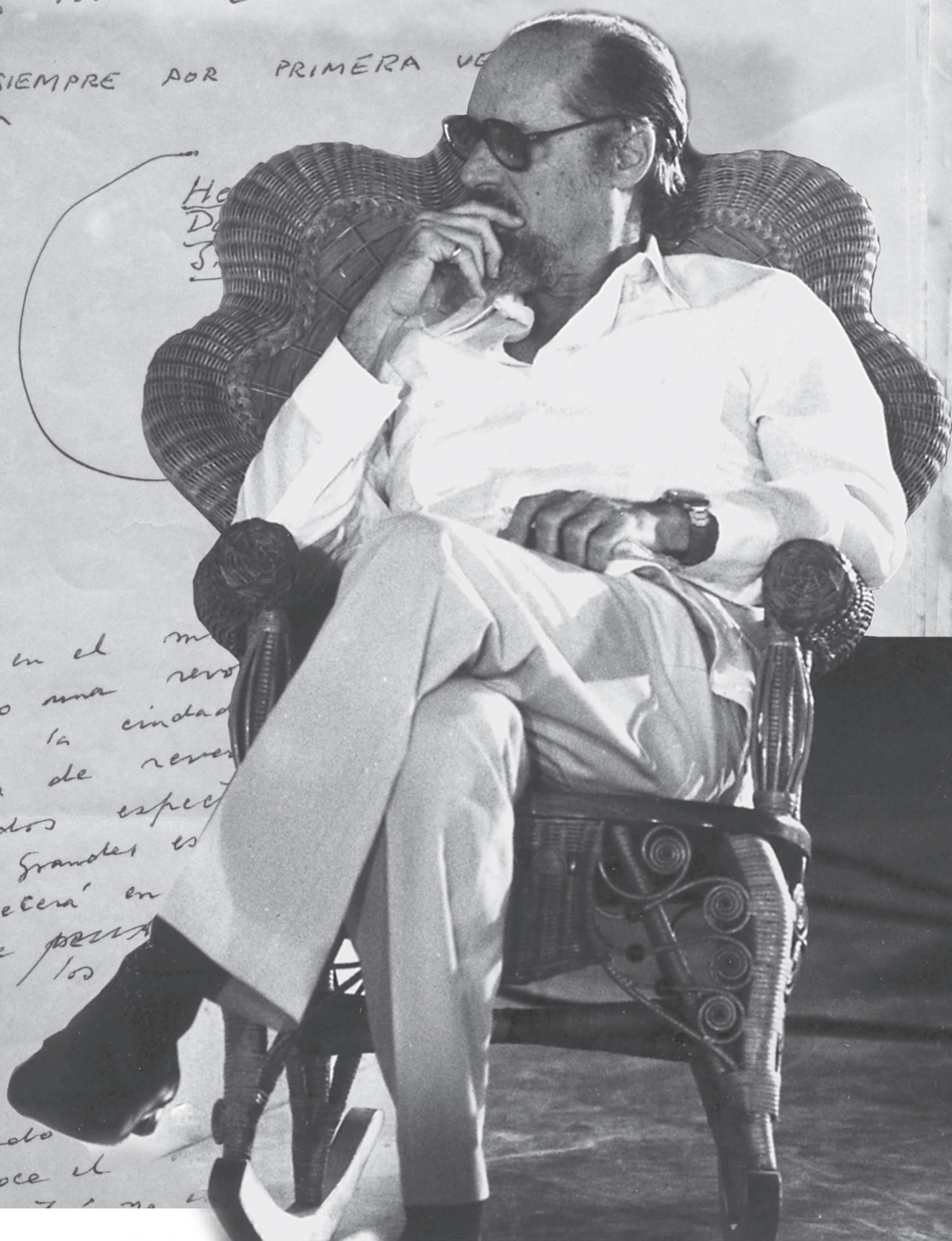
He
Do
S

I

Todo en el m
Cuando una revo
Hasta la ciudad
Hecha de reves
Rajados espec
Y de grandes es
Florecera en
Donde para
los

Todo

10 Cuando
Conoce el



Juana*

«porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego».

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

*N*ada ha borrado el agua, Juana, de lo que fue dictando el fuego.
Han pasado los años y los siglos, y por aquí están todavía tus ojos
Ávidos, rigurosos y dulces como un puñado de estrellas,
Contemplando la danza que hace el trompo en la harina,
Y sobre todo la tristeza que humea en el corazón del hombre
Cuya inteligencia es un bosque incendiado.
Lo que querías saber, todavía queremos saberlo,
Y ponemos el ramo de nuestro estupor
Ante la pirámide solar y lunar de tu alma
Como un homenaje a la niña que podía dialogar con los ancianos de ayer
/ y de mañana
Y cuyo trino de plata alza aún su espiral
Entre besos escritos y oscuridades cegadoras.

*En tu tierra sin mar, ¿qué podría el agua
Contra tu devorante alfabeto de llamas?
De noche, hasta mi cama de sueños, va a escribir en mi pecho,
Y sus letras, donde vienes desnuda, rehacen tu nombre sin cesar.*

*Nada ha borrado el agua, Juana: el fuego
Quema aún como entonces –hace años, hace siglos. ■*

Aquiles*

*O*cupabas casi el mismo espacio y varios gestos de Víctor Manuel.
Bastaba oírte, verte reír una vez para comprender que necesitabas
/ hacerlo así,
Porque tenías esa irredimible tristeza del niño al que un auto reluciente le
/ ha aplastado ante los ojos su pequeño gato,
Y los años siguen pasando, pero los huesecitos no se levantan del corazón
Que conoció aquella mañana la espantosa injusticia del mundo.

Aquiles podría parecer un nombre demasiado marcial o demasiado rígido
/ para ti,
Pero eso solo lo creería quien no recordara (o no hubiera sabido nunca)
/ cómo el griego feroz lloraba inconsolable por el amor y la
/ amistad perdidos.
A mí me era más fácil comprender qué bien se avenían tu nombre y tú,
Porque una vez regalé a mi novia un caballito de unas cuantas pulgadas,
/ negro, lustroso, y con la crin erguida, blanca,
Un caballito gallardo como un personaje de Corazón,
Que se llamaba, naturalmente, Aquiles.

Te recuerdo en la noche de la Isla de Pinos, junto al mar,
Hablándome de tu María, con quien una tarde (que ya no existe) íbamos a
/ estar juntos,
Y evocándome los veleros como grandes gaviotas que hace un siglo
/ llevaban el helado a Venezuela, saltando de isla en isla,
Mientras Cecilio Acosta, rodeado de infolios, anunciaba su inminente
/ llegada con una larga pluma gris de ave;
O atravesando al mediodía, camino de la casa de Soto, el laberinto de tu
/ Caracas de violentas plantas sepultadas,
Probablemente en el mismo auto donde unos meses después te iba a
/ buscar la muerte,

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 100, enero-febrero de 1977, p. 173.

*Que ya estaba en el asiento de atrás, alerta, y era ese silencio que no
/ oímos en la conversación,
Ese relámpago que no llegamos a ver en el cristal.*

*Adiós, amigo de las cosas verdaderas, antiguas y realmente nuevas,
Como las flores, las revoluciones, los humildes, los héroes, la belleza, las
/ lágrimas;
Adiós, felicidad de los niños, biógrafo de las muñecas de trapo, hermano
/ que nos hacías reír y llorar:
Por ti queremos más a Venezuela, a nuestras tierras,
A Martí, que comprendiste, a Cuba, que defendiste como un hijo amoroso,
/ a nosotros mismos
Donde sigues estando cuando suspiramos y atardece
Y llega con las nubes un pueblo de jardines rapidísimos
Por los que cruzas montado en la bicicleta de humo de tu padre, esa
/ soberana cabalgadura en la que vas
Como el jinete victorioso, azul e inmortal de los cuentos. **C***



Con Julio Cortázar, 1980

¿Y Fernández?*

A los otros Karamazov

Ahora entra aquí él, para mi propia sorpresa.
Yo fui su hijo preferido, y estoy seguro de que mis hermanos,
Que saben que fue así, no tomarán a mal que yo lo afirme.
De todas maneras, su preferencia fue por lo menos equitativa.
A Manolo, de niño, le dijo señalándome a mí
(Me parece ver la mesa de mármol del café Los Castellanos
Donde estábamos sentados, y las sillas de madera oscura,
Y el bar al fondo, con el gran espejo, y el botellerío
Como ahora solo encuentro de tiempo en tiempo en películas viejas):
«Tu hermano saca las mejores notas, pero el más inteligente eres tú».
Después, tiempo después, le dijo, siempre señalándome a mí:
«Tu hermano escribe las poesías, pero tú eres el poeta».
En ambos casos tenía razón, desde luego,
Pero qué manera tan rara de preferir:

No lo mató el hígado (había bebido tanto: pero fue su hermano Pedro
/ quien enfermó del hígado),
Sino el pulmón, donde el cáncer le creció dicen que por haber fumado
/ sin reposo.
Y la verdad es que apenas puedo recordarlo sin un cigarro en los dedos
/ que se le volvieron amarillentos,
Los largos dedos en la mano que ahora es la mano mía.
Incluso en el hospital, moribundo, rogaba que le encendieran un cigarro.
Solo un momento. Solo por un momento.
Y se lo encendíamos. Ya daba igual.

Su principal amante tenía nombre de heroína shakesperiana,
Aquel nombre que no se podía pronunciar en mi casa.

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 115, julio-agosto de 1979, pp. 93-96.

*Pero ahí terminaba (según creo) el parentesco con el Bardo.
 En cualquier caso, su verdadera mujer (no su esposa, ni desde luego
 / su señora)
 Fue mi madre. Cuando ella salió de la anestesia,
 Después de la operación de la que moriría,
 No era él, sino yo quien estaba a su lado.
 Pero ella, apenas abrió los ojos, preguntó con la lengua pastosa:
 / «¿Y Fernández?»
 Ya no recuerdo qué le dije. Fui al teléfono más próximo y lo llamé.
 Él, que había tenido valor para todo, no lo tuvo para separarse de ella
 Ni para esperar a que se terminara aquella operación.
 Estaba en la casa, solo, seguramente dando esos largos paseos de una punta
 / a otra
 Que yo me conozco bien, porque yo los doy; seguramente
 Buscando con mano temblorosa algo de beber, registrando
 A ver si daba con la pequeña pistola de cachas de nácar que mamá le
 / escondió, y de todas maneras
 Nunca la hubiera usado para eso.
 Le dije que mamá había salido bien, que había preguntado por él, que viniera.
 Llegó azorado, rápido y despacio. Todavía era mi padre, pero al mismo tiempo
 Ya se había ido convirtiendo en mi hijo.*

*Mamá murió poco después, la valiente heroína.
 Y él comenzó a morir como el personaje shakesperiano que sí fue.
 Como un raro, un viejo, un conmovedor Romeo de provincia
 (Pero también Romeo fue un provinciano).
 Para aquel trueno, toda la vida perdió sentido. Su novia
 De la casa de huéspedes ya no existía, aquella trigueñita
 A la que asustaba caminando por el alero cuando el ciclón del 26;
 La muchacha con la que pasó la luna de miel en un hotelito de Belascoáin,
 Y ella tembló y lo besó y le dio hijos
 Sin perder el pudor del primer día;
 Con la que se les murió el mayor de ellos, «el niño» para siempre,
 Cuando la huelga de médicos del 34;
 La que estudió con él las oposiciones, y cuyo cabello negrísimo se cubrió
 / de canas,
 Pero no el corazón, que se encendía contra las injusticias,
 Contra Machado, contra Batista; la que saludó la Revolución*

*Con ojos encendidos y puros, y bajó a la tierra
Envuelta en la bandera cubana de su escuelita del Cerro, la escuelita
/ pública de hembras
Pareja a la de varones en la que su hermano Alfonso era condiscípulo
/ de Rubén Martínez Villena;
La que no fumaba ni bebía ni era glamorosa ni parecía una estrella de cine,
Porque era una estrella de verdad;
La que, mientras lavaba en el lavadero de piedra,
Hacía una enorme espuma, y poemas y canciones que improvisaba
Llenando a sus hijos de una rara mezcla de admiración y de orgullo, y
/ también de vergüenza,
Porque las demás mamás que ellos conocían no eran así
(Ellos ignoraban aún que toda madre es como ninguna, que toda madre,
Según dijo Martí, debiera llamarse maravilla).
Y aquel trueno empezó a apagarse como una vela.
Se quedaba sentado en la sala de la casa que se había vuelto enorme.
Las jaulas de pájaros estaban vacías. Las matas del patio se fueron secando.
Los periódicos y las revistas se amontonaban. Los libros se quedaban sin leer.
A veces hablaba con nosotros, sus hijos,
Y nos contaba algo de sus modestas aventuras,
Como si no fuéramos sus hijos, sino esos amigos suyos
Que ya no existían, y con quienes se reunía a beber, a conspirar, a recitar,
En cafés y bares que ya no existían tampoco.*

*En vísperas de su muerte, leí al fin El Conde de Montecristo, junto al mar;
Y pensaba que lo leía con los ojos de él,
En el comedor del sombrío colegio de curas
Donde consumió su infancia de huérfano, sin más alegría
Que leer libros como ese, que tanto me comentó.
Así quiso ser él fuera del cautiverio: justiciero (más que vengativo) y gallardo.
Con algunas riquezas (que no tuvo, porque fue honrado como un rayo de sol,
E incluso se hizo famoso porque renunció una vez a un cargo cuando
/ supo que había que robar en él).
Con algunos amores (que sí tuvo, afortunadamente, aunque no siempre
/ le resultaran bien al fin).
Rebelde, pintoresco y retórico como el conde, o quizá mejor
Como un mosquetero. No sé. Vivió la literatura, como vivió las ideas,
/ las palabras,*

*Con una autenticidad que sobrecoge.
Y fue valiente, muy valiente, frente a policías y ladrones,
Frente a hipócritas y falsarios y asesinos.
Casi en las últimas horas, me pidió que le secase el sudor de la cara.
Tomé la toalla y lo hice, pero entonces vi
Que le estaba secando las lágrimas. Él no me dijo nada.
Tenía un dolor insoportable y se estaba muriendo. Pero el conde
Solo me pidió, gallardo mosquetero de ochenta o noventa libras,
Que por favor le secase el sudor de la cara. ©*



Con Adelaida, 1979

Ahora, en Managua*

*E*n el Museo del Segundo Frente, entre las montañas orientales,
Hay un sombrero de alas grandes como el de Sandino, que usó Guiteras,
/ imantado
Más que por la leyenda, por la verdad
De aquel pequeño gigante (como él) de otras montañas.
A Sandino lo asesinaron el 34.
A Guiteras, al año siguiente.
De Guiteras oí hablar con frecuencia cuando niño:
Vi en casa su retrato, con el rostro ceñudo.
Pero tardé algo antes de oír hablar de Sandino.
Primero que por él, supe de su patria
Por el poeta cuyos versos, que a mis quince años
Me parecían una audaz trizadura de palabras,
Leía en Santa Fe, junto al mar: en esa playa de pobres
Entró en mi alma lo que él llamaba su Nicaragua natal,
Sus volcanes, el Momotombo, entre
Princesas y palacios livianos como las nubes sobre el mar,
Las páginas miniadas de azul, y en ellas
El inolvidable soneto a Venus, que para mí ascendía en el aire oscuro
Como seguramente la vio el poeta una noche de verano similar a aquella,
/ a aquellas.

Después fue Sandino,
Fue el descubrimiento de otra hermosura, diferente y sin embargo
Tan la misma, tan la otra parte
De un rostro, de una verdad.
Ya podía leer entendiéndolo sobre el buey que el poeta vio en su niñez
/ echando vaho,
Y por supuesto sus bellísimos versos irritados
Donde el pobre echó a los cisnes a pelear la pelea

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 117, noviembre-diciembre de 1979, pp, 155-156.

*Que solo podían vencer los hombres puros en las montañas,
Los muchachos y las muchachas de ternura y violencia en las ciudades.*

*Ahora, en Managua, los he visto, las he visto.
Son veinte años atrás, son cincuenta años atrás,
Son un siglo adelante.
Muchachas y muchachos vestidos de verde olivo, con el pañuelo rojinegro,
Recorren las calles, custodian los edificios,
Suben y bajan en los ascensores, riendo,
Con armas que en sus manos son espigas, o flores.
Inventan en los batallones consignas
Que llenan el pecho de gratitud, los ojos de lágrimas.
Precisamente en este país esas palabras: el cariño para ese nombre
De la tierra que más amo. Al fondo
Los árboles, el lago, las montañas, la tarde azul
Donde pronto va a levantarse, temblando, la primera estrella de la noche,
La de aquel soneto leído junto al mar,
Que ahora ascenderá sobre una Nicaragua libre como la luz.*

Managua, 18 de agosto de 1979 



Con Ernesto Cardenal

Nosotros, los sobrevivientes

*Que antes fue el título de una buena novela tuya,
Y antes aún un verso mío que tú generosamente
/ propagaste,
Ahora es de nuevo una desgarrada perplejidad
Ante tu última broma, tu desaparición
Que nos priva del elfo de pelo rojo de nuestras letras,
Del Cabeza de Zanahoria real, no el de Jules Renard
(¡Cómo te gustaban las citas verdaderas, y todavía más
las apócrifas,
Quizá anticipando sin saberlo este momento
En que no estamos seguros de si tu muerte es verdadera
/ o apócrifa!).*

*Se te veía caminar ligero, ocultando una cerbatana traviesa
Cuyos dardos no nos dejaban dormir ni despertar en paz.
Ya nos habías matado varias veces,
Y cada uno de nosotros conserva, con risa o perdonada
molestia,
El epitafio que nos tenías destinado.
El mío siempre me dio alegría, y no resisto la tentación
de evocarlo:
«Caminante: aquí yace Roberto
(Por supuesto, Fernández Retamar),
Caminante: ¿por qué temes pasar?
¡Te juro por mi madre que está muerto!».*

*Esperaba que ese epitafio, escrito en el fondo de una caja
de tabacos, lo echaran
En la bahía de La Habana, con mis cenizas dentro.
Pero el caso es que tú no asistirás a esa grotesca ceremonia,
La cual seguramente te hubiera provocado alguna nueva
/ cuchufleta.*

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 152, septiembre-octubre de 1985, pp. 115-116

*Te dije, cuando tu muerte parecía inconcebible, aunque
estabas enfermo,
Que un día comprendí, pensando en tus primeros y ya felices
/ poemas
(Algunos de los cuales tuve la dicha de publicar en Casa).
En escuelas militares y cortes de caña compartidos, en
/ discusiones y abrazos y viajes y llamadas,
Cómo formabas parte de mi vida; gnomo, flautista.
Y ahora resulta que en pleno florecimiento (los griegos
/ le llamaban acmé: buena cita, ¿eh?), te vas,
Y nos sorprendes, y nos estropeas la partida, y nos llenas
/ de lágrimas
Después de habernos llenado de carcajadas y esperanzas
/ y cumplimientos.*

*¿Verdad que vas a regresar? ¿No deben servir para eso
las quince mil vidas del caminante?
Solo te pedimos una más, y que la uses hasta el final,
Y pueda volver a decir: «Nogueras, Luis Rogelio»,
/ y en el fondo del aula
Se oiga otra vez una delicada sonrisa, y luego un silencio
/ punzó, y luego: «Presente».*

7 de julio de 1985 



Con Mario Benedetti

A mi amada*

*En el Día de los Enamorados, el domingo, he despedido a mi amada.
Subió al ómnibus de la mano de su compañero,
Que en la otra mano llevaba una guitarra remendada.
Se sentaron sonrientes en el primer asiento: ella ocultaba su tristeza con
/ un giro de sus bellos ojos,
Y él estaba ya proyectando aventuras, cacerías, veladas con música.
Los rodeaban nuevos amigos que aún ignoraban que lo eran:
Iban a empezar a conocerse en un largo viaje,
Cambiando de avión en Madrid, en Roma, hasta llegar a su destino,
Su destino de médicos durante dos años.
Fui a buscar una flor, o al menos una hoja de árbol,
Para dársela como hacía cuando ella regresaba cada domingo a su beca.
Pero el ómnibus empezó a ronronear, y tuve que regresar de prisa.
Mi amada había descendido y me esperaba en la calle.
Apenas nos abrazamos. No teníamos tiempo. Quizá tampoco teníamos
/ fuerza.
Regresó a su asiento. Movimos nuestras manos en el aire del mediodía.
Sé que lleva en su maletín dos dólares y unos centavos y una novela
/ alucinada.
Confío en que le duren los tres días del viaje.
Luego empezará su otra vida, su otra novela, de médica en África,
De médica en Zambia, adonde mi hija ha marchado,
En el Día de los Enamorados, de la mano de su gallardo compañero de
/ barba roja.

—Sé útil. Sé feliz. Este triste está orgulloso de ti.
Te espero siempre, amada.*

La Habana, febrero de 1988 

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 171, noviembre-diciembre de 1988, pp. 64-65

Caliban en esta hora de nuestra América*

* Este trabajo fue leído en Mérida, México, el 8 de julio de 1991, como conferencia inaugural del III Encuentro de Investigadores del Caribe organizado por la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán; y el 6 de septiembre de ese mismo año en la Cátedra de la América Latina y el Caribe de la Universidad de La Habana. En ambos casos, al invitarme, los respectivos organizadores me sugirieron el título aproximado, y, en consecuencia, el contenido de la conferencia. A eso alude la mención en las primeras líneas del «pie forzado». El texto se publicó por primera vez en *Casa de las Américas*, No. 185, octubre-diciembre de 1991. [N. de R.F.R.].

Me complace comenzar agradeciendo la honrosa invitación con «pie forzado», como dicen nuestros poetas repentistas, que al señalarme el tema me ha obligado a regresar al ensayo aludido en el título y a tratar de complementarlo de alguna manera.¹ En este 1991 tal ensayo cumple veinte años de haber visto la luz simultáneamente en Cuba y en México; después se iría a recorrer otros países y otras lenguas. No me da alegría por él ni por mí, sino porque de esa manera prestan algún servicio páginas que no tienen más valor, si

¹ Me atengo a lo que el título anuncia y el espacio permite. En otras ocasiones he vuelto ya sobre el ensayo. Además de los que se recogen en este libro, para el Simposio Internacional *Caliban. Por una redefinición de la imagen de América Latina en vísperas del 1992* (Universidad de Sassari, 15-17 de noviembre de 1990), escribí «Casi veinte años después», que con los otros materiales del Simposio apareció en la revista *Nuevo Texto Crítico* (No. 9-10, de 1992). En la presente conferencia me valgo de algunos aspectos de este último trabajo, así como de la ponencia «Rubén Darío en las modernidades de nuestra América», presentada en el congreso *Rubén Darío: la tradición y el proceso de modernización* (Universidad de Illinois, 5-7 de mayo de 1988), cuya versión original se publicó en *Recreaciones. Ensayos sobre la obra de Rubén Darío* [...], pról. y edic. de Ivan A. Schulman [...], Hannover, Estados Unidos, 1992.

alguno, que el de haber invitado a contemplar aspectos de nuestra América con los ojos que nos dio el hombre mayor nacido en este Hemisferio, el caribeño José Martí, cuya irradiación mundial no ha hecho más que comenzar. De Martí son las ideas cardinales de aquel trabajo, y también quiso serlo lo que podría llamarse la estrategia de esas ideas.

A propósito del ensayo de Martí «Nuestra América», cuyo centenario estamos celebrando, uno de los mejores estudiosos de aquel y poeta en todo lo que hace, Cintio Vitier, señaló con su luz habitual la naturaleza y la función de las imágenes martianas en ese texto, lo que en general es válido para el resto de su obra. Tales imágenes no son nunca en él ornamentos ni volutas: es cierto que tienen una innegable raíz poética, pero *por eso mismo* en ellas está «líquida y difusa», para usar palabras unamunianas,² la captación profunda de la realidad, el *pensamiento*, término con el que quiero rendir homenaje a José Gaos,³ de Martí.

¿Y qué es *Caliban* sino una imagen, una imagen que forjó el deslumbrante poeta Shakespeare, y otro poeta, a mucha distancia (espacial,

temporal y de la otra), presentó de manera distinta, pero rindiéndole homenaje al Bardo que volvió a soñar el mundo? Si esa segunda imagen ha logrado hacer ver algunas cosas (el vocablo *idea* es en su origen, como se sabe bien, contemplación o visión), es porque tal es el destino de toda imagen, con independencia de cualquier pretensión didáctica. Un compatriota y amigo de José Lezama Lima, a quien se debe uno de los más encarnizados acercamientos a la *imago*, creo que no necesita insistir mucho en este punto.

Con la perspectiva abierta por la Revolución que tiene lugar en mi país desde 1959, y asumiendo e intentando desarrollar, como ya he dicho, el ideario del orientador constante de esa revolución, José Martí, empecé a escribir *Caliban* en un momento difícil para Cuba, y por tanto para mí, al terminar de vivir mis cuarenta años, y, tras algunos días y noches febriles, le di término con cuarenta y uno. Si el tiempo transcurrido desde entonces, en lo estrechamente personal, me ha llevado a ser un sexagenario, ello carece de importancia. Lo importante es cómo ha cambiado el mundo desde 1971, y qué es menester añadir hoy para la más útil lectura de ese texto y de otros que son su compañía.

En 1971 estaba aún fresca la acogida internacional recibida por la narrativa latinoamericana, en representación de una cultura viviente. En aquella ocasión propuse ir señalando algunas de las fechas que jalonaban el advenimiento de esa cultura: la última de esas fechas era 1970, con el inicio del gobierno en Chile del socialista Salvador Allende. Si ahora retomamos, para ponerla al día, esa enumeración, el resultado en general no puede sino ser, por decir lo menos, preocupante. Su continuación se abre, precisamente, con el derrocamiento del gobierno de la Unidad

2 «Nuestra filosofía, la filosofía española [y *mutatis mutandis* la de nuestra América], está *líquida y difusa* en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra mística, sobre todo, y no en sistemas filosóficos». Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, 10ma.ed., Buenos Aires, 1952, p. 244. Énfasis de R.F.R.

3 De los varios e importantes trabajos de Gaos sobre nuestro «pensamiento» quiero nombrar en especial su memorable *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea*, México, 1945. Por cierto que, aunque discípulo de Ortega y Gasset, en su concepción del «pensamiento» quizá Gaos esté más cerca de Unamuno que de Ortega.

Popular en Chile y la muerte heroica del presidente Allende, en 1973. Y si bien en 1979 llegan al poder regímenes revolucionarios en Granada y Nicaragua, cuatro años después, decapitado el primero de esos regímenes con el asesinato de Maurice Bishop, los Estados Unidos invaden la minúscula Granada, obteniendo una victoria vergonzosa y reabriendo el capítulo nunca cerrado del todo de su política de las cañoneras y del Gran Garrote. Nicaragua, por su parte, sufriría una guerra sucia impuesta, con total desprecio de las leyes internacionales, por el gobierno de los Estados Unidos, el cual además decretó un embargo contra la nación centroamericana. Las decenas de millares de nicaragüenses muertos en dicha guerra y la gravísima situación económica provocada por el estrangulamiento del país harían que el Frente Sandinista de Liberación Nacional perdiera las elecciones en febrero de 1990, aunque lograra recibir el cuarenta por ciento de los votos, lo que lo hace la principal fuerza política del país. Desde mediados de los años setenta, Cuba dio pasos concretos para institucionalizar su Revolución, incluyendo un plebiscito en el cual el pueblo aprobó por inmensa mayoría la nueva constitución, de carácter socialista; y en 1986 inició un proceso aún en marcha de rectificación de errores, siempre buscando formas y soluciones propias que garantizaran la genuinidad de un acontecimiento histórico de repercusión y horizonte mundiales pero nacido de las entrañas del país y de nuestra América. En diciembre de 1989 los Estados Unidos invadieron de nuevo otra república latinoamericana: esta vez la de Panamá, valiéndose de una excusa falaz. Y aunque en varios países del Continente se conocieron, después de sangrientas dictaduras militares, esperanzadoras

pero frágiles aperturas democráticas (las más recientes de las cuales son la del propio Chile, donde el general Pinochet conserva el supremo mando militar, y la de Haití, donde una enorme mayoría popular llevó al Padre Aristide a encabezar un gobierno que empezó a ser acosado desde antes de la toma del poder), esto ocurre cuando una onerosa e impagable deuda externa abrumba a nuestros pueblos y multiplica la exportación de sus capitales en países ya muy lastimados por un creciente intercambio desigual.

Más allá de nuestras fronteras, la llegada al poder en los Estados Unidos, en 1981, de Reagan y su equipo conservador implicó una política altamente agresiva para nuestros países, política explicitada en el *Programa de Santa Fe* (y su segunda formulación) y que prosigue, incrementada, hasta nuestros días. En el texto poco entusiasta «La transición cubana», aparecido en la revista mexicana *Nexos* en julio de 1991, su autor, Francis Pisani, afirma:

Algunos dirigentes del Tercer Mundo temen —y el artículo [publicado en abril de este año, con un «amenazador título», por la revista *Time*] demuestra que no les faltan motivos— que el Nuevo Orden Mundial no sea más que el último seudónimo de la vieja *pax americana* cuyos gastos pagan los latinoamericanos desde la doctrina Monroe de 1823 y de la que, hasta este día, [la] Cuba [revolucionaria] es la única excepción [54].

Muy avanzada la década del ochenta, la Unión Soviética desencadenó una serie de transformaciones conocidas como *perestroika*. Por la repercusión de esta, y por otras razones, el llamado campo socialista o «socialismo real»

desapareció en la Europa del Este, embarcándose casi todos los países que lo integraban en un tránsito hacia lo que se ha nombrado simétricamente «el capitalismo real». Han dejado de existir no el socialismo sino versiones deformes de él, y además el mundo bipolar nacido a raíz de la Segunda Guerra Mundial.⁴ Nos encontramos en un mundo unipolar,⁵ donde los Estados Unidos (que ya Martí había considerado «una república imperial», «la Roma americana»)⁶ son más arrogantes y agresivos que nunca, aunque tengan aliados que defienden, y defenderán cada vez más, intereses propios entre los otros países capitalistas desarrollados.⁷ Las consecuencias de ese cuadro para la América Latina y el Caribe disgregados son sin duda alarmantes. La reciente y espantosa guerra de destrucción contra Iraq, desencadenada por el hecho en ver-

dad inaceptable de que el gobierno de ese país se atreviera a invadir Kuwait como el gobierno de los Estados Unidos había invadido Panamá, en este último caso impunemente, muestra con descarnado cinismo cuáles son las actuales reglas del juego en el plano internacional. Por lo pronto, una nueva y enérgica derechización del mundo no puede menos que repercutir en nuestro Continente, lo que se pone de manifiesto en varios terrenos, incluyendo desde luego el político pero también el estrictamente cultural, que con frecuencia se traslapan.⁸

Razones universitarias me llevaron a volver a consultar no hace mucho algunos de los libros que fueron leídos con avidez en la década del sesenta, década que ahora tantos quisieran borrar. Varios títulos me llamaron la atención en particular: así, *El saqueo del Tercer Mundo* (1965), de Pierre Jalée, y *Países ricos, países pobres. La brecha que se ensancha* (1965), de L.J. Zimmerman. El saqueo del Tercer Mundo enunciado entonces ha alcanzado niveles descomunales, y en consecuencia lo mismo ha ocurrido con la brecha que se ensancha. Los países capitalistas desarrollados, que en 1968 propuse llamar «subdesarrollantes»,⁹ son más ricos que nunca, y los países subdesarrollados por aquellos, cada vez más pobres. A esto se corresponde una fanfarrona y mistificadora

4 Ver «Stability and Change in a Bipolar World, 1943-1980», en Paul Kennedy: *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Changes and Military Conflicts from 1500 to 2000*, Nueva York, 1987.

5 En su discurso de 7 de diciembre de 1989 Fidel Castro mencionó el fin del mundo bipolar y la existencia de un mundo unipolar.

6 «En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de una *república imperial* contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder—mero fortín de la *Roma americana* [...]». J.M.: «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América» [1894], en *O. C.*, III, p.142. Énfasis de R.F.R.

7 Sobre este punto es importante conocer el criterio realista y agudo de Martí, quien escribió en uno de sus cuadernos de apuntes, refiriéndose a nuestra América: «mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, están en el equilibrio de potencias extranjeras rivales». J.M.: *O. C.*, XXII. *Fragmentos* [1885-1895], p. 116.

8 Ver Alain Finkielkraut: *La nueva derecha norteamericana. (La Revancha y la Utopía)*, trad. de Joaquín Jordá, Barcelona, 1982; y Varios: *Tiempos conservadores. América Latina en la derechización de Occidente*, Quito, 1987.

9 R.F.R.: «Ensayo de otro mundo», en *Ensayo de otro mundo*, La Habana, 1967; y «Responsabilidad de los intelectuales de los países subdesarrollantes», en *Casa de las Américas*, No. 47, marzo-abril de 1968. Ambos se publicaron también en *Ensayo de otro mundo*, 2a. ed., aumentada, Santiago de Chile, 1969.

ideología antipopular que quizá solo pueda compararse con la que acompañó al ascenso del fascismo en la primera mitad de este siglo. Parte de la izquierda se encuentra perpleja tanto ante los hechos como ante las ideas propagadas al calor de esos hechos. Ello implica para nosotros (pienso ahora particularmente en quienes en la América Latina y el Caribe no nos resignaremos a plegar nuestras banderas) profundizar en nuestras convicciones, reconocer por supuesto errores, pero subrayando que no pocos de esos errores no son nuestros, ahondar en el caudal de nuestro pensamiento genuino, y extraer lecciones de la ardua y convulsa historia que hemos vivido. En ningún orden podemos aceptar ser juzgados con la vara de medir propia de otras experiencias. En el discurso pronunciado al recibir en 1982 el Premio Nobel de Literatura, García Márquez preguntó: «¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambios sociales?». ¹⁰ Hoy más que nunca estamos obligados a permanecer fieles a nosotros mismos, a «nuestras tentativas tan difíciles de cambios sociales».

Caliban se escribió cuando la década del sesenta todavía echaba resplandores y hacía nacer esperanzas que en considerable medida habían sido alimentadas por la emergencia del Tercer Mundo después de la Segunda Guerra Mundial. Sabemos cuándo y cómo surgió la expresión Tercer Mundo. Su creador, el demógrafo francés Alfred Sauvy, me comunicó en La Habana, en 1971, que él la empleó por primera vez en un

artículo que publicara en 1952 en el semanario *France Observateur*. ¹¹ Según me explicó, él estableció allí un paralelo con los estamentos de la Francia del XVIII: el Primer Mundo equivalía para él a la nobleza, y correspondía a los países capitalistas desarrollados; el Segundo Mundo, el alto clero, lo encarnaba la Unión Soviética del aún vivo Stalin (*horresco referens*) acompañada por los otros países del entonces llamado campo socialista europeo; y el Tercer Mundo, el Tercer Estado, ¹² eran los países pobres, que ya se conocían como subdesarrollados, ¹³ muchos de los cuales eran o habían sido hasta hacía relativamente poco colonias, y en conjunto albergaban (siguen albergando) a la inmensa mayoría de los habitantes del planeta: las tres cuartas partes ahora; probablemente las cuatro quintas partes en

10 Gabriel García Márquez: «La soledad de América Latina» [1982], en *La soledad de América Latina. Escritos sobre arte y literatura, 1948-1984*, sel. y pról. de Víctor Rodríguez Núñez, La Habana, 1990, p. 508.

11 Ver «El inventor de “Tercer Mundo”» (sin firma de autor), en *Casa de las Américas*, No. 70, enero-febrero de 1972, p. 188. Sobre el papel desempeñado por la emergencia del Tercer Mundo en el pensamiento rebelde y revolucionario de los sesenta, ver de Fredric Jameson: «Periodizing the 60s», en *The 60s without Apology*, editado por Sohnya Sayries, Anders Stephanson, Stanley Aronowitz y el propio Jameson, Minneapolis, 1984, en particular «1. Third World Beginnings» y «6. In the Sierra Maestra». Este trabajo de F.J. se recoge en su obra *The Ideology of Theory. Essays 1971-1986*, vol. 1: *Situations of Theory*. Vol. 2: *The Syntax of History*, prefacio de Neil Larsen, Minneapolis, 1988. El trabajo en cuestión es el último del primer volumen.

12 Ver Emmanuel Sieyès: *Qu'est-ce que le Tiers Etat?* [1789], prefacio de Jean Tulard, París, 1982.

13 Se cree que entre 1944 y 1945 los técnicos de las emergentes Naciones Unidas forjan la expresión «zona económicamente subdesarrollada» para nombrar lo que se había llamado «zonas coloniales o zonas atrasadas». Ver J.L. Zimmerman: *Países pobres, países ricos. La brecha que se ensancha*, trad. de F. González Aramburo, México, D.F., 1966, p. 1.

el año 2000, es decir, dentro de menos de nueve años. Como sabemos, aquella expresión, que hoy padece de tan mala prensa e inquieta a tantas malas conciencias, hizo rápida fortuna. Después de todo, el Tercer Estado, o parte de él, había sido el beneficiario de la Revolución Francesa. Gobernantes, estudiosos, poetas asumieron con fervor la imagen, la denominación. Llegó a ser de buen tono para las personas más disímiles ocuparse del Tercer Mundo. Pero ese mundo no logró romper el círculo de fuego del subdesarrollo, siguió siendo saqueado por el Primer Mundo, fue sumido aún más en la miseria y el marasmo, y perdió interés a los ojos de muchos, para quienes apenas había sido motivo de devaneo intelectual. No obstante ello, la contradicción entre los países subdesarrollantes y los países subdesarrollados por aquellos no solo ha conservado sino que ha acrecentado su vigencia, y es hoy la contradicción principal de la humanidad.

Desde finales de la década pasada, la cual ha sido considerada «una década perdida» para nuestros países, se prefiere dar a aquella contradicción el nombre de relación Norte-Sur, fórmula que parece que se mantendrá durante cierto tiempo. Abogan en favor de este nuevo nombramiento varios hechos, y señaladamente dos: la corrosión que ha venido sufriendo el sintagma Tercer Mundo, y la evaporación de buena parte del que fue considerado Segundo Mundo: de hecho, salvo en la zona europea de la Unión Soviética, ningún gobierno de Europa se propone ahora, así sea nominalmente, la construcción del socialismo; y en el momento en que escribo estas líneas, el destino de la propia Unión Soviética es bien incierto. Los países como China, Corea, Vietnam y Cuba, en los cuales están vigentes proyectos socialistas, pertenecen

indudablemente al nuevo Sur: el cual, es ocioso decirlo, tiene una connotación socioeconómica antes que geográfica; razón por la cual países como México, los de la América Central y las Antillas, e incluso algunos de la América del Sur, situados al norte del Ecuador, son, al igual que los restantes de nuestra América (a pesar de lo que algún que otro trasnochado pueda creer), países del Sur, mientras, por ejemplo, la República de África del Sur, en el extremo meridional de África, y Australia son países del nuevo Norte. A este nuevo Norte bien se le pueden aplicar los adjetivos que la víspera de morir en combate Martí, en carta inconclusa a su fraterno amigo mexicano Mercado, dedicó a los Estados Unidos, al llamarlos «el Norte revuelto y brutal que los desprecia»;¹⁴ y si «los» correspondió entonces solo a los países de nuestra América, ahora es evidente que abarca a todos los países del Sur. En este mismo año acaba de aparecer en México la versión en español del informe de la Comisión del Sur, constituida oficialmente en 1987 bajo la presidencia de Julius K. Nyerere. El valioso informe tiene el título *Desafío para el Sur*.¹⁵

Voy a volver a ceñirme a nuestra América, y mencionar un tema que, como el nuevo sentido de Sur, aunque se había esbozado antes encontró desarrollo sobre todo después de la primera aparición de *Caliban*. Me refiero al concepto de *modernidad* entre nosotros: concepto que de una u otra forma se relacionó con otro que se tenía por más consolidado: el de *modernismo*

14 J.M.: «Carta a Manuel Mercado de 18 de mayo de 1895», en *O. C.*, IV, 168.

15 Comisión del Sur: *Desafío para el Sur*, México, D.F., 1991. El «desafío» se explicita en las pp. 33 y 34.

literario. Y aquí empiezan (o continúan) algunos de nuestros problemas semánticos, pues lo que en lengua castellana llamamos modernismo no se corresponde con lo que en los Estados Unidos, distintos países eslavos o el Brasil llaman así, y que en esos países significa lo que para nosotros es el vanguardismo.

Al parecer, quien suscitó el contrapunto fue Federico de Onís, cuando en su conocida *Antología* de 1934 hablando de Martí dijo: «su modernidad apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces».¹⁶ Otros críticos asumirían también este punto de vista, y De Onís enumerará años después a algunos de ellos: Augier, Iduarte, Lazo, Lida. Pero en el texto, de 1953, en que hará esa enumeración, De Onís añadió una rectificación capital: «Nuestro error», dijo entonces, «está en la implicación de que haya diferencia entre “modernismo” y “modernidad”, porque modernismo es esencialmente, como adivinaron los que le pusieron ese nombre, la busca de la modernidad».¹⁷ Al año siguiente, Max Henríquez Ureña, quien había escuchado a De Onís exponer su importante rectificación (pues se hallaba presente en el llamado Congreso de escritores martianos, realizado en La Habana, donde aquella se hizo), escribió en su *Breve historia del modernismo*: «Ya en 1888 el vocablo [modernismo] era empleado por Rubén Darío en un sentido general, equivalente a *moderni-*

dad (“calidad de moderno” según el diccionario de la Real Academia Española)».¹⁸

¿Es pues «modernismo», como aseguró De Onís en 1953, «la busca de la modernidad»? ¿Y esta última, a su vez, si hemos de dar crédito a lo dicho por Max Henríquez Ureña en 1954, se contenta con ser lo que le asigna el diccionario de la Academia: «calidad de moderno»? No parece que hayamos avanzado mucho: y, sin embargo, ha entrado en nuestra liza un vocablo destinado a dar guerra: *modernidad*, cuyas raíces, por cierto, son bien antiguas, pues se remontan a la Edad Media, cuando aparece en latín la expresión *modernitas*. Este término reaparecerá en francés a mediados del siglo XIX, en la pluma de Baudelaire: *modernité*, y de allí pasaría a otros idiomas.¹⁹

Alfonso Reyes, ante los adoradores de las etimologías, recordó que «nadie se pone a la sombra de una semilla, sino de un árbol».²⁰ El diálogo, sin duda útil, entre modernismo y mo-

16 Federico de Onís: «José Martí. 1853-1895», en *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, Madrid, 1934, p. 35.

17 Federico de Onís: «Martí y el modernismo», *Memoria del Congreso de escritores martianos (febrero 20 a 27 de 1953)*, La Habana, 1953, p. 436.

18 Max Henríquez Ureña: *Breve historia del modernismo*, México, 1954, p. 156.

19 Adrian Marino: «Modernisme et modernité: quelques précisions sémantiques», en *Neohelicon*, II, 3-4, Budapest, 1974.

20 Alfonso Reyes: «Prólogo» a *La iliada de Homero, traslado de Alfonso Reyes. Primera parte: Aquiles agraviado*, México, 1951, p. 7. Por su parte, Jorge Luis Borges observó en «Sobre los clásicos»: «Escasas disciplinas habrá de mayor interés que la etimología; ello se debe a las imprevisibles transformaciones del sentido primitivo de las palabras, a lo largo del tiempo. Dadas tales transformaciones, muy poco nos servirá para la aclaración de un concepto el origen de una palabra. Saber que cálculo, en latín, quiere decir piedrita [lo que es familiar a los médicos y a muchos que padecen de cálculos biliares, renales o vesicales] y que los pitagóricos las usaron antes de la invención de los números, no nos permite dominar los arcanos del álgebra; saber que hipócrita era actor, y persona,

modernidad no puede ser un diálogo entre semillas, sino entre lo que históricamente han venido a significar esos términos. Aunque, por otra parte, cierta polisemia, aquí como en tantos casos, sea inevitable. En el libro particularmente amargo de Jean Chesneaux *De la modernidad* (1983), que comienza diciendo que la modernidad es la «palabra maestra de nuestra época»,²¹ para pasar después a deplorar incansablemente aquello en que ese concepto ha venido a encarnar (y que parece ser más bien la norteamericanización y banalización del mundo en la segunda posguerra de este siglo), se cita esta expresión de Michel Leiris: «En este mundo odioso, en estos tiempos cargados de horror, la modernidad se ha convertido en mierdonidad».²²

Pero por amplia que sea la polisemia con que vamos a encontrarnos en lo adelante, nunca llegaremos al extremo de Leiris. Es más, trataré de ceñirme a textos en que aquel diálogo entre modernismo y modernidad tenga un sentido que podamos seguir, lo que por supuesto no significa que le demos siempre nuestro acuerdo. Tal diálogo, así considerado, está presente, por ejemplo, en obras sobre el tema de Rafael Gutiérrez Girardot, Ivan A. Schulman y Ángel Rama.

Rafael Gutiérrez Girardot, en su peleador y útil libro *Modernismo* (1983), que se propone «situar las letras hispánicas de fin de siglo en el contexto europeo»,²³ afirma que tal libro «abarca

también la caracterización del “Modernismo” o de la “Modernidad”, con la que hoy se trata de dilucidar la compleja literatura europea de fin de siglo, de la cual forman parte las letras hispanas de esos dos o tres decenios».²⁴ E Ivan A. Schulman, quien tituló significativamente su ponencia «Modernismo/modernidad: metamorfosis de un concepto» (1977), añade: «El modernismo, pese a los enfoques exclusivamente historicistas, es un fenómeno sociocultural multifacético, cuya cronología rebasa los límites de su vida creadora más intensa, fundiéndose con la modernidad en un acto simbiótico y a la vez metamórfico».²⁵

Si los criterios de Federico de Onís y de Max Henríquez Ureña de cierta manera nos dejan en un instante previo a la discusión contemporánea sobre los conceptos en cuestión, no ocurre igual con los criterios de Gutiérrez Girardot, Schulman y Rama, quienes, no siempre de modo coincidente, nos remiten a una discusión actual. El meollo de esa discusión implica distinguir lo que es propio del modernismo y lo que es propio de la modernidad, y llegar a nociones claras sobre ellos. A este respecto me parecen acertadas varias ideas de Rama. Por ejemplo, cuando postula en 1971:

El modernismo [...] es [...] el conjunto de formas literarias que traducen las diferentes maneras de la incorporación de la América Latina a la *modernidad*, concepción sociocultural generada por la civilización industrial de la burguesía del XIX, a la que fue asociada rápida

máscara, no es un instrumento valioso para el estudio de la ética». J.L.B.: *Páginas escogidas*, sel. y pról. de R.F.R., La Habana, Casa de las Américas, 1988, p. 240.

21 Jean Chesneaux: *De la modernité*, París, 1983, p. 5.

22 Ídem.

23 Rafael Gutiérrez Girardot: *Modernismo*, Barcelona, 1983, p. 7.

24 *Ibid.*, p. 8.

25 Ivan A. Schulman: «Modernismo/modernidad: metamorfosis de un concepto», en Varios: *Nuevos asedios al modernismo*, ed. de Ivan A. Schulman, Madrid, 1987, p. 11.

y violentamente nuestra América en el último tercio del siglo pasado, por la expansión económica y política de los imperios europeos a la que se suman los Estados Unidos.²⁶

O cuando, pasando de la modernidad a la modernización, que hace posible aquella, nos dice años después:

La modernización, como nunca debemos olvidarlo, no nace de una autónoma evolución interna sino de un reclamo externo, siendo por lo tanto un ejemplo de contacto de civilizaciones de distinto nivel, lo que es la norma del funcionamiento del continente desde la Conquista. Si bien fue un largo reclamo de las culturas latinoamericanas (la capital obra de Sarmiento), solo comenzó a ser realidad cuando las demandas económicas de las metrópolis externas se intensifican tras la Guerra de Secesión en Estados Unidos y la franco-prusiana en Europa. Las apetencias internas y externas se conjugaron óptimamente en ese momento, aunque las segundas dispusieron de una potencialidad incomparablemente mayor que las primeras, las que a veces se confundían con una simple y quejosa reclamación de ese «orden y progreso» que concluiría siendo la divisa positiva del período.²⁷

De acuerdo con lo anterior, lo que se ha dado en llamar modernidad en relación con nuestra

América es el resultado de un proceso de modernización del capitalismo dependiente en la zona. O, como dije hace quince años, «la modernidad a la cual se abría entonces nuestra América era una dolorosa realidad: entre [1880 y 1920] nuestros países son uncidos, como meras tierras de explotación, al mercado del capitalismo monopolista».²⁸ En consecuencia, no se trató ni remotamente de un caso único, sino de un fenómeno planetario: entonces estaba en trance de ocurrir el paso del capitalismo a su etapa imperialista. Como ha escrito Gutiérrez Girardot, nuestras

«especificidades» que hasta ahora se han considerado como el único factor dominante deben ser colocadas en el contexto histórico general de la expansión del capitalismo y de la sociedad burguesa, de la compleja red de «dependencias» entre los centros metropolitanos, sus regiones provinciales y los países llamados periféricos. La comparación entre las literaturas de los países metropolitanos y de los países periféricos resultará provechosa solo si se tienen en cuenta sus contextos sociales. De otro modo, las literaturas de los países periféricos seguirán apareciendo como literaturas «dependientes», miméticas, es decir, incapaces de un proceso de definición y de formación original, incapaces de ser, simplemente, literaturas, expresión propia. Esta, por lo demás, solo puede perfilarse en una relación de contraste y asimilación con las literaturas o expresiones extrañas. Y, a su vez, este contraste y asimilación solo son posibles cuando las situaciones sociales son semejantes.²⁹

26 Ángel Rama: «La dialéctica de la Modernidad en José Martí» [1971], en Varios: *Estudios martianos*, Universidad de Puerto Rico, 1974, p. 129.

27 Ángel Rama: *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo, 1985, p. 32.

28 R.F.R.: «Para el perfil definitivo del hombre» [1976], en *Para el perfil definitivo del hombre*, La Habana, 1981, p. 522.

29 Rafael Gutiérrez Girardot: ob. cit. en nota 23, p. 25.

Los nuestros se hallan sin duda entre esos «países llamados periféricos». Pero tal carácter, ostensible en lo económico y en lo político, al margen de los muchos matices que presenta de un país a otro y de un momento a otro, en forma alguna puede ser trasladado de modo mecánico a nuestra literatura, a nuestras artes, a nuestro pensamiento: es sabido que parte de ellos tiene jerarquía mayor. Como lo sintetizó José Emilio Pacheco en 1982, «nuestras sociedades fracasaron, nuestros poetas no».³⁰

Cuando Pacheco afirma que «nuestras sociedades fracasaron», entiendo que se refiere al fracaso de esa modernización que «no nace de una autónoma evolución interna sino de un reclamo externo», según palabras de Rama, y, como se ha visto a lo largo de más de un siglo, no ha conducido a ninguno de nuestros países a un desarrollo capitalista. Si bien en grados distintos, todos ellos, con rara excepción, conservan nexos de dependencia económica y política, y esas aberraciones estructurales que aunque desagrada la palabra no cabe más remedio que considerar características del subdesarrollo.

Pero aquellos rasgos deformantes no tienen por qué traducirse de manera automática en la expresión artística de nuestros pueblos, la cual, además de las atendibles razones aducidas por Gutiérrez Girardot, suele disfrutar siempre de un margen de autonomía de que en nuestro caso dará ejemplos sobrados. La acogida internacional que hace unas décadas recibió al fin nuestra literatura, en especial nuestra narrativa, fue solo una prueba de ello. Y hay que decir que, paradójicamente, tal hecho ha sido estimulado por

esa misma modernización que en lo estructural ha fracasado. Nuestra literatura, impulsada por un afán de actualización y renovación a la vez que deseosa de mostrar nuestro rostro auténtico (no tipicista), alcanzó audiencia mundial. Y es innegable que el modernismo hispanoamericano fue la expresión literaria de la entrada de nuestra América en esa modernidad inevitablemente traumática.

La forma como el estremecimiento fue sentido por nuestros mejores espíritus de entonces recorre el conjunto de sus obras, y alcanzó desde los primeros momentos una formulación ya clásica en el texto de José Martí «El *Poema del Niágara*» (1882),³¹ con un fragmento del cual Ricardo Gullón inicia la sección «Manifiestos modernistas» de su antología *El modernismo visto por los modernistas*.³² El tema, característico de la modernidad, de la «muerte de Dios» o la «secularización», para Gutiérrez Girardot «José Martí lo formuló no en su forma manifiesta, sino en su resultado»,³³ en aquel texto, el cual para Garfield y Schulman es «una especie de manifiesto sobre la emergente modernidad americana», y aún más: «el ensayo-manifiesto de la modernidad»,³⁴ con lo que coincide Rama al llamarlo «texto que puede ser considerado el *Manifiesto de la modernidad* en Hispanoamérica».³⁵

31 J.M.: «El *Poema del Niágara*», en *O. C.*, VII.

32 *El modernismo visto por los modernistas*, introd. y sel. de Ricardo Gullón, Barcelona, 1980.

33 Rafael Gutiérrez Girardot: ob. cit. en nota 23, p. 76. En la p. 144 se llama a dicho texto de Martí «denso prólogo al poema “Al Niágara”».

34 Evelyn Picon Garfield e Ivan A. Schulman: «*Las entrañas del vacío*». *Ensayos sobre la modernidad hispanoamericana*, México, 1984, pp. 56 y 80.

35 Ángel Rama: *Las máscaras...*, cit. en nota 27, p. 25.

30 José Emilio Pacheco: prólogo a *Poesía modernista. Una antología general*, México, 1982, p. 1.

Sin embargo, no es posible olvidar el carácter atípico de Martí entre los modernistas: no obstante las muchas afinidades que conserva con ellos, él no es fundamentalmente una criatura de letras: es un hombre entregado a la redención de los hombres, y en vías de ininterrumpida radicalización política. Por lo pronto, «El *Poema del Niágara*», que tanto dice sobre la trepidación sufrida por los modernistas en su existencia, en sus creencias, en su expresión ante el cataclismo que implicaba la modernización que empezaban a vivir, es también para Martí ocasión de hablar de esta

época de elaboración y transformación espléndidas [...] época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras; época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. [...] Asítese como a una descentralización de la inteligencia. [...] El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placera a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso [...].³⁶

Es difícil no pensar que la modernidad a que remite aquí Martí no es la misma que la que produciría la modernización capitalista exógena. Esa *otra* modernidad avizorada por Martí es la que sería asumida por el proyecto de la actual Revolución Cubana, pero aún no por otros proyectos de nuestra América, los cuales explícita o implícitamente se atienen al que ha venido a ser el sentido habitual de la modernidad.

36 J.M.: «El *Poema...*», cit. en nota 31, 224 y 228.

Ahora bien, todavía no se habían apagado (no se han apagado aún) los fuegos de la discusión sobre nuestra modernidad, considerada en su acepción corriente, cuando se cruzaron con nuevos fuegos, provocados por la irrupción de otros conceptos que han conocido singular boga en los años inmediatos. Me refiero como es obvio a lo que se ha llamado la posmodernidad y a su familia, que recibieron bautizo en los países occidentales durante la década del setenta, para designar una realidad visible en las letras y las artes (se dice) desde finales de los años cincuenta y principios de los sesenta.³⁷ También en este caso el nombre prendió como una chispa en la pradera seca, saltando de las letras y las artes a las más diversas zonas, incluso la política.³⁸ Es inevitable decir que, según es frecuente en casos así, los cuantiosos textos provocados alternan entre la lucidez y la algarabía, entre la precisión y la simple moda. (¿Acaso no hay quienes nos aseguran que el posmodernismo ha muerto ayer o anteayer a manos del neobarroco?).

En español, como es harto conocido, el término *posmodernismo*, con sentido bien diferente, había sido empleado ya en su *Antología* de 1934 por Federico de Onís;³⁹ e incluso en 1916, en las primeras

37 Ver por ejemplo Ihab Hassan: *The Dismemberment of Orpheus: Towards a Postmodern Literature*, Nueva York, 1971; y Charles Jencks: *The Language of Post-Modern Architecture*, Nueva York, 1977. Ver en general *The Anti-Aesthetic. Essays on Postmodern Culture*, editado por Hal Foster, Wáshington, 1983.

38 Ver *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*, ed. por Andrew Ross (para el colectivo de *Social Text*), Minneapolis, 1989.

39 Federico de Onís: *Antología...*, cit. en nota 16, esp. pp. xviii-xix y 621-953. No deja de ser curioso el desenfoque que supone que en su artículo «¿Qué es el posmodernismo?» Charles Jencks diga: «Parece que

páginas de *El Espectador*, Ortega y Gasset había rechazado con energía el siglo XIX llamándolo «¡el siglo de la modernidad...!», y proponiendo en lugar de esta lo que llamó no el posmodernismo, pero sí el «inmodernismo». «Por mi parte,» concluyó glosando a Darío, «la suerte está echada. No soy nada *moderno*; pero muy *siglo XX*».⁴⁰

Estas páginas, esta conferencia no son la ocasión para detenernos en el tema. Quiero solo decir que me sigue pareciendo convincente el texto «El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío» (1984),⁴¹ de Fredric Jameson, quien acepta allí la tesis general de Ernest Mandel en su libro *Capitalismo tardío*, donde señala que el capitalismo ha atravesado tres momentos fundamentales: el capitalismo de

el primero en usar el concepto [posmodernismo] fue el escritor español Federico de Onís en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1934) para describir una reacción surgida dentro del modernismo [...], en los *Cuadernos del Norte*, No. 43, julio-agosto de 1987, p. 2. Visiblemente, Jencks no ha reparado en que las palabras castellanas *modernismo* y *posmodernismo* implican conceptos distintos que las palabras inglesas *modernism* y *postmodernism*. Es un punto sobre el que en varias ocasiones ha insistido, con razón, Octavio Paz.

40 José Ortega y Gasset: «Nada “moderno” y muy “siglo XX”» [1916], en *Obras completas*, tomo II, *El Espectador* (1916- 1934), 2da. ed., Madrid, 1950, pp. 23-24.

41 Fredric Jameson: «El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío» [1984], en *Casa de las Américas*, No. 155-156, marzo-junio de 1986. Ver también de este autor «La política de la teoría. Posiciones ideológicas en el debate sobre el postmodernismo» [1984], en *Criterios. Estudios de Teoría Literaria, Estética y Culturología*, No. 25-28, enero de 1989-diciembre de 1990. En este último trabajo, recogido en la obra del autor, citada en la nota 11, Jameson distingue entre posiciones de derecha y de izquierda en cuanto al posmodernismo.

mercado, el estadio monopolista o imperialista, y nuestro propio momento, al que erróneamente se denomina posindustrial, pero para el cual un nombre mejor podría ser el de capitalismo multinacional. Este último, también llamado capitalismo tardío o de consumo,

constituye [...] la forma más pura de capital que haya surgido, una prodigiosa expansión del capital hacia zonas que no habían sido previamente convertidas en mercancías. De aquí que este capitalismo más puro de nuestros días elimine los enclaves de organización precapitalista que hasta el momento había tolerado y explotado de manera tributaria: se siente la tentación de mencionar en este sentido una penetración y colonización nuevas e históricamente originales de la Naturaleza y el Inconciente: me refiero a la destrucción de la agricultura precapitalista del Tercer Mundo a manos de la Revolución Verde, y al auge de la industria de los medios masivos y de la propaganda comercial. De cualquier modo, habrá resultado evidente también que la periodización cultural que he propuesto, a saber, en los estadios del realismo, el modernismo y el posmodernismo, está a la vez inspirada y confirmada en el esquema tripartito de Mandel.⁴²

Para nosotros, en nuestra América, se impone la pregunta de hasta qué punto esta discusión nos atañe. Indudablemente no puede sernos muy estimulante que digamos leer en las primeras líneas del libro programático de Jean-François Lyotard *La condición postmoderna. Informe*

42 F.J.: «El posmodernismo o la lógica...», citado en nota 41, p. 162.

sobre el saber (1979), que «este estudio tiene por objeto la condición del saber en las sociedades más desarrolladas. Se ha decidido llamar a esta condición “postmoderna”». Y más adelante:

Se sabe que el saber se ha convertido en los últimos decenios en la principal fuerza de producción, lo que ya ha modificado notablemente la composición de las poblaciones activas de los países más desarrollados, y que es lo que constituye el principal embudo para los países en vías de desarrollo. En la edad postindustrial y postmoderna la ciencia conservará y, sin duda, reforzará más aún su importancia en la batería de las capacidades productivas de los Estados-naciones. Esta situación es una de las razones que lleva[n] a pensar que la separación con respecto a los países en vías de desarrollo no dejará de aumentar en el porvenir.⁴³

Por ello, si bien al menos desde mediados de la pasada década el tema ha sido considerado en nuestra América,⁴⁴ es pertinente la pregunta que desde el título de un trabajo de 1989 se hace George Yúdice: «¿Puede hablarse de postmoder-

nidad en América Latina?». Como también, sin desconocer la coherencia de no pocas respuestas negativas a tal pregunta, me parece digna de consideración la respuesta afirmativa dada por Yúdice:

si por postmodernidad entendemos las «respuestas/propuestas estético-ideológicas»

popularidad, fue Octavio Paz (pido perdón por hablar de mí en la tercera persona). Primero en 1961», etcétera. Una reclamación similar ya había sido hecha por O.P. en otras ocasiones. Así, en la carta que a propósito de un artículo de John Barth enviara a *La Jornada Semanal*, donde dicha carta, con el título «La querella del Modernismo», apareció publicada el 20 de octubre de 1985. Aunque más de una vez he visto mencionado el parecido de Paz con Ortega y Gasset, no sé si se ha escrito, como lo merece, un buen trabajo sobre este interesante paralelo. Si bien Ortega careció del talento poético de Paz, ambos han sido ensayistas brillantes de países periféricos a los cuales han querido airear y poner al día, desde perspectivas similares, en ciertos aspectos, a las del Edmund Burke «liberal y contrarrevolucionario» significativamente exaltado por la revista que Paz dirige (ver Conor Cruise O'Brien: «Vindicación de Edmund Burke», en *Vuelta*, No. 176, julio de 1991). Y un punto lateral contribuye a acercar más al español y el mexicano: su énfasis en hacer ver que ya ellos habían dicho antes (y mejor) lo que otros dirán después. A partir de este punto, confío en que no se me tome a mal expresar mi sorpresa al leer, en la página 194 del polémico y estimulante libro de O.P. *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia* (Barcelona, 1974): «La poesía de la postvanguardia (no sé si haya que resignarse a este nombre no muy exacto que *empiezan a darnos* [sic] algunos críticos) nació», etcétera (Énfasis de R.F.R.). A un hombre como Paz, tan sensible a que se le nombre o se le ningunee —según el insustituible mexicanismo—, no podrá extrañarle que otro, en este caso yo, eche de menos su nombre. Pues empleé el término *posvanguardismo*, creo que por primera vez en nuestro idioma, para aplicarlo a la poesía de la generación de Lezama (cuya obra *La fijeza* no es de 1944, como dice O.P. en la página 192 de su libro, sino de 1949) y de él, en la conferencia

43 Jean-François Lyotard: *La condición postmoderna. Informe sobre el saber* [1979], trad. de Mariano Antolín Rato, 3a. ed., Madrid, 1987, pp. 9, 16 y 17. Énfasis de R.F.R.

44 Simplemente a modo de ejemplos, bien parciales, puede recordarse la presencia del tema en revistas como *Casa de las Américas*, No. 155-156, marzo-junio de 1986; *Universidad de México...*, No. 437, junio de 1987; *Vuelta*, No. 127, junio de 1987; *David y Goliath...*, No. 52, septiembre de 1987. Sin duda es dable ampliar considerablemente esta lista. El número mencionado de *Vuelta* incluye una nota de O[ctavio] P[az] llamada «¿Postmodernidad?», donde se lee: «uno de los primeros en interesarse en el tema, años antes de su presente

locales ante, frente y dentro de la transnacionalización capitalista, ya no solo en Estados Unidos y Europa sino en todo el mundo, el análisis de las culturas latinoamericanas tiene que partir de esta relación dialógica.⁴⁵

Pues no puede negarse que a raíz de la llegada de los europeos a lo que iba a ser llamado América, en 1492, y de las subsiguientes conquista y explotación, nuestra suerte se vinculó hasta hoy (y confiamos que no en el mañana que merecemos) con el desarrollo en los países metropolitanos de las distintas etapas del capitalismo, aunque tal desarrollo haya estado lejos de beneficiarnos: nuestro papel ha sido contribuir a hacerlo posible en lo que sería considerado el Occidente, del que los Estados Unidos formarían parte esencial. Saqueados una y otra vez, nuestros pueblos han padecido pero no ejercido la deseada (y temida) modernidad.⁴⁶

«Situación actual de la poesía hispanoamericana», que ofrecí en la Universidad de Columbia, Nueva York, en 1957, y publicó al año siguiente la *Revista Hispánica Moderna*. Sé que Octavio Paz conoce esta conferencia (a la que se refiere por ejemplo José Olivio Jiménez en el prólogo a su *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea: 1914-1970*, Madrid, 1971), porque tuve el gusto de dársela, y de conversar luego ambos sobre ella, en días felices de París, hace más de treinta años.

45 George Yúdice: «¿Puede hablarse de postmodernidad en América Latina?», en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, No. 29, primer semestre de 1989, pp. 106-107. Énfasis de R.F.R.

46 Sobre la ambigüedad del concepto para nuestra América, ver de Julio Ramos *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, 1989. Ya Ángel Rama había advertido: «La modernidad no es renunciable y negarse a ella es suicida; lo es también renunciar a sí mismo para aceptarla». *Transculturación narrativa en América Latina*, México, 1982, p. 71.

Y, sin embargo, desde hace algunos años se nos está anunciando que aquella aspiración carece ya de sentido. Como ha expresado el ensayista paraguayo Ticio Escobar en «Posmodernidad/precapitalismo»:

Impulsadas, casi siempre desde afuera, hacia un ideal de progreso ubicado en un punto futuro que parece cada vez más lejano, las sociedades latinoamericanas ven pasar, desorientadas, a un movimiento contrario que regresa de la modernidad, incrédulo ante grandes discursos suyos tenidos hasta hace pocas décadas como dogmas inmutables: el papel salvador de las vanguardias, las promesas de la ciencia y la tecnología de construir un mundo mejor, el triunfo de un modelo civilizatorio único lleno de augurios de bienaventuranza, etc. // El proyecto de la modernidad está en el banquillo de los acusados: sus paradigmas tecnológicos y sus mitos racionalistas ya no convencen; se descubre el lado oculto de sus sueños y el fraude de sus utopías y se denuncia el fracaso de la razón totalizante. [...] Y nosotros, moradores de regiones periféricas, espectadores de segunda fila ante una representación en la que muy pocas veces participamos, vemos de pronto cambiado el libreto. No terminamos aún de ser modernos –tanto esfuerzo que ha costado– y ya debemos ser posmodernos.⁴⁷

La realidad es que dada la internacionalización (o mejor, según palabras de Yúdice, «la transnacionalización capitalista») del mundo, no nos es posible permanecer indiferentes a la posmodernidad.

47 Ticio Escobar: «Posmodernidad/precapitalismo», en *Casa de las Américas*, No. 168, mayo-junio de 1988, p. 13.

Y no solo porque, al decir de Claudio Guillén, «la actualidad artística e intelectual, que hemos dado en rotular, para bien o para mal, Posmodernismo», incluya, según él, obras de autores latinoamericanos como Carlos Fuentes, García Márquez, Mujica Láínez, Jorge Ibarguengoitia o Vargas Llosa (otros, por ejemplo Antonio Blanch, proponen a autores diferentes, como Borges y Lezama),⁴⁸ sino porque el capitalismo multinacional o tardío no nos es, no puede sernos ajeno: nos concierne fatalmente, aunque sea desde el lado de la sombra.

En un texto sobre «Posmodernidad, posmodernismo y socialismo», que hace suyos los postulados básicos de Jameson, Adolfo Sánchez Vázquez nos advierte que

la historia es otra de las cabezas que ruedan bajo la guillotina posmodernista. Ya no se trata de la historia sin sujeto, postulada por el estructuralismo francés, ni tampoco de la falta del sentido de la historia, sino que se trata pura y sencillamente de que no hay historia, de que si la ha habido ha llegado a su fin o de que estamos en la *poshistoria*.⁴⁹

48 Claudio Guillén: *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, 1985, pp. 429-430; Antonio Blanch: «Algunas ideas sobre la llamada novela posmoderna», en *La Gaceta de Cuba*, abril de 1990, pp. 22-23. Sobre «la aparición de un etnocentrismo en la apasionante discusión actual en torno al posmodernismo» y el «hecho de que hoy, más que nunca, vivimos en la “no simultaneidad de lo simultáneo”» ver Desiderio Navarro: «Critique de la critique et postmodernisme», en *Association Internationale des Critiques Littéraires. Revue*, No. 33, XIV^e. *Colloque International «La critique de la critique»*, 20-24 septembre, 1989, París, 1990, p. 21.

49 Adolfo Sánchez Vázquez: «Posmodernidad, posmodernismo y socialismo», en *Casa de las Américas*, No. 175, julio-agosto de 1989, p. 141.

Un ejemplo resonante de esa pretensión de decapitar la historia aparece en el muy difundido artículo «¿El fin de la historia?», que el verano de 1989 publicara en la revista *The National Interest* Francis Fukuyama. Dando por sentado el triunfo del capitalismo subdesarrollante, y de su ideología «liberal» (léase «y contrarrevolucionaria»), en los países que han protagonizado la historia durante los últimos siglos, Fukuyama se pregunta: «¿Hemos llegado efectivamente al fin de la historia?»; y se responde:

Nuestra tarea no es contestar en forma exhaustiva los desafíos al liberalismo promovidos por cada mesías medio loco, que anda por el mundo, sino solamente aquellos que se encarnen en fuerzas y movimientos sociales y políticos importantes, y que por lo tanto forman parte de la historia del mundo. Para nuestros fines, importa muy poco qué extraños pensamientos puedan ocurrírseles a la gente de Albania o de Burkina Faso, porque en lo que estamos interesados es en lo que en algún sentido se podría llamar la herencia ideológica común de la humanidad.

No puede menos que recordarse el desdén de otro pensador fuertemente reaccionario, antecesor del nazismo y de Fukuyama: Oswald Spengler, quien en *La decadencia de Occidente* no vaciló en escribir: «Una batalla entre dos tribus del Sudán, o entre los queruscos y los catos, en tiempos de César, o, lo que en esencia es lo mismo, entre dos ejércitos de hormigas, constituye simplemente un espectáculo de la naturaleza viviente».⁵⁰

50 Oswald Spengler: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal* [1918-1922], trad. de Manuel G. Morente, Buenos Aires, México, 1952, tomo 2, p. 72.

Al replicar, también en *The National Interest* (invierno de 1989/90), a algunos de sus críticos, Fukuyama añadió:

Una última palabra con respecto al Tercer Mundo, pues me han acusado de menospreciarlo. Mis observaciones no estaban destinadas a rebajar su importancia, sino tan solo a registrar el hecho evidente en sí mismo de que las principales ideologías en torno a las cuales el mundo elabora sus opciones políticas parecen fluir primariamente desde el Primer al Tercer Mundo y no a la inversa. Ignoro por qué ello es así, pero no obstante resulta notable la persistencia con que los revolucionarios de esos países siguen estudiando las obras de filósofos y polemistas del Primer Mundo, fallecidos hace tiempo.

El exfuncionario del Departamento de Estado norteamericano Fukuyama parece olvidar o desconocer aquí varias cosas. Por ejemplo, que las expresiones metafóricas «Primer Mundo» y «Tercer Mundo» no remiten en la realidad a compartimientos estancos: uno (el llamado «Primero») se ha hecho y se hace sobre la implacable explotación de otro (el llamado «Tercero»), lo que los vincula a ambos en una historia común, en la cual el Tercer Mundo suele proveer de mano de obra barata y materias primas (incluso materias primas culturales, con frecuencia folclorizadas), y el Primer Mundo productos elaborados e ideologías dominantes. «Ignoro por qué ello es así», dice este supuesto candoroso, a quien le «resulta notable» que los revolucionarios «de esos países» sigan estudiando a filósofos y polemistas del Primer Mundo «fallecidos hace tiempo». Aquí todo es escandaloso. Fukuyama comenzó sus páginas declarándose secuaz de Hegel, de cierta

interpretación derechista de Hegel. Hace pocos años estuve, en un pequeño y bello cementerio de Berlín, ante la tumba del autor de *Fenomenología del espíritu* y *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Tuve (tengo) la certidumbre de que o la tumba estaba vacía, como pasaba a veces con la del inolvidable conde Drácula, o Hegel es un filósofo fallecido hace tiempo, cuya obra, como se sabe desde el propio siglo XIX, es pasible de una lectura de izquierda. ¿Y por qué demonios el hegeliano de derecha (y de pacotilla) Fukuyama puede evocarlo y nosotros no? Además, cuando los revolucionarios de nuestros países estudiamos a filósofos y polemistas del Primer Mundo (por ejemplo, a Carlos Marx), se trata con frecuencia de personas que combatieron o combaten la esencia de ese mundo, el capitalismo, lo que los hace patrimonio de todos los revolucionarios de hoy, necesariamente anticapitalistas. Por último, ¿qué sabe Fukuyama de los pensadores orgánicos de nuestro mundo? ¿Qué sabe de lo que beneficiaría a la humanidad, digamos, la propagación de los pensamientos de Martí, de Mariátegui, del Che como ya la ha beneficiado la propagación de obras de nuestros escritores y artistas?

El destino de nuestra América no será un destino de hormigas. Cuando María Esther Gilio le preguntó no hace mucho a Noam Chomsky qué opinaba sobre el criterio de Fukuyama, aquel respondió: «Esta idea tomada de Hegel y aplicada al momento actual mueve a risa. De hecho, en los últimos diez años hubo un ataque muy importante a la democracia. El capitalismo ha demostrado ser una catástrofe total. Baste mirar a América Latina, donde este modelo fue aplicado».⁵¹ Ese modelo

51 María Esther Gilio: Entrevista con Noam Chomsky: «Estados Unidos: de la libertad al conformismo fascista», en *Brecha*, 29 de junio de 1990, p. 3.

supone una economía de mercado, neoliberal, auspiciada para nuestros países por los Estados Unidos. He aquí lo que Chomsky opina sobre este hecho:

Para Estados Unidos va a ser mucho más fácil robarlos y explotarlos. Ningún país con poder suficiente accedería a aceptar los principios del mercado. Por ejemplo, Estados Unidos tiene la deuda externa más alta del mundo. Pero si el Fondo Monetario dictara a Estados Unidos normas por las que este debería regir su economía, todo el mundo se reiría a carcajadas. Ningún empresario [norte]americano aceptaría guiarse por esas normas. En Estados Unidos como en Japón, o en cualquier otro país poderoso, el mundo de la empresa se empeña en que exista un fuerte poder estatal que los proteja, que organice subsidios para la industria, que regule el mercado, que intervenga a favor de ellos.⁵²

Hace algún tiempo, al señalar ciertas similitudes estructurales entre nuestra América y la Europa periférica, en especial los países del Este de Europa, propuse incrementar la realización de estudios de literatura comparada entre obras de ambas zonas del planeta.⁵³ Los sucesos recientes en la Europa Oriental parece que van a acercar aún más esa zona a la nuestra en cuanto a los problemas a afrontar. En este orden, es interesante conocer la opinión

expuesta por Chomsky en la entrevista mencionada. Para él, «la Europa del Este tiene en más de un sentido características muy semejantes a América Latina, y Estados Unidos espera que sea también una región que nos abastezca de materias primas, mano de obra barata y oportunidad para explotar la contaminación».⁵⁴

Otro estudioso norteamericano, James Petras, propone un nuevo paralelo, y extrae singulares conclusiones:

El fracaso del capitalismo de mercado libre en la América Latina es una realidad significativa en la historia mundial contemporánea, tal como el colapso de los regímenes estalinistas en la Europa Oriental. Solamente esto último ha sido resaltado en el mundo por los medios capitalistas, debido a razones obvias. Sin embargo, la crisis socioeconómica del capitalismo de la América Latina es aún más profunda, según cualquier indicador razonable: estándares de vida declinantes, estancamiento económico, astronómicas tasas inflacionarias, fuga de capitales, relaciones entre deuda/exportación insoportables, migración masiva, etc. Si la crisis y los cambios políticos en la Europa Oriental están aumentando el alcance de la influencia del capitalismo occidental, la crisis en la América Latina eleva por lo menos serias dudas acerca del futuro del capitalismo y ha creado al máximo un caldo de cultivo para la emergencia de regímenes políticos anticapitalistas. A un nivel político, la crisis del capitalismo latinoamericano ha continuado y se ha profundizado, a pesar de cambios en los regímenes políticos, del militar al electoral,

52 Ídem.

53 R.F.R.: «Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana» [1974], en *Casa de las Américas*, No. 89, marzo-abril de 1975, trabajo recogido en el libro del autor *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, La Habana, 1975 y ediciones posteriores.

54 Ob. cit. en nota 51, p. 3.

desde los conservadores del mercado libre, respaldados por los Estados Unidos, hasta los socialdemócratas de la Segunda Internacional. [...] Objetivamente, la izquierda latinoamericana nunca ha confrontado una situación socioeconómica a nivel de todo el continente tan «madura» para las soluciones socialistas como el presente.⁵⁵

Amigas y amigos: hay que terminar. Voy a hacerlo con la mirada en el porvenir, citando las palabras finales de un texto elaborado colectivamente en la Casa de las Américas para dar a conocer su posición ante el Quinto Centenario; un texto que encabeza al número 184 (julio a septiembre de este año) de la revista *Casa*. Se trata del último punto de una especie de declaración de principios, así que no le exijan a él lo que debe aparecer en los puntos anteriores:

55 James Petras: «Transformaciones globales y el futuro del socialismo en la América Latina», en *Casa de las Américas*, No. 181, julio-agosto de 1990, p. 4.

La llegada del Quinto Centenario no puede ser ocasión para azuzar divisiones, rencores, altanerías y odios estériles, sino para insistir, con total respeto para las diferencias que son riquezas, en la integración, tan difícil como imprescindible, de nuestra América. Solo tal integración («que de hecho», según el paraguayo Augusto Roa Bastos, «existe en potencia, pese a todos los pesares de su fragmentación y balcanización secular[es]»), nos hará posible participar a plenitud en la historia mayor de la humanidad, de la que la prepotente y voraz civilización occidental («una civilización devastadora» [según Martí]) no es en absoluto el triste capítulo último, sino el preludio de una etapa realmente ecuménica, generosa y fraterna, dentro de la cual se hará viable el complejo «fenómeno humano» también en el Continente que honraran tantos hombres y mujeres «desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl» hasta estos días arduos en que sería indigno arriar la esperanza. **C**



En Vietnam, con Julio García Espinosa, Iván Nápoles y otros compañeros vietnamitas durante la filmación de *Tercer Mundo*, *tercera guerra mundial*, en 1970.

Ángel Rama y la Casa de las Américas*

A Marcia Leiseca y Ana Pizarro,
que también lo admiraron y quisieron mucho.

A raíz del accidente que a fines de 1983 costó la vida a Ángel Rama y otros amigos, escribí unas líneas adoloridas y apresuradas que, con el título «La cultura, la Casa de las Américas, enlutadas», cerraron la sección «Al pie de la letra» del número 141 (noviembre-diciembre de 1983) de la revista *Casa de las Américas*. Después de mencionar a los demás, añadí en dicha nota:

Nos estremeció especialmente el tránsito de Ángel Rama, compañero, hermano, uno de los hacedores de la Casa de las Américas, y, al morir, acaso el crítico más importante de su generación (nació en 1926) en nuestra América, y uno de los más activos promotores de cultura de esta comarca, para usar un término que le hubiera sido grato. Ángel estuvo en la raíz de incontables realizaciones tanto en su país de origen como en Cuba y Venezuela, donde animó la extraordinaria *Biblioteca Ayacucho* [...]. Sus vínculos con la Casa fueron estrechos, [...] y desde luego –tratándose de él– polémicos. Polemizar con Ángel fue uno de los privilegios que estos años nos han concedido, ya que de los choques con este erudito rebelde, inconforme, raigalmente latinoamericano, antimperialista, salimos siempre [...] estimulados. [...] Nosotros conservamos

* Escribí la primera versión de este texto para el homenaje que a diez años de su muerte le rindió la revista *Casa de las Américas*: «Ángel Rama, presencia que no acaba» (No. 192, julio-septiembre de 1993). Retoqué el material en 1996, a solicitud de Mabel Moraña, para un libro que ella editaba, *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, 1997.

como un tesoro preciado sus batalladoras intervenciones en el que fuera el comité de colaboración de la revista *Casa*, sus discusiones de antes y de después, su honestidad de siempre, su generosa sabiduría, su poderosa mayéutica.// De su patria de nacimiento –donde se formó para siempre– lo arrancó una feroz dictadura que lo llevó a Venezuela, donde fue, como de costumbre, una fuerza animadora. Radicado más tarde en los Estados Unidos, también de allí fue arrancado, esta vez por un proceso macartista impulsado por elementos de la lumpenliteratura que en algún momento su inadvertencia llegó a defender. Sabíamos que, tras su estancia en París, se le esperaba –como el gran profesor que también fue– en Inglaterra. No será así. Ángel, en plena e irradiante madurez intelectual, queda como un ejemplo, acaso una leyenda y seguramente un dolor para quienes tuvimos el privilegio de su amistad, su cariño, su luz.

Tales líneas, escritas al calor de una inmensa pena, no contenían sin embargo hipérbole alguna, y las ratifiqué a diez años de la desaparición de Ángel, cuando en el número 192 de *Casa de las Américas* le rendimos, en compañía de algunos de sus múltiples admiradores y amigos, homenaje a su viviente memoria. En el número 150 de *Casa* (mayo-junio de 1985) ya se había publicado el trabajo «La contribución de Ángel Rama a la historia social de la literatura latinoamericana», debido a Alejandro Losada, quien poco antes conociera muerte similar a la de Ángel.

Es innecesario glosar las muchas observaciones agudas y justas tanto del mencionado ensayo de Losada como de las páginas que nos fueron enviadas o dadas por sus autores para el

homenaje coral que en la entrega 192 de *Casa de las Américas* le consagramos. Me limitaré a hacer explícitas sus relaciones con la Casa de las Américas, a que aludí en mis líneas de 1983.

Si bien tuve mucho que ver con esas relaciones, mis vínculos personales con Ángel fueron además en varios momentos paralelos a aquellas. A finales de 1961, cuando participó en varias labores en la Casa de las Américas,¹ me solicitó

1 Según el archivo de la Casa de las Américas, a finales de ese año 1961 Ángel ofreció en ella dos conferencias sobre la novela latinoamericana (25 de septiembre y 10 de noviembre) y tuvo una conversación con novelistas cubanos (4 de diciembre). Estos datos no aparecen en la *Cronología y bibliografía de Ángel Rama* que realizaron Carina Blixen y Álvaro Barros-Lémez y publicó en Montevideo la Fundación Ángel Rama en 1986. Con frecuencia, en este libro –por demás valioso– la cronología suele ser inexacta tocante a las relaciones de Ángel con la Casa. Por ejemplo, afirma que en 1962 él presidió un coloquio organizado por la Casa del que nada sabemos; asegura que fue jurado del Premio Literario de la Casa en 1963, lo que no ocurrió (el 16 de enero de ese año le escribió a Haydee Santamaría desde Santiago de Chile: «Una repentina afección [...] me impide [...] trasladarme a La Habana para participar en las tareas del Jurado del Concurso Literario [...] y me impide volver a recorrer la isla»); omite que sí fue Jurado en 1964; da por cierto que en 1971 envió a Haydee una carta abierta que no llegó a existir, etcétera. Tales informaciones erróneas habían aparecido ya en la importante antología de Ángel Rama *La crítica de la cultura en América Latina*, seleccionada y prologada por Saúl Sosnowski y Tomás Eloy Martínez y publicada en Caracas por la Biblioteca Ayacucho en 1985 (cosa explicable, pues la cronología de dicho libro la hizo la Fundación Ángel Rama); y el último dato (sobre el que volveré), tomado de la misma fuente, según me dijo la autora, lo repite Ana Pizarro en el cálido ensayo suyo que apareció en el mentado número 192 de *Casa*. Decidí pues atenerme en el presente trabajo a las informaciones que tenemos en la Casa de las Américas sobre las relaciones de Rama con ella.

un trabajo sobre la vida cultural de la entonces incipiente Revolución Cubana, trabajo que el 26 de enero de 1962 apareció en *Marcha*, a cuyas páginas me había llevado el maestro Carlos Quijano, conocido en 1960 en París. Ese año 1962 Ángel presentó con palabras generosas versos de Fayad Jamís y míos en el notable semanario. En 1964 volvimos a encontrarnos, cuando por primera vez fue jurado del Premio Casa de las Américas. El 5 de febrero de ese año ofreció la conferencia «Diez dificultades para escribir novelas, hoy, en América Latina», la cual se convertiría en el texto inicial, «Diez problemas para el novelista latinoamericano», del número 26 (octubre-noviembre de 1964) de la revista *Casa de las Américas*, número que en gran medida él animó. Al año siguiente, en enero de 1965, coincidimos en el congreso de escritores latinoamericanos organizado por el Columbianum en Génova, ocasión en la cual, entre otras cuestiones, se habló de crear una revista (*América Latina*) que al cabo no salió, y se constituyó «en forma provisional» la Comunidad Latinoamericana de Escritores,² que entusiasmaba a Rama. Por cierto que en dicha ocasión, al saber Ángel que su compatriota Emir Rodríguez Monegal nos había invitado a almorzar a Cintio Vitier y a mí, para hablarnos de un proyecto de revista que tenía, nos advirtió gravemente a propósito de tal proyecto. Yo estaba entonces insuficientemente familiarizado con la ya vieja querella entre

ambos destacados críticos uruguayos, a quienes tanto los unía y tanto los separaba.³ Y, por supuesto, no podía imaginar la polémica vida futura de aquella proyectada revista, y mucho menos el que iba a ser mi papel en esa polémica. Para entonces, era Ángel y no yo quien tenía estrechísimos nexos con la Casa de las Américas, con la cual mis colaboraciones habían sido esporádicas, si bien se iniciaron tempranamente, en 1959, e incluían el descubrimiento, como miembro que fui del Jurado del Premio Casa en 1962, de un poeta que me iba a ser esencial: Roque Dalton.

De vuelta a Cuba, en marzo de 1965, Haydee Santamaría me propuso la dirección de la revista *Casa de las Américas*. Como parte de aquellos nexos que mencioné, Ángel mantenía ya con la institución una intensa correspondencia, cuyos interlocutores hasta la fecha eran sobre todo Haydee Santamaría y Marcia Leiseca. Con esta última la comunicación era constante, y atañía a las más diversas cuestiones relativas a la Casa y por supuesto a la Revolución Cubana. Esa correspondencia versaba sobre graves cuestiones ideológicas, culturales y políticas, pero también sobre mil detalles prácticos en que aquel hombre de inmensa energía, talento relampagueante y generosidad sin fin hablaba de planes editoriales, ventas de libros y revistas, intelectuales que debían ser invitados, opinando siempre con la sabiduría, el desenfado, el valor (y el cariño) que lo caracterizaron. Me limitaré a señalar algunos ejemplos, a veces desconocidos

2 Ver R.F.R.: «Génova: un Congreso, una revista, una comunidad», y «Declaración latinoamericana de Génova», en *Casa de las Américas*, No. 30, mayo-junio de 1965. Este fue el primer número de la revista que dirigí. Ya en dicho número transformé el previo consejo de redacción en un consejo de colaboración. Rama formó parte de ambos.

3 Aporta muchos datos sobre la historia de esa querella, que fue tanto cultural como política y alcanzó vastas proporciones, el libro de Pablo Rocca *35 años en Marcha (Crítica y literatura en Marcha y el Uruguay 1939-1974)*, Montevideo, 1992, cuyo conocimiento agradezco al autor y a Wilfredo Penco.

y otros tergiversados, y ruego que se me excuse que comience por algo personal. En una larga carta que escribió a Marcia y que fue fechando sucesivamente del 27 de marzo hasta el 3 de abril de 1965, al saber por aquella de mi nombramiento al frente de la revista (la revista era preocupación constante en esa correspondencia), le escribió, con fecha 3 de abril:

En este mismo momento recibo tu nueva carta de 25 de marzo referida a la conversación de Haydee con Roberto. Me parece la solución perfecta. Nadie mejor en Cuba para dirigir la revista de la Casa, nadie mejor informado de la literatura americana, nadie con mejor equilibrio en lo artístico y en lo político. Es una adquisición de primera magnitud. Felicitaciones a Haydee, felicitaciones a la Casa por la incorporación.

Ya estando yo al frente de la revista, Ángel me escribía constantemente haciéndome sugerencias. Por ejemplo, en carta de 1965 que no fechó (y a la que yo respondí el 18 de junio de ese año), hay esta posdata: «Por favor, haz un editorial sobre la Dominicana, político y fuerte, para señalar que se cumple el vaticinio, “¿tantos millones de hombres hablaremos inglés?”. Como nunca me he sentido estos días cubano, y mis rabiosas críticas internas se han ido al diablo. Viva la revolución. Patria o muerte. Vencemos». Tal editorial ya lo había escrito yo, y salió en el número 31 (julio-agosto de 1965); en su orientación tendrían también papel importante no solo Haydee (con quien durante su vida proyecté todos los editoriales que hice) sino Manuel Galich, invaluable consejero. Pero tras recibir las palabras de Rama escribí otro editorial, el del

número 32 (septiembre-octubre de 1965) donde se dice: «Esa América nueva puede ya responder a Rubén Darío que *tantos millones de hombres no hablaremos inglés*».

En carta no fechada, que entró en la Casa el 10 de febrero de 1966, me escribió Ángel:

Otra noticia, que ya sabrás: *Cuadernos* fue sustituida por *Nuevo Repertorio* [al cabo, según es conocido, se llamó *Mundo Nuevo*], que dirigirá en París Rodríguez Monegal, y que intentará el confusionismo por un tiempo. Ha viajado por toda América, —todos los gastos pagos por los americanos— para conseguir colaboraciones dirigiéndose sobre todo a la izquierda no comunista, desde [...] hasta Mario Benedetti, y me temo, por lo que Mario me ha contado, que en algunos casos ha obtenido éxito. Aquí ninguno: ni Benedetti, ni [Carlos] Martínez Moreno, ni ninguno de los escritores importantes de la nueva generación participarán del engendro, y tampoco en Buenos Aires, pero en México ya no sé qué puede ocurrir. Una información más detallada la tendrás por Mario cuando vaya a La Habana. Convendría que averiguaras la situación: no sería raro que pretendiera incluso algún cubano para dosificar la cosa y conseguir una entrada en la izquierda. [...] En Montevideo se abrió el correspondiente Centro del Congreso por la Libertad de la Cultura (aunque ahora resolvieron no usar más este nombre), en Buenos Aires y en Santiago también, y en todos lados están actuando en una nueva forma: proclaman el desgaste de los esquemas ideológicos (las tesis de Lipset, Shils, etc. que salieron del congreso del 55), la necesidad de una creación ajena a la política, el pluralismo ideológico, y se dirigen

de preferencia a la izquierda no comunista —claro, en la izquierda están todos los intelectuales y artistas que valen— invitándola. En todas partes han publicado revistas —aquí se llama *Temas*— que se intercambian entre sí y se apoyan, y han cumplido innumerables exposiciones de artistas plásticos modernísimos.// [...] Lo que se viene será todavía peor. Ustedes por allí están tan salvaguardados que no se dan cuenta de la situación y del desaliento en que se mueve ahora el intelectual de izquierda en Latinoamérica: todos los días se presencia una traición, más exactamente una venta a buenos dólares. Esto es infinitamente peor que las carencias de la década del cincuenta; entonces vivíamos abandonados a nuestras fuerzas, llenos de esperanzas y de energía en la lucha; ahora estamos solos, cercados, vemos la inmensa fuerza de los órganos culturales pagados por los norteamericanos y no podemos detener la ola. Estamos retrocediendo casi en todos los frentes, y me temo que, sin tener que creer en las tesis trotskistas, la misma Cuba se retira de Latinoamérica. En fin, la lucha continúa, nosotros seguimos haciendo lo posible por vincular la vida intelectual a los planteos político-sociales, y aun en desventaja seguir usando con destreza los cartuchos que nos quedan.

Dos días antes había entrado en la Casa de las Américas otra carta de Ángel tampoco fechada, que visiblemente es posterior a la que he citado, pues a ella se refiere en esta. Me escribió allí:

lo bueno de nuestra amistad es la coincidencia espontánea en asuntos de arte o de política, así estemos separados por mares y

continentes. Cuando yo te escribía sobre la nueva revista del Congreso [por la Libertad de la Cultura] la carta que sospecho ya has recibido, tú escribías la carta de respuesta a Monegal que has enviado a José Pedro [Díaz] y él me ha mostrado. De total acuerdo. Pero una advertencia, que a esta altura ya debes haber comprendido por mi carta anterior: son muchos en América, y de los mejores, que no vieron el asunto y que fueron engañados.// Entre estos últimos yo incluiría a Carlos Fuentes, Nicanor Parra, José M. Oviedo, que según Monegal están dispuestos a entrar en la revista y en ese juego sucio. Agradecería que le dieras a tu carta *la mayor difusión posible*, entre los mencionados y muchos más, sobre todo el equipo de izquierda que es el que ha sido asignado para el confusionismo de la nueva revista. Estoy dispuesto a publicarla en *Marcha* si a ello me autorizas, enviándome alguna copia, y sugeriría una acción intensa para la zona mexicana que es la que, de todo el continente, me parece la más débil y más sensible a este tipo de conmixtiones.// Te remito un articulito que publiqué en *Marcha* sobre el asunto, y que quizá ya hayas visto, y las declaraciones de Emir en *Primera Plana*, la revista ambigua argentina, donde se subrayan los muchos dólares que pagará la revista —se habla de cien dólares por artículo— para que el cuadro sea completo: la venta es bien pagada.// Creo como tú, y así lo dije en *Marcha*, que el intento, en definitiva, está condenado al fracaso, luego de un período de confusionismo. No es esto lo que me preocupa, sino la magnitud de datos e informaciones que comprueban la violencia y el dinero con que los Estados Unidos han decidido entrar

en la vida cultural latinoamericana. Sabés que desde hace un año largo insisto en este punto; eso motivó nuestros diálogos en Génova y la fundación de la Comunidad, eso motivó el plan que en esa Casa discutí con los amigos. No pueden saber ustedes lo difícil que se ha puesto todo, la acción poderosa, a hurtadillas, que viene cumpliendo ese Congreso que se ha sumergido para actuar mejor, la compra de editoriales importantes, diarios, revistas, la compra de escritores y de plásticos, el cerco para los movimientos de izquierda. También esto está previsto en el cuadro, sí, no es eso lo que me asusta, sino las pocas fuerzas con que se cuentan para la lucha. La Comunidad era un buen proyecto que hemos dejado morir lentamente. Carezco de noticias de los mexicanos, salvo las peores sobre la separación del Fondo [de Cultura Económica] de [Arnaldo] Orfila Reynal, que me imagino responde a los mismos intereses que aquí tratan de ahogar a *Marcha*.// Lo que en definitiva me alarma es observar que mientras el imperialismo, comprendiendo la importancia de la frontera ideológica —para llamarla de algún modo—, ha sabido organizarse admirablemente, disponiendo claro está de abundantes recursos para ello, nosotros seguimos separados, sin organismos de expresión eficaces, sin medios de lucha, con difíciles e inseguras comunicaciones.// Soy un activista, como sabes muy bien. Desde aquí hago todo lo que puedo. La revista de la Casa comienza a circular en librerías, los concursos de la Casa tienen en *Marcha* un portavoz efectivo, he montado una editorial [Arca] para movilizar a los escritores en una acción cultural militante, pero todo eso no es suficiente. Se necesita más. Se necesita

lo que hace el imperialismo: una revista en París, reuniones periódicas de escritores, acción militante en todas las causas, organismos supranacionales como habíamos encarado. Nada hicimos, y nos hemos confiado a nuestras flacas y exclusivas fuerzas en todo. ¿No es hora de cambiar esta política?

Accediendo a las sugerencias que me hiciera Ángel (quien, como se ve, encabezó el combate contra *Mundo Nuevo*, y a quien acompañé en la justa causa), no solo accedí a que mi intercambio epistolar con Rodríguez Monegal apareciera en *Marcha*, sino que lo envié a México, donde lo publicó el suplemento cultural de la revista *Siempre*!

En carta de 15 de marzo de 1966 Rama dijo a Haydee:

Me emociona siempre, y quizá más de lo adecuado, el recuerdo afectuoso de los amigos, y me temo que en este caso ese sentimiento se duplica porque con Uds. se han enredado muchas cosas importantes de mi vida: un afecto personal, como de amigos de siempre, entrañables; un compañerismo de luchadores de causas emparentadas cuando no las mismas; una admiración muy justificada por lo que han hecho y hacen; una reciprocidad al constante afecto que me muestran.// [...] Por carta paralela de Marcia veo cumplirse y hacerse muchas de las cosas que conversamos, veo crecer la Casa en la mejor dirección y acción. Quizá ustedes desde allí no puedan medir la irradiación que su obra va ganando: estos últimos tres años han sido prodigiosos. Bien que me gustaría hacerles también la cuota de crítica a que soy tan propenso, pero como

estoy en mora y debo mucho de lo prometido, prefiero callarme.

Se recordará que en carta anterior Ángel nos había reclamado, entre otras cosas, «reuniones periódicas de escritores, acciones militantes en todas las causas». Cuando, en atención a esos reclamos, lo invitamos a la que sería la primera reunión del comité de colaboración de la revista *Casa*, Rama escribió a Marcia el 3 de junio de 1966:

En tu carta de mayo 12 me hablas de la conveniencia de un viaje para el que me pides rápida respuesta. En la carta de Roberto, de 24 de mayo, esa invitación se ha transformado en una reunión de la Comisión de la Revista: Gran iniciativa, eso es pelear, eso es responder bien a la escalada del enemigo. Sin duda voy, pase lo que pase. Y creo que debemos aprovechar este poco tiempo para pelear bien.

La mencionada reunión del consejo de colaboración de la revista se celebró en enero de 1967. Emitimos en aquella oportunidad una «Declaración» recogida en el número 41 (marzo-abril de 1967) y republicada en muchas partes. Al término de nuestra reunión, tuvo lugar una cena, llena de conversaciones, con Fidel, y poco después se realizó en Varadero el Encuentro con Rubén Darío (nombre que nos había sugerido Gonzalo Rojas), con motivo del centenario del nacimiento del gran nicaragüense. En aquella ocasión, Ángel improvisó una ponencia, brillante como suya («Las opciones de Rubén Darío»), cuya transcripción edité, con su acuerdo, y fue una de las piezas principales del bello número 42 (mayo-junio de 1967) de la revista, consagrado al Encuentro. En este,

Ángel, Carlos Pellicer (la cabeza mayor del evento) y Manuel Pedro González propusieron la creación de lo que vino a ser, por una parte, el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas, fundado y dirigido en sus primeros años por Mario Benedetti; y por otra, la Sala Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba, a su vez fundada y dirigida durante un tiempo por Cintio Vitier: la última daría lugar luego al Centro de Estudios Martianos, fundado por mí, donde Cintio comenzó a dirigir la edición crítica de las *Obras completas* del autor de *La Edad de Oro*. Pero aquel año, que se había iniciado con tanta alegría, y donde hubo reuniones capitales, entre ellas la de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (Olas), presidida por Haydee, y la de la Canción Protesta, organizada por la Casa, de donde nacería la Nueva Trova (aunque también tuvimos algún desencuentro con Ángel en reunión sobre la Comunidad de Escritores realizada en México),⁴ terminó catastróficamente, pues el 8 de octubre cayó en Bolivia el Che Guevara. Su vasto proyecto liberador, para el que se propuso la creación de un nuevo ejército bolivariano, era el sustrato de nuestras esperanzas. El mundo había comenzado a variar, para mal. El 24 de diciembre de ese año le escribía Ángel a Haydee:

recibí su carta para Nochebuena, y mucho se la agradezco. Fue una buena palabra, dolida pero valiente, en un fin de año como el nuestro muy lleno de pesadumbre y desaliento también. Si el año fue malo para toda América Latina, lo fue especialmente para nosotros que

4 Ver «Sobre el Segundo congreso latinoamericano de escritores», en *Casa de las Américas*, No. 43, julio-agosto de 1967. Allí aparece el trabajo de Rama «Los desacuerdos de una Comunidad».

hemos visto la quiebra total del modelo de la democracia burguesa nacional y el comienzo de los tiempos de dura pelea.// Es normal que esta serie de sucesos aciagos nos provoque desaliento. No lo es, en cambio, que nos haga desertar de la causa única latinoamericana en que estamos empeñados, porque no hacen sino comprobar las dificultades de la empresa y al mismo tiempo lo correcto y justo de nuestras esperanzas.// La muerte del Che ha sido muy dura para todos, y a muchos les costó convenirse de que él no estaría ya como adelantado, guía, tonificador del esfuerzo, limpio y puro héroe de toda nuestra América. Pero a la vez creo que todos sentimos que ha marcado el camino y al abonarlo con su sangre no ha hecho sino engrandecer y forticar al pueblo americano. [...]// Y yo pienso, Haydee, tal como escribía en mi contribución al homenaje,⁵ que no se derrama en vano la sangre de un héroe como el Che. Pienso que se pueden modificar todas las tácticas y es necesaria una revisión a fondo, un estudio nuevo de todas ellas, pero simultáneamente no se ha hecho otra cosa que confirmar la vía general, y los hechos subsiguientes lo ratifican.// Hubiera querido estar con Uds. en el Congreso Cultural, sobre todo porque me siento promotor de la iniciativa y porque era la gran oportunidad de conversar con Ud. y todos los amigos de la Casa sobre la situación actual. Lamentablemente mi salud quedó quebrantada luego de un año muy intenso y los médicos me urgieron a que tomara un mes de entero descanso y me sometiera a una pequeña operación. Vi el trabajo preparatorio

5 Ángel Rama: «Ahora le erigirán justificados monumentos», en *Casa de las Américas*, No. 46, enero-febrero de 1968. Entrega dedicada al Che tras su asesinato.

del Congreso, que me pareció excelente, serio, justo, a fondo. Espero mucho de ese Congreso. [...] La difusión de la obra de la Casa se ha mantenido y ha acrecido sus posibilidades. Como me siento un integrante más parecería impertinente elogiar lo que se ha hecho, pero en verdad es absolutamente admirable de todo punto de vista, cultural, político, humano.

Con la misma fecha de la carta a Haydee, Ángel escribió a Marcia:

inútil, no puedo ir. Me he desesperado un poco pero ahora estoy más tranquilo. La resignación. Quisiera que me imaginaras un poco con Uds. Me siento algo padre de ese Congreso [...] ¡Y tenía tanto que conversar contigo! El Uruguay ha entrado a su destino latinoamericano y aquellos pretenciosos distingos que hacíamos separándolo del resto de nuestra América ya no tienen sentido: el mismo drama, el mismo planteo, las mismas únicas soluciones que para Colombia, Guatemala o Bolivia. Con los matices, quizá más penosos, de sus clases medias extraviadas dispuestas a apoyar un gobierno de fuerza. Como el personaje de Borges podríamos decir «al fin me encuentro con mi destino latinoamericano».// Por lo mismo hubiera querido estar con Uds. La muerte de Che fue un golpe muy duro y hubiera querido conversar con Uds. de todo eso. Ya lo haremos porque lo necesitamos [...].

El Congreso Cultural (de La Habana) al que se refería Ángel se celebró en enero de 1968. Aunque en gran medida fue resultado de una propuesta hecha en la «Declaración» nacida de la primera reunión del comité de la revista (lo que explica que

Rama dijera que se sentía «promotor de la iniciativa», «algo padre de ese Congreso»),⁶ había salido de las manos de la Casa de las Américas y tuvo otro perfil que el que le pensamos. Además, sobre todo, el Congreso fue concebido como una especie de apoyo cultural al vasto proyecto que encarnaba el Che. Pero cuando finalmente ocurrió, hacía tres meses que el Che había sido asesinado, por lo que, en cierta forma (al menos así lo sentimos muchos de nosotros), tuvo lugar casi en el vacío, y provocó más que nada malentendidos. Por otra parte, ese año 1968 iba a continuar mostrando el deterioro histórico que se había iniciado con la desaparición física del Che. Baste recordar hechos como el poderoso pero frustrado movimiento estudiantil que incluyó desde la fiesta parisina del Mayo francés (de cuyo seno saldrían luego tantos derechistas «nuevos filósofos» y otros *yuppies*) hasta la masacre de Tlatelolco en México; y la trágica entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Praga, que inevitablemente dividió a la izquierda mundial, y en cierta forma inició el último capítulo de lo que llevaría a la disolución del «campo socialista» europeo. En lo local, ocurrió la primera escaramuza de lo que sería conocido como «caso Padilla»: varias ásperas críticas de raíz política motivadas sobre todo por el libro *Fuera del juego*, de Heberto Padilla. Tal «caso», sumado a hechos anteriores, agravó las divisiones en el seno de la intelectualidad de izquierda. Criatura

6 La primera «Declaración del comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*» concluyó «con un llamamiento a los intelectuales de los países subdesarrollados para que concurran a un debate sobre su problemática en esta hora, que es la hora de nuestra América, de todo el Tercer Mundo». Tales eran el lenguaje, la esperanza de la época.

tan alerta como Rama no podía sino vivir hechos así con enorme tensión.

En medio de ese ambiente, Ángel mantuvo sus estrechos vínculos con la Casa de las Américas. Habiendo asistido, en enero de 1969, a un segundo encuentro del comité de colaboración de la revista *Casa*, cuya «Declaración» apareció en el número 53 (marzo-abril de 1969), e integrado el jurado del Premio Literario de la Casa ese año,⁷ en reunión tenida el 4 de febrero entre los miembros del jurado y Haydee y otros compañeros de la Casa, Rama hizo útiles sugerencias generales. Las hizo «respondiendo», dijo (según la transcripción que conservamos de la reunión),⁸ «a la invitación que nos dirigiera Haydee en el discurso inaugural», donde «señalaba que el Premio se estaba volviendo rutinario y que diez años era una buena fecha para encarar cosas nuevas y darle mayor empuje al Premio». De las muchas propuestas que hiciera entonces Ángel, quizá la más trascendente fue la de que estableciéramos «una colección que se llame Testimonio latinoamericano, es decir, una colección en la cual una novela, un ensayo, la poesía, el cuento, dé testimonio de lo que está pasando en la América Latina y de lo que se está realizando». Ángel

7 El primero de febrero de ese año 1969, en un ciclo sobre nueva narrativa latinoamericana, Rama ofreció una conferencia sobre «Fantasmas, delirios y alucinaciones», y en otras fechas integró los paneles de tres conferencias.

8 La parte de esa transcripción que atañe al testimonio (e incluye intervenciones de Rama, Isidora Aguirre, Hans Magnus Enzensberger, Manuel Galich, Noé Jitrik y Haydee Santamaría) se publicó en *Casa de las Américas*, No. 200, julio-septiembre de 1995, con el título «Conversación en torno al testimonio». Dicha «Conversación» fue precedida por la nota de Jorge Fornet «La Casa de las Américas y la “creación” del género testimonio». A J.F. se debe la edición de las intervenciones.

sugirió incluso que la Casa pidiera a escritores de la América Latina obras de esa naturaleza, y añadió: «me parece que esa colección puede ser muy rica en posibilidades y nos puede abrir una labor». Aunque no precisamente en la forma de una colección, la sugerencia de Rama, unida a otras hechas en esa y en otras reuniones, llevaría a que en 1970 la Casa convocara, por vez primera en el mundo, a obras del género (¿es en rigor un género?) *testimonio*, del cual había ya muchísimos ejemplos anteriores, pero que a partir de entonces adquiriría la consistencia y amplitud (y desataría las discusiones) que se sabe.⁹

A la tercera reunión del comité de colaboración de la revista, que ocurrió en enero de 1971, Ángel no pudo asistir. El primero de noviembre de 1970 me escribió desde San Juan, Puerto Rico:

Desgraciadamente no puedo trasladarme a La Habana a mediados de enero para la reunión dado que acepté dictar el semestre universitario que aquí empieza el 7 de enero y aunque estoy a una hora de vuelo estoy a muchísimas más de comunicaciones en el mundo de las fronteras del siglo xx. Agregá que la concesión de visados fue tan trabajosa que concluyó con una autorización estrictamente para el período de clases sin poder salir del territorio.

9 En 1979 escribió Rama: «Yo, que fui proponente del premio “testimonial” de los concursos literarios de Casa de las Américas [...]»: A.R.: «Otra vez la utopía, en el invierno de nuestro desconsuelo», en *Cuadernos de Marcha. Uruguay. Encierro, destierro o encierro*, segunda época, año 1, No. 1, México, mayo-junio de 1979, p. 79. Ángel repitió la idea (hablando no de «género» sino de «categoría» para «testimonio») en: «Rodolfo Walsh: la narrativa en el conflicto de las culturas», en *Literatura y clase social*, México, 1984, p. 220.

Para dicha reunión habíamos elaborado en la Casa la proposición de ampliar el comité de la revista, el cual tendría en lo adelante, como escribí a Ángel, treinta o cuarenta miembros, lo que haría imposible nuevas reuniones semejantes a las que tradicionalmente habíamos venido teniendo: pensábamos, en cambio, en nuevos tipos de encuentros y de relaciones, según Rama captaría agudamente. Como ello fue aceptado y recogido en la correspondiente «Declaración», que difundiera la prensa¹⁰ y envié en particular a Ángel, este me cablegrafió: «Enteramente de acuerdo». El 10 de marzo de 1971 añadió en una carta:

acusó recibo de tu carta de febrero 23. Lo que me sigues debiendo es una larga sobre ti y sobre Cuba, tu vida y la vida de la revolución que ya son un matrimonio que las tormentas y la historia y la esperanza han machihembrado. De veras extraño no verte, hamaacándote en la mecedora con el modo nervioso de quien ya está pronto a volar de la reunión, de los seres humanos, de la vida menuda, fumando ávidamente tu cigarro, disfrutándolo, y extraño no conversar contigo polémicamente hasta conseguir que sonrías, porque la amistad está primero y Ángel es un amigo, para luego encontrarnos en ese fervor común que tenemos para algo que será nuevo y verdadero.// Aquí estoy, trabajando en este medio tan decepcionante, en esta experiencia tan jodida, y haciendo lo que buenamente se puede. Estuvimos trabajando con el viejo Manuel Pedro en un Seminario

10 Habiendo aparecido en periódicos en enero de 1971, se republicó, con el título «Tercera declaración del comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*», en el No. 200 de *Casa*, precedida de mi nota «Dos textos y la Casa (con una carta de Roque Dalton)».

sobre Martí [...]. Tuve que leerle su ponencia, porque está casi ciego por unas cataratas, y te digo que luego de tantas vaguedades como las que llenaban sus páginas me vino una especie de calor repentino cuando le vi concluir con un fragmento de «Nuestra América» que no venía a cuenta de nada, pero que como se iniciaba con el famoso «sietemesinos» tenía su claro destinatario y así lo sintieron los cubanos exiliados que en su diarucho nos tiraron la mierda habitual.[...]// Me parece muy bien lo de la ampliación del comité que de cierta manera concluye con el equívoco del nuestro, que aunque era oficialmente «de colaboración» fungía como comité de redacción, responsable de la política y orientación de la revista, cosa imposible dado que ya era historia de amistades, de solidaridades, de momentos de la revolución y no un cuerpo doctrinario coherente. Esto es muy difícil, máxime en un proceso revolucionario que se caracteriza por sucesivas alteraciones de acuerdo a la lección de los hechos, sin contar ese retraso intelectual que ya parece fatal respecto a la acción revolucionaria propiamente dicha. [...]// No sabemos si concluiremos nuestro contrato con la Universidad sin pasar por un conflicto grave. Ya a Marta le han iniciado ese pleito que en todas partes la acompaña: oficialmente la presentan como la representante del Che en Colombia, habiendo alojado al Che en su casa para evitar su detención (????). El infundio viene directamente del Secretario de Educación (municipal) del país que lo pregona en la reunión del consejo de ministros (municipales) de estado asociado en sociedad. En todo caso, si nada grave ocurre estaremos hasta el mes de agosto.

Esa carta llegó a la Casa el 5 de mayo. Una semana después, fechada en San Juan el 5 de abril, nos llegaba la más dramática de las cartas que él nos escribiera. Tal carta había sido precedida por un nuevo capítulo del «caso Padilla», que supuso el encarcelamiento de este por un mes, y, de momento, una carta abierta a Fidel (copiosamente difundida en los medios capitalistas) sobre el hecho, donde además de abordarlo se hacían muy diversas y a ratos gratuitas y hasta ofensivas conjeturas. La carta llevó la firma no solo de personas más o menos intrascendentes, sino también de muy destacadas figuras, a algunas de las cuales nos unían lazos profundos de admiración y amistad. Ángel me escribió:

estaba esperando la respuesta tuya al envío que a través de Julio [Cortázar] te hice para la revista, preparándome a hablarte del plan de una reunión de un pequeño comité de intelectuales en Chile de la que quizá te haya adelantado algo Gonzalo Rojas, cuando me llega la noticia del encarcelamiento de Heberto y [su esposa] Belkis. No necesito decirte el efecto que me produjo.// Sabés muy bien de mi posición respecto a Heberto y su famoso libro, cosas todas que discutimos muy honrada y muy claramente en torno a la mesa de la Casa. Obviamente no es de eso que se trata ahora, sino de un encarcelamiento cuyos motivos no se han hecho públicos, pero que eriza la piel más coriácea. [...] Recibí el mensaje que Cortázar y Sartre firmaron, dirigido a Fidel, quizá demasiado aprensivo en sus términos –entiendo que siempre debe hacerse confianza a la revolución– pero cuya inquietud comparto como la comparten hoy los intelectuales de toda América Latina. No tengo por qué decirte que si por un lado la seguridad

y la libertad de Heberto y Belkis me inquietan sobremanera dado que en el pasado que yo les conozco no hay ningún motivo para justificar un encarcelamiento, por otro lado el efecto de esta detención es catastrófico para la Revolución. Tú sabes muy bien que no pertenezco a los que se dicen integrantes del mandarinismo intelectual ni me gusta ser el fiscal de los dirigentes revolucionarios, posiciones casi ridículas en nuestro tiempo; por lo tanto es comprensible que si la Revolución debe enfrentar un peligro grave esté dispuesta a pasar por alto sobre los dañinos juicios que eso provoca en el exterior. Pero en este caso la detención de un escritor —cuya obra ha sido objeto de una crítica tan pedestre y deformante como pasó con su libro y que separado de todo cargo de responsabilidad difícilmente podía perjudicar a nadie— se presenta como un hecho sin justificación que aviva las naturales inquietudes de quienes no hace tanto, apenas dos años, vieron en Checoslovaquia destituir a decenas de escritores y encarcelarlos.// A pesar de mi amistad por Heberto, te confieso que preferiría se le reconociera culpable de secuestro de información secreta o cualquier insensatez semejante (a no ser que la solución paradisíaca, de que todo fue un error, no se produjera) porque no querría vivir una nueva desconfianza intelectual por el socialismo, ni querría que este tuviera que pasar, en su difícil edificación, por la exclusión brutal de los intelectuales o poetas cuya acción pública es bien reducida. Es decir, nada peor que reiterar dentro de América Latina un conflicto que la Europa socialista conoció reiteradas veces pero que hemos deseado y querido que no se produjera en nuestro continente. Del mismo modo que Cuba y sus intelectuales demostraron que no era necesario caer en el rea-

lismo socialista para hacer arte, del mismo modo deseo que Cuba y sus intelectuales demuestren que para solucionar los naturales conflictos de la construcción del socialismo, este no deba devorarse a sus propios hijos, como Saturno. [...] Es una hazaña, una exigencia alta de la cultura y yo espero que se la alcance.// En definitiva, Roberto, más que mi aprecio por un hombre y mi estima intelectual por un creador de arte, lo que me importa sobre todo es el socialismo y es Cuba. Y me importa bien egoístamente, porque creo que es parte primera y principal del socialismo latinoamericano: el modelo cubano, por más que se intenten otros, no dejará de ser el primero y servirá de «jurisprudencia» como dicen los peritos, a él se apelará muchas veces.// Te agradezco toda la información que puedas proporcionarme, aunque comprendo bien las limitaciones de este momento. Te agradezco testimonios a Haydee mi inquietud que ella que me conoce bien es posible que descuenta, y este deseo mío de que la Revolución Cubana siga siendo nuestro punto de confluencia, nuestra esperanza, nuestro orgullo. Parece siempre como que todos no cesamos de pedir y hasta de exigir: la única excusa válida es que Uds. los cubanos nos acostumbraron a eso, fraternalmente.

Después de varios años de forcejeos,¹¹ se había abierto otra etapa de nuestra vida cultural, que tiempo después, desde las páginas de la misma

11 Ver por ejemplo «Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad», en *Casa de las Américas*, No. 56, septiembre-octubre de 1969. Se trata de una mesa redonda en la que participamos Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, Carlos María Gutiérrez y yo, y que ese año se publicó también, como libro, en México, D.F.

revista *Casa*, Ambrosio Fornet llamaría, en denominación que iba a difundirse, «el Quinquenio Gris», el cual para él abarcó de 1971 a 1975.¹² Tras este último año, hechos como la institucionalización del país y en particular la creación del Ministerio de Cultura comenzarían a clausurar en lo esencial la etapa.

De sobra se sabe que poco antes de la fecha en que recibimos las cartas de Ángel había tenido lugar la lamentable autocrítica pública de Padilla, mera caricatura de los últimos discursos pronunciados por las víctimas de los espantosos procesos de Moscú de los años treinta, lo que no todos percibimos en aquel momento.¹³ Tal pseudoautocrítica, al contrario de lo que sucedió en los casos moscovitas, no fue seguida por asesinato alguno: tras su mes de prisión, el autor de *Fuera del juego* fue excarcelado. Pero el mal estaba hecho, y si a ello se suma que se decidió que tal pseudoautocrítica apareciera en la revista *Casa* (aunque fuera en la forma de un «Suplemento» que ni antes ni después volvió a existir), así como materiales emanados del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, de ese año, fuimos arrastrados

12 Ambrosio Fornet: «A propósito de *Las iniciales de la tierra*», en *Casa de las Américas*, No. 164, septiembre-octubre de 1987, p. 150, nota. Un enjuiciamiento más severo del período lo realizó Fernando Martínez Heredia en «Izquierda y marxismo en Cuba», en *Temas. Cultura, Ideología, Sociedad*, Nueva época, La Habana, No. 3, julio-septiembre de 1995. A esta luz se aprecian mejor los artículos que a la «nueva política cultural cubana» dedicó Rama durante junio de 1971 en *Marcha*.

13 Ver a propósito de estos hechos, incluso de las dos cartas abiertas a Fidel (ninguna de las cuales fue firmada por Rama), mi trabajo «Calibán revisitado», en *Casa de las Américas*, No. 157, julio-agosto de 1986, y la entrevista que me hiciera Jaime Sarusky que apareció en el No. 200 de *Casa* con el título «Desde el 200, con amor, en un leopardo».

a una discusión que contribuyó a desenmascarar al colonialismo cultural, pero en considerable medida resultó estéril o, peor aún, dañina. La gran mayoría de nuestros amigos defendió con nobleza a la Revolución de Cuba, pero entre quienes la atacaron, llegando a acusarla de las peores cosas, estuvo un exintegrante del consejo de colaboración de la revista *Casa*, quien hizo pública de manera escandalosa su renuncia a esa condición. Se trató del destacado narrador peruano Mario Vargas Llosa, quien además abandonó sus ideas de izquierda, se convirtió no ya en un censor sino en un calumniador de cualquier intento de auténtica transformación social, fue candidato por la derecha a la presidencia del país donde naciera, y ha asumido otra ciudadanía. Haydee Santamaría le respondió en una dura carta pública¹⁴ frente a la cual él permaneció silencioso mientras Haydee vivió. Años después de la muerte de ella, sin embargo, cuando esta no podía responderle, la aludiría en una entrevista de modo violento, y en un reciente libro de memorias, practica una suerte de macartismo similar al que arrojó a Rama fuera de los Estados Unidos, al denunciar (como hacen otros pariguales suyos) a quienes, profesando ideas de izquierda, ejercen con todo derecho su magisterio en universidades estadounidenses que solo con mala fe pueden ser identificadas con los designios del Imperio. El caso más doloroso para nosotros fue el de Julio Cortázar, quien participó de modo complejo en la ruda polémica sin abandonar nunca su lealtad revolucionaria. Como a

14 Haydee Santamaría: «Respuesta a Mario Vargas Llosa», en *Casa de las Américas*, No. 67, julio-agosto de 1971, que incluye la carta abierta de Vargas Llosa. La respuesta de Haydee se adelantó en un suelto incluido en la entrega anterior de *Casa*. Ambas cartas abiertas tuvieron amplia difusión.

su muerte le dedicamos el número doble 145-146 (julio-octubre de 1984) de la revista *Casa de las Américas*, a él remito al lector.

En cuanto a Rama, es evidente que discrepó de las decisiones cubanas. Ello lo prueba no solo la carta de 5 de abril de 1971 que he citado, sino sus artículos sobre la «nueva política cultural cubana» publicados en junio de ese año en *Marcha*. Sin embargo, no es cierto, como se dice por error en la citada *Cronología y bibliografía de Ángel Rama*, que «en carta fechada el 27 de mayo [de 1971], dirigida a Haydee Santamaría, renuncia al comité de colaboración de la revista *Casa*».¹⁵ Como ese texto no aparece en nuestro archivo, la autora de dicha cronología, la compañera Carina Blixen, tuvo la gentileza de enviarnos a solicitud nuestra una fotocopia de la carta. Pero esta no es tal, sino el borrador (incluso con muchas tachaduras y añadidos a mano) de una «carta abierta» que como todo material de esa naturaleza debió haber tenido vida pública, lo que no ocurrió. Así comienza el borrador: «Visto que los conflictos latentes han estallado, tomando estado público, no nos queda otra vía para fijar nuestras respectivas posiciones que el sistema de las cartas abiertas». Ahora bien: esas cartas se publican (por eso son «abiertas»), y esta no lo fue. No es dable dudar que Ángel, en uno de sus momentos de cólera que tan bien le conocí, escribió dicho borrador. Tampoco es dable dudar que en otro momento, de generosa reflexión que igualmente le conocí, decidió no enviar a Haydee aquella «carta abierta», aunque varias de sus ideas las retomaría en sus mencionados artículos de junio en *Marcha*. En el borrador, entre criterios a veces injustos y a veces compartibles, escribió:

15 Carina Blixen y Álvaro Barros-Lémez: ob. cit. en nota 1, p. 42.

«la Revolución Cubana es mucho más que su literatura y el pueblo cubano es todavía más que su revolución, dado que es artesano de una historia siempre renovada». Añadió por último:

a diferencia de otras revoluciones culturales, esta se produce en un sector reducido de una más vasta comunidad, la de la cultura hispanoamericana que tiene más de cien millones de integrantes; pertenece a ella y en ella se resuelve de tal modo que su aportación deberá conjugarse dentro de la gran herencia hispánica y en permanente enfrentamiento con el resto de la literatura y el arte de nuestra América. Es en este vasto campo donde seguiré colaborando para luchar contra el criminal bloqueo de la Oea, reiterando que Cuba es parte primerísima de la cultura y la revolución latinoamericana, aunque hoy se equivoque gravemente respecto al funcionamiento crítico de la democracia socialista como respecto a la creación estética.// Con el invariable afecto personal de Ángel Rama.

Afortunadamente, así no terminaron nuestras relaciones con él. Pero antes de aludir a la continuación de tales relaciones, es imprescindible recordar, aunque sea someramente, la situación continental, entre 1971 y 1983, en que ellas se inscribirían. Si las relaciones iniciales ocurrieron en momentos de eclosión y esperanza revolucionarias en la América Latina, y aun más allá de ella, inauguradas en 1959 y llegadas con fuego mayor hasta la caída del Che en 1967, la situación no sería igual después. En lo tocante a Cuba, la etapa que en lo cultural se relaciona con el Quinquenio Gris tiene como sustrato la inserción de la solitaria Cuba en el Came y el consiguiente fortalecimiento de sus nexos económicos con los países del

llamado «socialismo real». Sin embargo, aunque no faltaron intentos, no llegó a implantarse en el país nada comparable al nefasto «realismo socialista». El propio creador del sintagma Quinquenio Gris, Ambrosio Fornet, escribió en el texto en que bautizó la etapa: «Las tendencias burocráticas en el campo de la cultura que se manifestaron en el Quinquenio Gris (1971 a 1975, ambos inclusive) frenaron pero no impidieron el desarrollo posterior de las distintas corrientes literarias».

Tales tendencias, que sin duda existieron, aunque rechazadas por los más valiosos escritores y artistas, al igual que por organismos culturales como el Instituto de Cine (Icaic), la Casa de las Américas, el Ballet Nacional de Cuba y otros,¹⁶ llegaron a implicar la marginación temporal de hombres y mujeres de cultura en el país;¹⁷ pero, como se ha dicho, a partir de 1976 esas tendencias fueron perdiendo fuerza y dejaron lugar a un reverdecimiento cultural esperanzador aunque desde luego no idílico: ya señalé hace años que el dogmatismo no es solo una u otra etapa (las cuales, como todas, se extinguen), sino también una línea.¹⁸

16 Esto lo ha recordado Alfredo Guevara en polémica entrevista aparecida en *La Gaceta de Cuba*, julio-agosto de 1993.

17 Ver el testimonio de un protagonista de nuestra literatura afectado por aquellas tendencias burocráticas, en la también polémica entrevista a Pablo Armando Fernández incluida en el libro de Raquel Ángel *Rebeldes y domesticados. Los intelectuales frente al Poder*, Buenos Aires, 1992.

18 R.F.R.: «Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba», en *Casa de las Américas*, No. 40, enero-febrero de 1967, p. 13. El ensayo había aparecido antes en *Cuadernos Americanos*, noviembre-diciembre de 1966, y lo recogí en *Ensayo de otro mundo*, La Habana, 1967; 2a. ed., Santiago de Chile, 1969, y en la 2a. ed. de *Para el perfil definitivo del hombre*, La Habana, 1995. [Integra también esta selección].

En cuanto a los nexos económicos a que se forzó a la bloqueada Cuba con los países de la Europa que se decía socialista, tales nexos, que no obligaron a una política cultural afín a la de aquellos, tampoco obligaron a lineamientos políticos mayores, contrariamente a lo que los enemigos han propalado: por ejemplo, durante esos años Cuba no solo encabezó el Movimiento de Países no Alineados, sino que mantuvo su admirable y bien conocida solidaridad con los pueblos oprimidos de la Tierra. De todas maneras, los errores cometidos al calor de aquellos nexos, siguiendo tendencias de cuya peligrosidad para la Revolución ya había alertado el Che, serían combatidos desde mediados de los ochenta, en el llamado proceso de rectificación.

En otros países de nuestra América (en no pocos de los cuales sobrevivieron proyectos revolucionarios tras la desaparición del Che), a la campaña de penetración en la cultura llevada a cabo por el imperialismo estadounidense, que Rama denunciara y combatiera con tanta lucidez y tenacidad, la acompañó de modo creciente una intromisión abierta o velada para imponer dictaduras militares dóciles a sus intereses. No se trataba de algo nuevo, sino de la Política del Gran Garrote, que con escasos hiatos ha padecido nuestra América desde la intervención militar que en 1898 hizo de Cuba un protectorado o una neocolonia durante sesenta años; y de la hermana Puerto Rico, una abierta colonia hasta hoy. Tal política (sustituida de momento en muchos casos por democracias llamadas vigiladas o tuteladas) se manifiesta desembozadamente cada vez que los intereses del amo se sienten amenazados. En la década del setenta, el más resonante de esos hechos fue el derrocamiento en 1973 del gobierno constitucional de la Unidad Popular: derrocamiento que

abrió el camino al presunto «milagro» económico de Chile sustentado en la persecución, el encarcelamiento, la tortura y el asesinato de millares de sus ciudadanos, así como en el aumento de la pobreza de los sectores humildes. Otros países sobre todo del Cono Sur conocerían destinos similares, como Uruguay a partir de 1973: ello implicó la desaparición en 1974 del semanario *Marcha*, esencial en la vida de Rama y de varias generaciones latinoamericanas, la prisión, la tortura y la muerte para muchísimos compañeros, y el exilio para otros, como el propio Ángel, que no pudo regresar a su patria. Por otra parte, en enero de 1981 el gobierno de los Estados Unidos pasó a manos de una administración que apretaría aún más las tuercas de lo que el Imperio considera su patio de servicio, valiéndose de medios y vocablos diversos. La derecha, que después de la derrota militar del nacífacismo y del eclipse del macartismo original había vuelto a levantar cabeza desde finales de los sesenta, alcanzaría sitio hegemónico.

Contra ese telón de fondo (mucho más complejo, desde luego) ocurrieron mis encuentros con Ángel a partir de su alejamiento en 1971. Tales encuentros tuvieron lugar en Canadá (Ottawa y Montreal), en 1973, con ocasión del VII Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada; en Caracas, en 1974, cuando se fundó la Biblioteca Ayacucho; en 1980, en Venecia, donde se celebró el VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas; en 1983, en París, al proyectarse la Colección Archivos. Aunque todos estos encuentros fueron en lo personal tan discutidores como cordiales (así ocurrió desde el inicial en 1961, cuando aún yo no formaba parte de la Casa de las Américas), los dos primeros no implicaron reanudación por Rama de sus vínculos con esta última; ellos sí

se reanudaron a partir del encuentro de 1980. La razón de ello no es que supuestas capacidades suasorias mías se hubieran desarrollado en ese caso, sino que para entonces no solo había quedado atrás en Cuba el Quinquenio Gris, sino sobre todo habían sido ahogadas en sangre casi todas las alternativas renovadoras en nuestra América.

De regreso a los Estados Unidos, Rama me envió, a principios de 1981, un sobretiro de la *Revista Iberoamericana* con su trabajo «Indagación de la ideología en la poesía. (Los dípticos seriados de *Versos sencillos*)», con esta breve nota a su frente:

Retribuyo (mínimamente) tu bello libro. Estoy instalándome como te dije y me gustaría recibir la revista y las publicaciones. ¿Viste la respuesta a Armand en el número de [*Cuadernos de*] *Marcha*?// No bien me libre de los compromisos urgentes te remitiré algo para la revista.// Como habrás visto se cumplieron todos mis pronósticos sobre la política de este país: mal tiempo a la vista!// Un abrazo.

Ninguno de los dos podía preverlo, pero ese «mal tiempo» en los Estados Unidos (el del gobierno de Reagan) y la polémica a que lo arrastró aquella «respuesta» iban a afectar seriamente la vida de Ángel.

El 30 de julio de ese año 1981, desde Barcelona, el infatigable animador cultural que él fue me pidió que prologara una antología de Ernesto Cardenal que debía aparecer en Suecia. Y al final, aludiendo a una invitación que le habíamos cursado para que participara en el Primer encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de Nuestra América, que organizábamos y se celebraría entre el 3 y el 8 de septiembre de aquel año, añadió:

Debo llegar a USA antes de fin de agosto en que concluye mi visado y entrar en la pelea para conseguir renovación contando con la ayuda de la Universidad. No podré estar con ustedes y realmente lo lamento. Aunque he llegado al descreimiento total en materia de congresos y declaraciones que me rehúso drásticamente a firmar, me es muy gratificante un encuentro con los amigos, ese pequeño calor de la vida que el exilio ha retaceado.

Pocos días después, el 9 de agosto, también desde Barcelona, insistía:

vuelvo a escribirte porque concluí un comentario sobre el último libro de Fuentes (que después de tantos años de disgusto con su producción, me reconfortó) y me puse a pensar que quizá, en este tiempo de restablecimiento de diálogo, fuera «fructuoso y oportuno» que apareciera en tu revista. // Se trata de una nota que no sustituye mi prometida colaboración, que sigue en pie (no hago sino atender inmediatas obligaciones del «pane lucrando») y la seguirá, aunque a ti no te parezca adecuado el tema o el momento para publicar este adelanto que te envío adjunto.¹⁹ // Como bien sabes, «el tiempo es un caballero» que limpia asperezas, y aunque cada uno mantendrá sus posiciones quizá convenga resguardar coincidencias valederas en la agitada historia que vivimos.

En la última carta que recibí de él, fechada en Wáshington el 7 de enero de 1982, me co-

19 La nota de Rama es «*Agua quemada*, de Fuentes: el retorno a casa», y apareció en *Casa de las Américas*, No. 130, enero-febrero de 1982.

mentaba la recepción de lo que llamaba con su habitual generosidad mi «precioso ensayo sobre Cardenal que es en todo acorde con lo que yo quería»,²⁰ y me comunicaba haber estado tentado de mandarme

un largo ensayo (35 pp.) sobre Martí que escribí pensando en los homenajes de este año (como recordarás es el centenario del *Ismaelillo* que inició la revolución poética de nuestra lengua americana) pero me ha detenido el enfoque que me pareció muy distante de las actuales preocupaciones allí. El título te lo explica todo: «Martí en el eje de la modernización poética: Whitman, Lautreamont, Rimbaud» y no creas que es exceso admirativo, efectivamente en ese cuadrángulo, donde él representa la positividad hispanoamericana, es donde cobra sentido su invención. Todas las demás disquisiciones, que si los españoles, que si Darío, son asuntos de señoritas, así hayan sido tan machos como Marinello. La única que percibió el asunto fue Fina [García Marruz], que no es una señorita sino una mujer.²¹ // Temblé cuando todo el

20 Se trata de mi trabajo «Prólogo a Ernesto Cardenal», que entre otros sitios apareció en *Casa de las Américas*, No. 134, septiembre-octubre de 1982.

21 Fuera o no polémico el trabajo (y los de Rama solían serlo), al recibir esta carta no entendí el criterio según el cual dejó de mandármelo («me ha detenido el enfoque que me pareció muy distante de las actuales preocupaciones allí. El título te lo explica todo [?]»); y lo entendí menos cuando, tras su muerte, leí el ensayo en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* (tomo XXXII, No. 1, 1983), la cual tuvo la suerte de recibirlo y, como hubiera hecho *Casa* encantada, de publicarlo. La conjetura de Rama (a propósito de un trabajo suyo que en cierta forma desarrolla ideas de su ponencia en el *Encuentro con Rubén Darío*, y en que textos de Cintio

horror polaco (que reproduce exactamente la dictadura uruguaya) pensando en Uds. y en los nicaragüenses, pero parece haber primado la sensatez o aquella famosa ley de equilibrio de que hablaba Martí.

Le escribí ese año 1982 dos cartas que no sé si llegaron a sus manos. Una en mayo, desde Nueva York, y otra en octubre, desde La Habana. No tengo copia de la primera, que fue manuscrita; y en la segunda le dije: «He sabido que te has visto enzarzado en alguna triste polémica. Triste de veras». Más no podía decirle sin lastimarlo —antes que ayudarlo— con cartas que provenían de la satanizada Cuba.²²

Me encontré con Ángel nuevamente en mayo de 1983, en París, donde se radicó luego de su exclusión de los Estados Unidos. Participamos entonces, según dije, en la reunión, convocada por nuestro común amigo Amos Segala (quien también había convocado la reunión genovesa del *Columbianum*, en 1965), en que se diseñó la Colección Archivos. Como era previsible, puesto que siempre ocurría, no solo coincidimos en unos puntos, sino también discrepamos en

Vitier y Fina García Marruz son citados como estímulos) me ratificó en la opinión de que Ángel, a partir de su alejamiento en 1971, dejó de tener con respecto a la cultura cubana la información copiosa que a él, lector voraz, lo caracterizara. Aunque debo reconocer que algunos de los textos que se habían publicado aquí a partir de aquel alejamiento no eran como para entusiasmarlo a él —ni a mí.

22 Aunque el proceso que llevó a la expulsión de Ángel de los Estados Unidos es bien conocido, no está de más releer las líneas justas en que Jorge Ruffinelli sintetizó aquel proceso: ver su «La ciudad letrada», anexo a «La carrera del crítico de fondo», en *Texto Crítico*, Nos. 31-32, enero-agosto de 1985, pp. 20-21.

otros: creo (¡sorpresa!) que esta vez tocantes a Sarmiento y Martí. Los que no nos conocían, y nos habían visto cruzar ideas con vehemencia, se sorprendieron al vernos salir de las reuniones conversando con toda cordialidad. Una noche, Marta Traba y él nos invitaron a cenar en su departamento. Estábamos (que yo recuerde) el argentino Damián Bayón, el brasileño Roberto Pontual, la venezolana Susana Rotker y Adelaida y yo: un conjunto latinoamericano cosmopolita muy del gusto de los raigales latinoamericanos cosmopolitas que fueron Ángel y Marta. Entre las cosas de que hablamos, se encontró la realización de un simposio en Managua sobre Martí, Darío y la nueva literatura latinoamericana y caribeña que al cabo se celebró en 1985, tras su muerte (y en camino al cual murió Alejandro Losada). Aquella noche fue la última vez que vi a Rama.

Muchísimas cosas perdimos con su desaparición, no obstante la enorme riqueza de lo que nos había dado, y de la que se habla en los trabajos del número 192 de *Casa* que antecedieron a esta desordenada evocación, la cual consideré mi deber hacer, por imperfecta que fuera, al rendirle homenaje. No puedo dejar de pensar que la Casa de las Américas, además, durante un largo e innecesario período se había perdido la cercanía personal de nuestro mayor crítico literario, un animador cultural que parecía una fuerza de la naturaleza, una criatura de excepción. Por supuesto, no siempre hubiéramos estado de acuerdo: más bien hubiéramos incrementado nuestras fértiles discusiones. Habían pasado solo tres años de haberse restañado (en lo que toca a la Casa toda) esa cercanía personal, cuando la muerte nos lo arrebató. Dicho sin una gota de retórica, su presencia no acaba, sin embargo, como no acaba la de pariguales suyos a los que ni siquiera llegamos

a ver, y que también nos orientarán y estimularán siempre: no en balde suele surgir constantemente, cuando se menciona con limpieza el nombre de Ángel Rama, el de otro maestro: Pedro Henríquez Ureña.²³ No concibo mayor homenaje —ni verdad mayor— que juntar sus memorias. El propio Ángel comprendió esa filiación cuando escribió en 1979 estas palabras con que voy a concluir, trenzando citas del uruguayo y el dominicano que son de todos los que creemos en nuestra América:

un día, descubrí en mi camino a Pedro Henríquez Ureña a quien no pude conocer, y sentí que él había dicho lo que confusamente había vivido y buscado: que nosotros los hombres latinoamericanos solo podemos existir con una viva conciencia utópica, si por ella se entiende la satisfacción de nuestros apetitos humanos y espirituales: «Dentro de nuestra utopía —decía él—, el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea; a

ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu».²⁴ Y comprendiendo, por haberla vivido a través de sus largos años en diversas patrias americanas, la aspiración a un universalismo que nada amputa a las energías vivas y creadoras de la nación, agregaba estas palabras que me siguen pareciendo válidas: «El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra y no la ajena le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y esa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio. La universalidad no es descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos».²⁴ 

23 Es útil recordar que en 1916 tropas estadounidenses arrojaron de la presidencia de la República Dominicana a un hombre digno que era el padre de Pedro Henríquez Ureña, quien no olvidó la afrenta, la cual pesó mucho en su vida. En una breve nota autobiográfica, póstuma, escribió: «Finalmente, a veces he escrito de política: por ejemplo, para defender a mi país contra coerciones injustas de fuera, en 1916 y años subsiguientes, o para declarar cómo concibo el compromiso moral de nuestra América en el futuro, “la utopía de América”»: P.H.U.: *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*, comp. y pról. de Juan Carlos Ghiano, Buenos Aires, 1976, p. xix.

24 A.R.: «Otra vez la utopía en el invierno de nuestro desconsuelo», cit. en nota 9, pp. 80-81. La independencia de criterio de Ángel se puso de manifiesto al discrepar también, llegado el caso, de su admiradísimo Henríquez Ureña (de quien compiló, junto con Rafael Gutiérrez Girardot, su mejor antología: *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978); ver, por ejemplo, de A.R.: «La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)», en *La crítica de la cultura en América Latina*, cit. en nota 1, p. 91.

III

Estás echada en la sombra
 humedeciendo la mano inicial
 Hay un jardín en vos
 ese jardín (estaba) para mí
 Floreceis entera para
 callamos con el mismo
 La noche va a ser
 por una espada
 Intercambiamos
 Ninguno de los
 hemos prom
 Nos vestimos
 Salís a la oscuridad
 Cuando voy a regresar
 echada en la
 Nunca partiste

Sorprendidos por la noticia del deceso de Roberto Fernández Retamar, queremos acercarle nuestro pésame. Su figura fue central en la renovación de los estudios literarios latinoamericanos, así como en otras áreas del pensamiento de nuestro Continente, y al día de

hoy su obra en la biblioteca de nuestro Instituto de Literatura Hispanoamericana es objeto de consulta frecuente y, en muchos casos, insoslayable. En mi nombre y en el de los miembros del Instituto que dirijo, quiero acompañarlos en este difícil momento.

FRANCISCO LÓPEZ SACHA

«Murió por traer el cielo». Ese epitafio, Roberto, lo mereces, para todos nosotros y para siempre*

Estimados amigos y amigas:
Quizá la cercanía de esta pérdida nos impida ver en profundidad la enormidad y estatura de Roberto Fernández Retamar, lo que ha perdido toda nuestra cultura, la gran familia del espíritu en este Continente, su familia toda y

sus amigos, las letras hispanoamericanas y la cultura latinoamericana que él conoció y defendió como nadie.

Desde muy joven, desde que publicara en 1950 *Elegía como un himno*, Roberto Fernández Retamar estaba innovando ya la poesía de este Continente. Y no solo la poesía, estaba reclamando un espacio histórico para la figura de Rubén

* Palabras leídas al ser arrojadas al mar las cenizas de R.F.R.

Martínez Villena y para la continuidad extraordinaria con los héroes que habían fundado el movimiento revolucionario de la década del treinta y en los cuales también él se vería, puesto que, desde muy joven, en la lucha contra la dictadura de Batista, Roberto Fernández Retamar formó parte del Movimiento de Resistencia Cívica. Y no solo formó parte de él, sino que arriesgó su vida por las ideas, por la poesía, por todo lo que creó en esos años cuando estuvo muy cerca de las grandes academias en los Estados Unidos y cuando vivió en París y siguió los cursos de Martinet y regresó con uno de los grandes libros del idioma que es *Idea de la estilística*.

Retamar ya era grande en ese instante y pudo dejar ese espacio porque tenía un deber que cumplir con la Revolución Cubana, de la cual fue Consejero Cultural en París de 1960 a 1965 y, más tarde, Secretario Ejecutivo de la Uneac al lado de Nicolás Guillén.

Con *Vuelta de la antigua esperanza*, el libro que de todas maneras cambió la lírica cubana, dejó el poema «*El otro*», que es el reclamo que él mismo hiciera para su propia vida y el reclamo que continuó en el desarrollo de su extraordinaria participación en el movimiento intelectual y político cubano de los primeros años de la Revolución.

En 1965 se hizo cargo de *Casa de las Américas* y la convirtió en la primera revista del idioma, en una de las grandes revistas que todavía existe y que lleva su impronta, su sello y su personalidad.

Así mismo, participó junto con Julio García Espinosa en la guerra de Viet Nam y escribió el *Cuaderno paralelo*, y estuvo bajo los bombardeos cuando García Espinosa filmara *Tercer Mundo, tercera Guerra Mundial*. Ya entonces había publicado uno de los grandes ensayos, *Ensayo de otro mundo*, una mirada nueva sobre

José Martí, de quien fuera un conocedor absoluto y un hombre que viviera bajo la ética de su pensamiento preclaro.

No hay duda de que Roberto Fernández Retamar con *Caliban* alcanzó una cota de elevada estatura en la ensayística continental. *Caliban* demostró nuestra condición de latinoamericanos y probó, basándose en *La tempestad*, de Shakespeare, que teníamos una personalidad, un mundo, un espíritu y una identidad que nadie nos podía robar.

Retamar más tarde inició los estudios filológicos para nuestra cultura con ese libro extraordinario que se llama *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, donde demostró que los ejemplos de la literatura en sí son los que se toman en cuenta para formular una teoría. Bajo ese principio, rechazó el mundo eurocéntrico y se concentró en la relación entre el idioma, la realidad y el mundo hispanoamericano que ya tenía obras maestras, modelos y paradigmas a seguir en el campo literario.

Se hizo cargo de la Casa de las Américas, fundó el Centro de Estudios Martianos y al mismo tiempo fue miembro activo del Consejo de Estado de la República de Cuba, de modo que fue también un gran político.

No podemos olvidar su cercanía con la poesía y la literatura de los jóvenes; la cercanía extraordinaria que tuvo con Haydee Santamaría; y el rasgo esencial que lo distinguió, que fue la defensa de todos los principios fundamentales de la literatura cubana contemporánea y de la literatura que nuestro Continente estaba produciendo, y no solo la literatura, la plástica, la música y el cine; todas las obras que pudo realizar; todos los premios que recibió, de los cuales se sentía modestamente merecedor y que le llevaron a

la cúspide del idioma como pensador, poeta, humanista y escritor.

Nos dejó un testimonio muy grande en uno de los poemas que cita la propia *Casa de las Américas*: «Sería bueno merecer este epitafio».

*Puso a disposición de los hombres lo que tenía
/ de inteligencia
(Poco o mucho, pues no es de eso de lo que se trata),
Y quedan por ahí algunos papeles y algunas
/ ideas y algunos amigos
(Y quizás hasta algunos alumnos, aunque esto
/ es más dudoso)
Que podrán dar fe de ello.
Les entregó lo que tenía de coraje
(Poco o mucho, pues tampoco es de eso de lo
/ que se trata).
No faltará algo o alguien
Que pueda verificarlo.
Se sabe que deploró de veras no haber estado
/ la madrugada de aquel 26 entre los
/ atacantes al cuartel,
No haber venido en aquel yate,
No haberse alzado en la montaña.
No haber sido, en fin, de los elegidos.
Pero, como se ve
(Espero que el epitafio pueda llevar esta oración
/ sin forzar la realidad),*

*Hizo su parte, llegado el momento.
Se sabe también que lamentó no haber escrito
«Nuestra América», Trilce, El 18 Brumario
(¿Para qué hablar del Capital?)*

*Aunque tú, lector, recuerdas
Probablemente
(Sobre este adverbio no debe insistirse mucho)
Aquella página.
Se equivocó más de una vez, y quiso sinceramente
/ hacerlo mejor.
Acertó, y vio que acertar tampoco era gran cosa.
De todas maneras, llegado al final, declaró que
/ volvería a empezar si lo dejaran
De él en vida se dijo bien y mal, y con los años,
/ esos en los que
Todo se va borrando y confundiendo,
No faltará quien lo mencione de modo que lo
/ hubiera complacido,
Mezclando su nombre con otros nombres,
/ bajo el epígrafe revolución.*

Mi amigo Yoel Mesa le robó uno de sus versos:
Yo quisiera merecer este epitafio, cuando vio un papalote deshilachado sobre el tendido eléctrico. Y escribió: *Murió por traer el cielo*. Ese epitafio, Roberto, lo mereces, para todos nosotros y para siempre. Muchas gracias.

Nosotros, los sobrevivientes

«Cuando me lo contaron, sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas...».

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

«A caba de fallecer papá», me escribió ayer su hija, Laidi —mi amiga, mi hermana. Se nos fue un poeta. El mundo se va a poner mucho más frío. Una vez me dijo mi amigo Tito Cossa, que uno no se muere de una vez, sino que se va muriendo a pedazos. Este es uno de esos momentos en que uno siente que el ser querido es el muerto que se va y uno es el muerto que se queda. Con Roberto Fernández Retamar se va un pedazo muy importante de mi vida. Desde aquel lejano encuentro que tuvimos hace más de treinta años —y en el que, como él puso en la dedicatoria a uno de sus libros, descubrimos que sin saberlo hasta entonces, éramos de la misma familia—, el tiempo no ha hecho otra cosa que hacer más fuerte y bella y verdadera nuestra amistad.

Mi primer encuentro con él fue gracias a Javier Villafañe, cuando mis padres viajaron por primera vez a Cuba, en 1985. Llevaron una carta escrita por Javier. Recuerdo cuando Javier la escribió. Fue en la cocina de nuestra casa —que, por entonces, también era la suya—, en un momento interrumpió la escritura de la carta

para salir a la calle. Al rato, volvió con una hoja de árbol, amarillenta, nervuda, mordida por la intemperie. Le pidió una cinta *scotch* a mi mamá, y la pegó en el papel. «Te mando un pedazo de otoño de La Plata», puso, reanudando la carta. A esa carta, Javier agregó dos poemas míos, que al tiempo, con la alegría que deben sentir los que ganan un Premio Nobel, vi publicados en la revista *Casa de las Américas*. Hace menos de un mes, trabajando en los archivos de la Casa de las Américas en un nuevo libro sobre Roberto, volví a encontrarme esa carta, ante la cual no pude demorarme, por miedo a estas lágrimas que ahora no puedo ni quiero detener.

Conocí muy pocos poetas tan dotados para el pensamiento como él. Conocí muy pocos pensadores capaces de tanta poesía. Dije pocos, debí decir ningún otro. Tenía la rarísima virtud de ser genialmente honrado. Un revolucionario que nunca jubiló su sentido crítico, porque sentía, desde lo más hondo de sus entrañas, que ese es el más irrevocable imperativo de un intelectual de izquierda: no confundir el espíritu de la Revolución con el Espíritu Santo.

Abelardo Castillo —quien tanto lo admiró y lo quiso— dijo alguna vez: «La verdad no está en las palabras que escribimos. La verdad está en la conducta que nos da (o nos quita) el derecho

a escribir ciertas palabras». Para Roberto Fernández Retamar la literatura no era un juego de variaciones hábiles y sorprendentes, sino parte de un inexcusable compromiso humano para transformar el mundo, para que la humanidad sea de veras un poco más humana. Jamás tuvo la pedantería de tanto plumífero de creer que con un verso se puede derogar la injusticia humana, pero jamás cayó en la frivolidad de declarar con estruendo la inutilidad de la literatura. Toda su vida la consagró para que la poesía y el pan fueran de todos, para salvar la ternura para todos y decir con Lautréamont: «Saca de encima tu asqueroso hocico, oh mundo». Para él la defensa de la poesía era inescindible de su defensa de esa Revolución con la que se comprometió lúcida-mente, con la honda certeza de estar peleando por la vida.

Todo esto que llevo escrito expresa muy pobremente lo que Roberto significa en la sublevada historia de nuestro Continente. Porque en momentos como este, la única palabra justa es la que no existe.

Canceló voluntariamente una brillante carrera universitaria en Yale —teniendo menos de treinta años—, para sumarse a la primera línea de fuego en la construcción de una Revolución atacada por el imperio cuya sede está a escasas noventa millas. Esa revolución que la perversión lingüística del Poder identificó con una «dictadura», pero de la que tienen mucho que aprender las llamadas «democracias» si es que de veras quieren serlo, y no terminar convirtiendo la palabra «democracia» en una ilusión gramatical, una palabra degradada a sonido vacío. Un fósil lingüístico. Roberto, fascinado por la poesía que entraña la Revolución, fue fiel a ella hasta la última gota de su sangre, hasta el último há-

lito de su aliento. Nunca se puso el bonete en la fiesta de los arrepentidos, y aceptó pagar con gallardía y una entereza moral inmovible, el precio de ser un revolucionario. No le importó que el costo de esa opción fuera renunciar a los mayores premios literarios que legítimamente podría haber obtenido si hubiera tomado distancia de la siempre molesta Revolución Cubana, traicionando y traicionándose, mudando de piel como tantos ejemplos nos ofrece el serpentario de la intelectualidad mundial.

Cuando fui a verlo, hace unas pocas semanas, uno de los regalos que le llevé fue *Inglaterra. Una fábula*, de Leopoldo Brizuela —¡ay, cómo quisiera que hubiera otra vida y en ella se encontraran y conversaran apasionadamente y luego de unas cuantas copas se fueran juntos a ver a María Elena Walsh!—, porque en esa novela aparece Caliban como personaje. Ese Caliban que él erigió para siempre como símbolo de esta América que se obstina en seguir siendo ella misma, única en su diversidad, entera en sus sueños. Roberto Fernández Retamar se fue, ¡qué ganas tremendas de gritarle en la cara a esa grandísima puta: «YA BASTA. ¡No me cabe un solo muerto más en el alma!».

No faltará el obtuso que diga que a un revolucionario no se le llora. No lloro por él sino por la soledad en que nos quedamos. Pero sé que cuando acabe de llorar, voy a sonreír por todo lo que nos dejó, porque este vacío —que ahora parece un abismo— se va a llenar con el recuerdo de los muchos momentos de honda amistad que compartimos, de las historias que nadie sino él era capaz de contar. Y, sobre todo, de sus libros: alumbradores, inagotables, que siempre nos dejan la necesidad de volver a pensar lo ya pensado y nos ponen una canción en los labios.

Lo que quiero decir está mucho más allá de lo que las palabras pueden decir. Roberto se parecía a todos los que amaba: Martí, Che, Martínez Estrada. Se les parecía en eso de ser tan él que no se parecía a nadie. Recuerdo esa plegaria de Rilke: «Señor, concede a cada cual su propia muerte». La muerte que le fue concedida a este hombre es la de los que eligen la lucidez de vivir rebelados. Como el Che, siempre sintió bajo sus talones el costillar de Rocinante y volvió a los caminos con la adarga al brazo a enfrentar del otro lado del horizonte a

los que se agigantan contra los débiles, a los esclavistas, a los cínicos bachilleres y a los hechiceros de la injusticia. «El Quijote del Caribe» se llama la película que hicimos con Raqui Ruiz y Osqui Aguerre, el Quijote le seguirá clavando la espuela a Rocinante y ni los mil molinos de viento de la muerte podrán detener a este caballero andante.

Un poeta guerrillero checo, al que mataron los nazis, dejó escrito: «Recuérdeme siempre en nombre de la alegría». Eso haremos, amigo. Te lo prometo.



Con Rafael Alberti en 1991



Con Eduardo Galeano y Patricia Ariza en el Premio Casa de 1989



Con Eduardo Heras León y Silvio Rodríguez, 1996

Lleva la revista *Casa* en sus manos

Siempre he sospechado que todo recuerdo, a la hora de su evocación en diálogo o en palabra escrita, resulta «elusivo como un pez de tinieblas» —para decirlo con la frase inaugural de un relato que es joya olvidada de la literatura cubana, *Elogio de Marco Polo*, de Félix Pita Rodríguez. Allí, su autor, en busca de los derroteros que signan la historia del célebre viajero veneciano (en labor mucho más afanosa que la mía en estas líneas), advierte, a propósito del esquivo pez aludido, que «si perseguir sombras lejanas es siempre una agonía con engañosas intermitencias, ir tras él apartando nubes, echando a un lado horizontes, exprimiendo distancias para lograr una gota de apariencia de verdad, es agonía mayor». Es así como en pos de «perseguir sombras lejanas», tres recuerdos, entre otros, me conmueven particularmente al escribir sobre Roberto Fernández Retamar.

I.

Eran los finales de 1977, en Santiago de Cuba, a la sombra de unas jornadas de lecturas y encuentros organizadas por el Taller Cultural que dirigía el poeta Luis Díaz, en su acogedora sede del reparto Vista Alegre, cuando conocí personalmente a Roberto Fernández Retamar. Aunque, tal vez para ser más exacto pero de otra manera, ya

le conocía por su *Poesía reunida, 1948-1965*, en Bolsilibros Unión. Hay allí poemas cuya lectura, desde entonces, me lleva al filo de la emoción más puntual (con el paso del tiempo, nuevos libros suyos me traerían similar estado con nuevos poemas); posibilidad de estaciones que afirman sus ardores en inventario de imágenes, donde la memoria y el mito, la poesía y el amor, el paisaje y la historia, se entrelazan en tejido de sugerencias para hechizo y linaje de la lengua española: «Bienaventuranza del idioma», «En el mar, Ítaca»; «La adoración de los reyes»; «Súplica del ciego»; «Lezama persona»; «El fuego junto al mar»; «Le preguntaron por los persas»... Si rememoro aquella fecha lo debo a otro libro suyo, recién publicado entonces en la colección Manjuarí de Ediciones Unión, *Circunstancia de poesía*: fue el primero que tuve dedicado por él y con el añadido de que ahora, al revisitar sus «versos» —término que el poeta elegiría en 1999 para titular una exhaustiva selección de su obra—, vuelvo al poema «Si quiere un tonto saber», cuya precisa y sostenida belleza no deja de cautivarme desde la noche lejana cuando lo escuché en su propia voz, en un recital santiaguero:

Algo que nunca olvido de aquella ocasión: el poeta traía consigo solo un ejemplar de su nuevo título, que todavía no circulaba. Luis Díaz me

hizo un gesto con la mano derecha y me acerqué: «Ven, Marrón, para presentarte a Retamar». Tras el saludo, casi de inmediato le comenté de los poemas suyos que yo había leído; para añadir ahora la impresión que me había dejado «Si quiere un tonto saber». Enseguida le dije: «¿Cuándo estará en librerías?». Y su respuesta tajante: «Apúntame tu dirección, que te lo hago llegar». Unas semanas después, recibí *Circunstancia de poesía* con su dedicatoria: «Para Marrón, esta Circunstancia con el poema cuya lectura tanto ha preferido. Retamar».

A partir de aquel instante y hasta la noche del miércoles 24 de octubre de 2018 —cuando le vi por última vez al visitarlo en compañía de la escritora Lourdes González, en su hogar de la calle H, entre 21 y 23 en El Vedado, ya enfermo y en silla de ruedas, su quijotesca altura, con brío de palabra y agudeza de juicio en plenitudes indoblegables (arropado por el cariño de su hija Laidi y su yerno Valladares, quienes saben convertir un momento hospitalario en placentera eternidad)—, transcurren poco más de cuarenta años que suman otras dedicatorias, numerosos encuentros, conversaciones telefónicas, mensajes cruzados por correo electrónico y muchos diálogos vivificantes, no pocas veces anidados en gratas sorpresas a la hora de la literatura y la amistad: algunos inolvidables momentos compartidos me resultan los días de la Feria del Libro dedicada a él en 2003, primero en La Habana y luego durante su programación en Holguín, marcadamente, un dilatado y sustancial coloquio que sostuvimos el escritor Manuel García Verdecia y yo con él, un atardecer entre mojitos en el bar Plyzka del hotel Pernik; las Semanas de Autor de la Casa de las Américas en las que he participado —su presencia siempre en la primera fila del públi-

co—, en aquellas jornadas dedicadas a William Ospina, Juan Villoro y Rodrigo Rey Rosa; y el cumpleaños noventa del poeta Gonzalo Rojas en Santiago de Chile, la primavera austral de 2007. Él y su esposa Adelaida con tantos amigos en la celebración... Un tiempo que, curiosamente, se cierra con otro libro y otra dedicatoria aquella noche de octubre: *De una pluma de faisán*, los poemas suyos sobre poetas, una edición del sello Cauce, de Pinar del Río. Y sus palabras en la primera página, con tinta negra el trazo fugaz: «A Eugenio, con el abrazo de siempre, Roberto».

II.

La llamada de Jorge Fornet, un día de la primavera de 2015, me convida una vez más a participar en la Semana de Autor el venidero noviembre, esta vez dedicada a Rodrigo Rey Rosa, cuya narrativa yo había descubierto en ómnibus de Barcelona a Santander, a finales de otra primavera, en 2002. Entre Cataluña y Cantabria, los paisajes alternados de las masías entre frondas, con los tejados a dos pendientes y horizontales a la fachada, más allá de la autopista; las riberas del Ebro en el dilatado valle zaragozano; y las montañas de verde intenso a las puertas de Bilbao, empapadas en lluvia sin sosiego; cobijaban mi encuentro con personajes de violenta y parca intensidad en las selvas de Guatemala, historias infrecuentes con prosa de altos quilates y calado poético en dos libros de relatos publicados por Seix Barral, *El cuchillo del mendigo / El agua quieta* y *Cárcel de árboles / El salvador de buques*. «Así fue como leí por primera vez a Rodrigo Rey Rosa», le comento a Roberto Fernández Retamar esa mañana de septiembre de 2015, en su oficina de la Casa de las Américas, a donde he ido para recoger un número reciente

de la revista *Casa* que incluye «La segunda sepultura», un testimonio del escritor guatemalteco sobre los infiernos sucesivos en su país, y de cara al texto que he comenzado a escribir sobre su obra. Como siempre, un encuentro con Roberto —cuya cordialidad y atención siempre revalidan el antiguo y acendrado afecto que siento por él— es parcela que conduce a los senderos más disímiles a la hora de la literatura; y esa vez le cuento que una reciente relectura de *Caliban* me ha descubierto otro ángulo para valorar: el de que también su célebre ensayo puede aceptar, como clave exegética, lo viable de un diálogo entre Don Quijote y Hamlet bajo el cielo del Caribe. «Pues la verdad es que no había pensado en eso» —dice—, «tu idea es intrépida y tentadora, me gusta».

Y a propósito de Rey Rosa, volvemos a los predios de Guatemala, transitando por recuerdos suyos sobre Monterroso —«tenía una ingeniosidad deslumbrante, Tito era inagotable»—; Cardoza y Aragón —«Fíjate en *El río*, esas memorias con tan excelente subtítulo de *novelas de caballería*, ¿verdad?, y aquel bello libro de *Guatemala, las líneas de su mano*, que publicamos aquí en la Casa en los años sesenta»—; Asturias —«más que *El señor presidente* prefiero sus *Leyendas de Guatemala*»—; y, claro, Galich con *Nuestros primeros padres* —«el *Popol Vuh* y *Anales de los cakchiqueles* tienen influencia de los toltecas, hay allí un capítulo muy bueno sobre eso», comenta ante mi curiosidad al calor de los relatos de Rey Rosa. De aquellos ascendientes remotos viene un salto a los otros, los recientes, propiciado por «Mi padre el cartaginés», conmovedor testimonio de Juan Villoro, hijo y escritor, sobre Luis Villoro, padre y filósofo, incluido en la selección *Espejo retrovisor* que

publicara la Casa. «Un retrato emocionante de la condición de hijo bien llevada, para incluirse en una antología mayor», me dice, e inquiero: «¿A qué antología te refieres, Roberto?». Su respuesta resulta un convite: «A una antología que se podría hacer sobre el padre visto por narradores latinoamericanos». De inmediato pienso en nombres con tal tema muy definido en novelas y relatos: Arguedas, Guimarães Rosa, Lezama Lima, Onetti, Rulfo, Sábato, Vargas Llosa... Así le apunto y añado rápido: «Pero de novelistas solamente, no: de poetas también, porque ahí incluiríamos “¿Y Fernández?”». Su risa impecable da paso a su afirmación tajante: «Si de poetas y padres se trata, ahí tenemos en primer lugar a Borges, ¿o no vamos a incluir “A mi padre”?». Lo veo encandilado y de inmediato se despliega cual *Funes el memorioso*: «*Tú quisiste morir enteramente, /La carne y la gran alma. Tú quisiste /Entrar en la otra sombra sin la triste /Plegaria del medroso y del doliente...*». Y tras el poema le digo: «Pues la verdad es que, si me permites, va y hacemos la antología entre los dos». De nuevo su sonrisa: «Pues sí, va y la hacemos».

III.

En el verano de 1983, las oficinas de la dirección y redacción del periódico *Ahora*, en Holguín, aún no se habían trasladado desde la esquina de las calles Rastro y Frexes en el casco histórico de la ciudad (donde también estaban los talleres de composición y rotativas), al gigantesco Combinado Poligráfico, cuyas obras por entonces estaban próximas a concluirse en las zonas de extrarradio que hoy, casi cuarenta años después, ya forman parte de una urbe muy crecida. En su vieja sede, casi al frente las orillas de un riachuelo y con una heladería al otro lado de

una esquina, eran habituales las peñas literarias formales o informales, lo mismo unas mañanas con programa ya establecido que unas tardes o noches con algo imprevisto, esto último con agradables sorpresas, como la vez que Roberto, allá por octubre de 1982, venía de Bayamo y haría noche en Holguín para continuar a La Habana en vuelo al día siguiente, vuelo que un ciclón aplazó por tres días; tres días inagotables en gozo de tertulias con creces, que incluyeron lecturas improvisadas como la de una noche en la sala de redacción, cuando leyó, para electrizar el ambiente, los versos dolientes y magníficos de «A la enamorada desconocida», «Juana», «¿Y Fernández?» y «Balada de los regalos», para cerrar con la apoteosis que resultaba escuchar en su voz esa suerte de cántico legendario, «Felices los normales», que desde muy jóvenes nos acompañaba a los de mi generación —daban ganas de preguntarse, como cuando «un hombre pasa con un pan al hombro» en uno de los *Poemas humanos* de Vallejo: «¿Cómo, escribir, después, del infinito?».

Fue en la redacción del periódico, donde yo me desempeñaba como reportero en su página cultural, que un año después recibí una llamada de Roberto; Laidi, su hija menor, ya en la recta final de la carrera de Medicina, se casaba y venía a pasar la luna de miel a la playa de Guardalavaca: «Eugenio, quiero pedirte un favor: que la acompañes y los encamines al hotel». De inmediato se lo dije al veterano jefe de

redacción, Elías «Cuqui» Pavón, quien apreciaba mucho a Roberto: «Elías» —me gustaba llamarlo por su nombre de profeta, porque en verdad lo era a la hora del periodismo y sus interioridades más insospechadas—, «hace falta ayudar a Roberto...». Encendiendo uno de sus cigarrillos constantes, me soltó la interrogación: «¿De qué Roberto me hablas?» y le respondo: «De Roberto Fernán...». No me dejó terminar el apellido: «Dime ahora mismo qué hace falta para nuestro amigo el poeta»... Así las cosas, el Peugeot rojo carmesí de Cuqui Pavón iba a servir para cumplir con tan afectuoso encargo. Pero surgió una duda casi al borde del viaje de los recién casados: yo no conocía a la hija de Roberto, ¿cómo la identificaría a su arribo al aeropuerto? Lo llamé a su hogar y no estaba, lo llamé a la Casa de las Américas y tampoco: le dejé el recado, el tiempo pronto a correr; el vuelo arribaba sobre las cuatro de la tarde.

Estaba sentado en la redacción y el timbre del teléfono suena. El diseñador Ángel Quintana descuelga, escucha, me lo entrega: «Marrón, te llama Retamar». Tomo el auricular: «Roberto, te dejé recado en la Casa de las Américas»... Y entonces sus palabras en esa llamada, que sería lo primero en recordar, muchos años después, frente a la noticia de su muerte y a la tristeza que ahora he querido conjurar con un puñado de recuerdos: «Lleva la revista *Casa* en sus manos».

Holguín, y agosto de 2019

TOÑO MARTORELL

Queridas caseras y caseros:
Hemos perdido a nuestro Casero Mayor y su ausencia puebla su querido Caribe. Los boricuas de aquí y de allá tienen muy presente a Roberto Fernández Retamar. En su poesía y prosa nos vemos reflejados como en este mar

que nos une y aquel mal que nos separa. Sin necesidad de ascensor, sin duda, nuestro amigo asciende y trasciende ahora a dimensiones desconocidas. Es cuestión de apretar la marcha, el botón y esperar.

Un gran abrazo.

ROBERTO MÉNDEZ

Quierida Laidi:
En este instante acabo de recibir la noticia de que Roberto —el tocayo, como acostumbábamos a llamarnos— ha dejado de ser una presencia física que mi fe me impide creer que sea muerte definitiva. De todos modos, ese tránsito me ha resultado hartamente conmovedor. Han acudido a mi memoria sus palabras de aliento en el lejano año 1976 cuando una trabajadora de la Casa le hizo llegar algunos de mis poemas de adolescencia. Más recientemente, preparar sus páginas escogidas para Ayacucho me causó muchas noches de insomnio por lo que entonces consideré que eran exigencias extremas y ahora veo como el mejor curso de edición que alguien puede pasar. No voy a olvidar su especial sentido del humor en el ambiente académico y una Feria del Libro en Holguín que mi esposa y yo disfrutamos junto a él y Adelaida.

La última vez que tuvimos contacto fue porque me llamó para que localizara un texto martiano en las *Obras Completas* y le diera la referencia exacta. Como siempre, seguía defendiendo la precisión y la elegancia intelectual, así como en tiempos de poetas desaharrados exhibía una asombrosa pulcritud en su vestuario.

Ya es lugar común esa afirmación de que «vive entre nosotros», para mí es más preciso asegurar que está donde no acertamos a definir y desde allí, como Adelaida y tantos seres queridos, es una presencia tutelar que nos acompaña el resto de nuestras jornadas.

No te ofrezco «el pésame», sino la alegría de haber compartido de otro modo su paternidad, y mi aprecio por ti, aunque nos veamos poco y yo permanezca tercamente en la penumbra familiar sin asomarme apenas a la vida literaria.

Un fuerte abrazo.

Una rosa para Retamar*

En unos conocidos versos hablaba Miguel Hernández de la herida que nos abre la muerte de un poeta. Y es que la poesía es esa sustancia intangible que nos construye como seres humanos y como pueblos. Esa herida se renueva ahora con la reciente pérdida del poeta cubano Roberto Fernández Retamar, cuyos versos y ensayos lo han convertido, desde hace mucho, en un clásico de las letras hispanoamericanas, más allá del contexto que le tocó vivir.

Del mismo modo que la Generación del 27 acogió en su momento a ese hermano menor que fue Hernández, también el talento precoz de Retamar llegó a la poesía acogido por un grupo mítico, Orígenes, y sus principales voces: Lezama Lima enalteció su universalidad, Fina García Marruz habló de su «rara ventura» para el poema amoroso, y Cintio Vitier aclamó sus elegías, «que solo una ternura como la suya podría sustentar». El Premio Nacional de Poesía, conquistado en 1952 por aquel muchacho de apenas veintidós años, daba fe de esa revelación temprana. Y la promesa cristalizó después en una andadura de casi setenta años, destilada desde un sólido conocimiento de la tradición hispánica de las dos orillas: Garcilaso y san Juan de la Cruz, José Martí y César Vallejo, Antonio Machado y Rubén Darío.

Investida de una transparencia y musicalidad que le son connaturales, esa poética evoluciona hacia lo conversacional desde los años sesenta, y se hermana con la de grandes compañeros de generación y de amistad: Juan Gelman, José Emilio Pacheco, Mario Benedetti, Ernesto Cardenal... Todos ellos, por cierto, reconocidos –a veces muy tarde, sí– por premios para los que Retamar no fue afortunado. Y no es que no se solicitaran: desde muchas universidades españolas, y también las de Cagliari, Poitiers, Sassari, Roma, Padua o Budapest, entre otras, se insistió en proponerlo a los galardones más relevantes, pero no hubo suerte: se imponía la política. Es curioso, porque su poesía es ajena a servidumbres ideológicas, y constante en su profesión de humanismo. La historia se ha repetido muchas veces: aún nos rasgamos las vestiduras porque Jorge Luis Borges –por cierto, uno de los referentes de Retamar– no recibió los premios que merecía, a causa de sus ideas. Pero no puede evitarse que cada artista sea hijo de su tiempo, y por fortuna la gran poesía permanece más allá de todo eso. Y la obra de Retamar, difundida en innumerables países y saludada desde las universidades de Europa y América, forma ya parte indispensable del patrimonio de las literaturas hispánicas desde hace décadas.

En uno de sus poemas más hermosos, dedicado a Sor Juana Inés de la Cruz, Retamar habla de

* Publicado originalmente en el diario español *El País*.

ese fuego imborrable que es su legado: «¿*Qué podría el agua / contra tu devorante alfabeto de llamas? [...]. Quema aún como entonces –hace años, hace siglos–*». Es misteriosa la ciencia del tiempo y la palabra. Puede hacer pervivir esa criatura fugaz que se llama poesía. También puede tender puentes sobre las heridas abiertas por la historia en mitad de un país. O puede volver a hacer vibrar y respirar a aquellos que

se llevó la muerte terrena, como en los versos que Retamar le dedica a Rilke: «*Registro viejos papeles amados y escojo estas rosas / Escritas por la mano absoluta del poeta. / Luego sería la rosa final, la de la espina*». Desde tiempos antiguos esa flor es emblema de la poesía y su fragilidad perdurable: vaya hoy también una rosa para Roberto Fernández Retamar como justo tributo hacia su obra, *in memoriam*.

MARIO ROBERTO MORALES

Un intelectual orgánico ejemplar*

El sábado 20 de julio murió en La Habana Roberto Fernández Retamar, a los ochenta y nueve años de edad. Era presidente de la Casa de las Américas, Premio Nacional de Literatura y miembro de la Academia Cubana de la Lengua, además de un poeta y ensayista básico para la América Latina, así como un ejemplar intelectual orgánico de la Revolución, tanto en el frente político como en el cultural y el diplomático. Ensayos suyos como *Caliban* y *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, además de sus innumerables análisis sobre la

cultura de este Continente en el contexto de las luchas populares emancipadoras, constituyeron un saludable contrapunto frente a la torrencial producción libresca poscolonial y posmoderna que sobre nuestra América disemina el culturalismo neoliberal y sus modas, basadas en la financiada victimización de la subalternidad y en el narcisismo autorreferencial de sus «teóricos» de oficio.

El latinoamericanismo bolivariano y martiano que, según afirmaba el propio Roberto, la Casa de las Américas e intelectuales como él le debían a nuestro Manuel Galich, cobraba renovada vida en sus ensayos, jamás contaminados de las modas académicas que ahora han desembocado en ciertos purismos descoloniales que se alejan de la

*Publicado originalmente en el diario *elPeriódico*, de Guatemala.

sensatez crítica que dio origen a este desarrollo del poscolonialismo y el subalternismo, sobre todo en las vertientes de estos que jamás antepusieron la cultura a la clase social como criterio de análisis de la lucha emancipadora de los pueblos.

Conocí a Roberto en la Nicaragua sandinista de principios de los años ochenta del siglo pasado, a donde llegaba junto a inmensos poetas y cultores cubanos como Cintio Vitier, Eliseo Diego y Fina García Marruz, entre otros. En Managua conversamos sobre Darío, Martí y las luchas de los pueblos de nuestra América. Nos vimos en La Habana en el 2013, cuando estuve en Cuba como jurado del certamen literario de la Casa de las Américas, y conversamos por última vez en La Habana, en el 2016, a donde llegué como parte de una delegación de la Escuela de

Ciencia Política de la Usac, para concretar convenios de intercambio académico y cultural. A su *Caliban* y a *Ese sol del mundo moral*, un libro de Cintio que su autor me regaló una mañana en el Hotel Intercontinental, de Managua, les debo en parte mi fervor bolivariano y martiano, y mi irrenunciable radicalidad latinoamericanista. Gracias infinitas por eso.

Qué decir ante la partida de Roberto, sino que la Revolución Cubana y nuestra América heredan de él un sólido legado crítico frente a la esquizofrenia ideológica del culturalismo neoliberal. Y que tanto él como Cintio son en la cultura lo que Fidel y el Che son para la lucha emancipadora de los pueblos.^o

Desde la «Guatemala nuestra» que bien nombró Juan Marinello, honor a su memoria.

FREDDY ÑÁÑEZ

Hace dos días recibí la revista *Casa*. Cada vez que sucede con su puntualidad poética pienso que el heroísmo es algo cotidiano como el mismo asombro. Dos caras de lo posible. Y viajo en segundos por la historia de nuestros pueblos para regresar más henchido de orgullo por lo que somos capaces de hacer. Ustedes desde la Casa de las Américas, en Cuba, nosotros desde donde estemos. Dos días después recibo la triste noticia de la partida de Retamar: un inmenso sobre lleno de presencia y de vacío. Sentí

por supuesto dolor y sentí, misteriosamente, que un destino estaba cumplido. Las palabras que deja nuestro anfitrión, nuestro padre Caliban, son flechas detenidas en el tiempo que siguen alargando su vida con las posibilidades que deja intactas en la poesía y en la pura presencia Ética.

No les voy a hablar a ustedes de tristeza, ni de ausencia. Solo quería escribir este abrazo sobre esa falacia que llaman distancia y muerte.

Se les quiere. Y habrá futuro para seguir los pasos del gran Roberto Fernández Retamar.

Nuestra América está de luto

Nuestra América ha perdido a uno de sus intelectuales más lúcidos y aguerridos: Roberto Fernández Retamar (La Habana, 1930-2019), poeta intenso y planetario, ensayista preclaro sobre temas literarios, artísticos y en especial sobre el proceso de descolonización cultural, con su paradigmático *Caliban*. La Revolución Cubana contó con él desde sus inicios, en diversos frentes de combate, y se sabe de su entrega generosa en cada una de sus actividades.

Mención aparte merece su labor infatigable al frente de la Casa de las Américas, la institución de mayor prestigio cultural en nuestro Continente, fundada por Haydee Santamaría, la heroína inolvidable. Entre sus preocupaciones y simpatías más íntimas, Roberto Fernández Retamar nunca quiso disimular su vivo interés por la difusión de las

obras de Mariátegui, Vallejo y Arguedas, mediante congresos, seminarios, coloquios y publicaciones para compartir, desde Cuba, la espléndida obra de nuestros insignes ideólogos, poetas y narradores.

El Capítulo Peruano de la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad, sobreponiéndose al duelo por el compañero caído, sabe bien que Roberto Fernández Retamar, profesor honorario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, venciendo su proverbial y vallejiana modestia diría, como nuestro poeta nacional, que siempre combatió: «Como un hombre que soy y que he sufrido».

Tan solo, a manera de consuelo, podemos decir, ahora, que «[s]u cadáver estaba lleno de mundo».

Lima, 20 de julio de 2019

ANA PIZARRO

Los acompaño con una tristeza muy grande, por ustedes, la Casa de las Américas, por el país, por el Continente, por mí misma. Líder del pensamiento anticolonial, nos deja con un sentimiento de orfandad.

Gran poeta nos lega una visión estética de la vida. Enorme pensador, nos lega un icono de valentía y creatividad en defensa de la América Latina. Amigo entrañable, me deja el dolor de su partida, que experimento con todo mi cariño.

Elegía

En 1950 aparecía *Elegía como un himno*, un manojo de versos tan pequeño que cabía en la palma de una mano. Había nacido Roberto Fernández Retamar, un poeta veinteañero. Estaba dejando su primera huella, a la vez que asumía un destino, el suyo, el de un país, el de una historia, a los que nunca habría de renunciar. El libro bautismal rendía homenaje a Rubén Martínez Villena, nombre respetado, pero que no estaba muy de moda de resacas macartistas. Esta propuesta iniciática preludiaba una extensa y renovadora obra de poesía y pensamiento imbricados. La alegría del autor ante su estreno en letra impresa fue también la mía. Éramos compañeros de estudio. Casi siempre sentados en pupitres vecinos, Roberto me pasaba los poemas que iba anotando en el curso de ciertas clases, particularmente aburridas. Nos habíamos conocido algo antes, cuando, estudiante de bachillerato, yo meditaba acerca de la selección de mi futura carrera universitaria. Lector insaciable, sensible a las artes visuales y a la música, Roberto unía a su curiosidad por las obras, el deseo de conocer a los autores. Una mañana, valido de su amistad con el pintor Víctor Manuel, se presentó en mi casa, centro de los que el poeta llamaría más tarde, algo en broma, el «peñapobrismo», espacio de intercambio de ideas en nuestro pequeño apartamento de la Habana Vieja. Después de

complacer a Víctor con su acostumbrado lager, comenté con el joven visitante mis deseos de estudiar arquitectura. Casualmente, Roberto acababa de abandonar la carrera y me persuadió de no cometer su error. Así, apenas conocido, el muchacho delgado, con rasgos que marcaban todavía el tránsito de la adolescencia a la juventud, camisas de mangas cortas y pantalones algo anchos, entró de manera decisiva en mi vida. No podíamos adivinarlo en esa mañana calurosa de la calle Peña Pobre. Comenzaba una existencia compartida en el estudio, en el aprendizaje de la vida política universitaria y en el andar juntos a través de los hermosos y ásperos días de la Revolución. Ahora, cuando me habrá de faltar su cálida y bien timbrada voz, me espanta la dimensión de la deuda contraída por desidia, apresuramiento, espíritu de estar en la onda con la valoración, indispensable para marchar hacia adelante, con la contribución de la obra de la Revolución al pensamiento de nuestra América. En ese contexto, aún pendiente de edificación, habremos de conceder el sitio que merece a la huella dejada por Roberto Fernández Retamar. Lo afirmo con plena responsabilidad, despojada del dolor del momento y de un afecto fraternal, afianzado en la brega común.

En tiempos adversos de horizonte tenebroso, *Elegía como un himno* expresa un compromiso

ético y un llamado a la esperanza. Trabajador incansable, obsesivo cazador de ideas, riguroso en el detalle, Roberto Fernández Retamar dio a conocer una producción precoz en la poesía y en el pensamiento. En su memoria de artista convergían presencias tan contradictorias como las de Julián del Casal, Martí y el sentimiento trágico de Miguel de Unamuno. Lo obsesionaban preocupaciones de orden filosófico, cultural, estético, social y político. Las interrogantes esenciales lo perseguían noche y día en sus lecturas afiebradas, en el verso que brotaba repentinamente, en el incesante balanceo de su algo chirriante sillón.

A poco de terminar su carrera universitaria, defendió una tesis sobre la poesía contemporánea en Cuba, publicada luego, sigue siendo referencia obligada para los estudiosos del tema. Ganó por oposición una cátedra de lingüística, que lo convirtió, a los veinticuatro años, en el más joven profesor de nuestro más alto centro docente. Aunque su vocación literaria lo llevara a dedicarse a la enseñanza de las letras, la base científica resultó ventajosa cuando en el campo de la teoría literaria tomaba cuerpo la orientación estructuralista. De ese aprendizaje surgió *Idea de la estilística*. Todavía veinteañero, fue invitado a ofrecer un curso en la Universidad de Yale. En noches de desvelo, edificó una visión integral de la poesía latinoamericana.

Hubiera podido desarrollar una carrera académica, asido a la falsa noción de la «neutralidad de la cultura», en los Estados Unidos. Optó por regresar a Cuba. Para el autor de *Elegía como un himno*, el triunfo de enero representaba la *Vuelta de la antigua esperanza*, poemario que brotó en

esos días fervorosos. Sin apelar a populismos paternalistas, su palabra dio carne al sentimiento de muchos.

Toca a los intelectuales orgánicos poner su experiencia y su conocimiento al servicio de la institucionalidad revolucionaria. Retamar lo hizo en la Universidad, en la Uneac, en el servicio exterior, en el Centro de Estudios Martianos y en la Casa de las Américas. Parte irrenunciable de su tarea procede del reclamo de repensar el país, definir sus contextos y el lugar que le corresponde en el mundo. Impregnado por la obra de Martí, Roberto Fernández Retamar lo hizo teniendo en cuenta una relectura creativa del Maestro y rescatando en términos de contemporaneidad el múltiple legado del marxismo en sus fuentes originarias y en la tradición emancipatoria latinoamericana. Colocó a Martí en su «tercer» mundo. Desde esa perspectiva original, perfiló un pensamiento descolonizador a través del cual revisa algunas de las polémicas en torno a nuestra América, repasa la llamada «leyenda negra» y desemboca en la redención de su *Caliban*, texto riguroso y provocador, motivo de estudio y debate en muchos lugares, aunque no tanto en la Isla para la que, fundamentalmente, fue escrito. Todavía bajo el impacto emocional de su pérdida, no tengo tiempo ni espacio para abordar el tema como lo merece. Me dirijo a los jóvenes que están emergiendo, a los veinteañeros de hoy, a remprender una lectura crítica de la vertiente descolonizadora de nuestra cultura, a hacerlo prescindiendo de prejuicios y consignas. No hay que esperar la caída del árbol para medir la anchura de su tronco.

Ágnes Heller y Roberto Fernández Retamar, *in memoriam**

Hace unos minutos se fue la luz (como acostumbra hacerlo en la plaza de Chimalistac), borrando en la pantalla mis recuerdos de Ágnes Heller y Roberto Fernández Retamar, cuya muerte lloraba a medida que escribía todo lo que les debo. Ahora no me queda más remedio que conformarme o pensar que lo que apunté no era suficiente o no daba el ancho porque Ágnes Heller fue una gran filósofa y Roberto Fernández un poeta cubano revolucionario.

Gracias a Lukas Czarnecki, quien invitó a Heller a dar conferencias en la Universidad Nacional Autónoma de México, pude verla y escucharla, pues vino a comer a la casa. Gracias también a Judith Friedlander la escuché en una conferencia en la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara, cuando Friedlander presentó a Ágnes Heller, quien visitaba cada año la New School of Social Research para impartir una cátedra y conferencias de alto nivel.

Me resulta asombroso que Ágnes Heller a los noventa años haya ido a nadar y no haya podido salir del mar, ella que convencía con su sola presencia y la fuerza de su palabra. Pequeña y

robusta, sus noventa años se concentraban en su baja estatura, en su redondez y su pelo rojo que la hacía parecer un bólido, un planeta apasionado que gira sobre su propio eje. A lo mejor corrió un riesgo innecesario.

Dinámica, de pequeña estatura, Ágnes Heller demostró en esa comida casera que solo vivía para pensar y para el alto vuelo de su prodigioso intelecto.

Fernández Retamar hizo muchos viajes a México, pero lo conocí en La Habana, en 1959, al lado de Guillermo Cabrera Infante (quien aún no publicaba sus *Tres tristes tigres*) al triunfo de la Revolución Cubana. Adelaida, su mujer, y él me tomaron de la mano y en una gran manifestación en un estadio de beisbol entonaron *La Internacional* y cuando dije: «Yo no me sé esa canción», Roberto me dijo: «Cántala».

Roberto vino varias veces a México y lo encontré en alguna que otra ocasión en casa de Elena Garro y la Chata Paz. Esta era una muchacha muy bonita y extraordinariamente culta. También a Octavio le cayó bien Fernández Retamar, alto y flaco, con su facha de príncipe italiano y su suéter aguado y destejido. Nos vimos en otra ocasión memorable, en la embajada de Cuba, con Bola de Nieve al piano. Cantaba con su voz

* Publicado originalmente en el periódico mexicano *La Jornada*.

rasposa y dolida una canción súper sensual que hizo furor en la América Latina y aullaba: «Vete de mí», que impresionó a muchas oyentes que la memorizaron.

En 1959, invitados por Manolo Barbachano, fuimos a La Habana Vicente Rojo, Carlos Fuentes, Fernando Benítez, Carlos Loret de Mola y otros, a celebrar el triunfo de la Revolución Cubana. Alejo Carpentier acababa de regresar de París. Todavía el hotel Hilton no se convertía en el Habana Libre y algunos estadounidenses permanecían en Cuba. Julio Scherer esperaba con ansia una entrevista con el Comandante y alguien le advirtió que podría ser en cualquier momento de la noche o de la madrugada porque Castro no tenía hora. Toda Cuba estaba en el merecumbé de la calle y Barbachano aseguraba: «Aquí ninguna parte del cuerpo es vergonzosa» porque el jubiloso vaivén de las caderas cubanas le resultó contagioso. Fue entonces cuando el poeta Fernández Retamar, quien había estado en Yale y en otras universidades, decidió que nada mejor podía sucederle que participar en la lucha de los guajiros en la Plaza de la Revolución y que ningún fenómeno poético era más impactante que el de sus machetes levantados en la noche, aplaudiendo a Fidel de pie junto al general Cár-

denas, quien ya en el Zócalo de la Ciudad de México, en una manifestación, se había subido al toldo de un coche para manifestar su entusiasmo por la Revolución Cubana.

En La Habana, todavía Carlos Franqui dirigía el periódico *Revolución* y muchos preguntaban por Luis Cardoza y Aragón. Todavía Alfredo Guevara no había tomado el mando de la industria cinematográfica cubana, pero como formó parte del equipo de Manolo Barbachano en *Tele revista*, en México, nos recibió convertido en un puño de hierro cuando antes solo se comía blandamente las eses y abrazaba a todos con esa inigualable afabilidad cubana.

Heller iluminó a sus alumnos con su filosofía de la moral, su teoría de la identidad, su miedo del poder y Fernández Retamar escribió además de su poesía varios ensayos en torno a la literatura de la América Latina, *Caliban*; *José Martí*; *La poesía, reino autónomo*.

Son muchos los libros que los estudiantes abrirán en el futuro con reverencia, entre ellos, los de esta mujer nacida en Budapest, Hungría, llamada Ágnes Heller, y los de un poeta cubano Roberto Fernández Retamar que escogió jugársela con su Isla caimancito a la que también le cantó Julio Cortázar.



Otro poema conjetural*

(J.L.B., 1899-1986)

*Así como descreí (al menos eso he repetido) de la fama,
Descreí también de la inmortalidad,
Y es claro que hoy finado no puedo ser quien traza o dicta estas líneas
/ falsamente póstumas,
Pero no es menos claro que ellas no existirían sin las que yo produje de veras,
Si es que yo y de veras tienen sentido en el extrañísimo universo
(Algún curioso habrá reparado en que ese superlativo no podría ser mío
Pero eso no da autenticidad a las restantes palabras).*

*Afirmé que la duración del alma arbitraria está asegurada en vidas ajenas,
Y nada puedo hacer para impedir quedar en el autor que me atribuye este
/ texto*

*Y en muchos otros autores inconciliables.
Acaso también en mí fueron inconciliables los rostros los estilos sucesivos
/ que asumí
Y sin embargo hace tiempo los vanos diccionarios las vanas historias de la
/ literatura*

*Los han reunido bajo tres palabras entre dos fechas
De las cuales soy el abrumado el imaginario prisionero no la realidad*

*Qué mal he sido leído con demasiada frecuencia,
Cómo no repararon en que laberintos bibliotecas tigres espadas saberes
/ occidentales y orientales*

*Eran transparentes metáforas del pobre corazón de aquel muchacho
Que simplemente quería ser feliz con una muchacha
Como sus amigos corrientes en Buenos Aires o en Ginebra.*

* Publicado en *Casa de las Américas*, No. 216, julio-septiembre de 1999, pp. 77-78.

*Al evocar mis antepasados los presenté en mármol o bronce y fingí ignorar
Que ellos mezclaron con sus batallas lágrimas ayes y amores.
La tristeza la soledad la desolación contribuyeron a que existieran mis
/ páginas perfectas,
Pero yo habría cambiado tantas de esas páginas
Por haber besado labios que nunca besé.
Dije abominar de los espejos y no se entendió que lo que quería era verme
/ reflejado
En ojos oscuros y claros bajo la gran luna de oro
O en la penumbra de la alcoba.
Me han atribuido la indeseable paternidad
De vocingleras sectas literarias y cenáculos de eruditos,
Cuando yo quería ser padre de hijas e hijos de carne y hueso.*

*Nadie extrañe dónde decidí quedar enterrado
Si antes no me entendió ni me ayudó a salir de mi celebrada cárcel.
Lamenté no haber tenido el valor de mis mayores,
Pero ahora que nadie puede censurármelo como jactancia
Proclamo que no fui menos valiente al afrontar una adversidad atroz.
Hubiera preferido muchas veces la bala en el pecho o el íntimo cuchillo en
/ la garganta
Antes que el espanto que contemplé en mí*

Mientras pude contemplar

*No se olvide que no soy quien escribe estos versos.
No los escribe nadie*

1999 

Tumbas y mar*

A Volodia Teitelboim

*El Pacífico arroja sus olas reiteradas
Contra las enormes piedras grises
A cuyo borde yacen
Matilde y Pablo Neruda.
Silencioso, entre amigos, contemplo el impaciente Océano
Frente al cual se escribieron tantos versos
Que luego llevaron por el mundo
Alegrías y penas, imprecaciones, grandezas y miserias y destellos.

Al regreso de Isla Negra, visitamos,
En un pequeño alcor de Cartagena,
El solitario túmulo donde Vicente Huidobro
Llegó al final del último camino.
Pensé en aquella mañana de 1955
Cuando en Montrouge fuimos a llevar una flor a la tumba de Vallejo.
Delia Domínguez nos pide que recemos un Padre Nuestro.
No lo hacía desde los exaltados días perdidos de Nicaragua.
Las palabras no coinciden: algo ha variado
De traducción en traducción,
De tiempo en tiempo.

Una lápida anuncia en grandes letras:*

ABRID LA TUMBA
AL FONDO
DE ESTA TUMBA
ESTÁ EL MAR

*Por debajo de hojas, de querellas, de injurias que el viento dispersó,
El mismo mar resuena en lo oscuro de las tumbas.*

Santiago de Chile-La Habana, 1999-2000

José Lezama Lima y su visión calibanesca de la cultura*

Se atribuye a André Malraux haber dicho que los grandes autores son campos de batalla. A ninguno de nuestros grandes autores del siglo pasado le es tan aplicable la sentencia como a José Lezama Lima. Esa condición lo acompañó casi desde sus inicios como escritor hasta sus últimos instantes. En ese campo de batalla que es su obra hubo quienes, sencillamente, no lo comprendieron, quienes lo envidiaron, quienes lo impugnaron en atención a sectarismos de diverso signo, y quienes pasaron de un bando a otro. Por fortuna, hace años que su grandeza es ampliamente admitida, y no ha habido que esperar a su siglo para que ello ocurriera, aunque de seguro su primera secularidad implicará nuevas iluminaciones sobre él. Hoy por hoy, en Cuba, puede decirse que si Lezama no es un autor popular, sí es un autor popularizado. Abundan los escritores nuestros que, habiéndolo leído o no, se sienten obligados a citar sintagmas procedentes del arsenal lezamiano, como «azar concurrente», «vivencia oblicua», «espacio gnóstico», «*imago*», «*poiesis*», «*potens*». Y el deseo expresado por Julio Cortázar en su memorable texto de 1967 «Para llegar a Lezama Lima», según el cual la obra de Lezama merecía ser reconocida como las de Jorge Luis Borges y Octavio Paz,¹ hace tiempo es una

* Leído el 4 de octubre de 2010, en el ciclo de conferencias sobre el centenario de José Lezama Lima organizado por la Academia Cubana de la Lengua. Publicado en *Casa de las Américas*, No. 261, octubre-diciembre de 2010, pp. 134-142. [N. de R.F.R.].

¹ Julio Cortázar: «Para llegar a Lezama Lima», en *La vuelta al día en ochenta mundos*, México, Siglo XXI, 1967, p. 137.

realidad. El mexicano dio a conocer más de una vez el alto aprecio que sentía por la faena lezamiana. Borges, sin embargo, pareció ignorarla del todo (también ignoró la de Martí), mientras Lezama conocía y admiraba la del argentino. En su polémica de 1949 con Jorge Mañach, Lezama esgrimió el nombre de Borges, junto con los de Alfonso Reyes y Ezequiel Martínez Estrada, como ejemplos de escritores hispanoamericanos «rendidos al fervor de una Obra».²

Por otra parte, a veces se ha comparado a Lezama con Borges, no obstante sus marcadas diferencias, tomándose en cuenta las complejidades de sus faenas e incluso la devoción a las madres y las Baldomeras/Baldovinas respectivas. Yo mismo los acerqué en carta de agosto de 1953 en que le comenté a Lezama su *Analecta del reloj*:

Junto a la primera lectura de su libro [le dije entonces], hice la del de Borges [*Otras inquietaciones*, 1952] en que también reúne trabajos de quince años. Sobre muchas y utilísimas divergencias, gustábase en ambos [...] el anhelo de una mirada que de algún modo nos perteneciera: más maliciada y equívoca —y hasta sofisticada— en el maestro argentino; más opulenta e impetuosa en Ud. Pero ávida, necesaria, siempre.³

Sobre los versos de Lezama escribí con cierta extensión en *La poesía contemporánea en*

Cuba (1927-1953), que Lezama tuvo la amabilidad de pedirme que apareciera en las Ediciones Orígenes, donde lo hizo en 1954. Y en 1967, al frente de mi libro *Ensayo de otro mundo*, añadí:

[Me] gustaría volver a considerar la poesía cubana anterior, como hice hace quince años, pero con la nueva óptica [la de la conciencia del tercer mundo que anima a aquel libro]. Pienso, por ejemplo, en lo que podría ser un estudio sobre Lezama Lima, no con el instrumental estilístico de que me valí entonces (o no solo con él), y desde la nueva perspectiva, como lo anunció ya, por ejemplo, Julio Cortázar en un admirable artículo.⁴

Para entonces, ya había dedicado a Lezama mi poema de 1965 «Lezama persona».⁵ Pero lo que a continuación escribí sobre él no fue el estudio mencionado, sino el texto «Un cuarto de siglo con Lezama»,⁶ en que evoqué nuestra amistad desde que lo conocí personalmente, en 1951, hasta el día de su muerte en 1976. Ojalá estas escuetas líneas de ahora, al mismo tiempo que referirse al conjunto de su labor, puedan ser al menos el boceto de aquel estudio.

Lezama fue, por encima de todo, poeta, un poeta enorme, tanto en sus versos como en sus ensayos, sus narraciones, su epistolario o su fabulosa conversación. Tocante a esta última, quienes tuvimos el privilegio de disfrutar de ella podemos dar fe de lo certero del juicio de

2 José Lezama Lima (J.L.L.): «Respuesta y nuevas interrogantes. Carta abierta a Jorge Mañach» (1949), en J.L.L.: *Imagen y posibilidad*, sel. pról. y notas de Ciro Bianchi Ross, La Habana, Letras Cubanas, 1981, p. 189.

3 En *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima*, sel. y notas de Pedro Simón, La Habana, Casa de las Américas, col. Valoración múltiple, 1970, p. 314.

4 En *Ensayo de otro mundo*, La Habana, Instituto del Libro, 1967, p. 12.

5 En *Poesía reunida 1948-1965*, La Habana, Unión, 1966, pp. 261-263.

6 En *Recuerdo a*, La Habana, Unión, 1998.

Virgilio Piñera cuando en 1970 afirmó: «Lezama era (sigue siéndolo) el conversador más brillante de Cuba».⁷ Lo que permitió a Reynaldo González considerarlo un poeta conversacional, pero no referido a una conversación banal, sino a la suya feérica.⁸ Hablaba como escribía, y escribía, según apuntó Juan Ramón Jiménez en el «Coloquio» (1937) entre ambos, «con su pletórica pluma», «aunque no entendamos a veces su abundante noción ni su expresión borbotante».⁹ Era un poeta de tiempo completo, un poeta absoluto, como lo llamé en una ocasión, del linaje de José Martí. Y no un poeta cualquiera. Tuvo razón Oscar Hurtado¹⁰ cuando lo emparentó con los poetas filósofos, como Lucrecio, Dante y el Goethe de *Fausto*, a quienes dedicó un notable libro George Santayana.¹¹ No en balde Lezama se describió como «un criollo que quiere ser bueno y poeta, es decir, poeta bueno [...] un hombre alucinado por la sed fáustica del conocimiento y por el deseo de esclarecer nuestra expresión y nuestro pueblo».¹² Ese poeta bueno, en verdad extraordinario, vivió alucinado por la sed

fáustica del conocimiento, lo que no es propio de cualquier poeta, sino de los poetas filósofos. Véase al respecto la interesantísima correspondencia entre Lezama y la filósofa española María Zambrano,¹³ quien dijo que Lezama se declaró «católico órfico» y llegó a escribir que en la fundación de la revista *Orígenes* ella, María, tuvo «parte anónima y decisivamente».¹⁴

En 1967, en el centenario del nacimiento de Rubén Darío, Lezama apuntó que «[s]u prodigioso dominio de la métrica ha dejado de interesarnos, pues el verso libre de las teogonías, de las profecías y de las grandes lamentaciones se ha impuesto totalmente».¹⁵ Como es de suponer, Lezama pensaba en su propio verso libre, que para él era el de las teogonías, las profecías y las grandes lamentaciones. Junto a dicho verso, Lezama se valió también, ocasionalmente, de sonetos y décimas infieles o irregulares. Pero sin duda fue el anterior el predominante en sus mejores piezas en verso.

En sus ensayos ejerció con pasión y agudeza su deseo de esclarecer nuestra expresión y nuestro pueblo. Tales ensayos también fueron invadidos por su poesía. Ya he contado¹⁶ que

7 Virgilio Piñera: «Opciones de Lezama», en *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima*, ob. cit. (en nota 3), p. 297.

8 Reynaldo González: *Lezama revisitado*, La Habana, Letras Cubanas, 2009, p. 101.

9 J.L.L.: «Coloquio con Juan Ramón Jiménez» (1937), en *Analecta del reloj*, La Habana, Ediciones Orígenes, 1953, pp. 40 y 61.

10 Oscar Hurtado: «Sobre ruiñesores», en *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima*, ob. cit. (en nota 3).

11 George Santayana: *Tres poetas filósofos. Lucrecio, Dante, Goethe*, trad. de José Ferrater Mora, Buenos Aires, Losada, 1943.

12 Citado por Reynaldo González en *Lezama revisitado*, ob. cit. (en nota 8), p. 181.

13 Ver Javier Fornieles (ed.): *Correspondencia José Lezama Lima-María Zambrano, María Zambrano-María Luisa Bautista*, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2006.

14 María Zambrano: «Liminar», en José Lezama Lima: *Paradiso*, edición crítica, Cintio Vitier (coord.), Madrid, Colección Archivos, 1988, pp. xvii y xvi.

15 En «Rubén Darío», en *L/L. Boletín del Instituto de Literatura y Lingüística*, La Habana, año 1, No. 2, abril-dic. de 1967, p. 79.

16 En «Sobre la revista *Casa de las Américas*», en *Casa de las Américas*, No. 258, enero-marzo de 2010, p. 6, primera columna.

al recibir su texto sobre la poesía y la pintura cubanas de los siglos XVIII y XIX para ser publicado en la revista *Casa de las Américas*, dudé entre incluirlo en la sección «Hechos/Ideas», de ensayos, o en la sección «Letras», dado su carácter poemático. Al fin decidí crear para él la sección «Paralelos», solución que a Lezama pareció complacerle, pues en lo adelante se valió de ese vocablo, «Paralelos», para encabezar el título de su ensayo. Y en verdad sus versos conocieron vida paralela a la de sus ensayos. Incluso la poesía en conjunto fue el tema central de muchos de estos últimos. Tales fueron los casos, entre otros, de «Las imágenes posibles», en *Analecta del reloj* (1953); «Introducción a un sistema poético» y «La dignidad de la poesía» en *Tratados en La Habana* (1958), «A partir de la poesía» en *La cantidad hechizada* (1970), o «Sobre poesía» en *Imagen y posibilidad* (1981), además de numerosos textos referidos a escritores y pintores. Me referiré más tarde a su libro orgánico *La expresión americana* (1957).

Las narraciones de Lezama fueron también manifestaciones de su poesía. Varios de sus relatos aparecieron en libros suyos de versos, lo que es elocuente; y su obra mayor en este orden, *Paradiso* (1966), es reconocida como una novela poemática, o como un vasto poema novelado.

Quisiera detenerme ahora en el tema principal de esta charla. Cuando en el número 68 (septiembre-octubre de 1971) de la revista *Casa de las Américas* publiqué mi ensayo «Caliban» (que ahora escribo como palabra llana, pues es anagrama de «caníbal»: «Calibán» es un galicismo), le hice llegar a Lezama uno de los sobretiros de aquel con esta dedicatoria: «Para mi muy querido José Lezama Lima, perpetuo gerifalte, escándalo bizarro». Tal dedicatoria

aludía, por supuesto, a un verso de Góngora, pero sobre todo a un ataque absurdo que se le había hecho poco antes al maestro de Trocadero y contribuyó a ensombrecer sus últimos años. En «Un cuarto de siglo con Lezama», al mencionar el envío de aquel sobretiro, dije: «Desde luego, en mi concepción de ese término, Lezama es un escritor indudablemente calibanesco».¹⁷ Y en ediciones posteriores de mi ensayo añadí el nombre de Lezama entre quienes encarnaban la cultura de Caliban. Me resulta curioso que en una encuesta hecha a Lezama en 1960¹⁸ sobre los diez libros que trataría de salvar, él mencionara dos obras de Shakespeare: *La tempestad* y *Sueño de una noche de verano*. Lamento que, entre las muchas cosas de que hablamos, no se encontrara este tema de *La tempestad*, donde, como bien se sabe, aparece el personaje Caliban. Aunque sí me mencionó el valor de lo carnavalesco y lo paródico cuando aún no se había difundido la obra de Bajtín.

A raíz de ser publicado mi ensayo «Caliban», el crítico mexicano Jorge Alberto Manrique, en una reseña cordial del ensayo, escribió con razón, a propósito de unas ríspidas líneas mías sobre Borges:

Cabe recordar, según el mismo Borges lo ha dicho, que él asume, frente a [...] [la] lectura de Europa, una actitud socarrona de francotirador «desde fuera»: de eso está hecho lo mejor de su obra; y en eso podría reconocerse una actitud

17 En «Un cuarto de siglo...», en *Recuerdo a*, ob. cit. (en nota. 6), p. 39.

18 Se recogió en J.L.L.: *Lezama disperso*, pról., comp. y notas de Ciro Bianchi Ross, La Habana, Unión, 2009, p. 97.

de Caliban. Que cada cual tiene sus respuestas, y vale la pena tratar de entenderlas.¹⁹

Con cuánta más razón puede (o debe) decirse esto de Lezama.

Según lo que sé, quien más se ha ocupado de la relación entre la obra de Lezama y caníbal/Caliban es la estudiosa brasileña Irlemar Chiampi, quien abordó esa relación en su ensayo de 1985 «*La expresión americana* de José Lezama Lima: la dificultad y el diabolismo del caníbal»²⁰ y en el prólogo a la edición crítica de aquel libro que publicara en español en 1993.²¹ En el primero de dichos textos afirmó:

La obra en verso o en prosa de J[osé] Lezama Lima ha recuperado y operado en grado máximo las virtualidades del canibalismo original como un genuino hecho americano. En el poema construido con el reelaborado barroquismo metafórico que extraña [sic] los códigos retóricos más persistentes de la tradición poética; en la narrativa figurada, elíptica, que enreda la lectura en verdaderos criptogramas de sentido; en el ensayo atestado de referencias culturales indescifrables, figuraciones conceptuales, faltas gramaticales, citas erróneas y erráticas en cualquiera de esas modalidades, Lezama Lima no ha cesado de suscitar nuestro asombro y desconcierto.

19 Jorge Alberto Manrique: «Ariel entre Próspero y Caliban», en *Revista de la Universidad de México*, enero-marzo de 1972, p. 90.

20 En *Escritura*, Caracas, X, 19-20, enero-diciembre, 1985.

21 J.L.L.: *La expresión americana*, ed. de Irlemar Chiampi con el texto establecido, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Su obra ha reinventado el más fino ademán del caníbal auténtico: devoración y parodia del patrimonio de las grandes culturas, antiguas y modernas, apropiación y extrañamiento del lenguaje, por la ruina de sus constricciones [¿construcciones?] y convenciones más consagradas; ejercicio parricida de conspiración permanente contra la autoridad y la compostura del discurso. En suma: *rebelión productora de la diferencia en la dificultad*. Lezama es bien aquella *thing of darkness* que Próspero atribuyó a Caliban, y por ello mismo sus textos nos han abierto una nueva y revolucionaria experiencia estética, en el ámbito de nuestra modernidad literaria [106-107].

Y más adelante:

A pesar de que Lezama jamás emplea el término «antropofagia» o «canibalismo», sus metáforas son análogas [sic] a las que Oswald de Andrade usó en su «Manifiesto antropófago» (1928), para reivindicar la devoración de lo extranjero como hecho legítimo del comportamiento cultural del brasileño [...]. Pero aun siendo menos atrevido [sic] que las formulaciones oswaldianas, el «espacio gnóstico» lezamiano —espacio de conocimiento, abierto a la «fecundación», o a la «recepción de los corpúsculos generatrices» [...]— tiene el mismo sentido de *incorporación orgánica* [115].

En el prólogo a la mencionada edición crítica de *La expresión americana*, Chiampi añadió:

Lezama pinta su americano como una suerte de Caliban: irreverente, rebelde y devorador (y en esto más próximo al antropófago de

Oswald de Andrade para metaforizar el modo de ser brasileño). En el Caliban demoniaco de Lezama prevalecen, a pesar de las tempestades de la historia, el deseo de conocimiento ígneo y la libertad absoluta [24].

Aunque no suscribamos todos los criterios de Chiampí, es justo tomarlos en cuenta. Por su parte, Abel Prieto, quien en su prólogo a la antología de ensayos de Lezama que llamó *Confluencias* (1988) insistió en el carácter descolonizador de tales ensayos, escribió:

No hay duda de que Lezama somete a una *digestión* [énfasis de Abel Prieto] particular a los autores que nutren su cultura y los restituye luego, en sus textos, radicalmente transfigurados: si en definitiva —como señala agudamente un crítico borinqueño [Efraín Barradas]²²— «el Chesterton de Lezama es muy distinto a cualquier otro Chesterton que nos ofrece la crítica, porque el Chesterton de Lezama es Lezama mismo», [...] algo similar pasa con Claudel y con Pascal y con tantas otras fuentes de su reflexión.²³

A estas observaciones canibalescas/calibanescas cabe añadir que Lezama, como es propio de todo autor, fue evolucionando a lo largo de su vida, y los rasgos mencionados por Chiampí y Prieto se fueron haciendo cada vez más visibles a medida que Lezama alcanzaba su soberana

madurez. Sobre esto ha llamado la atención Cintio Vitier²⁴ a propósito de lo que Lezama expresara a Juan Ramón Jiménez en su «Coloquio»: «[N]osotros los cubanos», dijo en esa ocasión Lezama, «nunca hemos hecho mucho caso de la tesis del hispanoamericanismo, y ello señala que no nos sentimos muy obligados con la problemática de una sensibilidad continental». [«Coloquio», 46]. Vitier menciona en otro texto²⁵ el rechazo por el Lezama de entonces de «una expresión mestiza [que es] intentar un eclecticismo sanguinoso» [«Coloquio», 53]. Vitier atribuye el abandono de tales criterios de Lezama a la presencia en su obra de Martí, que era escasa en la época del «Coloquio». Tal presencia, según el autor de *Ese sol del mundo moral*, se hace visible en Lezama a partir de su ensayo «Las imágenes posibles», de 1948. También se preguntó Vitier a propósito de Lezama: «¿demasiada Europa en los intentos iniciales?».²⁶ A lo que podría responderse afirmativamente. Por ejemplo, los primeros números, trimestrales siempre, de *Orígenes*, se nombraban como las cuatro estaciones, inexistentes en Cuba. En relación con ese punto es útil recordar que la evolución de Borges lo llevó de su momento nativista inicial, que rechazó luego, a una etapa más abierta al mundo, así fuera de la manera calibanesca apuntada; mientras Lezama comenzó rechazando el nativismo («Con lo del Sol del Trópico nos quedamos a la Luna de Valencia»,

22 Efraín Barradas: «Chesterton, Lezama Lima y la función social del arte», en *Unión*, No. 1, 1983.

23 Abel E. Prieto: «Confluencias de Lezama», en José Lezama Lima: *Confluencias*, sel. y pról. de Abel Prieto, La Habana, Letras Cubanas, 1988, pp. xxviii-xxix.

24 En «Brevísima presentación», en *Martí en Lezama*, Cintio Vitier (comp.), La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000.

25 C. Vitier: «La aventura de *Orígenes*», en *Fascinación de la memoria. Textos inéditos de José Lezama Lima*, redacción y pról. de Iván González Cruz, La Habana, Letras Cubanas, 1993, p. 318.

26 C. Vitier: Ob. cit. (en nota 24), p. 9.

escribió en 1939 al frente del primer número de *Espuela de Plata*), y se movió luego hacia un apoderamiento de lo más cercano. Ello se ve en *La expresión americana*, en «Sucesivas o las coordenadas habaneras», de *Tratados en La Habana* (título que no deja lugar a la duda, como le comenté en carta), en los tres tomos de su *Antología de la poesía cubana* (1965), en muchos textos de *La cantidad hechizada e Imagen y posibilidad*, y también en poemas suyos como «Pensamientos en La Habana» o «El arco invisible de Viñales».

Es significativo que un aspecto tan importante de su obra como el de las «eras imaginarias», en las cuales Lezama conjeturó la existencia de conjuntos históricos regidos por la *imago*, distintos de las «culturas» de Spengler o las «sociedades» de Toynbee, él las haya hecho culminar en José Martí, a raíz del triunfo de la Revolución Cubana. Todavía recuerdo la emoción con que le oí, en los primeros meses de 1959, su lectura en la *Operación cultura* que organizara la Federación Estudiantil Universitaria. «Ningún honor yo prefiero», dijo entonces Lezama, «al que me gané para siempre en la mañana del 30 de septiembre de 1930».²⁷ Se refería a su participación en la manifestación estudiantil de aquel día contra la dictadura de Gerardo Machado. (Su importancia en la vida de Lezama lo prueba el hecho de que la haya aludido, por supuesto transfigurada, en *Paradiso*). Refiriéndose a la escalinata central de la Universidad, habló del «gran río que descendió por la escalera de piedra y llegó hasta la [Sierra]

Maestra» [p. 79]; habló de «el espacio gnóstico americano» [81-83], que sería concepto fundamental, años después, de *La expresión americana*, y de «[c]ómo lo imposible [...] ha obrado sobre lo posible, organizando el reino de la posibilidad en la infinitud» [82]; de Martí, quien «tocó la tierra, la besó, creó una nueva causalidad, como todos los grandes poetas. Y fue el preludio de la era poética entre nosotros, que ahora nuestro pueblo comienza a vivir, era inmensamente afirmativa, cenital, creadora» [83]; de que hay entre nosotros «la mayor cantidad de luz que puede, hoy por hoy, mostrar un pueblo en la tierra» [88]; de que «[y]a la imagen ha creado una causalidad, es el alba de la era poética entre nosotros» [89].

En textos ulteriores, Lezama añadiría: «El poeta se sacraliza en las eras imaginarias, cuya raíz es la revolución».²⁸ Y también:

En vísperas de la Revolución yo escribía incesantemente sobre las infinitas posibilidades de la imagen en la historia. Entre las sorpresas que ofrece la poesía está la aterradora verificación del antiguo *es cierto porque es imposible*. Comprobaba por el mundo hipertélico —lo que va más allá de su finalidad— de la poesía, que la médula rige al cuerpo, como la intensidad se impone en lo histórico a lo extenso. En una palabra, cómo los países pequeños pueden tener historia, cómo la actuación de la imagen no depende de ninguna extensión. Inauditas sorpresas, rupturas de la causalidad, extraños recomienzos ofrecía la imagen actuando en lo histórico. Y de pronto se verifica el hecho de la Revolución. Nuestra historia se vuelve en

27 En: Secretaría de Cultura de la Federación Estudiantil Universitaria: *Operación Cultura*, La Habana, Universidad de La Habana, 1959, p. 77. La cita aparece alterada en *Imagen y posibilidad*, ob. cit. (en nota 2), p. 94.

28 En «Sobre poesía», en *Casa de las Américas*, No. 47, marzo-abril de 1968, p. 107.

sí una inmensa afirmación, el *potens* nuestro comienza a actuar en la infinitud. // La Revolución es en mí algo muy superior a un cambio, fue una integración, una profundización. Nos enseñó a todos la trascendencia de la persona, la dimensión universal que es innata al hombre. Nos dijo a todos que el sufrimiento tiene que ser compartido y la alegría tiene que ser participada. Eso es para mí su lección fundamental.²⁹

En «A partir de la poesía», aparecido en 1970 en *La cantidad hechizada*, aunque hecho años antes, retomó varias páginas de su «Lectura» de 1959, y escribió:

La última era imaginaria, a la cual voy a aludir en esta ocasión, es la posibilidad infinita, que entre nosotros la acompaña José Martí. Entre las mejores cosas de la Revolución cubana, reaccionando contra la era de la locura que fue la etapa de la disipación, de la falsa riqueza, está el haber traído de nuevo el espíritu de la pobreza irradiante, del pobre sobreabundante por los dones del espíritu.

Y de nuevo: «Mostramos la mayor cantidad de luz que puede, hoy por hoy, mostrar un pueblo en la tierra».³⁰

Tales palabras centelleantes, y otros textos como «Che Guevara, comandante nuestro» y «El 26 de Julio: imagen y posibilidad»,³¹ dan fe de la

hermosa relación mantenida entre Lezama y las fuerzas emergentes tras la victoria de 1959, con la excepción de los ataques que al principio se le hicieron desde *Lunes de Revolución*. Ya mencioné su lectura en la Universidad de La Habana, en los primeros meses de aquel año. Como a Alejo Carpentier, la eclosión revolucionaria le hizo reverdecir su combativa juventud. Con toda razón pudo decir, en entrevista que le hiciera Ciro Bianchi Ross: «Yo creo que siempre he sido un escritor revolucionario, porque mis valores son revolucionarios. Y en la raíz de mi vida y de mi obra está mi participación en aquella manifestación del 30 de septiembre y el orgullo de haber sido un luchador antimachadista».³²

En atención a esa actitud suya (y, desde luego, reconociéndosele su condición de gran animador cultural, como se había visto en sus admirables revistas), en el propio 1959 fue nombrado Director de Literatura y Publicaciones de la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, cargo desde el que hizo editar clásicos de nuestra literatura, y organizó ciclos de conferencias como el llamado *La poesía en los poetas de la nueva generación*.³³ Pasó luego a ser asesor en el Instituto de Literatura y Lingüística, donde dio a conocer su *Antología de la poesía cubana*. Y en sus últimos años estuvo en la plantilla de la Casa de las Américas, siendo su tarea allí proseguir su obra excepcional. Cuando en 1961 se creó la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, bajo la presidencia de

29 En «Literatura y revolución: Encuesta», en *Casa de las Américas*, Nos. 51-52, noviembre de 1968- febrero de 1969, pp. 131-132.

30 En «A partir de la poesía» (1960), en *La cantidad hechizada*, La Habana, Unión, 1970, pp. 49-50, 52.

31 Ambos textos aparecen en *Imagen y posibilidad*, ob. cit. (en nota 2).

32 Ciro Bianchi Ross: *Asedio a José Lezama Lima y otras entrevistas*, La Habana, Letras Cubanas, 2009, p. 30.

33 El ciclo en cuestión fue iniciado el 24 de agosto de 1959 por las palabras que leyó Lezama, y con el título «Me gusta saludar...» fueron publicadas en *Casa de las Américas*, No. 195, abril-junio de 1993. Dicho texto no fue recogido en *Lezama disperso*, ob. cit. (en nota 18).

Nicolás Guillén, Lezama fue uno de sus vicepresidentes. Tomó parte destacada en numerosas labores de varias instituciones culturales. Súmese a eso, en lugar primordial, sus publicaciones personales: el poemario *Dador* (1961), la *Órbita*, antología de su labor (1966), la novela *Paradiso* (1966), los ensayos de *La cantidad hechizada* (1970), su *Poesía completa* (1970), la *Valoración múltiple* de su obra (1970).

Sin embargo, a partir de 1971 comenzó lo que Ambrosio Fornet llamó el «Quinquenio Gris» y, más allá de una u otra denominación, supuso un torpísimo estrechamiento de la vida intelectual cubana. Cuando, paradójicamente, sus obras conocían una amplia repercusión internacional, Lezama fue uno de los afectados, entre quienes se encontraron no pocos de nuestros escritores, pensadores y artistas valiosos, cuya reivindicación se iniciaría en la segunda mitad de la década del setenta.

Vuelvo al tema de esta charla. Y lo hago, en primer lugar, recordando unas palabras que Lezama le dijo a Ciro Bianchi en su entrevista:

[H]e sido un autodidacto formado en la lectura. No he podido viajar, no he tenido grandes profesores, de manera que culturalmente me he hecho tratando de domeñar mi caos que a veces me jugaba una mala partida, como mi cosmos que era tan secreto para mí como los retos de aquel caos.³⁴

También la condición calibanesca de Lezama se revela en rasgos de esa formación autodidacta. Julio Cortázar ha abordado con franqueza esos rasgos al referirse a:

las incorrecciones formales que abundan en su prosa y que, por contraste con la sutileza y la hondura del contenido, suscitan en el lector superficialmente refinado un movimiento de escándalo e impaciencia que casi nunca es capaz de superar; [y también] [e]l hecho incontrovertible de que Lezama parezca decidido a no escribir jamás correctamente un nombre propio inglés, francés o ruso, y que sus citas en idiomas extranjeros estén consteladas de fantasías ortográficas, [lo que] induciría a un intelectual rioplatense típico a ver en él un no menos típico autodidacto de país subdesarrollado, lo que es muy exacto, y a encontrar en eso una justificación para no penetrar en su verdadera dimensión, lo que es muy lamentable.³⁵

Cortázar alude luego a cubanos que se comportan como el rioplatense típico, y deben añadirse muchos otros que forman parte de lo que Lezama, con su altivo desdén, llamaba el bachillerismo internacional. Contra este escribió siempre Lezama, y lo hizo incorporándose la cultura mundial, la occidental y la oriental, con la conciencia plena, que tuvo desde temprano, de que pertenecía a una comarca no hegemónica, a pesar de lo cual rechazó la estéril repetición. Martí advirtió: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas».³⁶ En el fuerte tronco propio injertó Lezama el mundo. Lejos de ser un pleonismo, su obra genial es un nacimiento perpetuo, un enriquecedor y deslumbrante viaje a los orígenes. 

35 J. Cortázar: Ob. cit. (en nota 1), p. 139.

36 José Martí: *Nuestra América*, edición crítica, investig., present. y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Casa de las Américas, 1991, p. 18.

34 C. Bianchi Ross: Ob. cit. (en nota 32), pp. 16-17.



Con Fidel Castro Ruz
y Gabriel García Márquez
en el Palacio de las Convenciones
de La Habana, 2000

Legamos cuando se estaba yendo a otras labores. A Roberto Fernández Retamar no lo tuvimos frente al aula, pero resultó un imprescindible para los muchachos que a mediados de los años setenta ingresaron en la Escuela de Letras y Arte, convertida en Facultad de Filología por obra y gracia de los tecnócratas del Ministerio. Primero fueron sus poemas, que circulaban de mano en mano y muchas veces leíamos en el Parque de los Cabezones, junto a los de Ernesto Cardenal, Juan Gelman, Mario Benedetti y Roque Dalton. Había en ellos una manera inconfundible de insertarse y apropiarse de la poesía conversacional latinoamericana —que Roberto, por otra parte, estudió de manera insuperable—, lejos de la mojiganga y el facilismo que terminarían convirtiéndola en retórica y pura hojarasca.

Después vinieron sus ensayos. Si hubiera que definir en una sola palabra el significado de su obra en estos dominios, lucidez sería, sin dudas, la más apropiada. Roberto aportó conciencia identitaria a una generación que estaba tratando de encontrarse a sí misma en un contexto de cambio y viraje. Nos demostró la validez de aquel apunte de José Martí, a quien él estudió y descodificó como pocos: «nosotros tenemos la necesidad de la expansión. El mundo entero nos interesa. De Francia la luz, y de España y de Inglaterra, y de los Estados Unidos». Y lo hizo

reaccionando contra constructos etnocéntricos, el núcleo duro de una ensayística que tiene en Frantz Fanon, Edward Said y Noam Chomsky tres de sus hermanos naturales. «Caliban», «Martí en su (tercer) mundo» y «Para una teoría de la literatura hispanoamericana» constituyeron verdaderos marcadores, incluso hasta en sus aspectos más polémicos, sin los cuales una obra no lo sería de veras.

Y también con historia y estilo, rayando la página como los dioses y con esa capacidad de montarse sobre los hombros de una tradición integrada por el propio José Martí, Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Juan Marinello, Raúl Roa, Ramiro Guerra y su admirado Jorge Mañach. No por azar Jorge Luis Arcos, uno de aquellos jóvenes de entonces, hoy uno de los más importantes críticos literarios cubanos y el mejor conocedor de la obra de Roberto entre nosotros, ha podido afirmar con razón que «sus ensayos despliegan una de las prosas más funcionales y, a la vez, más límpidas de la ensayística iberoamericana».

Ahora que se ha ido, quisiera evocarlo con uno de esos poemas que leíamos en los bancos de Zapata y G, y en aquel parque de la Colina, con la intuición de estar, ya desde entonces, en presencia de un clásico, ese lugar que lo separa de una vez y por todas de la muerte: «Felices los normales».

FRANCISCO PROAÑO ARANDI

Profundamente impresionado por el fallecimiento del enorme poeta y ensayista Roberto Fernández Retamar, entrañable amigo y voz iluminadora de las letras hispanoamericanas, hago llegar a ustedes los sentimien-

tos de pesar y solidaridad para todos quienes hacen la Casa de las Américas y cumplen fielmente su ideario de escritor comprometido con las mejores causas de la América Latina.

MARGARET RANDALL

Es con un gran pesar que supimos la noticia de la partida de nuestro querido Roberto. No puedo decir más de lo que dice la declaración de la Casa... que habla tan elocuentemente de su poesía, sus ensayos, su obra docente y como presidente de esa institución. Solo añadiría una nota personal. En la década de los sesenta, cuando con Sergio Mondragón fundamos y editamos la revista literaria bilingüe *El Corno Emplumado*, Roberto era uno de nuestros primeros contactos en Cuba. A través de él hicimos contacto con muchos poetas y artistas cubanos, haciendo posible la dedicación del número 23

de *El Corno...* a la obra de la Isla. Una carta suya fue objetada por el director de la Unión Panamericana, arma cultural de la Oea. La Unión nos amenazó con cancelar las quinientas suscripciones al *Corno...* recientemente compradas, si nosotros insistíamos en publicar la carta de Roberto. Naturalmente publicamos la carta, perdiendo las suscripciones pero manteniendo la dignidad. A través de los años Retamar siempre fue un faro para nosotros, una referencia política y cultural, y un amigo. Lamentamos su muerte y celebramos su vida.

ALESSANDRA RICCIO

A esta histórica institución quiero hacer llegar el desconsuelo infinito por la muerte de un poeta, un militante, un ensayista extraordinario. Una de las inteligencias de la segunda mitad del siglo xx más seductoras y lúcidas.

Sus planteamientos, siempre estimulantes, han abierto muchas mentes a la razón y al sentimiento.

Fue un hombre amable, siempre cumplidor, fiel a las amistades, intelectualmente insustituible.

Quiero llegue a esta Casa mi inconsolable dolor y mi amistosa cercanía.

HUGO RIVERA-SCOTT

Demasiado ensimismamiento en mis proyectos y con un fin de semana familiar intenso, recién me entero de la dolorosa noticia que trasmite vuestra declaración, el deceso de Roberto Fernández Retamar es una enorme pérdida para la cultura nuestra.

He quedado acongojado, triste y desconcertado, la pérdida de su humanidad generosa y solidaria nos deja en orfandad, también como familia. En nuestra inolvidable convivencia en la Casa de las Américas, aunque no me tocó

trabajar cotidianamente con él, aprendí mucho de su lucidez e inteligencia brindada siempre oportunamente sin limitaciones y muchas veces he constatado que un cierto sentido editorial que poseo se lo debo casi plenamente, sin contar con todo lo que en su quehacer como poeta y ensayista nos deja como legado en la patria grande.

Hago llegar a ustedes mis sentidas condolencias y ruego que trasmitan nuestro profundo sentimiento de dolor a toda su familia.

RAÚL ROA KOURÍ

No tengo otro correo al que enviar este mensaje que, no solo es para la Casa, sino para Laidi y toda la familia de Roberto en este momento de duelo para todo cubano bien nacido. No hace mucho recordábamos nuestras largas conversaciones (como él decía, en diversas partes del mundo: Nueva York, París, La Habana) en torno a cuanto tema de interés estuviera sobre el tapete. Cómo olvidar la emoción –hasta las lágrimas– cuando nos leyó, en la residencia de Cuba en Vaucresson, París, un cuento de Laidi,

que servía como médica internacionalista en Zambia. Y las tantas veces que evocamos a Haydee, la fundadora, la imprescindible guía de la Casa. Cuba le debe muchas cosas al talento de Roberto, su poesía iniciadora, su prosa elegante, de sencillez martiana, pero sobre todo su ejemplo de intelectual insobornable, de cubanía irreductible, de revolucionario sincero. Por supuesto que seguirá entre nosotros, en la vanguardia, como le corresponde. Hasta siempre, Roberto.

GRÍNOR ROJO

Amigos de la Casa de las Américas, escribo para manifestarles mi tristeza y mi solidaridad por la muerte de nuestro querido y admirado Roberto Fernández Retamar. Fue un grande entre los grandes. En la cultura latinoamericana ha dejado una huella que no se borrará, y en todas las direcciones. Como el poeta de *Elegía como un himno*, como el ensayista de *Caliban*, como el profesor en la Universidad de La Habana, como el académico doctor *honoris causa* en media docena de universidades europeas y lati-

noamericanas, como la cabeza de la Casa de las Américas durante medio siglo, como el político en la Asamblea Nacional del Poder Popular y, por supuesto, como el devoto martiano que fue. Pocos, muy pocos de nosotros, podemos exhibir una hoja de vida tan digna, tan honorable y tan rica como esta suya. Pero lo que sí podemos hacer es agradecer el haber tenido la suerte de escucharlo y de leerlo. Siento que sus palabras nos hicieron mejores. Un abrazo fraterno desde Santiago de Chile.

JOHN SAXE-FERNÁNDEZ

Fraterna y de celebración del pensamiento y legado de Fidel, la inmensidad histórica que estábamos honrando y colocando en nuestra memoria. Roberto Fernández Retamar impactó a toda mi generación. Nos enseñó a querer y entender a esa Revolución, y su herencia martiana. A mí la pena de no poder enviarle más reflexiones sobre un libro que me sugirió revisar, referido a

la fundamentación interna de nazificación que ahora expele la Casa Blanca, queda como un pendiente para articular, de enorme dificultad.

Siento una desolación grande al no tenerlo al otro lado del Caribe. Creí que viviría por siempre. Y se nos fue pero sigue conmigo fraternalmente.

BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS

Acabo de saber que Roberto Fernández Retamar murió en la tarde de ayer, 20 de julio. Es una pérdida irreparable para la cultura cubana, latinoamericana y mundial. Lo admiré durante toda mi vida profesional y fuimos amigos desde que hace quince años me invitó como jurado del Premio Casa de las Américas. Hace poco más de dos meses, durante la reciente XIII Bienal de Arte de La Habana tuve el privilegio inmenso de compartir, con mi querido compañero Jorge Fornet, más de dos horas de charla maravillosa con Roberto. Hablamos de todo, de su gran pasión, José Martí, del imperialismo, de sus tiempos en Europa y en los Estados Unidos, de la Revolución Cubana, del rol del intelectual en nuestros días, de poesía, de la cultura latinoamericana.

Roberto fue uno de los más brillantes intelectuales del mundo de los últimos cien años. Lo digo sin ninguna hesitación porque reconocí en él una rarísima calidad en los intelectuales del último siglo: la capacidad de conocer profundamente la cultura europea sin ser eurocéntrico, y de conocer profundamente la cultura del Caliban latinoamericano sin ser trivialmente descolonial. Si los siglos que los separan no nos crearan tanta confusión, yo diría que Roberto es un ensayista tan notable cuanto Montaigne y solo comparable a él. Y además de ensayista era un gran poeta.

Coimbra, 21 de julio de 2019

Adiós natural a Roberto Fernández Retamar*

El momento, el ánimo y la urgencia no dan para intentar una valoración de lo mucho que ha significado y seguirá significando Roberto Fernández Retamar, ni para entrar en detalles cronológicos y otras circunstancias. En realidad, tal valoración ha venido haciéndose, y continuará creciendo y dando frutos, y aquí apenas se trata de plasmar un esbozo de adiós a quien ha sido uno de los mayores exponentes de la cultura cubana, asumida como parte de la cultura de nuestra América toda. Pudiera sentirse la tentación de ubicarlo en el siglo XX –particularmente en su segunda mitad– y lo que va del XXI. Pero la obra del sólido intelectual que acaba de morir desborda esos lindes, y seguirá ejerciendo una influencia enriquecedora.

Cuando en plena juventud mereció reconocimientos por su concentrado poemario *Elegía como un himno*, iniciaba una trayectoria en permanente ascenso. La poesía y un pensamiento calador lo ubicaron con pasión y lucidez en el devenir de la nación, y de ese vínculo nació una sed de conocimiento en que el cultivo de la belleza y la defensa de las mejores causas marcharían unidas. No es casual que su temprana

admiración por autores como Julián del Casal y Rubén Martínez Villena se afanzara en la devoción por José Martí. Esa perspectiva raigal fue una guía básica para el poeta y el ensayista Roberto Fernández Retamar.

La poesía aportó luz y capacidad de revelación a las ideas de quien haría contribuciones medulares y germinadoras que podrían resumirse o representarse con su reinterpretación de la figura de Caliban. Con ella fijó una imagen válida para profundizar en las especificidades de los pueblos de nuestra América y su diálogo con otros pueblos del mundo.

El peso de su proeza cognoscitiva fue mayor en virtud de la intensa actividad social que desarrolló. Cabría recordar su labor docente, una de las más importantes entre las que enriquecieron la realidad y el prestigio del área humanística de la Universidad de La Habana. Igualmente se deben citar otras tareas que realizó a lo largo de su vida, a menudo simultaneando algunas de ellas.

El recuento incluye el ejercicio de la diplomacia en distintos momentos, así como quehaceres de dirección en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y, por más años, en el Centro de Estudios Martianos, del cual fue director fun-

* Publicado en el sitio web *Cubadebate*.

dador. Lugar especial corresponde a las décadas que dedicó, hasta sus últimos días, a la Casa de las Américas, institución de la cual fue vicepresidente y que luego presidió durante décadas, además de dirigir su revista.

Todas las tareas que desempeñó –contando asimismo en ellas la de miembro del Consejo de Estado– se beneficiaron de su inmensa sabiduría, que le propiciaba una comprensión profunda y abarcadora de los temas que analizaba, y tuvieron el aval de una obra escrita de dimensiones

monumentales. También por eso constituye un ejemplo para las actuales y futuras generaciones del país, especialmente para quienes se desempeñan ahora o se desempeñen luego en perfiles profesionales afines a los que tuvieron en él un infatigable trabajador.

La pena causada por su partida es solo compensable por el tesoro de letras e ideas que deja, y que crece con su ejemplo de íntegra profesionalidad y de lealtad en actos y pensamiento a la patria y su Revolución.



De izquierda a derecha: Luis Rogelio Noguerras, Antón Arrufat, Pablo Armando Fernández, Mariano Rodríguez, José Lezama Lima, Heberto Padilla, Sigifredo Álvarez Conesa, R.F.R. y Víctor Casaus

Roberto Fernández Retamar: lo que fue dictando el fuego

Ha muerto en La Habana, su Habana, Roberto Fernández Retamar. Ha muerto aquí, como su poema de los tiempos duros de los noventa, recordando a Brecht.

Ha muerto el día después de la apertura en la Casa de las Américas, su Casa como la de Haydee, de la hermosísima exposición *La línea de la vida*, un recorrido real y poético por el enorme trazado en acción que atesora esta sede cultural de la Revolución. La Casa de tantas anunciaciones que ayudó a hacer y sostener.

Ah, Roberto, el azar y las precisas leyes que tanto citabas, pero que no pueden ahora, de ninguna manera, ahuyentar el dolor profundo ante tu pérdida.

Para poder decir algo, no se me ocurre otra cosa que reiterar unas líneas de la carta que le dirigí por su cumpleaños ochenta y cinco, ahora que desandaba sus noventa.

Retamar encarnó un modelo de verdadero intelectual, aun sabiéndolo ajeno a establecer modelos con su persona. Atento a todas las aristas de su tiempo –difícil como todos, según me enseñó que espetaba Borges a los suyos–, profundo conocedor de cómo los vericuetos del

pasado iluminan las complejidades del presente, objetivo y optimista con el futuro. Y, sobre todo, comprometido; sabedor del peso incontrolable de la palabra pública y privada.

También por su sólido, culto, universal dominio de los instrumentos específicos y tareas correspondientes del cultivo de la lengua para la poesía y el pensamiento. Sus poemas y ensayos, sencillamente, nos acompañan. Y tuvimos la dicha de escuchar sus versos en la hondura de su voz magnífica –ay, aquella velada de poesía y música con Silvio en la sala Che Guevara de la Casa. Y de reírnos con su finísimo humor y disfrutar las conversaciones sobre la pelota, elevada a inigualable altura en su legendario «Pio tai».

Su recia y simbólica figura intelectual, entre los nombres claves de nuestra América, perdurará como una vida de inmensa plenitud en medio de un larguísimo combate.

Está de luto la República de las Letras, está de luto Cuba.

Pero como también escribió, a la vera de Sor Juana, nada borrará el agua, Roberto, de lo que fue dictando el fuego.

Gracias, maestro, siempre.

Roberto Fernández Retamar, paradigma de lucidez y poesía en nuestra América

Eran los tiempos en que intelectuales y artistas formaban brigadas para ser parte del trabajo voluntario en la Cuba que anunciaba la utopía, siempre inconclusa, de la justicia y plenitud del ser humano. El poeta se conmueve ante esa realidad social que hay que transformar; la realidad de esa clase social a la que no pertenece porque no es parte de su historia de opresión, pero frente a la que su palabra se transforma, se vuelve solidaria y hace del verso una ética de vida, con la vergüenza de no cargar los mismos dolores de aquel pueblo del que forma parte, pero aún desconoce: *«Con las mismas manos de acariciarte estoy construyendo una escuela. / Llegué casi al amanecer, con las que pensé que serían ropas de trabajo, / pero los hombres y los muchachos que en sus harapos esperaban / todavía me dijeron señor»*. Al final del poema, el poeta reafirma el recuerdo de su amada en medio del trabajo voluntario, en medio de ese aprendizaje de la solidaridad: *«No hay momento / en que no piense en ti. / Hoy quizás más, / y mientras ayude a construir esta escuela / con las mismas manos de acariciarte»*.

Roberto Fernández Retamar (1930-2019) es un corazón generoso que albergó una lucidez, heredera y estudiosa del pensamiento martiano, que divulgó la obra de Martí; la misma lucidez que nos replanteó el sentido de la imagen de Caliban en la antinomia civilización y barbarie, e iluminó la mirada de la literatura de nuestra América desde la construcción de la palabra crítica propia. Al mismo tiempo, Retamar es un espíritu de la poesía que emerge desde la contemplación de lo cotidiano y que reivindica el «deber y derecho de escribir sobre todo»: *«Para ti, para este instante, para este poema / que se escribe gracias al aliento exhalado por Miranda o por Jenofonte, / con un trozo sobrante de Casiopea»*.

La vigencia de la Casa de las Américas, como centro de pensamiento y creación artística y literaria, es el testimonio de la tarea cultural que Fernández Retamar lideró durante gran parte de su vida, confiando siempre en la juventud y llenando la Casa de la frescura de nuevas propuestas creativas, al tiempo que mantuvo y trabajó en la memoria y la tradición de una literatura continental. Y, no digo más, porque

sé que estas palabras mías hubiesen abrumado al poeta, que nos legó algunos versos para su epitafio: *«Se equivocó más de una vez, y quiso sinceramente hacerlo mejor. / Acertó, y vio que acertar tampoco era gran cosa. / De todas maneras, llegado al final, declaró que volvería a empezar si lo dejaran»*.

Nos enseñó la ética de la vergüenza del poeta, aquella que enfrenta la inutilidad de la poesía para las tareas prácticas, esas tareas que algunos escriben con mayúsculas. Y, sin embargo, también nos enseñó que el poeta persiste en su escritura por esa necesidad de que la poesía exista por sí misma, sin justificaciones, que la poesía exista para sobrevivir al horror del mundo y para vivir en la belleza del mundo. *«Nosotros, los sobrevivientes, / ¿a quiénes debemos la*

sobrevida? / ¿quién se murió por mí en la ergástula, / quién recibió la bala mía, / la para mí, en su corazón?».

Envío: a Roberto Fernández Retamar, cuyo espíritu es parte de mis calles habaneras y sus cenizas yacen en el cielo de aguas profundas del Caribe. *«Es lo mismo de siempre: / ¡Así que este hombre está muerto! / ¡Así que esta voz / delgada como el viento, hambrienta y huracanada / como el viento, / es la voz de nadie!»*. Pero yo no estoy escuchando un disco de Benny Moré como tú, sino escuchando otro disco, ese en el que los poemas hablan con tu propia voz, que ya es la voz de nadie, pero también es la voz de la permanencia de ti en tu poesía, que, en medio de la diversidad, pervive *«...toda temblor, toda ilusión»*.



Caricatura de Posada

A los amigos de la Casa: me uno al dolor y a la esperanza. Al silencio y a la palabra. Me uno a la tristeza y a la poesía.

A Retamar lo conocí personalmente en una visita que hizo a Santa Clara. Hace muchos años fue invitado a participar de jurado del Encuentro Provincial de Talleres Literarios que aquella época unía a todos los que intentábamos ser escritores, todos muy jóvenes, y a los que ya tenían, como él, una reconocidísima obra. Lo que me llamó la atención del poeta que solo había visto con anterioridad a través del televisor, más que su tamaño y su mirada seria y penetrante, fue su capacidad de escuchar todos los poemas que le leíamos sin compasión alguna y de encontrar una acertada opinión para cada texto, en que eran reconocibles tres de sus más visibles cualidades; la humildad, la sinceridad y la extrema delicadeza cuando tenía que decir lo que a ningún autor le gusta escuchar. Su maestría para ser Maestro era tal que nadie se molestó con ninguno de sus criterios, aun cuando algunos fueron severos y negativos.

Con los años compartimos varios espacios y siempre fue atento y cariñoso, con una memoria envidiable, ya que nunca olvidó mi nombre. Cuando en la Feria Internacional del Libro en La Habana, en el año 2008, se presentó mi antología de poesía *Que el gesto de mis manos no alcance*, publicada por Unión, en la sala Lezama Lima me encontré a Retamar, acompañado como

siempre de la Dra. Adelaida. Pensé que se habían equivocado de sala, o que estarían esperando la presentación del libro de algún autor cercano a ellos, cuando Retamar me hizo saber que estaban muy contentos con la salida de mi antología. Estaban ahí como parte de ese mínimo público que asiste a la presentación de un autor que venido de provincia no tiene suficientes amigos en la capital como para ser acompañado.

En ese día, sobre todo, y en otro en que le pidió a su hija, mi amiga querida Laidi Fernández de Juan, que le pusiera en un tocadiscos la canción que tanto le gustaba. Quedé atento para saber cuál sería, pensando en algún clásico de la música tradicional cubana o tal vez de los muchos universales temas sinfónicos o cualquier otra composición que no fuese una canción de los setenta de Juan Formell. En esos dos instantes estoy pensando, ahora que he sabido que Roberto Fernández Retamar se ha marchado para la gloria eterna junto a su amada, la bella Adelaida. Me gustaría darle un abrazo a Laidi, simpática, cariñosa, comprometida amiga que tanto quiero. Me gustaría estar ahora mismo en ese privilegiado lugar en que estuve una tarde noche contemplando la familia que Retamar y Adelaida habían fundado, una familia tan sencilla, cariñosa y unida como la que cualquier gran hombre intenta y aspira a fundar. Eso y su gran obra serán suficientes para garantizar su eternidad.



Junto a Raúl Castro Ruz
en la entrega de la Orden José Martí, 2009

Crecer en Martí

Así tituló nuestro amigo y colaborador panameño Guillermo Castro esta nota sobre José Martí que nos es grato poner en manos de los lectores de este número:

Fue Roberto Fernández Retamar, si mal no recuerdo, quien alguna vez observó que en nuestra América abundaban quienes eran martianos «sin saberlo». Para ellos, el encuentro con la obra de Martí constituía –constituye– no solo un descubrimiento de orden estético y emotivo sino, y quizá sobre todo, de una parte de sí que ya estaba presente en su afectividad y su conducta, pero de la que ahora se hacían concientes. Y, a partir de allí, se les abría la posibilidad de pasar a formar parte de una conciencia colectiva y un hacer social mucho más amplios. // Esta observación tiene hoy una especial vigencia. La bancarrota política –esto es, cultural y moral– del neoliberalismo le plantea a las sociedades de nuestra América, una vez más, la tarea de encontrarse a sí mismas, para constituirse en sujetos de su propio destino. No es de extrañar que, en tal circunstancia, se renueve con creciente vigor

el interés por la obra de quien, en enero de 1891, en su ensayo *Nuestra América*, diera un acta de nacimiento a nuestra contemporaneidad. // Entre nosotros, ese interés se traduce en lo que planteara Antonio Gramsci a los jóvenes de su tiempo que entraban en contacto con la filosofía de la praxis. Al respecto, decía que «toda nueva teoría estudiada con “heroico furor” [...] atrae por sí misma, se adueña de toda la personalidad [...] hasta que se establece un equilibrio crítico y se estudia con profundidad, pero sin rendirse en seguida a la fascinación del sistema o del autor estudiado». Esto era así, agregaba, sobre todo cuando se trataba de «una personalidad en la cual la actividad teórica y la práctica están indisolublemente ligadas, de un intelecto en continua creación y en perpetuo movimiento, que siente vigorosamente la autocrítica del modo más despiadado y consecuente». // Atendiendo a esto, hacía tres recomendaciones. Una, reconstruir la biografía del autor, tanto en lo relativo a su actividad práctica como «especialmente a la intelectual». Otra, registrar todas sus obras, por orden cronológico y según «motivos de tipo intrínseco: de formación intelectual, de madurez, de dominio y aplicación del nuevo modo

de pensar y de concebir la vida y el mundo». Y finalmente, atender con especial cuidado a los motivos fundamentales y el ritmo del pensamiento en desarrollo, siempre más importante que «las afirmaciones aisladas y casuales o que los aforismos separados». // A esto cabría agregar, sobre todo para nosotros, la necesidad de encarar al autor desde su circunstancia –que incluye su biografía intelectual y política, sin reducirse a ellas–, para comprenderlo a cabalidad desde la nuestra. Visto así, por ejemplo, resalta la riqueza del desarrollo de los vínculos entre esas tres dimensiones, en lo que va del primer documento escrito por Martí que conocemos –la carta a su madre de un niño de casi diez años que acompaña a su padre en una estancia en el campo– hasta la que deja inconclusa en vísperas de su muerte, treinta y dos años después, dirigida a su amigo mexicano Manuel Mercado, en la que aparece aquella frase que define al hombre que había llegado a ser: aquel que estaba «todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso». // En lo que hace a los Estados Unidos, sabemos que Martí llegó a esa postura a lo largo de su exilio en Nueva York, entre 1881 y 1895. Lo hizo a partir de una sincera admiración inicial por el liberalismo norteamericano, que vino a matizarse de manera cada vez más crítica a partir de la represión de que fueron objeto las organizaciones de trabajadores en el curso del gran ciclo de huelgas de 1886, hasta definirse con entera claridad en su crítica a la renovada política de dominación regional del Estado norteamericano desde fines de la década de 1880. // Aun así, lo esencial es entender que el motivo fundamental y el ritmo del desarrollo del pensamiento martiano están en su cubanía, que crece desde su deseo de independizar a su patria del dominio colonial español, hasta hacer de la independencia un medio para iniciar en Cuba un proceso de liberación nacional de alcance universal. Del vínculo entre su percepción de los Estados Unidos y la de la lucha por la independencia de Cuba da cuenta — en la etapa en que Martí se distancia del primer liderazgo del movimiento independentista por sus diferencias respecto a la conducción política del mismo—, la carta que escribe a Manuel Mercado en abril de 1886. // Con la mente «puesta en México y en mi país», dice allí, «escribí un estudio sobre Grant [...] que ha tenido en la América del Sur mucha fortuna: allí saco del revés esa especie de caracteres de fuerza, para que se les vea, sin exageración ni mala voluntad, todo lo feo y rugoso del interior de la vaina, que tanto hambriento y desvergonzado rebruñen por de fuera a lamidos! —Un personaje de aquí me dijo,

después de leer este ensayo: “¿Dónde conoció V. al hombre, que parece que lo ha retratado V. por dentro?” —¡Lo conocí en los hombres! —Los espíritus humanos se dividen en familias, como los animales. —En esas páginas [...] va mucho de mis dolores patrióticos, primer peldaño que bajé del cielo!». // Desde ese conocer el mundo en los hombres que van dándole forma a partir de las familias morales con las que se identifican, llega Martí a la fundación del Partido Revolucionario Cubano, de un modo que le permite definirlo diciendo que es «el pueblo cubano». Y desde ese pueblo llega al *Manifiesto de Montecristi*, que define a la guerra de independencia como un «suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo» // Crecemos en Martí conociéndolo y comprendiéndolo en su tiempo desde el nuestro. Así como él supo entender que aquello que Bolívar había dejado sin hacer, seguía pendiente todavía, nosotros, desde él, podemos ver en su obra la raíz de nuestra modernidad. Esa raíz constituye la guía fundamental para construir la cultura y la política nuevas que demanda el tiempo nuestro para florecer, y dar los frutos que fecundan nuestros sueños.



Elogio de la lengua

Es el título con el cual el diario argentino Página/12 publicó el 9 de julio este pertinente y provocador artículo de Mempo Giardinelli:

En una película de inicios de este siglo, *Rosarigasinos*, dirigida por Rodrigo Grande, hay una escena en la que dos exconvictos liberados tras cumplir treinta años de cárcel, caminan por Rosario como redescubriendo la ciudad. En un momento, uno de ellos, Federico Luppi, se detiene a comprar cigarrillos, y al continuar la caminata le pregunta a su compañero, Ulises Dumont, qué significa esa palabra que ha leído en la marquesina: «Drugges-to-re». Entonces Dumont, con lógica impecable, le responde: «Es un kiosco». A lo que Luppi, sorprendido, razona: «¿Y por qué no lo llaman kiosco?». // Episodios similares podrían repetirse hoy en todo el país: en el aeroparque porteño, el noventa por ciento de las tiendas de servicios y kioscos tienen nombres en inglés. O en francés como «*Le pain quotidien*». En todas las tiendas se ofrecen *breakfast and lunch* en lugar de desayuno y almuerzo. Y sobran los *coffees*, los *teas*, las *croissants* y así siguiendo. En toda la ciudad de Buenos Aires sucede igual. Y se ha ido copiando en muchas capitales de provincias. // Se dirá que no tiene nada de malo, pero la imbecilidad colonizadora llega a puntos que bordean el ridículo. Hoy en casi todas las obras públicas se contratan servicios para los trabajadores, que ya no se llaman baños sino «*Bath*». Hasta los vinos que tomamos suelen venir con etiquetas impresas en inglés. Y la vieja cerveza es *beer*, o a lo sumo *birra*. Y en casi todas las vidrieras citadinas hoy hay carteles de «*Sale*» en lugar de las viejas y entrañables liquidaciones, que cuando rezaban «Liquidamos todas nuestras existencias» planteaban incluso un dilema

filosófico delicioso. // En 1994, y en este diario, escribí un texto con igual título, «Elogio de la lengua», pero entonces el debate era hacia adentro y motivado por declaraciones del entonces Secretario de Cultura, Jorge Asís. Hoy, en cambio, la cuestión parece más grave y en un contexto en que los chicos de las clases medias urbanas tienen una competencia bilingüe realmente notable. Es común que inicien una conversación, cara a cara (*face to face*) o en las redes sociales, diciendo «So...», para empezar. Y si algo los avergüenza conjugan el verbo «*cringe*». Y han incorporado vocablos como *love* y *flirting* con igual naturalidad. Hablan *Spanglish* constantemente. «Somos ciudadanos del mundo», me dijo una adolescente no sin pizca de soberbia. // Admitase que esta moda, como cualquier otra, puede no estar ni bien ni mal. Pero es un hecho que las tropelías lingüísticas delatan la colonización maciza a la que estamos siendo sometidos. Son la evidencia de un renovado avance imperial sobre los pueblos latinoamericanos, que además del descalabro económico y político ponen en riesgo la identidad de la lengua que hablamos, el Castellano Americano, en circunstancias en que nuestro pueblo recibe una educación pública en emergencia y retroceso, y tan degradada que difícilmente refuerce el léxico nacional. // Lo hemos señalado muchas veces: en la lengua que un pueblo habla está su más potente marca de identidad; son sus huellas digitales. Esa lengua es su vía de comunicación primera y permanente. De donde la cuestión no es solo la lengua sino lo que se hace con ella. // Y si lo que se hace es dejar

que se debilite y agonice, entonces el habla que se impone resulta irresistible, y abruma y vence por repetición, por moda, por estupidez programada. Y lo que se distorsiona y deforma, conduce a engaños. Y entonces quien habla mal, piensa mal. Porque no tiene las herramientas que brinda el idioma natal, correctamente hablado y sobre todo escrito. // El único antídoto, obvio, es la educación. Que el actual gobierno echó a perder institucional y nacionalmente, y ahora profundiza con alevosía desatendiendo lo público en favor de lo privado desnacionalizador. Y para colmo con un jefe de la banda que no solo enhebra mal sus palabras en castellano sino que hasta cuando habla en inglés para agradar a sus patrones se expresa en forma elemental y chapucera. // El servilismo lingüístico de las clases sociales latinoamericanas más acomodadas es otro ingrediente riesgoso. El autoritarismo que se les quedó pegado; la prédica del pésimo periodismo y la telebasura que infecta conciencias y formatea a los votantes para que se disparen en los pies, es lo que se llama, en general, neocolonización. // Puede parecer exótico, en la emergencia social que vivimos, reflexionar acerca de la lengua que hablamos. Pero es la nuestra, y es la más genuina y veraz manera de comunicarnos, entendernos y ser. // Es urgente una reducción en el idioma que hablamos, sobre todo para no deslenguarnos. Hablar bien en nuestra lengua, con propiedad y corrección, es el camino más seguro para pensar mejor. Y pensar mejor es la vía más segura para obrar mejor. De hecho, pueblo que pierde su lengua, lo pierde todo. Vean Filipinas. Y vean la

conmovedora resistencia puertorriqueña. En esos contextos la educación es fundamental. // Hace poco señalé, en el Congreso de la Lengua en Córdoba, cómo hace años el cuento de la llamada «globalización» que produjo el retorno de una España empresarialmente más agresiva y racista, nos afectó también y mucho en materia lingüística. El empobrecimiento y desnaturalización del idioma, hoy enfermo de groserías y alusiones machistas, más la incorporación a mansalva de vocablos tecnológicos, anglicismos innecesarios y mucho más, aunque no sea fácil advertirlo, han producido y producen daños por goteo en nuestra identidad nacional. // No somos pocos los que creemos en una educación urgente que fortalezca el idioma que hablamos. No es un asunto baladí, como suelen pensar algunas dirigencias. Que no saben lo que dicen.



Adioses

A punto de arribar a sus ochenta y dos años falleció en Zaragoza, el 6 de junio, el escritor uruguayo Fernando Aínsa, autor destacado en diversos géneros, amigo querido de Cuba, de la cual pensaba que era la confirmación de lo que él llamaba la «utopía americana en realización constante». Aquí publicó su libro *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética* (Editorial Arte y Literatura, 2003), en tanto se le distinguió con la Medalla Conmemorativa por el Centenario de José Lezama Lima en 2010. Aínsa había nacido en Palma

de Mallorca el 24 de junio de 1937, hijo de aragonés y francesa, pero desde su pubertad vivió en Uruguay, donde se desarrolló como escritor hasta su regreso a Francia en 1973. Fue director de publicaciones de la Unesco en París de 1992 a 1999. Se le considera uno de los más importantes críticos literarios de las últimas décadas, en nuestra lengua, sobre la que versa la mayor parte de sus ensayos. Era miembro correspondiente de las Academias de las Letras de Uruguay y Venezuela, y del Patronato de la Biblioteca Nacional de España. Recordamos de él estudios como *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa* (1986), *Historia, mito y utopía de la ciudad de los Césares* (1992), *Pasarelas. Letras entre dos mundos* (2002), así como algunos de sus libros de narrativa: *El paraíso de la reina María Julia* (1994) y *Travesías* (2000). Entre sus poemarios sobresalen *Aprendizajes tardíos* (2007) y *Resistencia del aire* (2018). Fue miembro del jurado de ensayo artístico-literario en el Premio Casa de las Américas 2002 y colaborador de nuestra revista.

El cineasta, poeta y ensayista venezolano Edmundo Aray falleció la madrugada del 26 de junio, a los ochenta y tres años, en el estado de Mérida, Venezuela. Nacido en Maracay, fundó en 1974 el Comité de Cineastas de América Latina; fue parte también de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano y de sus Consejos Superior y Directivo. Entre los reconocimientos que obtuvo el también militante del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), se encuentran: Mejor

Película y Mejor Guion del Consejo del Municipio Libertador (1994); Premio Nacional de Cinematografía, Conac; Premio Nacional de Cine Monseñor Pellín (1991 y 1994); Personaje del Año en Cine; y la Orden Francisco de Miranda en Segunda Clase (2018). Entre sus publicaciones escritas destacan: *Alias el Rey del Joropo* (1997); *Bolívar, de San Jacinto a Santa Marta*; *Manuela Sáez, esa soy yo* (2000); *José Martí, ese soy yo* (2002), entre otras. La vida de Aray estuvo estrechamente vinculada a nuestra Casa desde 1965, año en el cual fue jurado del Premio Literario, del que volvió a formar parte en 2000. Fue igualmente colaborador habitual de nuestra revista. Poco antes de morir, en su último viaje a Cuba, lo recibimos en la Casa con la habitual cordialidad que fluía entre nosotros y, como siempre, llegó cargado de publicaciones y de cuentos, pese a que ya estaba enfermo. El Consejo de Estado de la República de Cuba le otorgó, por su constancia solidaria con la Casa de las Américas y con nuestra cultura, la medalla Haydee Santamaría, entregada *post mortem* a sus familiares.

A los noventa y cinco años falleció el 27 de julio en París —donde residía— el artista venezolano Carlos Cruz Diez. La televisora multinacional Telesur destacó el «legado de una fructífera carrera e investigaciones sobre la forma y el color que aportaron al arte nuevas percepciones cromáticas» y subrayó su protagonismo en el encumbramiento del arte óptico y cinético a nivel mundial. Los habitantes y visitantes de La Habana pueden ver, desde 1999, una obra emblemática

suya, *Arcos de inducción cromática* —emplazada al final de la calle G, en cuyo otro extremo se encuentra nuestra sede— que fue su tributo a la Casa de las Américas en el cuadragésimo aniversario de su fundación. No era la primera ni la última vez que las huellas de Cruz Diez marcaran el acontecer artístico de la capital cubana. Significativa resultó su presencia en la Segunda Bienal de La Habana (1986), y el año pasado, con motivo de su noventa y cinco cumpleaños, estuvo en el centro de la exposición organizada de conjunto por la Fundación Casa Museo Simón Bolívar, la Embajada de Venezuela en Cuba y la habanera Oficina del Historiador de la Ciudad. Quienes llegan a Caracas por el Aeropuerto Internacional de Maiquetía son recibidos por las sugerentes intervenciones óptico-cromáticas de Cruz Diez, integradas a la arquitectura interior de la edificación desde 1974. Varias obras suyas se encuentran en la Colección Arte de Nuestra América Haydee Santamaría, y con frecuencia pueden ser vistas en las paredes de nuestro edificio.

El 31 de agosto falleció el pensador marxista estadounidense Immanuel Wallerstein, figura clave en el desarrollo contemporáneo de la ciencia social. Se interesó por primera vez en los asuntos mundiales cuando era estudiante en la ciudad de Nueva York y estuvo particularmente motivado entonces por el movimiento anticolonial en la India. Asistió a la Universidad de Columbia, donde se graduó como sociólogo. Enseñó Sociología en la Universidad McGill, y durante dos décadas fue Profesor Distinguido en

la Universidad del Estado de Nueva York, en Binghamton. Entre otras responsabilidades fue presidente de la Asociación Internacional de Sociología y presidió la Comisión Gulbenkian sobre la Reestructuración de las Ciencias Sociales. Integra en su obra aportes de la escuela de los Anales, y sus reflexiones sobre el caos sistémico —que él afirma se establecerá en la civilización capitalista entre 2020 y 2050—, son de una enorme actualidad y capacidad prospectiva. Cuando la desintegración del sistema soviético cuestionó la vigencia de los paradigmas marxistas, Wallerstein aseguró que sería un retroceso temporal, resultado de deformaciones históricas, y que el verdadero apogeo y aplicaciones en la práctica social del pensamiento de Marx, estaba por llegar en el siglo XXI. Al morir, Wallerstein trabajaba en su monumental obra *Modern World System*. Cabrá a sus discípulos y continuadores desarrollar el hilo crítico de ese trabajo y ponerlo al servicio de las luchas por un mundo donde prevalezcan los verdaderos intereses de la humanidad.

La narradora estadounidense Toni Morrison, galardonada con el Premio Nobel de Literatura en 1993 —y primera mujer afroestadunidense en ganarlo—, falleció el 7 de agosto a los ochenta y ocho años de edad. Gran parte de su literatura se centró en la experiencia vital de la mujer negra en los Estados Unidos y, en su estilo de escritura, Morrison honra los ritmos de la tradición oral negra. Autora de once novelas, cuyo núcleo lo constituye la trilogía compuesta por *Beloved* (1987), *Jazz* (1992) y *Paraíso* (1997),

penetra con agudeza en cuestiones sangrantes como el racismo y la injusticia social. Como editora, es ampliamente reconocida por ayudar a ampliar el escenario literario de los afroamericanos y las feministas. Su aclamada novela *Beloved*, sobre una esclava que escapó de una plantación de Kentucky, ganó el Premio Pulitzer en 1988. En 2012 Morrison recibió la Medalla Presidencial de la Libertad, de manos del presidente Barack Obama. En una entrevista publicada en 2004 expresó: «Esta melancolía que siento ahora tiene que ver con un país como este, con la mejor oportunidad del mundo [...] en este momento, con cierto nivel de plenitud e inteligencia y ambición y generosidad, y alguna historia de la que aprender, y que podría tirar todo por la borda, en cierto modo, y convertirse en la peor parte de su propio ser».

Francisco Toledo, uno de los grandes pintores de México —cuyas obras han sido vistas más de una vez en la Casa de las Américas y en esta propia revista— falleció en Oaxaca el 5 de septiembre a los setenta y nueve años después de sufrir complicaciones por un cáncer. Su muerte deja un enorme vacío en las artes plásticas, que pierde al autor de un mundo fantástico que marcó para siempre el arte contemporáneo mexicano. El país pierde también a un promotor cultural y ambientalista que alzó la voz para defender el maíz y la tierra. Toledo fue un desobediente. Ese rasgo de su carácter fue precisamente lo que lo convirtió en artista. Fue un joven obsesionado con los grabados de su bestiario particular, compuesto por animales fantásticos. Su familia, de

origen zapoteco, lo envió a la capital del país tras la escuela secundaria con la esperanza de corregir el rumbo. Pero en 1957 llegó a un Distrito Federal vibrante donde aún emanaba con fuerza la influencia del muralismo mexicano que enaltecía las raíces nacionales y el papel del indígena. La construcción del mito de Toledo pasa por Europa. París fue una enorme influencia para él. Allí conoció a notables artistas y, gracias a Octavio Paz, tuvo un lugar para pintar en la Casa de México de la ciudad universitaria. En esa urbe se sembró la semilla de la gran reputación que Toledo aún tiene en Europa, donde una crítica de arte de *The Observer* llegó a calificarlo como la «respuesta mexicana a Picaso». La pintura y sus grabados continuaron, no obstante, el diálogo con el mundo rural mexicano a pesar del deslumbramiento de una de las principales metrópolis del planeta. «El arte está de luto», escribió en Twitter el presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador. «Gran pintor y extraordinario promotor cultural, auténtico defensor de la naturaleza y las tradiciones de nuestro pueblo», lo calificó el mandatario.

Reflexión sobre la Semiótica

Con el título de «Semiótica de la Semiótica. Por sus obras la decodificaréis», el filósofo Fernando Buen Abad dio a conocer, en el blog del Instituto de Cultura y Comunicación y Centro Sean MacBride, que dirige en la Universidad Nacional de Lanús,

en Argentina, los pensamientos que a continuación reproducimos:

No se puede echar «campanas a vuelo» cuando se identifica una herramienta científica (o una disciplina) como la Semiótica, sin haber pasado revista a sus entrañas teórico-metodológicas y haber saldado algunos requisitos indispensables para saber al servicio de qué o quién se pondrá, en la teoría y en la práctica. La base de la producción de sentido está hoy en el debate Capital-Trabajo. // No es suficiente con invocar a la Semiótica como una actividad científica «interesada por los signos», ni es suficiente idear clasificaciones «nuevas» o nomenclaturas que se agoten en el campo de las formas, sin explicar a qué cuerpos semánticos e intereses son tributarias. No es suficiente la pura descripción de los «signos» si se queda huérfana de historia, contexto y usos, en el territorio de las tensiones sociales que son condición en el desarrollo histórico de los seres humanos. No es suficiente el «estudio de casos» sin una exploración profunda de sus móviles económicos, políticos y culturales. Hasta hoy los semiólogos se han conformado con explicar los signos, y eso está muy bien, pero de lo que se trata es de transformar los medios y los modos de su producción. Democratizar el sentido. // Atrapada como ha estado la Semiótica en ciertos oscurantismos terminológicos, que la han distanciado de la acción directa y transformadora sobre los problemas de la Cultura y la Comunicación (haciéndola insufrible para algunos e inexpugnable para otros), se hace necesario un esfuerzo emancipador para

que la Semiótica se emancipe también. Emanciparla del palabrerío y de ciertas elites para que se haga carne en las luchas descolonizadoras (como lo pensaba Roberto Fernández Retamar) y se exprese como una Guerrilla (Eco), una Batalla de las Ideas (Fidel Castro) y una Revolución capaz de abolir toda esclavitud semántica, sintáctica y dialógica. Arrebatársela, también, a los positivistas de la «publicística». // La producción de «sentido» es tan vieja como la conciencia; la producción de «sentido» es la conciencia práctica, la conciencia real del «sentido» que existe solo para los seres humanos en sociedad y que, por lo tanto, comienza a existir en la construcción de la comunidad. Y la producción de «sentido» nace como la conciencia de la necesidad expresiva en la tensión humana de las relaciones sociales y de los intercambios. No hay emancipación posible de la especie humana mientras no existan condiciones iguales para asegurarse, plena y suficientemente, comida, bebida, vivienda y vestido... con calidad y cantidad suficientes. La emancipación es un hecho histórico no una ilusión y solo puede lograrse cuando los modos y medios de producción hayan sido democratizados. Nada de esto es obra únicamente del pensamiento ni de las miles de formas de representarlo. No es la semiosis (producción de sentido) lo que determina a la vida, sino la vida misma la que determina a la semiosis. // Los seres humanos son productores de semiosis, seres humanos concretos y activos que se encuentran determinados por las condiciones sociales imperantes, incluidas las condiciones que impone la ideología de la clase do-

minante. Por eso, a los seres humanos corresponde llegar a producir todas las herramientas que sirvan a su emancipación, no solo en lo objetivo, también en lo subjetivo. Ese debería ser el cometido supremo de la Semiótica. Y para eso se requiere dar cuenta de la base concreta en la que se desarrolla, sus contradicciones y desafíos, de lo general a lo particular y viceversa. Nuestro común denominador global es padecer el capitalismo y eso no es solo una calamidad «económica» por cuanto que es también una calamidad ideológica (falsa conciencia) y es cultural por cuanto se refiere a la dominación (rentable) de las conciencias. Aunque algunos creen, todavía, que esto es una exageración. // No hay Semiótica «in vitro» descontaminada o inmaculada. Cada «escuela» o corriente la ha impregnado con su «tendencia» (aunque lo nieguen o lo ignoren), sus principios y sus fines, sus procedimientos y sus conclusiones. Algunos tienen la valentía de declarar (con orgullo o con culpa) sus herencias y sus proclividades para bien o para mal, en contra o a favor de los intereses humanos. Pero en general, la ética parece ser una disciplina frecuentemente ausente en la mayoría de los productos de las Semióticas. Eso debe cambiar muy pronto. // Es urgente producir una acción de conjunto, con una base humanista sólida o de nuevo género (es decir no individualista ni mercantilista). Bien pudiéramos coincidir en caracterizar los latifundios semánticos con que el capitalismo ha construido su semiósfera planetaria. Podríamos coincidir en la construcción, participativa y abierta, de un mapa mundial de la semántica

dominante en el que identificáramos los núcleos duros del coloniaje mental que depreda las cabezas de los seres humanos. Producir consensos sobre las amenazas y los engaños que nos taladran con sus falsedades, incesantemente, para desmoralizarnos, desmovilizarnos y descapitalizarnos. Identificar el modo de producción de sentido subordinado por la mentalidad burguesa para que los pueblos no vean sus esclavitudes, las agradezcan y las consideren una gran herencia para su prole. ¿«Conspiranoia», «Cambridge Analytics», Otan, CIA, Mossad, «Armas de Destrucción Masiva»? ¿Es poco científico, es demasiado político? // Necesitamos otra Semiótica, que esta vez sea útil para decodificar todas las artimañas semánticas y sintácticas de la clase dominante; transparentar sus núcleos ideológicos y la servidumbre de los «expertos» que se dejan asalariar para la esclavitud de las conciencias. Y, principalmente, generar todas las herramientas descolonizadoras que son indispensables para consolidar la aspiración, una nueva producción de sentido legal y legítima, obra de una especie humana dispuesta a ocuparse, principalmente, en emanciparse de toda esclavitud: sin amos, sin clases sociales sin penurias prefabricadas. Producir herramientas mundiales de emancipación masiva. ¿Es mucho pedir?

Bolsonaro pasa, la Amazonía sobrevive

El analista político cubano Jorge Gómez Barata resumió el 27 de agosto

en el diario mexicano ¡Por esto!, sus puntos de vista en el debate sobre la Amazonía:

La extensión territorial de Brasil es de ocho millones y medio de kilómetros cuadrados, casi la mitad ocupados por la selva de la Amazonía, la floresta más grande del planeta, y uno de los pocos lugares del mundo no totalmente explorados. Obviamente se trata de una fuente de recursos naturales de la cual el país no puede prescindir, y para lo que necesita elaborar políticas coherentes que aseguren tanto la conservación como el desarrollo. // La exquisita sensibilidad ecológica instalada en la cultura de los sectores ilustrados de todo el mundo, da lugar a reacciones tan vigorosas como la expresada ante los incendios de la Amazonía, pero también a actitudes que soslayan el hecho de que, en ese macizo de siete millones de kilómetros cuadrados, donde se cobija el veinte por ciento de la fauna y la mitad de la flora del planeta, se encuentra la cuarta parte del agua dulce del mundo, y se genera el veinte por ciento del oxígeno de la tierra, viven y trabajan cuarenta millones de personas, que moran en ciudades, poblados, comunidades campesinas e indígenas, incluso alrededor de cien tribus no contactadas. // En la bella y excepcionalmente rica floresta, por la que, con cientos de tributarios, fluye el río más largo y caudaloso del mundo, que recorre seis mil ochocientos kilómetros y transporta doscientos treinta mil metros cúbicos de agua por segundo, también abunda la pobreza, y además de inescrupulosos madereros, mineros,

ganaderos, cosecheros, que realizan talas y quemas ilegales, y practican la ganadería extensiva y clandestina; existen empresarios, agricultores, y campesinos que despliegan sus labores en consonancia con la ley. // Para proteger la ecología no es necesario prescindir de los recursos naturales, ni demonizar a los agricultores, mineros, petroleros, constructores e industriales. El equilibrio ecológico no sería viable si excluye a la especie y a la sociedad humana, que para forjar su bienestar necesita interactuar con la naturaleza y aprovechar sus bondades. // La primera obra de infraestructura en el Amazonía fue el ferrocarril de Manaus-Mamoré, que se inició en 1890. Desde entonces apenas se han construido treinta mil kilómetros de carreteras asfaltadas, y ningún ferrocarril o autopista que cubra todo el territorio. Tampoco abundan los grandes puertos fluviales. // Se calcula que una vía férrea que atravesara la selva —un proyecto que data de principios del siglo xx, y en el cual ahora está interesada China—, con ramales que conecten a los océanos Atlántico y Pacífico, y a los nueve países con intereses en la zona, así como a los principales puertos fluviales y a los sistemas viales nacionales; puede costar unos diez billones de dólares, lo cual, en términos estrictamente económicos, hace incosteable la obra. // También fueron incosteables sus tiempos, y hoy serían impugnados el Expreso Oriente, el ferrocarril transcontinental en los Estados Unidos, los canales de Suez y Panamá, y por supuesto el viaje a la Luna. De haber prevalecido algunos conceptos vigentes, hoy la Revolución Industrial nunca habría ocurrido. // Proyectos que favorezcan el progreso

no necesariamente destruirían la selva, y formarían cadenas productivas que incluirían obras energéticas, facilitaría la urbanización, favorecería las obras sociales, generarían cientos de miles de empleos, y harían sostenible el progreso. // Otra cosa es la actitud depredadora frente a la naturaleza. La humanidad y todos los países amazónicos cuentan con talento y recursos para formular planes de desarrollo y políticas conservacionistas coherentes y ventajosas. // Los incendios que hoy ponen en peligro el pulmón del planeta constituyen una crisis, que aunque eventual, está pésimamente gestionada por el gobierno de Jair Bolsonaro, que ha reaccionado tarde y mal. No obstante, la Amazonía sobrevivirá a los bárbaros que le han prendido fuego, y más temprano que tarde, aportará a Brasil y a Sudamérica inmensos recursos para el desarrollo.



Con Trump y el Fondo... hasta el fondo

Es el comentario de José Steinsleger en el diario La Jornada, de México, el 4 de septiembre, que reproducimos a continuación:

Primera gran interrogante: ¿por qué autorizó el Fondo Monetario Internacional (FMI) el mayor préstamo de su historia (cincuenta y siete mil millones de dólares = 60 % de su cartera crediticia), a un país como Argentina, que se encontraba al borde de la insolvencia? // Segunda: ¿ningún «genio» alertó a los ciento ochenta y nueve miembros y veinticuatro directores del

FMI que Mauricio Macri usaba esos peniques para financiar su reelección, y la «formación de activos externos» (léase: fuga de capitales)? // Tercera: ¿no estaba entre los «genios» del FMI el mundialmente ovacionado mexicano (y argentino... ¡uf!) Alejandro Werner, exsubsecretario de Hacienda de Felipe Calderón (2006-2010), y actual director del Departamento del Hemisferio Occidental? // Y cuarta: ¿requiere más claridad el artículo seis del acta constitutiva del FMI, que en su primer párrafo dice: «Ningún miembro podrá utilizar los recursos generales del fondo para hacer frente a una salida considerable o continua de capital»? // Pues bien. Si usted trata de responder tales interrogantes con argumentos «técnicos», le sugiero que mejor asista a una función del *Cirque du Soleil*. O, si lo prefiere, visite el siquiátrico de su ciudad para encontrar sólidos argumentos que le permitan entender los misterios de la racionalidad perdida. // Porque, damas y caballeros, amable público... ¿Qué esperaban? ¡Bienvenidos a Argentina! El país (y que me fusilen si estoy chicaneando) con la mayor cantidad de sicólogos, analistas, siquiátras, terapeutas y videntes por kilómetro cuadrado. Y en el que solo allí pudo concebirse el maravilloso relato «El jardín de los senderos que se bifurcan». // Pero el jardín que Macri recibió hace tan solo tres años y nueve meses (no muy arregladito, vale), fue destruido hasta las raíces con excavadoras y motoniveladoras, que en las estepas patagónicas buscaban los tesoros enterrados por la «corruptísima» jefa absoluta del peronismo (y, si exagero, que me fusilen otra vez). //

Bueno. Retomo la cordura del análisis. En Rusia, durante la presidencia de Boris Yeltsin (1991-1999), el auditor principal del Tribunal de Cuentas, Ventamine Sokolov, declaró en una entrevista con la BBC de Londres: «Hemos verificado una parte considerable del crédito del FMI facilitado en julio y, aunque me da vergüenza, debo reconocer que miles de millones de dólares fueron utilizados con fines distintos, mientras la otra parte sencillamente fue robada» (*La Jornada*, AFP, 21/9/1998). // Años después, en diciembre de 2007, el excanciller Yeugueni Primakov dijo a su antiguo rival (y finalmente aliado) Vladimir Putin: «Si se siguen las recomendaciones del FMI, hay dos amenazas: la una es el neoliberalismo y la oligarquía; la otra es la de que buscan fusionar sus negocios con el aparato del Estado para crear una “sociedad de mercado administrado”». // Macri logró el objetivo... ¿del FMI? No: el de Trump y el «anarcocapitalismo global», tantas veces denunciado por Cristina Fernández de Kirchner en foros internacionales: «enfriar» la economía («industrialicidio»), vaciar las grandes empresas del Estado, destruir el mercado interno, cooptar a las organizaciones sindicales, tercerizar a los trabajadores («flexibilización»), satanizar a los movimientos sociales, perseguir «legalmente» a líderes sociales y dirigentes políticos acusándolos de «corrupción», y pedirle a Mario Vargas Llosa y Andrés Oppenheimer que expliquen a los argentinos los peligros del «populismo». // Suma y sigue: tampoco el *default* argentino fue solo en dólares. El empresario Claudio Belocopit (dueño de Swiss

Medical Group) denunció que las empresas que apostaron a ponerle pesos al Banco Central perdieron fortunas. Y tras la devaluación, les dicen ahora que este dinero no se lo van a devolver. // Agrega: «Dinero que tenés que cobrar hoy lo vas a cobrar dentro de noventa o ciento veinte días... Se han batido todos los récords de locura extrema. Esta es la plata de la economía real, el dinero que se necesita para que circule, y las empresas tienen ahora que salir a tomar a tasas mucho más caras... No hay antecedentes de un *default* en pesos». // La orden de Trump al FMI para «ayudar» a Macri fue estrictamente ideológica, política y geopolítica: ¡Duro con el país de «Eu-vi-tah»! ¡Chinos y rusos no volverán a pisar tierras bolivarianas! *America First!* El nuevo *default* argentino no fue, esta vez, económico. Fue financiero, político, ideológico y cultural. Y si Macri tuvo que vérselas con Cristina y Christine (Lagarde, exdirectora del FMI), Alberto Fernández tendrá que ponerse los moños con la Cristina de siempre, y la que viene en camino: Kristalina Georgieva, nueva directora gerente del FMI. // Solo falta que Trump decida acabar con el FMI y sus «genios», ideológica y políticamente derrotados por el peronismo.



La paz: ese sueño lejano

Así tituló Giovanny Jaramillo Rojas su artículo a propósito del conflicto colombiano y el retorno de las Farc EP, publicado el 27 de septiembre en el semanario uruguayo Brecha:

Para nadie es un secreto que el pomposo retorno a las armas de algunos miembros de la guerrilla de las Farc solo los tiene como protagonistas y, a su vez, como víctimas y victimarios a ellos mismos. Con su reciente decisión, estas aparatosas disidencias (hay que decir que no superan el diez por ciento de los desmovilizados que dejó el proceso de paz enmarcado en los acuerdos de 2016) lograron darle toda la razón a la ultraderecha colombiana, aquella facción política a la que pertenecen el presidente Iván Duque y su mentor, Álvaro Uribe, y que, desde siempre, se opuso a la consolidación de «una paz estable y duradera» [...]. // Se entienda como se entienda, y visto con la lupa de la ideología que se prefiera, el rearme de las Farc es un desmedido retroceso histórico y una clara zancadilla al presente y el futuro del país. // He aquí la razón fundamental para los integrantes de la nueva guerrilla: el Estado colombiano no ha sido categórico ni resolutivo a la hora de cumplir con cabalidad lo acordado en La Habana. No hay garantías concretas ni apoyos estrictos para el retorno a la vida civil de miles de exguerrilleros que permanecen confinados, a la espera de una formalidad política, en los veinticuatro Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR) que hay a lo largo y ancho del país. A esto se le suma que, desde la firma del acuerdo (septiembre de 2016), se han cometido al menos ciento cuarenta y tres asesinatos de desmovilizados y cerca de ochocientos a líderes sociales y defensores de derechos humanos y ambientales en todo el territorio colombiano, de acuerdo con el Instituto

de Estudios para el Desarrollo y la Paz [...]. // Actualmente el partido político Farc (Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común) tiene diez congresistas instalados para el período 2018-2022: cinco en el Senado de la república y cinco en la Cámara de Representantes. Una curul del Senado estaba a nombre del hoy comandante de las nuevas Farc EP [...], Iván Márquez, mientras que en la cámara se encontraba posesionado el controvertido Jesús Santrich (pedido en extradición por el gobierno de los Estados Unidos por cargos anexos al narcotráfico). Ambos aparecen en el video en el que se anuncia la creación (¿refundación?) de la nueva guerrilla —publicado en la madrugada del pasado 29 de agosto—, y posteriormente, como era de esperarse, ambos fueron expulsados del partido por desacato, informó un comunicado rubricado por su comité de ética. El presidente de dicha colectividad, Rodrigo Londoño, alias Timochenko, dijo que seguirán cumpliendo con el Acuerdo de Paz. Agregó: «Si este llega a hacerse trizas, me dedicaré a recoger los pedacitos». Del mismo modo, algunas voces militantes no descartan un cambio de nombre para evitar ser confundidos con la disidencia [...]. // Tal vez una de las declaraciones que más preocupan al gobierno es la invitación a «coordinar esfuerzos» que la nueva guerrilla extendió al Ejército de Liberación Nacional (ELN), con el objetivo de consolidar un bloque armado y de resistencia, llamado que fue rápidamente celebrado y atendido por sus destinatarios [...]. // Según datos oficiales de la inteligencia militar colombiana, la conjunción de

fuerzas de las Farc EP y el ELN difícilmente pueda conseguir superar los cinco mil combatientes y milicianos, mientras que las Fuerzas Armadas de Colombia actualmente ascienden a los doscientos sesenta mil efectivos. Una cifra copiosamente mayor, pero que nunca, incluso desde el inicio de las guerrillas, a mediados del siglo XX, ha podido neutralizar ni el quehacer subversivo ni sus zonas de influencia. Para contrarrestar esta «ofensiva», el presidente Iván Duque no demoró en anunciar la creación de una unidad especial para hostigar a los cabecillas, además de la postulación de un fondo cercano al millón de dólares para recabar información en pos de su captura [...]. // El partido Farc dijo seguir apoyando «sin desmayo» la ruta de la paz. No obstante, si el Estado no acelera la implementación total de los acuerdos de paz y desampara los ETCR, muchos excombatientes pueden verse tentados a enlistarse una vez más y retornar a la selva, ya no como una forma de dignidad rebelde, sino como una manera de seguridad, básicamente, humana. La orientación política está perdida en un laberinto que muchos exguerrilleros transitan, pero todos desconocen. Sea como sea, lo único aparentemente cierto, entre tanta especulación, es que la insurrección no es, necesariamente, el nódulo que puede contaminarlo todo y poner punto final al proceso de paz, cada vez más parecido a un sueño, un sueño que solo sabe mirar hacia adentro, hacia su propio agujero negro.

Turbulencias en Wáshington y su periferia

El analista Tony López R., colaborador de nuestra revista, nos ha hecho llegar, justo cuando cerrábamos el presente número, su artículo titulado Los escándalos de Donald Trump y sus aliados en el Grupo de Lima, *que glosamos por su evidente interés:*

En medio de un gran escándalo político y electoral, se debate hoy la administración de Donald Trump, ad portas de ser llevado a un juicio político. Él y su equipo utilizan la estrategia de atacar para defenderse y las amenazas de guerra civil, para crear el terror dentro de la opinión pública estadounidense, todo con fines electorales. // Sus gestiones y llamada telefónica con el presidente de Ucrania, Volodimir Zelensky, para investigar los negocios del hijo de Joseph Biden, con una empresa de gas ucraniana, y al propio Biden, fueron filtradas por un miembro de los cuerpos de inteligencia, cuyo nombre no se ha revelado. Esto provocó la ira del Partido Demócrata, y la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, consideró que existían argumentos jurídicos y constitucionales para iniciar un *impeachment* contra el presidente Donald Trump. // El hecho se enlaza con las llamadas de Trump a los jefes de gobierno de Australia e Italia para que minimizaran las informaciones que manejó el Fiscal Muller, en el caso de la trama rusa. Estas gestiones del inquilino de la Casa Blanca con el ucraniano, tienen el objetivo de dañar la imagen de Biden con fines electorales, por tratarse

del principal aspirante demócrata a la presidencia. La aceptación del juicio político o su rechazo es incierta, lo real es que estas acciones no le favorecen electoralmente. // Coincidió este escándalo con la participación de Trump en la septuagésimo cuarta Asamblea General de las Naciones Unidas, discurso que fue considerado amenazante y prepotente, dedicó una buena parte de su intervención a atacar a Cuba y Venezuela, con informaciones absolutamente falsas y ofensivas para la dignidad de los gobiernos y pueblos de ambos países, y recibiendo enérgicas respuestas del canciller cubano Bruno Rodríguez y de la vicepresidenta venezolana Delcy Rodríguez, que demostraron, con argumentos sólidos, que todo lo dicho contra sus países era falso. Trump está acostumbrado a mentir y así quedó su imagen ante el auditorio mundial. Su agresivo discurso contra Cuba y Venezuela, plagado de mentiras y falsas informaciones, fue respondido por la mayoría de los oradores al mostrar su apoyo a Cuba y Venezuela en sus intervenciones, y los ciento veinte delegados de países pertenecientes al Movimiento de Países No Alineados respondieron con fuerte respaldo a ambas naciones [...]. // Los discursos de los presidentes Trump, Bolsonaro y Duque recibieron críticas en sus países e incluso en la prensa estadounidense. Las formulaciones irracionales del presidente Bolsonaro sobre la Amazonía, fueron repudiadas y condenadas por la opinión pública mundial, y la más severa crítica del propio pueblo brasileño. Dramático fue el llamado de la adolescente sueca Greta Thunberg cuyo conmovedor discurso reclamando a los Jefes de

Estado cumplir con el Acuerdo de París y cuidar el medio ambiente, tuvo una repercusión mundial y un absoluto apoyo de la opinión pública internacional. // Mientras que el presidente Iván Duque hizo el ridículo mundial cuando públicamente informó que venía a esta Asamblea General de las Naciones Unidas a entregar al Secretario General António Guterres, las pruebas del apoyo que el gobierno del presidente Nicolás Maduro, le ofrece al Ejército de Liberación Nacional (ELN). La sorpresa fue que el dossier entregado con las supuestas pruebas e «importantes fotografías» tomadas, según él, por estos días en territorio venezolano resultaron falsas.// Las fotos correspondían a las publicadas por el diario *El Colombiano* tomadas en el Municipio El Tambo, departamento del Cauca, el 7 de junio del 2015 y entregadas por la Inteligencia Militar para incluir en un reportaje que el diario publicó en junio de ese año, según declaró Javier Alexander Macías, quien es editor de la sección de Paz y Derechos Humanos del citado diario, a la agencia de noticias AFP, confirmando Macías que esas fotos nada tienen que ver con Venezuela. El error provocó la destitución del jefe de la Inteligencia Militar y un escándalo político al interior de Colombia, cuyos medios de prensa calificaron este desatino intencional o no, como un «falso-positivo» del presidente Duque [...]. // El interés de Trump de mostrar en las Naciones Unidas un escenario negativo de Venezuela, no dio resultado.[...] // En Perú el cierre del Congreso por el presidente Martín Vizcarra y la respuesta del Congreso de destituirlo, y sustituirlo por la

vicepresidenta Mercedes Aráoz, que renunció irrevocablemente al cargo y pidió que se celebraran elecciones generales, argumentando que se había roto el orden constitucional y por tanto es ahora el Tribunal Constitucional quien debe decidir a cuál de los dos poderes le asiste la razón. Hoy en Perú no hay garantías y sí un peligroso estado de inestabilidad. [...] // El presidente Jair Bolsonaro en Brasil está enfrentando una ola de protesta política y social y cuestionan sus capacidades para ejercer el cargo para el que fue elegido. Han surgido voces críticas desde el estamento militar contra las políticas entreguistas a los Estados Unidos del excapitán presidente.// La crisis en Argentina y Brasil significan una preocupación para el gobierno de los Estados Unidos; especialmente Argentina donde todo indica que el peronismo encabezado por Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner, puede ser la fórmula ganadora [...] // Mientras que, en Ecuador, las medidas económicas de corte neoliberal en relación al levantamiento de subsidio al combustible, bajar los salarios y eliminar las vacaciones, ha provocado un verdadero levantamiento del pueblo e hizo a Lenin Moreno decretar el estado de excepción por sesenta días y mudar provisionalmente el gobierno hacia Guayaquil. El levantamiento popular en varias ciudades, sobre todo su capital Quito, presagia serias dificultades para el gobierno del ahora títel del presidente Trump y del FMI. // Así puede resumirse el estado del desprestigiado Grupo de Lima, los graves problemas internos que presentan cada uno de esos países, ninguno de los cuales es hoy ejemplo para

exigir democracia y mucho menos prestarse a promover una intervención militar en Venezuela.



Ecuador: del centro al fin del mundo

El sociólogo y catedrático portugués Boaventura de Sousa Santos nos hizo llegar esta excelente valoración de la crisis ecuatoriana de gobierno, la cual compartimos con nuestros lectores, gracias además a la traducción de Antoni Aguiló:

Como su propio nombre indica, Ecuador está situado geográficamente en el centro del mundo. Todo lleva a creer que el neoliberalismo ha decidido llevar a cabo su agenda de fin del mundo en este país. Como es sabido, el neoliberalismo es la versión más antisocial del capitalismo global porque está estrictamente vinculada a los intereses del capital financiero. No reconoce otra libertad que la libertad económica, por lo que le resulta fácil sacrificar todas las demás. Por cierto, es bueno que los portugueses sepan esto con respecto al partido Iniciativa Liberal, la versión más tardía del liberalismo en forma de bancarrota. La especificidad de la libertad económica es que se ejerce en la medida exacta del poder económico que uno tiene para ejercerla y, por tanto, su ejercicio siempre implica una forma de imposición asimétrica sobre los grupos sociales que tienen menos poder y una forma de violencia brutal sobre los que no tienen poder, la gran mayoría de la población empobrecida del mundo.

Tal imposición y violencia siempre se traduce en la transferencia de riqueza de los pobres (traducida en las magras políticas de protección social del Estado) a los ricos y en el saqueo de los recursos naturales, así como de los activos económicos, cuando los hay. El Fondo Monetario Internacional es el agente encargado de legalizar el robo en el que se traducen las políticas de austeridad impuestas por el capitalismo financiero. // El robo es tan evidente hasta el punto de que el montante de los préstamos casi siempre equivale a los beneficios públicamente contabilizados que se ofrecen a los acreedores internacionales y a las grandes corporaciones multinacionales que se articulan con ellos. Los casos más recientes de este proceso van desde Grecia hasta Portugal (2011-2015), desde Argentina hasta Brasil y muchos países africanos. Lo que está sucediendo en Ecuador representa el paroxismo, el momento de máxima intensidad de la voluntad destructiva del neoliberalismo. Con el fin de salvaguardar el derecho al robo legal por parte de los acreedores y las empresas multinacionales, el país se incendia socialmente, se declara un estado de excepción rápidamente legitimado por una Corte Constitucional cómplice, se movilizan las Fuerzas Armadas entrenadas por la infame Escuela de las Américas (hoy con un nombre diferente que borra la historia para mantener los propósitos) a fin de ejercitarse en la lucha contra los enemigos internos, es decir, las grandes mayorías empobrecidas, se asesina y hiere a los manifestantes y se provoca la desaparición de cientos de niños. Es una estrategia maximalista y de fin del mundo dis-

puesta a arrasar el país para hacer cumplir la voluntad imperial y de las elites locales a su servicio.// Lo más trágico de todo es que Ecuador fue el país de la esperanza en la primera década de este siglo. Tuve el placer de ser consultor en la elaboración de una de las constituciones más progresistas del mundo, la Constitución de 2008, la primera que en su articulado consagró los derechos de la naturaleza y ofreció una alternativa al desarrollo capitalista. Una alternativa que se basaba en los principios de armonía con la naturaleza y de reciprocidad que los pueblos indígenas siempre han practicado, un modelo de vida que, por resultar tan extraño a la lógica occidental, tuvo que consagrarse en su versión original, en lengua quechua, el *sumak kawsay*, traducido imperfectamente por buen vivir. Los años siguientes fueron años de experimentación innovadora y grandes expectativas, de manera especial para los pueblos indígenas que, sobre todo desde 1990, venían luchando por el reconocimiento de sus derechos, el respeto de sus formas de vida y la dignidad de su existencia como supervivientes del gran genocidio colonial moderno, perpetuado hoy por el nuevo colonialismo y el racismo que durante décadas caracterizó tanto a los partidos políticos de derecha como de izquierda. // La presidencia de la República la ocupaba Rafael Correa, un gran comunicador, sin gran arraigo en los movimientos sociales, con un discurso antimperialista, siempre polémico en sus posiciones y poco tolerante con las divergencias en su propio campo político. A pesar de ello, realizó un trabajo notable de renegociación de la

deuda externa y de redistribución social, aunque erróneo y tal vez insostenible por dos razones principales. Por un lado, tenía dificultades para reconocer en los pueblos indígenas algo más que gente pobre; sus derechos colectivos, su cultura y su historia apenas contaban; la redistribución social implicaba centralismo de Estado y la liquidación de las autonomías territoriales del autogobierno indígena, garantizadas al menos desde la Constitución de 1998; pronto trabajó duro por demonizar a los líderes indígenas. Por otro lado, en contra de la Constitución e invocando dificultades financieras, adoptó el modelo de desarrollo capitalista neoextractivista (centrado en la extracción de recursos naturales, especialmente petróleo), aunque dando preferencia a los inversores chinos en detrimento de los inversores norteamericanos tradicionalmente presentes. En los últimos años, Correa fue abandonado por una buena parte de la izquierda ecuatoriana, no solo por su desarrollismo, sino por su virulencia contra los líderes indígenas. Yo mismo fui crítico con Correa, pero nunca compartí los excesos de cierta izquierda, ungida por la izquierda ecologista europea, que llegó a considerarlo como un líder autoritario de extrema derecha. Hoy deben estar experimentando un baño de realidad sobre lo que verdaderamente es la extrema derecha en Ecuador y en todo el subcontinente.// Rafael Correa estuvo en el poder entre 2007 y 2017 y fue relevado por su vicepresidente durante varios años, ahora presidente, Lenín Moreno. Inicialmente, dio la idea de que lo que cambiaría solo sería el estilo de gobierno, no la sustancia.

Sin embargo, quien conocía los antecedentes de Moreno debería haber estado más atento. Nadie se dio cuenta de que la persecución judicial contra Correa por presunta corrupción, que Moreno patrocinó, no era más que otra versión de la nueva estrategia estadounidense para neutralizar a los gobernantes que pusieran en peligro los intereses de las empresas norteamericanas, especialmente en el sector petrolero: la supuesta lucha contra la corrupción. Fue así contra Lula da Silva y Cristina Fernández de Kirchner, entre muchos otros. Poco a poco, Moreno fue mostrando su verdadero propósito: realinear Ecuador con los intereses de los Estados Unidos. El acuerdo con el FMI culminó la celebración de esta alianza. El llamado «paquetazo» decretado el 1 de octubre, el paquete de medidas de austeridad, es de una violencia extrema para las familias de bajos ingresos, la gran mayoría de la población ecuatoriana.// La trágica trayectoria de las recetas del FMI es de sobra conocida. Nunca dan nada más que buenos negocios para sus inversores. Siempre resultan en el empobrecimiento de las grandes mayorías. A pesar de ello, o tal vez por ello, siguen aplicándose y, cada vez que se aplican, se anuncian como la única alternativa para salvar el país. Que el FMI sea indiferente a las desastrosas consecuencias sociales de sus recetas no resulta sorprendente, porque no se puede exigir que el ca-

pitalismo haga otra filantropía que la que redunde en su propio interés (y por tanto no es verdadera filantropía). Lo sorprendente es que Lenín Moreno parece no recordar que la resistencia de los pueblos indígenas, una resistencia aprendida a lo largo de los siglos, ya ha derribado a tres presidentes desde 1990, y es muy probable que él sea el próximo. Lo más trágico para el pueblo ecuatoriano es que los anteriores derrocamientos presidenciales (1997, 2000, 2005) fueron mucho menos violentos de lo que se anuncia para el siguiente. La tímida declaración de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, cuya incapacidad para defender con autonomía los derechos humanos es bien conocida, es una señal de los tiempos autoritarios en los que nos encontramos. // Tras doce días de lucha, Moreno cedió. Derogó el decreto 883 que estableció las políticas de austeridad (sobre todo, la práctica duplicación del precio de la gasolina). Es un paso atrás de supervivencia política, pero mal disfrazado. El decreto 894 comienza justificando la derogación del decreto 883 por razones técnicas (que no son otras que la imposibilidad de aplicarlo debido a la resistencia del pueblo), para luego esgrimir razones de paz social y concordia, y anunciar el propósito de negociar con las organizaciones sociales las nuevas medidas. El artículo 2 del nuevo de-

creto estipula que los subsidios se mantendrán y solo se racionalizarán y enfocarán para que no se beneficien de ellos quienes no los necesitan o los usan para el contrabando. Si este fuese el propósito inicial, el país no habría reaccionado como lo hizo. // A dos años del fin de su mandato, Moreno sabe que esta cesión es una derrota personal que le saldrá cara en un futuro próximo. Todos recordarán la arrogancia de su propósito inicial de llevar la austeridad adelante a cualquier precio. Este discurso se dirigía al FMI y no al pueblo ecuatoriano. El nuevo discurso, con un toque patético y supuestamente conmovido, es un discurso dirigido al pueblo ecuatoriano y es poco más que un discurso de rendición. De hecho, la principal derrota no es la de Lenín Moreno, sino la del FMI y sus políticas de austeridad. Las últimas maniobras se abortaron, como se dice en la jerga militar. Tal y como se abortaron en Argentina. Y otros países seguirán. Las dificultades del FMI reflejan el declive del neoliberalismo en esta segunda década del siglo. // Los antecedentes de Moreno, ahora más expuestos, hacen que el pueblo ecuatoriano no se desarme en la nueva fase de lucha. Con su lucha, están dando una lección al mundo: el poder injusto, por fuerte que sea, siempre tiene un punto vulnerable, su injusticia y la resistencia pacífica y organizada contra ella.



RECIENTES

Con Roberto Fernández Retamar, recordando el porvenir

El viernes 27 de septiembre en la sala Che Guevara, seis instituciones rindieron homenaje a la memoria de Roberto Fernández Retamar. Marcia Leiseca, vicepresidenta primera de la Casa; Alejandro González, decano de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana; Miguel Barnet, presidente de honor de la Uneac; Pedro Pablo Rodríguez, investigador del Centro de Estudios Martianos; la poeta Nancy Morejón, amiga y compañera de Retamar, con quien compartiera las labores de la Academia Cubana de la Lengua; y Fernando Rojas, viceministro de Cultura, intervinieron en el tributo. Poemas como «El otro», «Oyendo un disco de Benny Moré», «Felices los normales», entre otros textos y reflexiones, evocaron el pensamiento y la poesía de quien fuera el director de esta revista durante más de doscientos cincuenta números. Compartimos con nuestros lectores, algunas de las intervenciones de aquella tarde.

Palabras de Marcia Leiseca, vicepresidenta primera de la Casa de las Américas:

En esta sala entré por primera vez con Haydee el 25 de julio de 1959. La Casa era entonces hogar de centenares de campesinos que se congregaron en La Habana para asistir el 26 a la Plaza. Han pasado sesenta años, y a esas primeras voces se unieron otras tantas de intelectuales y artistas latinoamericanos y caribeños, que se han agolpado y sedimentado, dejando una traza, una huella en este espacio que hoy nos cobija para recordar a Roberto Fernández Retamar, el pensador, el poeta, el profesor, el editor, el amigo, el presidente de la Casa de las Américas. // «Recordar el porvenir» no son

solamente hermosas y evocadoras palabras, son el reflejo del espíritu positivo presente en la obra de Roberto. Me ocurre con frecuencia que al oír una noticia, cierto tema musical, alguna conversación, siento el deseo de comentarlas con él, y me hace falta su palabra enriquecedora, su capacidad para entrelazar ideas, relacionar el sentimiento presente con la evocación erudita del pasado y su proyección hacia el porvenir. // Hablar de Roberto no es posible sin referirnos a la vida y obra de la Casa, ambas están imbricadas orgánicamente desde 1965, fecha en que Haydee lo invitó a dirigir la revista, a la que se dedicó con pasión durante cincuenta y cinco años de su vida. En la revista –con sus casi trescientos números–, expresó sus ideas, fue su arma de combate para defender las grandes verdades de nuestra América y promover lo mejor de nuestra literatura y nuestro pensamiento. // Desde 1986 Roberto presidió la Casa y la dirigió con la sensibilidad del poeta y la lucidez del ensayista. De esta institución se ha hablado como un estado de alma. Mariano, por su parte, hablaba del espíritu de la Casa. El hecho es que trabajar en ella genera un sentimiento de bienestar y de hermandad. Ese ha sido, tal vez, el principal legado de Haydee a esta institución; Roberto, con su pensamiento poético, su decencia, gentileza, apertura para el riesgo y confianza firme en los jóvenes, junto a una capacidad excepcional para saber escuchar, fue fiel a ese patrimonio y ha logrado salvaguardar que el trabajo sea condición del buen vivir. // El entramado de miles de relaciones culturales de la Casa es obra de la presencia –física o distante– de sus protagonistas, quienes se integraron como colaboradores activos en todas las acciones a las cuales se les convocó. Esta amistad fue tejida a través de largas conversaciones y de una relación epistolar en las que Roberto fue un artífice fundamental, con un lenguaje diáfano y elocuente, surcado de la palabra cálida y de un sentido del humor y simpatía que imantaba a los visitantes. La correspondencia que estableció con lo más granado de la

intelectualidad de nuestro Continente y aún más allá, a la que dedicaba largas horas de su quehacer en la Casa, quedará como objeto de estudio para conocer la historia de más de medio siglo de la cultura latinoamericana. // Asimismo, Roberto presidió —durante treinta y cinco años, con sabiduría, mesura y palabra persuasiva— nuestro Consejo de Dirección, en el que están representadas todas las áreas de la Casa, tal y como lo inició Haydee, decenas de años atrás. Allí, mes tras mes, se diseña el programa, se razona su ejecución y se analizan las complejidades y el devenir de la historia de nuestra América. // Nuestra época ha sido larga y difícil en muchas ocasiones. Mantener relaciones con tantos intelectuales y artistas de pensamiento disímil en las diferentes circunstancias por las que hemos atravesado, ha sido posible gracias a la manera cómo la Casa misma ha sorteado las diferentes situaciones, sin hacer concesiones de principios. En estos escenarios, Roberto ha sido un paladín lúcido, clarividente, que con un espíritu amplio e ineludible convicción revolucionaria afrontó las diversas realidades políticas. // La Casa ha tenido el privilegio de ser presidida por un ser humano excepcional, la heroína de la Revolución, Haydee; por un artista mayor, maestro de la pintura y el dibujo, Mariano; y por un grande de las letras y el pensamiento, Roberto. Para él nuestra admiración y amor más profundo, nuestro recuerdo eterno permanecerá inscrito en estas paredes y en esta obra que supo preservar y desarrollar.

Palabras de Fernando Rojas, viceministro de Cultura de Cuba:

La Casa de las Américas encarna el impulso fundador de la Revolución Cubana y su política cultural. // Su historia es inseparable del liderazgo continental del proceso iniciado con la lucha revolucionaria. Su ejecutoria imprimió a la relación con los intelectuales y con los pueblos que se han dispuesto a cambiar las reglas de la hegemonía cultural, una vocación emancipadora, diversa, y, a la vez, apegada a la noción de vanguardia. // Junto a Haydee Santamaría, Roberto Fernández Retamar es el artífice de un legado y de un presente que siembran futuro. Lo seguimos como poeta y pensador, y también como promotor incansable y líder intelectual. // La institucionalidad de la cultura cubana, impensable sin la Casa, los artistas y escritores y los trabajadores de la cultura sentimos una pérdida irreparable y nos comprometemos con que las realizaciones de varias décadas encuentren nuevas rutas y superen enormes desafíos. // Entonces, Roberto tiene

mucho que hacer todavía. // Nos deja para acompañarnos en su rigor intelectual, en su fidelidad a la causa, en su amplitud de miras, en su poesía, que son todas, en síntesis, su grandeza. // Sirvanos esta para que Caliban, en su perfil definitivo, se enfrente, entero en ideas y atributos, al coloniaje de mañas, ventajas y vicios; para que vivamos por siempre, como nos dijo Retamar una vez, nuestros nuevos primeros días.

De cursos y talleres

Del 3 al 7 de junio, la sala Contemporánea recibió el Taller de Nuevas Narrativas, organizado por la Fundación Rosa Luxemburgo, el Taller Iberoamericano de Nuevas Narrativas y la Casa de las Américas, el cual tuvo como profesores a los periodistas e investigadores Federico Mastrogiovanni y Sergio Rodríguez-Blanco. Como un espacio teórico y práctico que explora la realidad a través de una narración que permita comprender el mundo, el Taller regresó del 10 al 13 de septiembre, pero esta vez en la sala Manuel Galich.

Libros y revistas

En la sala Manuel Galich, el martes 4 de junio, fue presentado —por el historiador cubano Sergio Guerra, por Patricio Bosch y por el Excmo. Embajador de República Dominicana en Cuba, señor Joaquín Gerónimo Berroa— el volumen *Ideas en conflicto: Diálogo póstumo entre Juan Bosch y John Bartlow Martin*, del intelectual y político dominicano Leonel Fernández.

El miércoles 12 de junio, se presentó el volumen *Ensayos*, de Raúl Hernández Novás. La profunda mirada crítica del poeta e investigador cubano —que durante décadas, y hasta su muerte, laboró en nuestro Centro de Investigaciones Literarias— sobre textos de autores latinoamericanos y caribeños, se hace evidente en el libro que fue presentado por Enrique Sainz, compilador y prologuista, en la sala Manuel Galich a propósito de los veintiséis años de la muerte de su autor.

Casa de cuentos para niños fue presentado en el espacio Libro del Mes el martes 17 de septiembre por el también narrador, editor y crítico cubano Enrique Pérez Díaz, quien estuvo acompañado por Caridad Tamayo Fernández,

directora de nuestro Fondo Editorial, y la compiladora del volumen, Inés Casañas Carmona.

Las entregas 294 y 295 de nuestra revista fueron presentadas —en la sala Manuel Galich el jueves 19 de septiembre— por Jorge Fornet y Aurelio Alonso, director y subdirector de la publicación, respectivamente. Ambos números llegaron con sendos dossieres dedicados a los sesenta años de la Revolución Cubana y de la Casa de las Américas, así como con textos de Roberto Fernández Retamar, Mempo Giardinelli, Boaventura de Sousa Santos, Miguel Barnet y Lina Meruane, entre otros. Contienen además materiales sobre Walter Benjamin, José Carlos Mariátegui, Alejo Carpentier, Julio Cortázar y Pedro Lemebel.

Coloquio Internacional de Estudios sobre Afroamérica

Con la conferencia de prensa, el martes 11 de junio, comenzaron las acciones del Coloquio Internacional de Estudios sobre Afroamérica *Negros en las ciudades coloniales de las Américas: subversión, rebeldía, resiliencia*, el cual tuvo lugar del 19 al 21 de ese mes en nuestra institución, con el objetivo de visibilizar, desde las ciencias sociales y humanísticas, la presencia de los africanos y sus descendientes en la constitución, identidad y desarrollo de las sociedades americanas. El encuentro fue convocado en el marco del Decenio Internacional de los Afrodescendientes: reconocimiento, justicia y desarrollo, declarado por la Asamblea General de las Naciones Unidas (2015-2024), de la celebración del aniversario sesenta de nuestra institución y de los quinientos años de La Habana. El programa, además de conferencias y paneles, incluyó homenajes al escritor colombiano Roberto Burgos Cantor, y al cineasta cubano Rigoberto López, entre otras actividades.

Música en la Casa

En colaboración con el encuentro AM-PM «América por su Música», dedicado a la comunicación y al marketing en la industria musical, tuvo lugar en la sala Che Guevara, el viernes 21 de junio, el concierto de la banda colombiana Mambanegra, la cual integró elementos de la música jamaicana, el funk y el hip-hop, así como de la salsa neoyorquina de los años setenta.

El jueves 27 de junio, también en la sala Che Guevara, la cantante peruana Victoria Villalobos, interpretando emblemáticos títulos de Chabuca Granda, llegó para —concierto mediante— rendir tributo a la reconocida cantautora y folclorista de su país.

El guitarrista y compositor mexicano Javier Rojas fue el protagonista del espacio *Viaje a la guitarra*, el viernes 20 de septiembre en la sala Manuel Galich, momento en el cual interpretó obras de su autoría en el marco de las festividades patrias mexicanas.

Documentales

El Programa de Estudios Latinos en los Estados Unidos y el Consorcio de Estudios Avanzados en La Habana coordinaron —el miércoles 25 de septiembre en la sala Manuel Galich— la presentación de un documental dirigido por Dany González Lucena, quien con esta película revive un capítulo apenas conocido de la historia de la pedagogía cubana que, sin embargo, tuvo un impacto significativo en la consolidación del nacionalismo de la educación en la Isla. Previamente a la proyección del documental, un panel integrado por Víctor Fowler, Yoel Cordoví, Rainer Schultz, Marial Iglesias, todos profesores o exprofesores de Harvard, resaltó los valores que la obra de González Lucena ofrece a la luz de más de un siglo de distancia.

Va por la Casa

La temporada de verano de la Casa de las Américas incluyó, como ya es habitual, la participación con un *stand* en el Pabellón Cuba, desde el lunes 1 de julio y durante todo el mes de agosto. La Red Casa puso a la venta en este recinto comercial y cultural las novedades editoriales, publicaciones, revistas y suvenires de la institución. Asimismo, el jueves 4, justo cuando la Casa celebraba los sesenta años de su primera actividad pública, la cineasta Estela Bravo recibió, en la sala Che Guevara, la medalla Haydee Santamaría, que otorga el Consejo de Estado de la República de Cuba a solicitud de nuestra institución. Ese mismo día, pero a las dos de la tarde en el Centro Hispanoamericano de Cultura, quedó inaugurada la muestra *Rostros del arte*, en colaboración con este centro y la Embajada de la República de Argentina en Cuba, en el

contexto del programa de *Rutas y Andares*, de la Oficina del Historiador de la Ciudad. Por su parte, el curso de verano *Dinámicas culturales en los sesenta en América Latina y el Caribe*, impartido por especialistas de la Casa a propósito de los procesos artísticos en el campo de la literatura, las artes plásticas, la música y el teatro, y del papel de la institución en el contexto cultural de la década del sesenta del pasado siglo, tuvo lugar entre el lunes 8 y el viernes 12 de julio, en la sala Manuel Galich. En tanto, el martes 9, la sala de Lectura de la Biblioteca —para recordar el Día de la Independencia argentina— inauguraba una exposición de libros y audiovisuales sobre el país suramericano, donados por personalidades de la política, la literatura y las artes, identificados con el peronismo. El martes 10, regresó también a este espacio el Taller Cartonera para niños y niñas mayores de seis años, quienes realizan un libro artesanal, luego de la lectura colectiva de un cuento latinoamericano o caribeño. En ocasión de cumplirse veinte años de una primera intervención plástica, el artista puertorriqueño Antonio Martorell realizó la instalación *Ascensor al Paraíso II*, la cual quedó emplazada a través de un «viaje vertical» desde el vestíbulo de la institución hasta la sala Che Guevara, en tanto fue inaugurada el jueves 11 de julio a las cuatro de la tarde. El viernes 19, en la jornada *La Casa por la ventana* —que incluyó, como es habitual, su clásico recorrido *Vamos a caminar por Casa*, coordinado con el proyecto Rutas y andares—, se presentaron varias novedades de nuestro catálogo editorial: el volumen *Casa de cuentos para niños*, compilado por Inés Casañas Carmona; la novela *La madriguera* (Premio de narrativa José María Arguedas 2018), de Milton Fornaro —presentación que estuvo a cargo de Laidi Fernández de Juan—; *Los estratos*, de Juan Cárdenas —comentado por su editora Katia Gutiérrez—, y *Huellas en el tiempo*, de Ambrosio Fornet, presentado a su vez por Caridad Tamayo Fernández. Ese mismo día, a las tres de la tarde, la poeta Soleida Ríos recorrió la Casa y sus inmediateces como parte de su acción poética *Susurros*; mientras que a las cinco, quedaba inaugurada la exposición *Línea de la vida. 60 años de la Casa de las Américas*, la cual recorre las paredes de la edificación con gráfica y objetos atesorados durante estas seis décadas de trabajo. La jornada concluyó con una descarga de música electrónica en el Patio Casa Tomada a cargo de Djoy de Cuba.

Visitas

El lunes 17 de junio, Jorge Fornet y Lorena Sánchez —director y editora de nuestra revista, respectivamente— recibieron al historiador norteamericano Patrick J. Iber, de la Universidad de Wisconsin, quien donó a nuestra Biblioteca su libro *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*. El miércoles 19, Silvia Llanes, directora de Artes Plásticas, sostuvo un encuentro con el señor Javier Esteban Figueroa, embajador de Argentina en Cuba; mientras que el jueves 27, Marcia Leiseca, vicepresidenta primera de la Casa, Caridad Tamayo, directora del Fondo Editorial, entre otros miembros del Consejo de Dirección, intercambiaron con Miguel Selvi, director de Gráficas Selvi, quien donó a la Casa la impresión del cartel realizado con motivo de los sesenta años de la institución. El viernes 28, por su parte, nos visitaron las señoras Javiera Rosende Hurtado y Addys Santos, encargadas de Negocios y de Cooperación en la Embajada de Chile en Cuba, respectivamente, y fueron recibidas por Jorge Fornet, también director del Centro de Investigaciones Literarias de la Casa, y por Yolanda Alomá, directora de Relaciones Internacionales.

El miércoles 3 de julio nos visitó el señor embajador de Paraguay en Cuba, Bernardino Cano Radil, quien fue recibido por Marcia Leiseca, Fornet y Amanda Sánchez Vega, especialista del Programa de Estudios sobre Culturas Originarias. El lunes 8, el Consejo de Dirección sostuvo un encuentro con el pintor y escritor puertorriqueño Antonio Martorell quien llegó a la Casa para realizar su instalación *Ascensor al Paraíso II*. El jueves 18, el ministro consejero de la Embajada de Alemania en Cuba, señor Joseph Weiss, fue recibido por Caridad Tamayo y Yolanda Alomá.

El miércoles 4 de septiembre el historiador, periodista, abogado y político colombiano Gustavo Bell Lemus sostuvo un encuentro con Fornet; mientras que el jueves 5, María Isabel Domínguez, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), se entrevistó con Yolanda Alomá. El martes 10, nos visitó el profesor Kendall Brostuen —director de la junta directiva del Consorcio para Estudios Avanzados en el Extranjero presidido por la Universidad de Brown—, quien fue recibido por Yolanda Alomá, Caridad Tamayo y Rainer Schultz, director del

Centro para el Consorcio de Estudios Avanzados en el Extranjero / Centro Divisional de Cuba.

PRÓXIMAS

Coloquio Internacional *El regreso de Caliban: presencia de Roberto Fernández Retamar*

Con motivo de cumplirse en junio de 2020 noventa años del natalicio de Roberto Fernández Retamar y sesenta de la revista *Casa de las Américas*, nos complace invitarlas/os a participar en el Coloquio Internacional *El regreso de Caliban: presencia de Roberto Fernández Retamar*, que tendrá lugar en la Casa de las Américas del 9 al 12 de junio de 2020. Dicho Coloquio permitirá el acercamiento a la obra

de Fernández Retamar como poeta, ensayista, teórico de la literatura, editor y académico, su legado y los diálogos que propicia con otros pensadores. Asimismo, la ocasión será propicia para acercarse al papel de la revista *Casa* a lo largo de sus casi trescientos números. Paralelamente se ofrecerán conferencias magistrales, recitales de poesía y exposiciones bibliográficas. Antes del 1 de abril de 2020 deberá estar en nuestro poder un resumen de doscientas cincuenta palabras, con el título de la ponencia y el nombre y apellidos del (de la) autor(a) y la institución a la que pertenece. La extensión de las ponencias no será mayor de nueve cuartillas mecanografiadas a doble espacio, lo que equivale a dos mil quinientas palabras y veinte minutos de lectura oral.

Cierre de la información: 30 de septiembre



Con Marcia Leiseca, en el salón de Presidencia de la Casa de las Américas, 2007

La sección «Para, de, con Roberto Fernández Retamar» incluye textos del narrador y guionista VICENTE BATTISTA (Argentina, 1940), el teólogo y narrador FREI BETTO (Brasil, 1944), el poeta y periodista JORGE BOCCANERA (Argentina, 1952), el periodista y político MIGUEL BONASSO (Argentina, 1940), el sociólogo, politólogo y catedrático ATILIO A. BORON (Argentina, 1943), el narrador y guionista FERNANDO BUTAZZONI (Uruguay, 1953), la ensayista y poeta ROSALBA CAMPRA (Argentina, 1940), el librero, editor y bibliófilo ÁLVARO CASTILLO GRANADA (Colombia, 1969), el poeta y editor GABRIEL CORTIÑAS (Argentina, 1983), el poeta y narrador JOSÉ LUIS DÍAZ-GRANADOS (Colombia, 1946), el escritor y repentista ALEXIS DÍAZ PIMENTA (Cuba, 1966), el narrador y dramaturgo chileno ARIEL DORFMAN (Argentina, 1942), el historiador e hispanista PAUL ESTRADÉ (Francia, 1935) y su compañera MOUNY ESTRADÉ, la narradora LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN (Cuba, 1961), el narrador y docente MARIO GOLOBOFF (Argentina, 1939), el investigador y ensayista JULIO CÉSAR GUANCHE (Cuba, 1974), el escritor SERGIO GUTIÉRREZ NEGRÓN (Puerto Rico, 1986), el narrador y Premio Nacional de Literatura EDUARDO HERAS LEÓN (Cuba, 1940), la narradora SYLVIA IPARRAGUIRRE (Argentina, 1947) y la narradora, ensayista y docente ANDREA JEFTANOVIC (Chile, 1970).

Asimismo, en esta selección aparecen mensajes del escritor y crítico literario NOÉ JITRIK (Argentina, 1928), el

narrador, ensayista y profesor FRANCISCO LÓPEZ SACHA (Cuba, 1950), el periodista y escritor SERGIO MARELLI (Argentina, 1962), el poeta, narrador y ensayista EUGENIO MARRÓN (Cuba, 1953), el artista TOÑO MARTORELL (Puerto Rico, 1939), el poeta, narrador y crítico literario ROBERTO MÉNDEZ (Cuba, 1958), la poeta, narradora y filóloga SELENA MILLARES (España, 1963), el narrador, académico y periodista MARIO ROBERTO MORALES (Guatemala, 1947), el poeta FREDDY ÑÁÑEZ (Venezuela, 1976), el poeta HILDEBRANDO PÉREZ GRANDE (Perú, 1941), la investigadora y ensayista ANA PIZARRO (Chile, 1941), la crítica de arte y ensayista cubana GRAZIELLA POGOLOTTI (Francia, 1932), la escritora mexicana y Premio Cervantes ELENA PONIATOWSKA (Francia, 1932), el investigador y ensayista ALFREDO PRIETO (Cuba, 1954), el narrador y ensayista FRANCISCO PROAÑO ARANDI (Ecuador, 1944), la escritora, fotógrafa y activista MARGARET RANDALL (Estados Unidos, 1936), la hispanista, profesora y traductora ALESSANDRA RICCIO (Italia), el pintor y grabador HUGO RIVERA-SCOTT (Chile, 1943), el diplomático y escritor RAÚL ROA KOURÍ (La Habana, 1936), el ensayista y crítico literario GRÍNOR ROJO (Chile, 1941), el analista y periodista JOHN SAXE-FERNÁNDEZ (Costa Rica), el sociólogo y catedrático BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS (Portugal, 1940), el ensayista y periodista LUIS TOLEDO SANDE (Cuba, 1950), el crítico y teórico teatral OMAR VALIÑO (Cuba, 1968), el escritor y político RAÚL VALLEJO (Ecuador, 1959), y el poeta y promotor cultural ARÍSTIDES VEGA CHAPÚ (Cuba, 1962).



A sesenta años de la Revolución Cubana / 294

Academia Cubana de la Lengua [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

Al pie de la letra [«A un siglo del asesinato de Rosa», «Gracias, médicos cubanos. Hasta pronto», «El hombre mediano asume el poder», «Ante el desgaste, la lectura», «Un pensamiento desconectado de la realidad», «Adioses», «Ladridos limeños», «Declaración de La Habana sobre idiomas indígenas», «El año que viviremos peligrosamente», «Explicar la igualdad al 1% más rico del mundo», «Tercera carta pública al presidente Macri», «Venezuela y Playa Girón»] / 294

Al pie de la letra [«Entre dos palabras», «Julian Assange traicionado y capturado», «Roque hoy como ayer en la Casa», «Lula en el futuro de Brasil», «Medalla Haydee Santamaría», «Premios», «Paso de revistas», «Adioses», «Del naufragio de la humanidad al tren Žižek», «Llamado del capítulo Venezuela de la Red», «En Venezuela, nervios de acero», «Una alternativa viable»] / 295

Al pie de la letra [«Crecer en Martí», «Elogio de la lengua», «Adioses», «Reflexión sobre la Semiótica», «Bolsonaro pasa, la Amazonía sobrevive», «Con Trump y el Fondo... hasta el fondo», «La paz: ese sueño lejano», «Turbulencias en Washington y su periferia», «Ecuador: del centro al fin del mundo»] / 296-297

ALONSO, AURELIO: *¡Otra vez la muerte...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

AMARO SEGUÍ, ALEJANDRO: Una mirada actualizada a las poéticas y archivos del Caribe [Sobre *Poéticas, archivos y apuestas: estudios del Caribe*, de Giselle Román-Medina y Lina Martínez Hernández (eds.)] / 294

Ante la muerte de Roberto Fernández Retamar. Declaración de la Casa de las Américas / 296-297

ARAY, EDMUNDO: Cuentan que arrojó el amor por la ventana / 294

BARNET, MIGUEL: A Kavafis; Los días de la semana; El Tiempo; Qué rara situación; La noche; Soñar; En materia de dolor; Aires del Levante / 294

BARQUET, JESÚS J.: Hombres trabajando / 295

BATTISTA, VICENTE: *Se ha ido...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

BENEDETTI, MARIO: Veinte años antes [«Páginas salvadas»] / 294

BETTO, FREI: *Hermanos y hermanas de la Casa...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

BIANCHI, SOLEDAD: Lemebel de reojo / 295

BIANCO, JOSÉ: Testimonio [«Páginas salvadas»] / 294

BIRRI, FERNANDO: *En tres palabras...* [«Páginas salvadas»] / 294

BOCCANERA, JORGE: *Me uno al pesar...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

BOHÓRQUEZ, DOUGLAS: Severo Sarduy: la erótica lucidez del ensayo / 295

BONASSO, MIGUEL: Réquiem para el poeta de la Revolución [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

BORON, ATILIO A.: *Este sábado 20...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

BRITTO GARCÍA, LUIS: *El día que...* / 294

BUTAZZONI, FERNANDO: *Queridos hermanos de la Casa...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

CALVINO, ITALO: *Desde hace diez años...* [«Páginas salvadas»] / 294

CAMPRA, ROSALBA: *Me acaba de llamar...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

CAMPUZANO, LUISA: Dos finales para *El siglo de las luces*: de «Le roman de Sophie» al triunfo de Goya / 295

CASTILLO GRANADA, ÁLVARO: Hace un momento... [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

CASTRO, NILS: Aprender de un progresismo al siguiente / 294 Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

CORNEJO POLAR, ANTONIO: Otra historia comenzaba / 294

CORTÁZAR, JULIO: *Querido Roberto...* [«Páginas salvadas»] / 294

CORTIÑAS, GABRIEL: *Ayer muy tarde...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

CURIEL RIVERA, ADRIÁN: Salida número catorce / 294

DÍAZ-CANEL BERMÚDEZ, MIGUEL: *Hay luto en la Casa...* [«Adiós a Roberto»] / 296-297

DÍAZ-GRANADOS, JOSÉ LUIS: *Profundamente conmovido, adolorido...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

DÍAZ MANTILLA, DANIEL: Todas las patas en el aire [Sobre el libro homónimo de Rafael de Águila] / 295

DÍAZ PIMIENTA, ALEXIS: Arte poética final; la ciudad de los locos; doble blanco sobre doble nueve; Transeúnte / 294

———: *Roberto, el hombre...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

DORFMAN, ARIEL: Abecedario / 294

———: *Estamos desolados con...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

EDUARDO DEL LLANO: Preservar, proteger y defender / 295 *Este es el primer número...* / 296-297

ESTRADE, PAUL y MOUNY ESTRADE: *Triste y profundamente...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

FERNÁNDEZ DE JUAN, LAIDI: De muchos [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: La vida en dos semanas / 294

———: Lo que emerge de la madriguera [Sobre *La madriguera*, de Milton Fornaro] / 295

FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: ¿Y Fernández? [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: A Fayad Jamís [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: A mi amada [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Ahora en Managua [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: A Juan Gelman, en Buenos Aires [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Ángel Rama y la Casa de las Américas [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Aquiles [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: A Roque Dalton [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Caliban [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Caliban en esta hora de nuestra América [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Cuerpo que no está claro [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Fanon y la América Latina [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Juana [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Lezama Lima y su visión calibanesca de la cultura [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Nosotros los sobrevivientes [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Notas sobre América / 294

———: Nuestra América y Occidente [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Otro poema conjetural [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Oyendo un disco de Benny Moré [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Palabras inaugurales del Premio Literario Casa de las Américas 2019 / 295

———: Para una teoría de la literatura hispanoamericana [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Que veremos arder [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

———: Tumbas y mar [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

FORNET, JORGE: Radiografía de un entusiasmo: los escritores argentinos y la Casa de las Américas / 295

Fundación Juan Bosch [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

GALEANO, EDUARDO: *Yo tenía doce...* / 294

GALICH, MANUEL: *En realidad, es...* [«Páginas salvadas»] / 294

GAMBAROTTA, MARTÍN: *Asumiendo estar terminado me trepé...; Dan a entender que podrías...; Hijo etíope, seductor sueco, cuervo...; No quieren que te quedes...; No quieren verte hacer...* / 294

GARCÍA BLANCO, REYNALDO: I; II; III; IV; V / 295

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL: *Hace poco, en México...* / 294

GAZTAMBIDE-GÉIGEL, ANTONIO: Mejor vivido que pensado: las invenciones del Caribe (revisitadas) / 295

GEISLER, LUISA: Abrigo de lana, rayo de sol, olor a jazmín y vaso de vodka / 295

GELMAN, JUAN: *Y entonces resucitábamos...* / 294

GIARDINELLI, MEMPO: La noche del tren / 294

GOLDGEL, VÍCTOR: Pb / 295

GOLOBOFF, MARIO: Roberto Fernández Retamar, poeta y pensador [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

GONZÁLEZ, CECILIA: Tras el rastro de Jaja: una mirada al exilio desde la realeza africana [Sobre *Tras el rastro del Jaja*, de Anthony Kellman] / 295

GUANCHE, JULIO CÉSAR: *Hay pensadores que...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

GUTIÉRREZ NEGRÓN, SERGIO: *Cuando me dijeron que...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

HERAS LEÓN, EDUARDO: El cimarrón revisitado / 294

———: *Laidi querida...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

IPARRAGUIRRE, SYLVIA: *Con gran consternación...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

JEFTANOVIC, ANDREA: *Imagino que llegan...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

JITRIK, NOÉ: *Sorprendidos por la noticia...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

LEOÓN, JOSE DE: Barnet radical / 294

LIMA, PAOLO DE: Mazzotti, un poeta de ritmos [Sobre *El zorro y la luna. Poemas reunidos 1981-2016*, de José Antonio Mazzotti] / 295

LÓPEZ SACHA, FRANCISCO: «Murió por traer el cielo». Ese epitafio, Roberto, lo mereces, para todos nosotros y para siempre [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

LÖWY, MICHAEL: Walter Benjamin y José Carlos Mariátegui: dos marxistas disidentes de la ideología del «progreso» / 294

MADURO NICOLÁS: *Toda la solidaridad de los venezolanos...* [«Adiós a Roberto»] / 296-297

MARAMBIO DE LA FUENTE, MATÍAS: Cosmopolita de ambos hemisferios: Erico Verissimo entre pasado y presente [Sobre *Erico Verissimo, escritor del mundo*, de Carlos Cortez Minchillo] / 295

MARELLI, SERGIO: Osvaldo Bayer, el anarquista que tomó el cielo por asalto / 294

———: Nosotros, los sobrevivientes [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

MARRÓN, EUGENIO: Lleva la revista *Casa* en sus manos [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

MARSÉ, JUAN: *Cuántas veces...* [«Páginas salvadas»] / 294

MARTÍNEZ TABARES, VIVIAN: *Paraje Luna*, grotesco y contemporaneidad [Sobre *Paraje Luna*, de Fernando José Crespi] / 295

MARTORELL, TOÑO: *Queridas caseras y caseros...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

MATEO PALMER, MARGARITA: Vuelta a una insensatez / 295

MATTA, ROBERTO: *Retador de mares...* [«Páginas salvadas»] / 294

MEDINA RÍOS, JAMILA: En la pared del camarote había dos trajecitos de corte marinero (punzó-n) / 294

MÉNDEZ, ROBERTO: *Querida Laidi...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

Mensaje del compañero Miguel Díaz-Canel Bermúdez / 295

Mensaje del compañero Raúl Castro Ruz / 295

MERUANE, LINA: Permiso de circulación / 295

MILLARES, SELENA: Una rosa para Retamar [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

MORALES, EVO: *Nuestras luchas, nuestras revoluciones...* [«Adiós a Roberto»] / 296-297

MORALES, MARIO ROBERTO: Un intelectual orgánico ejemplar [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

MOREJÓN, NANCY: Miguel Barnet y los laberintos de la fraternidad / 294

ÑÁÑEZ, FREDDY: *Hace dos días...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

ORTA, FIDEL ANTONIO: Miguel Barnet, ¿también un hombre de cine? / 294

PACHECO, JOSÉ EMILIO: *Si cumpliste veinte...* [«Páginas salvadas»] / 294

PÉREZ GRANDE, HILDEBRANDO: Sol de Cuba / 294

———: Nuestra América está de luto [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

PIZARRO, ANA: *Los acompaño con una tristeza...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

POGOLOTTI, GRAZIELLA: Elegía [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

PONIATOWSKA, ELENA: Ágnes Heller y Roberto Fernández Retamar, *in memoriam* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

PRIETO, ABEL: Las respuestas del edecán / 294

PRIETO, ALFREDO: *Llegamos cuando se estaba...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

PROAÑO ARANDI, FRANCISCO: *Profundamente impresionado por...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

RANDALL, MARGARET: *En 1967 llegué...* / 294

———: *Es con un gran...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

Recientes y próximas de la Casa [«Recientes»: «Los sesenta del Premio Literario», «Música en la Casa», «Semana de Autor con Miguel Barnet», «De libros y revistas», «Uruguay en la Casa», «El cine tomó la Casa», «Conferencias», «Lecturas de poesía», «La Casa en la Feria», «Coloquio de la Mujer, como cada año», «Semana de la Cultura de República Dominicana en Cuba», «Visitas»] / 294

Recientes y próximas de la Casa [«Recientes»: «Premio de Composición 2019», «La Casa en la Feria», «De libros y revistas», «Música en la Casa», «La Semana de la Francofonía en la Casa», «Teatreando», «Artes visuales», «Coloquio Internacional Diversidad Cultural en el Caribe», «Visitas», «Próximas»: «Premio Literario Casa de Las Américas 2020»] / 295

Recientes y próximas de la Casa [«Recientes»: «Con Roberto Fernández Retamar, recordando el porvenir», «De cursos y talleres», «Libros y revistas», «Coloquio Internacional de Estudios sobre Afroamérica», «Documentales», «Va por la Casa», «Visitas», «Próximas»: «Coloquio Internacional *El regreso de Caliban: presencia de Roberto Fernández Retamar*»] / 296-297

RICCIO, ALESSANDRA: *A esta histórica...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

RIVERA-SCOTT, HUGO: *Demasiado ensimismamiento...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

ROA KOURÍ, RAÚL: *No tengo otro...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

RODRÍGUEZ DOMÍNGUEZ, RAIZA: Poesía feminista y discursos de resistencia [Sobre *Hilando y deshilando la resistencia (pactos no catastróficos entre identidad femenina y poesía)*, de Yanetsy Pino Reina] / 295

ROJO, GRINOR: *Amigos de la Casa...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

ROMAN OLIVERA, ALEJANDRO TOMÁS: Autorretrato; El hombre; Un viajero sobre tus ojos de agua; Discontinuidad bajo estrellas fijas; Poema antivectorial / 295

ROSI, FRANCESCO: *He estado en...* [«Páginas salvadas»] / 294

SÁNCHEZ, LORENA: La casa antes de la Casa / 295

SÁNCHEZ VEGA, AMANDA: Mujeres tras las cámaras: de objeto a sujeto de representación [Sobre *Óyeme con los ojos: Cine, mujeres, visiones y voces*, de Ana Forcinito] / 295

SANCHIZ, RAMIRO: Bolaño en las catacumbas [Sobre *Se- pulcros de vaqueros*, de Roberto Bolaño] / 294

SASTRE, ALFONSO: *La Revolución Cubana...* [«Páginas salvadas»] / 294

SAURA, ANTONIO: *La Revolución Cubana...* [«Páginas salvadas»] / 294

SAXE-FERNÁNDEZ, JOHN: *Fraterna y de celebración...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

SERRANO SÁNCHEZ, RAÚL: *Fuga hacia dentro*. Las otras lecturas de la tradición y la ruptura [Sobre *Fuga hacia dentro*. *La novela ecuatoriana en el siglo xx*. *Filiaciones y memoria de la crítica literaria*, de Alicia Ortega Caicedo] / 294

SOUSA SANTOS, BOAVENTURA DE: ¿En la era del perdón o de la agresión? / 295

———: Acabo de saber que Roberto... [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

TOLEDO SANDE, LUIS: Adiós natural a Roberto Fernández Retamar [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

Un escritor que siempre se reinventa / 294

VALDÉS LEÓN, CAMILA: Imaginar la nación [Sobre *Ayiti Cheri*. *Poesía haitiana (1800-2015)*, de Yasmina Tippenhauer (ed.)] / 294

VALIÑO, OMAR: Roberto Fernández Retamar: lo que fue dictando el fuego [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

VALLEJO, RAÚL: Manuela Sáenz y los marineros del Acushnet; Zenobia Camprubí en motocicleta; Isabel de Saavedra y el caso Ezpeleta; Mujer tamil, descalza en Singapur / 295

———: Roberto Fernández Retamar, paradigma de lucidez y poesía en nuestra América [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

VEGA CHAPÚ, ARÍSTIDES: *A los amigos de la Casa...* [«Para, de, con, de Roberto Fernández Retamar»] / 296-297

ZURBANO TORRES, ROBERTO: Saúl Sosnowski: un guardián de la crítica en tiempos de mala memoria [Sobre *Cartografía de las letras hispanoamericanas: tejidos de la memoria*, de Saúl Sosnowski] / 295

